HARRY R. BOER

HISTORIA DE LA IGLESIA PRIMITIVA (A.D. 1-787)



UNA VISIÓN CLARA Y PRECISA SOBRE LOS ORÍGENES Y LA FORMACIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA

CONTIENE UN ESTUDIO PROGRAMADO POR LA





Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 1: El mundo de la Iglesia primitiva

La iglesia cristiana nació en un mundo ya envejecido. Grandes imperios habían surgido y luego desaparecido. Las glorias de Egipto, Sumeria, Babilonia, Asiria, Persia, y Grecia eran cosas del pasado. Ahora Roma, el más grande de los imperios, regía el mundo civilizado. Fue casi exclusivamente dentro de ese imperio que la iglesia cristiana pasó los primeros cinco siglos de su existencia. Antes de comenzar el estudio de la historia de la iglesia, es importante considerar brevemente las características principales del mundo en el cual se desarrolló. Para ello debemos tener en cuenta el Imperio Romano, el trasfondo judío de la iglesia, la influencia del pensamiento griego, y las distintas religiones que el cristianismo halló en su derredor.

El Imperio Romano

La iglesia cristiana nació dentro del Imperio Romano. Esta grande y poderosa comunidad de naciones se extendía desde lo que hoy es Irán hasta Inglaterra, y desde el Sahara hasta el noroeste de Alemania. El mar Mediterráneo no bañaba, como hoy, las costas de muchas naciones; más bien constituía una gran vía de comunicación interna que unía las distintas provincias del imperio que lo rodeaba por todos lados. Cientos de tribus vivían dentro de las fronteras de Roma, y había naciones bajo su férula cuya historia databa de mucho antes de su fundación. El centro del imperio era Roma, donde todo el poder estaba en manos del emperador.

Desarrollo

Cuando nació Jesús, Roma ya tenía unos 750 años. Fundada como una pequeña aldea a orillas del río Tíber en Italia occidental, creció hasta hacerse un pueblo, luego una ciudad, y por fin un estado. A través de guerras y tratados con los estados vecinos siguió el proceso de expansión. En 265 A.C., quinientos años después de su fundación, Roma era ya dueña de toda la península itálica. Luego se extendió hacia el oeste a través del mar. En menos de cien años había conquistado las islas de Sicilia, Córcega, y Cerdeña, el poderoso estado de Cartago en el norte de África, y mucho de España. De allí se volvió hacia el este y el norte. Conquistó todas las tierras sobre el Mediterráneo, toda la Galia hacia el norte, y parte de la Alemania de nuestros días. Fue así que Palestina vino a quedar bajo el control del imperio en el año 63 A.C., y se transformó en una provincia del mismo en el A.D. 6.

Gobierno

Hasta el año 27 A.C. todos los territorios de Roma eran administrados por una forma de gobierno central conocida como república. Dentro de la misma el senado romano era muy poderoso y ninguna persona por sí sola controlaba el gobierno. Sin embargo en el año 27 A.C., luego de un número de desastrosas guerras civiles que duraron más de cien años, se le dio el poder absoluto a Gayo Octavio, sobrino de Julio César (conquistador de la Galia y uno de los más grandes romanos). A Octavio se le conoce en la historia como César Augusto, el primero y más grande de los emperadores. Con él terminó la república y

comenzó el imperio; reinó desde el año 27 A.C. hasta el A.D. 14. Este es el César que aparece en Lucas 2.1 cuando se dice: "Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado". Con la excepción de algunas luchas en las fronteras del imperio, el reino de paz iniciado por César Augusto duró más de doscientos años. Fue durante estos dos siglos que la iglesia, resultado de la vida y obra de nuestro Señor, llegó a ser un testigo del evangelio a través de todo el imperio.

Fronteras

Los límites del imperio eran claros. Al oeste tenía el Atlántico. Desde los Alpes al mar del Norte, el río Rin separaba la Galia de la Alemania no conquistada. En el sudoeste de Alemania, no muy lejos del nacimiento del Rin, el río Danubio corría hacia el este para desembocar en el mar Negro. Este río protegía el imperio de las tribus de los bárbaros del norte. En el este la frontera la constituía el imperio persa. Por el sur, debajo de la larga y fértil franja a lo largo de la costa del África del norte, el desierto de Sahara limitaba el imperio. Con la excepción de unas pocas variaciones, especialmente en el este (como consecuencia de las guerras con Persia), estos límites se mantuvieron por más de cuatro siglos.

Pax romana

En este vasto imperio la *pax romana* (paz romana) hizo posible el comercio y los viajes en forma fácil y segura. Era posible viajar de un lado a otro del imperio por tierra, mar, y ríos. También se promovió el desarrollo de la cultura en todos sus aspectos, llegándose a grandes logros en el campo de las letras, la arquitectura, y la escultura. El estudio de las leyes se desarrolló notablemente. En cuanto a la economía se alcanzó un mayor grado de prosperidad a través del imperio. Por dondequiera el ejército romano era un símbolo del poder romano, de la ley romana, y de la paz romana. Y lo que era importante es que había una lengua común, el griego, por medio del cual se podían entender a través de la mayor parte del imperio. Una lectura cuidadosa del libro de los Hechos nos revelará muchas de las características del Imperio Romano mencionadas en esta sección.

El trasfondo judío

La iglesia cristiana tiene sus raíces en la historia y la religión de Israel. "La salvación viene de los judíos", dijo Jesús (Jn 4:22). Jesús no vino para abrogar sino para cumplir la ley y los profetas (Mt 5:17). Aquellos que pertenecen a Cristo son linaje de Abraham, herederos de acuerdo con la promesa (Gá 3:29). Así como la Palestina era parte del Imperio Romano, la iglesia está relacionada, y muy profundamente, con Israel, el pueblo de Palestina. La iglesia primitiva era totalmente judía, su Salvador era judío, y todo el Nuevo Testamento fue escrito, probablemente, por judíos. Es útil, por lo tanto, hacer una breve reseña de la historia de Israel.

Desde David hasta Alejandro

El reino de Israel fue prácticamente establecido por David, el hijo de Isaí, alrededor del año 1000 A.C. David reinó hasta más o menos el año 960 A.C. David imprimió tal carácter al reino y a su función real que llegó a ser un símbolo de las esperanzas mesiánicas de Israel.

Después de la muerte de su hijo Salomón, alrededor del año 930 A.C., el reino que David había establecido se dividió en dos. El reino del norte, llamado Israel, fue atacado y sus moradores llevados cautivos a Asiria en el año 721 A.C. Israel nunca fue restaurado. El reino del sur, Judá, que había permanecido leal a la casa de David, tuvo una historia más larga. Sin embargo en 586 A.C. también fue llevado al exilio en Babilonia. En 539 A.C., Ciro, rey de Persia, conquistó Babilonia. Ciro permitió que aquellos que desearan volver a Jerusalén lo hicieran. Al año siguiente varios miles volvieron a su tierra nativa. Estos luego reconstruyeron el templo que Nabucodonosor, rey de Babilonia, había destruido.

Después de estos, otros grupos volvieron a Palestina. Uno de sus líderes fue Esdras, un sacerdote que amaba profundamente la ley de Moisés. Tenía un gran deseo de que la observancia de la Tora, la ley de Israel, llegara otra vez a formar parte vital de la religión judía. Los fariseos, a quienes encontramos a menudo en los evangelios y en los Hechos de los Apóstoles, emergieron de este movimiento tendiente a restaurar la ley que Esdras había comenzado.

Entre los años 334 y 323 A.C., Alejandro, el joven rey macedonio, conquistó todas las tierras al este de Grecia hasta la India y hasta Egipto al sur. Cuando murió en 323 A.C., sus generales dividieron entre ellos el imperio que Alejandro había creado. Ptolomeo fue entonces el regidor de Egipto. Dentro de la zona que él gobernaba estaba Palestina, que permaneció bajo la autoridad de sus descendientes hasta 198 A.C. En ese mismo año, los descendientes de otro de los generales, Seleucio obtuvo el control de Palestina. Los seléucidas gobernaron Siria, gran parte del Asia Menor, y toda Persia. Este cambio en los gobernantes de Palestina tuvo muy grandes consecuencias para el pueblo judío.

Los macabeos

Los reyes tolemaicos habían permitido a los judíos practicar libremente su religión. Por más de 250 años después de su regreso del exilio, los judíos habían observado la ley mosaica, tal como Esdras la había enseñado. Ahora sus nuevos señores los estaban presionando para que abandonaran su antigua religión y siguieran las costumbres griegas. El líder de este movimiento era Antíoco el Cuarto, el rey seléucida de Siria. Ascendió al trono en 175 A.C. Cuando los judíos resistieron su política, se produjeron toda clase de revueltas y masacres y la religión judía fue prohibida, especialmente la circuncisión. La ofensa más grande fue la quema en público de la Tora.

La rebelión contra los seléucidas se desató entonces con fu-ria (163 A.C.) bajo el liderato de un anciano sacerdote llamado Matatías y sus cuatro hijos. De estos, Judas era el principal líder. Se los conoce como los macabeos, es decir, "hombres que luchan violentamente". En el año 141 A.C. los judíos ganaron la victoria total sobre sus enemigos seléucidas, y por primera vez desde 586 A.C. Israel volvió a ser una nación independiente. Pero esto duró solo ochenta años. En 63 A.C. la guerra civil en Palestina les dio a los romanos la ocasión para establecer allí su autoridad. A través de los sesenta años siguientes Israel fue un estado semi-independiente, siendo sus gobernantes nombrados por Roma. En 37 A.C. Herodes (conocido como Herodes el Grande, durante cuyo reinado nació Jesús) se transformó en rey con la aprobación de Roma. Después de su muerte, el reino fue dividido entre sus hijos. Arquelao recibió a Judea, Samaria, e Idumea; Herodes Antipas se hizo cargo de Galilea y Perea; y Felipe del área noreste de Galilea. En el año 6 A.D. Arquelao fue depuesto y enviado al destierro a causa de sus malas prácticas. Su región se

transformó en una provincia romana gobernada por procuradores romanos. Del 26 al 36 A.D. el procurador de Judea fue un romano llamado Poncio Pilato.

Para concluir debemos decir algo sobre el desarrollo de la sinagoga, el sanedrín, los fariseos, y los saduceos, y sobre la dispersión judía en el mundo antiguo.

La sinagoga y el sanedrín

Antes del exilio judío en el año 586 A.C., el centro de adoración de los judíos era el templo en Jerusalén. Después del exilio, el centro religioso vino a ser la sinagoga, la cual había existido en cada comunidad local de judíos aun desde antes del exilio. Pero en Babilonia los judíos, privados del templo, usaron la sinagoga para orar, leer las Escrituras, y enseñar mucho más de lo que habían hecho en su tierra. Fue confirmada aun más por Esdras y sus sucesores como un medio de enseñar la ley. El libro de Hechos indica que donde había judíos en el imperio allí también había una sinagoga. En cada ciudad que visitaba, Pablo comenzaba a testificar de Cristo dentro de la sinagoga. El líder o presidente de la asamblea era llamado el gobernador o principal de la sinagoga. Era asistido por un lector de las Escrituras, un conductor de la oración congregacional, y un oficial que custodiaba las Escrituras y presidía en ausencia del presidente.

El cuerpo gobernante de los judíos en Palestina era el sanedrín. Literalmente la palabra "sanedrín" significa "sentarse juntos". Si bien el sanedrín estaba bajo la autoridad romana, de hecho gobernaba la provincia en asuntos civiles y religiosos. Los judíos fuera de Palestina reconocían su autoridad en asuntos meramente religiosos. El sanedrín estaba compuesto en su mayoría de saduceos y fariseos bajo la autoridad del sumo sacerdote.

Fariseos y saduceos

Los fariseos y los saduceos fueron los dirigentes judíos a partir de la época de los macabeos. Los saduceos venían de familias sacerdotales y eran estudiantes y expositores de la ley; favorecían las costumbres antiguas y se oponían a los cambios. Sin embargo, respaldaban los esfuerzos de los últimos macabeos en introducir ideas griegas en la vida de los judíos. En la esfera religiosa se les conoce mayormente por rechazar la doctrina de la resurrección y la existencia de ángeles y espíritus. También creían que el alma perecía con el cuerpo. Para ellos, pues, no existía la vida futura.

Los fariseos eran lo opuesto de los saduceos en casi todo. No pertenecían a la clase sacerdotal pero eran también maestros de la ley, si bien creían que la ley era susceptible de nuevas interpretaciones. Los fariseos eran ardientes nacionalistas y por lo tanto se oponían a influencias extranjeras, ya fuesen griegas o romanas. Creían en la resurrección y en la vida futura con recompensas y castigos. Estaban mayormente interesados en la observancia exterior de la ley, y en ello las actitudes espirituales tenían poco que ver. Fue precisamente este aspecto de su religión lo que los puso en conflicto con Jesús. Los saduceos tenían doctrinas erróneas; los fariseos tenían doctrinas correctas, pero sus vidas contradecían sus enseñanzas. Por consiguiente, Jesús podía decir: "En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos, así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen y no hacen" (Mt 23:2-3).

Los saduceos fueron perdiendo su influencia y gradualmente desaparecieron después de la caída de Jerusalén en el año A.D. 70. Los fariseos siguieron por más tiempo, pero luego también desaparecieron de la escena al ser destruido el estado judío.

La dispersión

Hasta ahora nuestra reseña del judaísmo se ha limitado a Palestina. Es importante notar, sin embargo, que había muchos más judíos fuera que dentro de Palestina. La deportación de prisioneros de guerra, pero especialmente los intereses comerciales, diseminaron a los judíos por todas direcciones fuera de Palestina. Se estima que durante el tiempo del primer Imperio Romano había dos millones y medio de judíos en Palestina y un millón en Egipto, lo mismo en Asia Menor y en Mesopotamia, respectivamente. Además alrededor de cien mil judíos habitaban en Italia y en África del norte. Colonias más reducidas se encontraban desparramadas a través del imperio. Las referencias en el Nuevo Testamento a los judíos dispersos son impresionantes: Juan 7:35, Hechos 2:5-11 y otras muchas a través de este libro, Santiago 1:1, 1 Pedro 1:1. Parte inseparable de la dispersión era la sinagoga. Estos dos factores juntos establecieron una base natural fuera de Palestina para la proclamación del evangelio en otras tierras.

El centro más importante de la dispersión fue Alejandría, en Egipto, donde los judíos ocupaban barrios enteros. Allí el Antiguo Testamento fue traducido al griego en el año 250 A.C., poniéndolo así al alcance del mundo griego. Esta traducción fue conocida como la Septuaginta (versión de los Setenta). Allí también la vida intelectual judía halló su más grande exponente en el filósofo judío Filón -entre los años 20 A.C. Y A.D. 42, de quien hablaremos en la próxima sección.

El pensamiento griego

Dentro del imperio la influencia espiritual más importante no vino de los romanos sino de los griegos. El poder y la ley romanos controlaban la vida militar, política, social, y económica del imperio; pero el pensamiento griego controlaba las mentes de los hombres.

Primeros filósofos griegos

Alrededor del año 600 A.C. los filósofos griegos meditaron profundamente acerca de la naturaleza del mundo y el significado de la vida. El primero de los filósofos fue Tales, que vivió en la ciudad de Mileto en la costa sudoeste del Asia Menor. El creía que todo lo que existía de una u otra manera había surgido del agua. Anaximandro, un discípulo de Tales, enseñó que no el agua sino la ilimitada atmósfera era el origen de todas las cosas. La filosofía de Heráclito, quien vivió alrededor del 500 A.C. en Éfeso (también en Asia Menor), era más compleja. El elemento básico del universo, decía, es el fuego. De él proceden todas las cosas, y a él vuelven todas las cosas. Del fuego sale el aire; del aire, el agua; del agua, la tierra. Luego la tierra vuelve al agua; el agua al aire, el aire al fuego, y así sigue el ciclo interminablemente. Las combinaciones que son posibles por medio de estos cambios producen la gran variedad de cosas que se hallan en el mundo. Pero ninguna permanece. No hay nada constante en la vida, nada que permanezca. La vida es como un río que corre; nadie puede bañarse en la misma agua dos voces. En realidad, Heráclito hizo del río un símbolo de su filosofía, la cual resumió con las palabras "todas las cosas fluyen". No obstante, este mundo siempre cambiante está controlado por una mente, una razón que él

llamó el logos. Esta palabra debe ser cuidadosamente notada, pues ella tuvo un papel muy importante en el pensamiento teológico de la iglesia primitiva.

Tales, Anaximandro, y Heráclito vivieron todos en el Asia Menor, la cual había sido colonizada por los griegos. Una colonia similar griega al sur de Italia también produjo filósofos. Una de sus figuras más destacadas fue Parménides. Contemporáneo de Heráclito, Parménides enseñó lo opuesto del filósofo efesio. Él creía que no había ningún cambio en absoluto. Hay una sola cosa que existe; lo que es. Todo el cambio que experimentamos y observamos es solo apariencia. La variedad, la belleza, la tristeza, y el gozo de la vida son apariencias que existen únicamente en nuestras mentes.

Por extraños que pudieran parecer estos puntos de vista, presentaban un problema fundamental con el cual todo pensamiento serio sobre la vida ha de enfrentarse. Provocaban un interrogante: ¿Cómo se relacionan entre sí la permanencia y el cambio, la realidad y la apariencia, la eternidad y el tiempo? ¿Cómo se relaciona el hombre maduro con el niño del cual ha emergido? El cambio ha transformado al niño en un hombre, pero la permanencia ha mantenido a la persona igual. ¿Cómo ha de entenderse esto?

Sócrates y Platón

Con Sócrates, quien vivió en Atenas alrededor de 450 A.C., se produjo un cambio en el pensamiento griego. Sócrates estaba más interesado en la calidad de los hombres que en la naturaleza del mundo. Sostenía que solo podemos conocer una cosa con certeza: el hombre mismo. Podemos saber lo que debemos ser y cuál es el propósito de la vida. Saber esto es poseer el verdadero conocimiento. Este conocimiento puede obtenerse por medio de una educación adecuada; el hombre tiene el poder de hacerse a sí mismo moralmente bueno. Esto constituye una filosofía humanista.

Aparecen luego en Grecia dos de los más distinguidos filósofos de todos los tiempos: Platón (ca. 425-345 A.C.), discípulo de Sócrates, y Aristóteles (ca. 385-320 A.C.), discípulo de Platón. El centro del pensamiento filosófico para este entonces se había desplazado desde las colonias hacía la madre patria, específicamente hacia Atenas. Cuando Roma no era aún la dueña total de Italia, cuando Palestina estaba todavía bajo el control persa, Atenas era ya el brillante centro cultural del mundo.

Platón unió en su filosofía la preocupación de los primeros pensadores en comprender el mundo en su totalidad, y la preocupación de Sócrates de comprender al hombre. Junto con Parménides, Platón creía que el mundo real no era el mundo que podía ser visto y palpado: montañas, árboles, cielo, ríos, campos, hombres. El mundo real era el mundo invisible, el mundo de las ideas. Por "ideas" Platón no quería decir "pensamientos u opiniones", o lo que nosotros queremos significar por "ideas". Él quería decir realidades espirituales que existen en un mundo invisible. En ese mundo están las "ideas" de cosas materiales como árboles, montañas, agua, sillas... y de las cualidades espirituales como coraje, amor, verdad, bondad y, no menos importante, el alma. Estas ideas existen en el mundo invisible en el orden en que unas sirven a otras. En la cima de la pirámide está la idea del bien.

Pero existe también otro mundo, el mundo de la materia. En su estado original la materia no tiene forma ni aspecto. Es una masa desordenada, sin armonía, sin forma, un caos. Sin embargo, nosotros nunca vemos esa masa de esa manera. Las ideas le imprimen su carácter de orden y sentido. Es esta unión de las ideas perfectas con la materia

desordenada lo que vemos y experimentamos en el mundo que nos rodea. La materia es la fuente de todo mal: del dolor, la desilusión, la imperfección, el sufrimiento, y la muerte. Todo el mundo de la naturaleza y del hombre surge de la extraña unión de ideas y materia. Este es el mundo cambiante que tan profundamente había impresionado a Heráclito. Todo lo que está en el mundo es una pobre copia de las ideas eternas, verdaderas, e inamovibles que se manifiestan a través de su unión con la materia. Todo lo que es hermoso, moral, adecuado, y lleno de propósito en estas copias viene de las ideas. Todo lo que es malo o doloroso en estas copias se deriva de la materia. Ambos mundos son igualmente eternos; ninguno de los dos puede vencer al otro. El hombre es una unión de espíritu y materia. Cuando la muerte llega, el alma se alegra pues puede así retornar a su estado puro como idea sin el peso de la materia. Es por esa razón que los filósofos de Atenas escucharon tranquilamente a Pablo cuando él les predicaba el evangelio hasta que habló de la resurrección: "Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos acerca de esto otra vez" (Hch 17:32).

Al estudiar la historia de la iglesia primitiva, es preciso comprender este punto de vista griego en cuanto a la relación entre la idea y la materia, el bien y el mal, el alma y el cuerpo. Si esto no se capta, es casi imposible comprender adecuadamente los cuatro primeros siglos de la historia de la iglesia. Las dos mayores herejías, el gnosticismo y el arianismo, amenazaron peligrosamente la verdad del evangelio, la primera antes, y la segunda después del A.D. 300. Ambas surgieron de un malentendido de lo que es el hombre y el mundo al estilo de Sócrates y Platón. Solamente un enfoque espiritual de Dios, del hombre, del mundo, y de su relación entre sí, salvó a la iglesia de transformarse en testigo de un falso evangelio.

Estoicismo

Dejamos ahora las enseñanzas de Aristóteles y otros para notar brevemente las principales del estoicismo. Esta era la filosofía dominante en el Imperio Romano en el tiempo de Cristo y de la iglesia primitiva.

El nombre estoicismo se deriva de la palabra griega *stoa* que significa "galería", "pórtico". Era el nombre que se daba a un corredor o arcada pública cerca del mercado en Atenas, donde los hombres se reunían para discutir diferentes asuntos. Fue aquí que Zenón, un nativo de Chipre, enseñó filosofía alrededor del año 300 A.C. A su filosofía se le llamó "estoicismo" por causa del lugar donde la enseñaba. Sus enseñanzas, y la de sus sucesores, daban más importancia, como las de Sócrates, a la conducta humana que a la naturaleza del universo. Él y sus sucesores enseñaron que solamente existe la materia. No hay tal cosa como el espíritu solo. Mente y cuerpo son materiales. Aun Dios es material; el universo es su cuerpo y él es su alma. El estoicismo, por consiguiente, es una especie de panteísmo, es decir, todo es Dios. El hombre está relacionado con Él como una gota de agua se relaciona con el océano, o como una chispa con el fuego que la provoca. Dios, como alma del mundo, gobierna todas las cosas; ama a los hombres y desea todo lo bueno.

Por cuanto el hombre está relacionado con Dios, debería ir hacia donde la razón divina, llamada *logos*, le guía. La verdadera sabiduría consiste en descubrir el camino de Dios para los hombres. La persona verdaderamente humana no resiste la guía de Dios; se rinde a ella, no importa cuán penoso le resulte, pues Dios le ama. La virtud es una y es indivisible. Las cuatro cualidades más sobresalientes del carácter son la sabiduría, el coraje, la

moderación, y la justicia. Si uno carece de una de estas cualidades, carece de todas; si realmente tiene una, las tiene todas. Ser libre y feliz significa conocerse a si mismo, conocer la voluntad de Dios para uno, y vivir de acuerdo con ese conocimiento.

El estoicismo era tanto una religión como una filosofía. Por su carácter filosófico era aceptado solamente por la gente culta. Las masas no podían razonar de la manera que el estoicismo lo requería. Entre el elemento de hombres educados algunas de las mentes más preclaras del imperio seguían estas enseñanzas. Uno de estos fue Marco Aurelio, emperador desde el A.D. 160 al 180. Había mucho en el estoicismo que los cristianos podían usar y lo usaban, pero solo atraía a los más preparados. Sin embargo, aun estos carecían de poder como para hacer lo que el amor y la justicia requerían. Una de las más crueles persecuciones del imperio contra la iglesia se llevó a cabo durante el reinado de Marco Aurelio. El mundo, por lo tanto, continuó esperando una religión que no solo enseñara lo que era justo sino que también proporcionara el poder para hacerlo.

Filón

Un filósofo a quien debemos considerar es el pensador judío Filón. Este nació alrededor del año 20 A.C. Y murió poco después del año A.D. 40. Pasó su vida en Alejandría, el centro de la dispersión judía. En algunos aspectos Filón era más griego que judío. Se entregó a la filosofía de una manera poco común en un judío, hablaba y escribía el griego mejor que el hebreo, pero al mismo tiempo era, y permaneció siempre, un judío verdadero. Consideraba que la más alta autoridad divina se encontraba no en la filosofía sino en el Antiguo Testamento, especialmente el Pentateuco. Sostenía que cualquiera cosa que fuera cierta en la filosofía de los griegos ya había sido expresada antes en las Escrituras. El creía que de alguna forma los griegos habían obtenido sus ideas principales del Antiguo Testamento.

Filón trató de combinar las escrituras del Antiguo Testamento con la filosofía griega, lo que le trajo un problema con respecto a la doctrina de la creación. Según la enseñanza bíblica Dios creó el mundo de la materia, pero los filósofos griegos no podían aceptar esto pues sostenían que Dios no puede tener contacto con la materia, que es el origen de todo mal. Por lo tanto, Filón, como los griegos, colocó un mediador entre Dios y el mundo. Este mediador se halla en el *Logos*. El es el más grande de los poderes de que Dios está rodeado. En él vio Filón un poder divino menor que Dios, que estaba entre Dios y el mundo. A través de él Dios había creado todas las cosas. Más tarde, este pensamiento jugó un papel importante en el esfuerzo de los pensadores cristianos para explicar la relación de Cristo con Dios.

Religión en el imperio

Sin duda que los distintos puntos de vista filosóficos satisfacían muchas mentes educadas. Sin embargo, las masas populares no eran instruidas. ¿Cómo podrían ellas encontrar comunión y paz con Dios? Esto solo lo podían obtener por medio de la religión. Aun entre las clases más privilegiadas había un sentimiento de que la filosofía no proporcionaba la verdadera respuesta a la necesidad espiritual del hombre. Muchas religiones existieron en el imperio que trataron de llenar ese vacío. Se podían clasificar aproximadamente en tres clases.

Religiones de la naturaleza

Estas religiones atribuían poderes sobrenaturales a las montañas, a los lagos, los ríos, los árboles, el sol y la luna, a ciertos animales, y hombres. Honraban las fuerzas de la naturaleza y creían en el poder de amuletos y sortilegios. Aparte de esto creían en los antepasados, en espíritus buenos y malos, en dioses que controlaban el destino de los hombres. Cada religión en este grupo tenía sus propios mitos y rituales y una clase especial de hombres llamados sacerdotes que podían recitar los mitos y celebrar las ceremonias rituales. Este tipo de religión basado en la naturaleza era siempre una religión de grupo. El elemento personal estaba en gran parte ausente. En una sociedad sencilla de agricultores o pescadores tal religión podría parecer adecuada, pero para los hombres que vivían en un mundo cambiante, en desarrollo, no lo era. Ellos precisaban una religión donde lo sobrenatural fuera más personal, una religión en la cual pudieran experimentar el efecto de lo sobrenatural en sus vidas llenas de problemas. Esta necesidad parecía satisfacerse en las religiones de misterio.

Religiones de misterio

La gran atracción de estas religiones residía en la oportunidad de poder comunicarse con la divinidad. Esta comunicación podía obtenerse por medio de ciertos actos ceremoniales. El primero era el bautismo, ya sea por medio de agua o por la sangre de un animal. Esto les lavaba de su contaminación y suciedad haciendo posible el contacto con ese dios.
Al *bautismo* seguía una *comida sagrada* con la cual se experimentaba la comunión con el dios en cuestión. La comida sagrada llevaba a un *esclarecimiento o conocimiento*. El nuevo creyente conocía al dios dentro de cuya comunión había sido bautizado. Por medio de este conocimiento, el creyente también se dedicaba a sí mismo al servicio del dios, y además podía vivir en paz y morir confortado por la reconciliación con ese dios. Los seguidores de esta religión no podían revelar los secretos del bautismo, de la comida de comunión, y del esclarecimiento. Por esta razón es que se llamaba una religión de misterio.

Este tipo de religión tenía una larga historia en el oriente: en India, Persia, Babilonia, y Egipto, y estaba en su apogeo en el imperio cuando comenzó a diseminarse el cristianismo. Por un tiempo el *mitraísmo*, una religión de misterio, compitió con el cristianismo y tuvo muchos adeptos en el ejército romano.

Religión del estado

La religión del estado tenía fuertes connotaciones políticas. Su elemento principal era el sacrificio ofrecido al emperador. Originalmente los sacrificios se habían hecho a los dioses del estado. En los primeros años del imperio se hicieron sacrificios a los emperadores muertos. Más tarde se comenzó a adorar a los emperadores que ejercían el poder, por medio de sacrificios. El emperador era considerado como el dios que proporcionaba orden y prosperidad en el estado; en cierto sentido se le tenía por la encarnación del imperio. Por lo tanto la religión del estado estaba considerada como el lazo que unía a la gran diversidad de pueblos y tribus a través de todo el imperio. Cualquier religión que reconociera al emperador dios y no interviniera con el buen orden del imperio, era aceptada como una religión legítima. La religión del estado, sin embargo, era una religión sin calor, sin comunión, sin unión con lo divino y, especialmente, era una religión sin salvación.

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 2: El comienzo de la iglesia

Fue en Palestina, la histórica tierra de Israel, donde la iglesia del Nuevo Testamento apareció por primera vez en la historia. Es difícil establecer una fecha. Si decimos que la iglesia comenzó en pentecostés, no tomamos en cuenta la vida y el ministerio de Jesús. Si decimos que la iglesia comenzó con él, debemos recordar el hecho de que el ministerio de Jesús surgió de la vida del judaísmo. Es mejor, por lo tanto, decir que la iglesia surgió de la vida y obra de su Señor y que se transformó en su testigo universal en pentecostés.

El ministerio de Jesús

El mensaje

El mensaje de Jesús era sencillo. El predicaba que el reino de Dios estaba cerca y que los hombres podían entrar en él por medio del arrepentimiento y la fe en el evangelio (Mr 1:14-15). El arrepentimiento que Jesús requería era por la desobediencia a la ley de Dios. Esta ley estipulaba que los hombres debían amar a Dios por sobre todo y a su prójimo como a sí mismos (Mt 22:34-40). El amor es el cumplimiento de la ley. Cuando la desobediencia trae aparejada la falta de amor, el arrepentimiento restablece el equilibrio entre el hombre y Dios y entre el hombre y su prójimo. El Sermón del Monte ilustra de muchas maneras cómo la relación vertical (el hombre con Dios) y la relación horizontal (los hombres entre sí) pueden ser mantenidas y reforzadas. El evangelio es la buena noticia de que Dios perdona a los que se arrepienten, y los recibe como a hijos. Al mismo tiempo, la predicación de Jesús no era un mensaje completamente nuevo. Surgió del Antiguo Testamento y continuó a un nivel más profundo (Mt 5:17-20).

Lo que significa

A medida que Jesús llevaba a cabo su ministerio preveía el conflicto inevitable entre su mensaje espiritual y el de la obediencia externa que presentaban los fariseos. Jesús se preparó para morir y así lo anticipó a sus discípulos (Mr 10:32-34). En la fiesta de la pascua, probablemente a los 33 años, sufrió la crucifixión. Su muerte, sin embargo, no fue simplemente la muerte de un mártir. Fue una muerte salvadora, llena de vida para aquellos que ven en ella la absoluta y total obediencia a la ley de Dios. En este sacrificio Jesús dio su vida para redimir a muchos. Después de su muerte se levantó victorioso. "Todo aquel que cree en él, aunque esté muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en él, no morirá eternamente" (Jn 11:25-26). Por consiguiente, Pablo predicó con igual poder "a Jesucristo y a este crucificado" (1 Co 2:2) y "de Jesús, y de la resurrección" (Hcs 17:18).

El misterio de Cristo

Desde su nacimiento lo humano y lo divino estaban unidos en él. Sin embargo, esta unión era tan natural que ninguna de las dos naturalezas en ningún momento parecía algo agregado o casual en relación a la otra. Él nació y creció como otros niños. Creció en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres (Lc 2:52). Él pasó

hambre, fue tentado, se cansó, tuvo conocimientos limitados; podía indignarse y enojarse, era sociable y compasivo, oraba, y al final fue crucificado y muerto.

Al mismo tiempo, expresó pretensiones y llevó a cabo actos solamente atribuibles a Dios. "Nadie -dijo- conoce al Hijo excepto el Padre, y nadie conoce al Padre excepto el Hijo, y cualquiera a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mt 11:27). Antes de que Abraham existiera, él existía (Jn 8:58); perdonó pecados, lo que es prerrogativa divina (Mr 2:7); recibió adoración (Jn 20:28); dio el Espíritu Santo a sus discípulos (Jn 19:23). Él es el Cristo en quien las esperanzas mesiánicas se cumplen (Jn 4:25-26).

La iglesia ha visto un profundo misterio en estos dos aspectos de la vida de su Señor, pero nunca ha visto nada extraño o que no fuera natural en ellos. La iglesia cree en Jesús el Hijo encarnado de Dios, y lo predica a los hombres. "El secreto de nuestra religión es algo muy grande: Cristo se manifestó en su condición de hombre, triunfó en su condición de espíritu y fue visto por los ángeles, fue anunciado a las naciones, creído en el mundo, y recibido en gloria (1 Ti 3:16 VP).

Pentecostés

El Antiguo Testamento había hablado vez tras vez del carácter universal que tendría el pueblo de Dios. El fundamento más firme de esta expectativa era el hecho de que el Dios que redime es también el Dios que creó todas las cosas. Si bien el hombre se ha tornado pecador, el Creador no abandona su obra; y es por eso que él la restaura por medio de la redención. La elección del pueblo de Israel para un servicio especial tiene el propósito de que todas las naciones sean salvas. A través del Antiguo Testamento, Israel se mantiene en contacto con las otras naciones. Palestina misma era una encrucijada entre los grandes imperios de su tiempo. En su ministerio Jesús predijo la expansión del evangelio, pero él no planeó un programa de evangelismo antes de su muerte. Este fue dado después de su resurrección: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt 28:18-20). Este mandamiento, sin embargo, no debe separarse de la venida del Espíritu Santo en pentecostés. El mandamiento de testificar no era suficiente para crear testigos. Debía también existir la convicción y el poder para testificar. Este fue dado a la iglesia en pentecostés. En esa ocasión Cristo volvió a la iglesia por medio del Espíritu Santo para impartirle su poder y estar con ella hasta el fin del mundo (Hch 1:6-8).

En pentecostés se produjeron cambios fundamentales en el carácter y la estructura del pueblo de Dios:

- La iglesia universal del Nuevo Testamento reemplazó a la congregación estrictamente israelita, expresada en el templo y la sinagoga.
- El pueblo de Dios dejó de ser un pueblo nacional y se transformó en una comunidad internacional y universal.
- El predicador reemplazó al sacerdote; el púlpito reemplazó al altar, y el testimonio de la iglesia del sacrificio de Cristo reemplazó al sacrificio ceremonial de animales.

La capital religiosa de los judíos era Jerusalén. Ellos guardaban la ley, el sábado, y la circuncisión. La iglesia no tiene una ciudad capital, ni templo, ni sacerdote, ni altar, ni tierra

santa. La iglesia pertenece a todas las naciones y en ellas tiene su campo de acción; donde está la iglesia allí está su Señor presente, y adora a Dios de muchas maneras.

Este cambio en la actitud y estructura del pueblo de Dios no se realizó totalmente en el día de pentecostés. Le llevó tiempo a la iglesia el comprender que se trataba de una comunión universal. Aun el apóstol Pedro tuvo gran dificultad para llegar a entender esto. Algunos miembros de la iglesia nunca lo llegaron a entender. No obstante, la predicación en otras lenguas en pentecostés y la lista de naciones mencionadas en el capítulo 2 de Hechos indican este cambio básico. No habían pasado treinta años desde ese momento y el evangelio ya se había establecido en Siria, Asia Menor, Grecia, e Italia. Tenía seguidores aun dentro de la casa de César en la misma capital del imperio.

Cristianismo palestino

Al principio vemos a la iglesia como un grupo de creyentes en Jerusalén. En la fiesta judía de pentecostés, siete semanas después de la crucifixión de Jesús, muchos fueron bautizados como resultado de la predicación de Pedro. Desde su comienzo, pues, la iglesia formaba una comunidad apreciable. Vivía una vida de compañerismo, adoración, y ayuda mutua, recibiendo diariamente nuevos miembros (Hch 2:43-47). Su predicación era sencilla: el arrepentimiento de pecados, la muerte y resurrección de Cristo, con gran énfasis sobre la resurrección, y el bautismo (Hch 2:29-42). Esta proclamación se veía acompañada de señales y milagros y del poder del Espíritu Santo. En consecuencia, había muchas conversiones, incluso entre los sacerdotes.

Cristianos hebreos y griegos

Muy pronto después de este comienzo prometedor se registran en Hechos dos sucesos que afectaron la comunión de la iglesia. El primero fue el pecado de Ananías y Safira (Hch 5:1-11); el segundo el descontento de los griegos con sus hermanos hebreos (Hch 6:1-6). El engaño de Ananías y Safira fue trágico, pero no surgió de la comunidad cristiana envolviendo a muchos. La queja de los griegos contra los hebreos era un caso muy distinto; indicaba un desacuerdo muy marcado dentro de la misma iglesia. Se trataba de una disputa entre los cristianos judíos de Palestina y los cristianos judíos procedentes de la dispersión.

Es preciso notar el significado de las palabras "hebreos" y "griegos". El nombre "hebreos" se usa a lo sumo en otros dos lugares del Nuevo Testamento en referencia a los judíos. En los tres casos sirve para recalcar el carácter cien por ciento judío de los judíos en cuestión. Un hebreo era aquel que en todos los aspectos observaba la ley mosaica y vivía de acuerdo con las tradiciones de los padres. Los "griegos" eran judíos procedentes de la dispersión, más abiertos a las ideas griegas. Por lo tanto, la discrepancia entre los griegos y los hebreos era una diferencia entre los judíos cristianos, con un fuerte trasfondo palestino, y los judíos cristianos conectados con la dispersión. Posiblemente los hebreos rechazaban tener comunión alrededor de la mesa con los griegos debido a que estos no observaban el ceremonial en todos sus detalles. También es posible que existieran diferencias culturales que los apartaban. Lo cierto es que todo esto parece haber producido desigualdad en la distribución de los alimentos a las viudas griegas pobres, lo que resintió la comunión de los dos grupos.

En la colonia judía griega (no cristianos) muy pronto se desarrolló una muy fuerte oposición contra la iglesia. Esto es evidente por el relato del apedreamiento de Esteban. Todos sus acusadores pertenecían a la dispersión: cireneos, alejandrinos, cilicianos, y asiáticos. Todos ellos, que pertenecían a la sinagoga de los libertos, posiblemente eran miembros de una congregación de judíos que habían vuelto a Palestina de la cautividad, traídos por los romanos (Hch 6:8-9). Aunque parezca extraño, los judíos hebreos no fueron los primeros perseguidores de la iglesia sino más bien los judíos griegos. No parecía ser una casualidad que Saulo, un griego de Tarso en Cilicia, guardara las ropas de los que apedrearon a Esteban. Aparentemente los judíos griegos estaban más opuestos a la iglesia que los judíos de Palestina. Por la misma razón probablemente sentían más hostilidad contra los judíos griegos cristianos que contra los hebreos cristianos, y esto muy bien puede haber provocado su ataque contra Esteban, quien parecía ser el líder del grupo griego cristiano en Jerusalén.

La persecución de la iglesia que siguió a la muerte de Esteban no parece haberse extendido más allá de Jerusalén. A los apóstoles no se los molestó. La razón de esto puede ser el hecho de que no eran del grupo helénico (griego) y que vivían de acuerdo con la tradición palestina. Por otro lado, la persecución no parece haber sido de larga duración.

La proclamación fuera de Jerusalén

La salida de muchos creyentes de Jerusalén trajo como consecuencia el esparcimiento del evangelio. Felipe fue a Samaria a predicar allí. Esto hizo que la iglesia en Jerusalén enviara a Pedro y a Juan a Samaria para inspeccionar la obra de Felipe. En el camino de vuelta a Jerusalén predicaron en muchos pueblos de los samaritanos. Felipe fue enviado a Gaza, en el sur de Palestina, para encontrarse con un oficial de la corte de la reina de Etiopia. Este era un prosélito judío, el cual ahora se convierte y se bautiza bajo el ministerio de Felipe (Hch 8).

Pedro se fue a la costa para predicar en Jope y Cesarea. Su visita a estas ciudades abre sus ojos al significado total del evento de pentecostés, o sea, que tanto los gentiles como los judíos podían ser seguidores de Cristo y miembros de la iglesia (Hch 10:44-48). Como resultado bautiza a un hombre que no era judío, Cornelio, un centurión del ejército romano. Por este hecho la iglesia de Jerusalén le pidió cuentas (Hch 11:1-18), pero aceptó con gozo el informe de Pedro, reconociendo que "también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida" (Hch 11:18).

Es evidente que la iglesia de Jerusalén ejercía una supervisión estricta sobre la predicación del evangelio fuera de Jerusalén. Veremos en la próxima sección cómo enviaron a Bernabé a Antioquia cuando oyeron que allí había echado raíces el evangelio (Hch 11:22-24). Unos trece o catorce años más tarde convinieron en el bien conocido concilio llevado a cabo en Jerusalén que los convertidos gentiles no debían estar sujetos a la ley mosaica (Hch 15). Concedieron la completa libertad del evangelio a los gentiles pero ellos mismos no la usaron. El resultado de esta actitud pronto se hizo evidente.

Declinación de la iglesia palestina

A pesar de la predicación de Felipe, Pedro, Juan, y otros, el evangelio no progresaba en Palestina. Parecía que la razón de esto fuera el hecho de que la iglesia en Palestina se hizo una iglesia estrictamente hebrea. Aparentemente el elemento griego no volvió a Jerusalén

después que la primera persecución había cesado. El carácter hebreo de la iglesia en Jerusalén era tan fuerte que más tarde en una ocasión aun Pedro temía comer con los cristianos gentiles en Antioquia cuando algunos hermanos de la iglesia en Jerusalén vinieron de visita (Gá 2:11-14). Como resultado no se desarrolló ningún fervor misionero. No era posible que la iglesia fuera cristiana y judía al mismo tiempo. Los eventos en Palestina entre los años 62 y 70 mostraron cuán cierto era esto. Casi terminaron con ese cristianismo a medias de la iglesia hebrea.

La nación judía nunca había olvidado la gloria y el reino de David, ni la independencia que había disfrutado entre los años 142 y 69 A.C. cuando quedó bajo el dominio romano. Después del A.D. 60 los judíos planearon una revuelta contra los romanos. Muchos líderes judíos aconsejaron en contra, pero no fueron oídos. Los judíos cristianos tuvieron que escoger entre respaldar o no esa rebelión. Finalmente optaron por ir en contra de la revuelta. Alrededor de esa época, Santiago, el hermano del Señor y líder de la iglesia en Jerusalén, fue muerto. En el año 66 los cristianos decidieron dejar Jerusalén. Emigraron a Pela, una ciudad gentil al otro lado del Jordán, donde permanecieron hasta después de la caída de Jerusalén. Nunca más fueron considerados como verdaderos judíos. Alrededor del año 84 los líderes judíos en Palestina comunicaron a todas las sinagogas en todos los lugares que todos los judíos cristianos debían ser excluidos de sus asambleas. Por lo tanto, un cristiano judío ya no podía permanecer cristiano y a la vez retener su conexión con la comunidad judía. Muy pronto la iglesia, cuyas raíces estaban en el Antiguo Testamento, cuyo Salvador era judío, cuyos apóstoles fundadores eran todos judíos, y cuyo libro sagrado había sido escrito por judíos, se transformó en una comunidad de gentiles. Aun los judíos cristianos helenistas comenzaron a encontrarse extraños en la comunidad que había surgido de la vida y obra del Mesías judío.

El triste curso del cristianismo palestino no debe permitir que cerremos nuestros ojos a su tremenda significación en la historia de la iglesia universal. El comienzo del cristianismo está unido en forma inseparable a la iglesia judía. Los primeros años en la vida de la iglesia fueron años totalmente judíos. La primera predicación del evangelio entre los gentiles se efectuó por medio de testigos judíos. Pablo, el padre de las misiones gentiles, era un judío y tenía a la iglesia en Jerusalén como su autoridad eclesiástica y espiritual más alta. Fue un concilio de la iglesia judía el que hizo posible la participación total de los gentiles en la vida de la iglesia. La iglesia en el mundo ha surgido de la iglesia de Judea. La iglesia totalmente gentil de nuestros días nunca debería olvidar la gran deuda que tiene hacia la iglesia totalmente judía, la cual es su madre espiritual.

La iglesia fuera de Palestina

El joven que guardó las ropas de los helenitas que apedrearon a Esteban era un judío de la dispersión llamado Saulo. Era de la ciudad de Tarso, en la provincia romana de Cilicia en el Asia Menor (hoy Turquía). Era un estricto fariseo y, en la época en que Esteban fue apedreado, probablemente un estudiante en la escuela del gran maestro Gamaliel en Jerusalén. Saulo era un enemigo del evangelio y particularmente de los judíos de la dispersión o helenistas que lo creían. En la persecución que siguió a la muerte de Esteban, "Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y mujeres, y los entregaba en la cárcel" (Hch 8:3). Algún tiempo más tarde, "respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor", pidió a las autoridades judías que lo enviaran a Damasco para perseguir allí a los creyentes. Fue en el camino a Damasco que el Señor

Jesús glorificado le apareció, y Saulo se convirtió en un convencido discípulo de Cristo así como antes había sido su enemigo acérrimo (Hch 9:1-31).

La misión paulina

Así comenzó la vida cristiana y la carrera misionera de aquel hombre Saulo, mejor conocido como Pablo, que vino a ser el padre de la misión a los gentiles y el autor de casi un cuarto del Nuevo Testamento. Los treinta años que siguieron a su conversión fueron de la mayor importancia para la vida de la iglesia. En el curso de esos años, Pablo hizo las tres siguientes contribuciones de gran valor:

- Durante los tres largos viajes misioneros que hizo, plantó el evangelio en Asia Menor, Macedonia, y Grecia. Entre las iglesias que fundó, Éfeso y Corinto se destacan por su posición estratégica y por el largo tiempo que Pablo trabajó en ellas. Doce años pasaron desde que Pablo se convirtió hasta el momento en que emprendió su primer viaje misionero (36-48 A.D.). Con la excepción de algunas breves referencias en Hechos y en algunas de sus cartas, no tenemos ninguna información acerca de estos "años silenciosos". Posiblemente los ocupó haciendo trabajo evangelístico en Cilicia y Siria. Hechos 15:23-41 y Gálatas 1:21 hacen referencia a creyentes e iglesias en esas regiones que podrían ser el resultado de la obra de Pablo en esos días. Una incertidumbre similar está asociada con los últimos años de Pablo. Sabemos que al terminar su tercer viaje misionero, en el año 57, Pablo fue arrestado en Jerusalén y llevado a Roma como prisionero en el año 60. En el 63 se le dio la libertad. Luego fue arrestado otra vez en el 66 y muerto al año siguiente durante la persecución de Nerón en el 67. Mientras se hallaba bajo arresto en Roma, entre el 60 y el 63, se le permitió vivir en su propia casa. Como resultado de su carta a los romanos, de su largo cautiverio allí, y finalmente de su martirio en Roma, sin duda Pablo afectó el desarrollo del cristianismo en Roma.

- La predicación del evangelio comenzó, como hemos dicho, dentro de una atmósfera totalmente judía. Los primeros cristianos fueron judíos y continuaron viviendo y adorando como judíos. La principal diferencia entre los judíos cristianos y los judíos tradicionales era que aquellos creían en el Mesías que había venido, que había sido crucificado y se había levantado de entre los muertos; mientras que los otros creían en un Mesías que todavía estaba por venir. Los judíos cristianos continuaron observando la adoración en el templo, la circuncisión, el sábado, y todos los otros asuntos de la ley mosaica. Cuando el evangelio alcanzó a los gentiles, los cristianos judíos esperaban que los creyentes gentiles recibieran la circuncisión antes de ser bautizados. En otras palabras, demandaban que los gentiles se hicieran judíos primero antes de ser cristianos. Pablo nunca aceptó este punto de vista; él mantenía que los creyentes gentiles podían ser bautizados como gentiles. Lo acertado de la posición de Pablo se comprobó al final de su primer viaje misionero. Al dar cuenta a la iglesia de Antioquia de la conversión de los gentiles, algunos cristianos vinieron desde Jerusalén proclamando que "si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos" (Hch 15:1). Este fue un punto muy importante con el que se vio confrontada la iglesia. Pablo llevó el asunto al concilio de apóstoles y ancianos en Jerusalén. Luego de un largo debate, el concilio estuvo de acuerdo con Pablo, pero pidió a los gentiles que no ofendieran a los cristianos judíos con su conducta respecto a ciertas costumbres judías (Hch 15:12-21) La decisión del consejo o concilio fue una gran victoria para el evangelio. Pero no fue una victoria que diera fin a la disputa. El

desacuerdo entre los creyentes judíos y las iglesias gentiles continuó hasta después de la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70. Pablo, pues, no alcanzó a ver el triunfo total de su teología misionera. A través de su ministerio fue combatido por los judíos y por los cristianos judíos. Su carta a los gálatas muestra el peligro en que se encontraba su obra (Gá 1:6-9). A veces parecía estar solo en esta lucha. No obstante, persistió hasta el fin. Unos pocos años después de su muerte, el desmoronamiento de la cristiandad judía en Palestina y el continuo progreso del evangelio fuera de Palestina disiparon la amenaza judía. Desde ese momento la iglesia continuó hacia adelante ganando nuevas victorias y haciendo frente a nuevos enemigos.

- No menos importante es la contribución de Pablo a la iglesia universal por medio de sus cartas. En un sentido general, las mismas tratan de la fe de la iglesia y la vida de la iglesia. Por "fe" queremos significar la enseñanza respecto a la salvación, y por "vida" la conducta de aquellos que reciben esta salvación. La carta de Pablo a los romanos se ocupa de la enseñanza en los capítulos 1 al 11, y de la conducta en los capítulos 12 al 16. La primera carta de Pablo a los Corintios, por otro lado, está dedicada mayormente a la conducta, aunque trata al mismo tiempo importantes temas como la resurrección y la unidad de la iglesia. Las cartas de Pablo tienen mucho que decir acerca del Señor resucitado y exaltado. Sin embargo, el ejemplo de Jesús con su vida santa en un mundo pecador no se menciona mucho. Por esta razón conviene siempre leer los escritos de Pablo a la luz de los evangelios. Las enseñanzas de Jesús y su ejemplo tal cual aparecen en los evangelios, y el significado de la vida, muerte, y resurrección de Jesús tal como los presenta en sus cartas Pablo, deberán ser objeto siempre de un énfasis paralelo en la iglesia.

Egipto, Etiopía, Siria y Persia

El relato de la iglesia primitiva presentado por Lucas en los Hechos da la impresión de que todo el movimiento del cristianismo se dirigió a Europa al oeste. Esto no es del todo exacto. Hubo extensión también en otras direcciones. Pero como no se registra en el Nuevo Testamento, o solo se menciona al pasar, el hecho es menos conocido que el crecimiento de la iglesia en Europa. Esto se debe a que la otra extensión se produjo en regiones que luego quedaron casi todas bajo el control musulmán. Estas áreas estaban en los países que hoy se conocen como Egipto, Siria, Iraq, y Armenia.

No se sabe cuándo el evangelio llegó a Egipto. El predicador Apolos, a quien encontramos en Hechos 18 y a quien Pablo menciona en el primer capitulo de 1 Corintios, era un judío de Alejandría. Pero no se nos dice dónde llegó a ser discípulo. Un informe posterior indica que fue Marcos quien primero predicó el evangelio en Egipto y estableció la iglesia en Alejandría. Lo que sí sabemos es que en el curso del segundo siglo Alejandría llegó a ser un centro importante de la iglesia cristiana.

Tal como en Egipto, el origen de la iglesia en Etiopía (Abisinia) es también desconocido. La tradición dice que un joven cautivo de Tiro (hoy Líbano) la fundó. Lo que sí parece cierto es que, en alguna época durante el siglo cuarto, Atanasio, obispo de Alejandría nombró a Frumentius como obispo de Axum en lo que en ese entonces era Abisinia del Norte. De acuerdo con la tradición Frumentius es el joven mencionado más arriba.

Hay más información acerca de la extensión de la fe cristiana en ciertas regiones al norte y al noroeste de Palestina. Ya en Hechos 4 leemos de creyentes en Damasco, capital de Siria. A unos 450 kilómetros del norte de Damasco estaba Edessa. Era la capital de un pequeño país, Osroeme, situado sobre el cambiante borde entre los imperios romano y persa. Tenía contactos comerciales con Armenia al norte y con Siria al sur. El cristianismo entró allí en la primera parte del siglo segundo, probablemente desde Antioquia o Damasco, por cuanto Edessa, como ellos, hablaba el idioma siriaco.

A unos 450 kilómetros al este de Edessa, al otro lado del Tigris, estaba Arbela, una antigua ciudad de Asiria. Allí hubo convertidos antes del año 100. Desde estos dos centros el cristianismo se extendió a las regiones de alrededor, especialmente en Armenia. Más adelante tendremos ocasión de ver cuán diferente fue la historia de estas comunidades cristianas, aun antes del advenimiento de los musulmanes, en comparación con el cristianismo en el imperio Romano.

Galia y África del Norte

Al principio del siglo dos el cristianismo se había establecido en Cartago, ciudad que habría de jugar un papel preponderante en la historia de la iglesia. También había entrado en las Galias (que es ahora Francia) especialmente en las ciudades de Lyon y Viena (Francia). A mediados del siglo dos el cristianismo se había esparcido sobre un área que formaba una especie de triángulo, desde el este al oeste. Su límite al norte se extendía desde Arbela a Lyon y la línea al sur desde Jerusalén, pasando por Alejandría, hasta Cartago. Con la excepción de España, Galia del norte, y Bretaña, el cristianismo se había diseminado a través de todo el imperio unos cien años después de la muerte de Jesús.

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 3: La vida de la iglesia hasta el año 313

A los treinta años del nacimiento de la iglesia, la persecución por parte de los judíos fue reemplazada por la persecución del Imperio Romano. Esta persecución comenzó en el año 64 bajo Nerón; despareció y volvió a aparecer a intervalos por periodos de variable duración hasta el año 313. En ese año el emperador Constantino decretó la libertad de religión en el imperio. Durante esos dos siglos y medio de pruebas, la iglesia experimentó muchos cambios. Algunos de estos fueron causados por la persecución, otros por el crecimiento de la iglesia, o por controversias doctrinales, o por diferencias de opinión entre las secciones oriental y occidental de la iglesia. Por cuanto hemos de considerar estos asuntos en los siguientes capítulos, será conveniente que primero echemos una mirada a la vida de la iglesia durante ese periodo. ¿Cómo era su forma de gobierno? ¿Con qué fidelidad seguía las enseñanzas del Nuevo Testamento? ¿Cómo mantenía el cumplimiento de las altas demandas del evangelio en la vida de sus miembros? Si logramos comprender algunos de estos aspectos de la vida de la iglesia, tendremos una mejor idea de lo que se quiere decir cuando nos referimos a "la iglesia" en sus diferentes conexiones, internas y externas.

Gobierno

Cuando la iglesia comenzó en Jerusalén se gobernaba por un concilio de apóstoles, quienes la guiaban en el poder y la sabiduría del Espíritu Santo. Esta es la clase de gobierno con que la iglesia se desarrolló. No había ancianos, diáconos, ni obispos; no había sínodos, distritos, parroquias, juntas, consejos, asambleas, ni delegados. La estructura de gobierno y administración se desarrolló según se iban presentando las necesidades. Un buen ejemplo de esto es el nombramiento de los siete hermanos para hacerse cargo de las necesidades de las viudas helenistas (griegas) que se describe en el capitulo 6 de los Hechos. Fueron seleccionados por la iglesia, nombrados y ordenados por los apóstoles para llenar una necesidad específica.

El anciano

Mientras tanto, y muy temprano en la historia de la iglesia, apareció el cargo de anciano, el cual ha permanecido hasta hoy. Podría quizá llamárselo el puesto básico en la iglesia. Otros cargos o servicios, como por ejemplo el de obispo, se derivaron o se desarrollaron en conexión con el cargo de anciano. La primera referencia a los ancianos en Hechos (11:30) tiene que ver con el auxilio enviado a los hermanos necesitados de Jerusalén por mano de Bernabé y Saulo, el cual fue entregado a los ancianos allí. En Hechos 14:23 se menciona que Pablo y Bernabé habían nombrado ancianos en las iglesias que Pablo estableció en su primer viaje misionero. Hay varias referencias a los ancianos en la iglesia en otros capítulos hacia el final del libro de los Hechos. Entre ellos es de notarse el capítulo 15, el cual describe la reunión del concilio de Jerusalén que trató sobre la relación de los gentiles con la ley mosaica.

¿Cómo surgió este cargo? No hay ninguna indicación en cuanto a su origen en el Nuevo Testamento. En la primera referencia a ancianos en Hechos 11:29-30 se da por sentada su existencia como algo bien conocido. Es posible que las reuniones de adoración que los creyentes en Jerusalén comenzaron a celebrar después de pentecostés siguieran el molde de la sinagoga judía. En la sinagoga el anciano, quien seguía a los gobernadores en autoridad, ocupaba un lugar prominente. Puede ser también que los miembros de mayor edad en la comunidad cristiana fueran automáticamente considerados como líderes, y que luego el cargo de anciano se estableciera por elección o por nombramiento.

Es con referencia a las iglesias gentiles fuera de Palestina que leemos acerca de los obispos y diáconos. Al comienzo del siglo dos el cargo de obispo, como veremos, se hizo muy importante. Hasta ese entonces, en el contexto neo-testamentario, los obispos son llamados ancianos y los ancianos reciben también el nombre de obispos; el cargo es uno solo. Pablo dirige su carta a toda la congregación en Filipos "con los obispos y diáconos". En 1 Timoteo 3:1-13 tenemos los requisitos que deben llenar los obispos y los diáconos; pero no dice nada de los ancianos. Esto resultaría muy extraño si los ancianos constituyeran otra división entre los líderes de la iglesia. Más extraño aun cuando en la misma carta leemos: "Los ancianos que gobiernen bien, sean tenidos por dignos de doble honor" (5:17). La identidad de los ancianos y obispos es todavía más clara en Tito 1:5-9, donde dice: "Por esta causa te dejé en Creta... establecieses ancianos en cada ciudad... Porque es necesario que el obispo sea irreprensible..." En cada iglesia, por lo tanto, los ancianos u obispos actuaban en grupo, quizá ayudados por los diáconos, para administrar los asuntos de la iglesia.

El obispo

La primera indicación clara de una diferencia entre ancianos y obispos la tenemos en las cartas de Ignacio, obispo de Antioquia en Siria, escritas alrededor del año 115. Hallándose en camino hacia Roma como prisionero, para morir como resultado de su testimonio y actividad dirigente, escribió cartas a las iglesias de Asia Menor en Éfeso, Magnesia, Tralles, y Filadelfia; a Policarpo, obispo de Esmirna, y a la iglesia en Roma. En todas estas cartas, excepto en la enviada a Roma, donde no había obispo, Policarpo exhorta a los creyentes a que obedezcan y sean leales al obispo local. En esos días el cargo de obispo era el de anciano líder en una congregación o el líder de todas las iglesias en la ciudad. Esta última era la posición de Ignacio en Antioquia y de Policarpo en Esmirna, y otros en Éfeso, Magnesia, Tralles, y Filadelfia. Esos obispos eran llamados obispos monárquicos ("monarquía" significa "gobierno por un individuo"). Esta posición tuvo un desarrollo notable, como veremos más adelante.

Las razones que elevaron el oficio a obispo monárquico, en diferencia al cargo de anciano, son las siguientes:

- Cuando una comunidad es gobernada por una comisión, junta, o consejo, siempre hay la tendencia a que uno del grupo se transforme en el líder. Esto era muy cierto especialmente en la iglesia primitiva debido a sus circunstancias en lo que respecta a la administración de las congregaciones, a la persecución sufrida, y a las herejías que continuamente aparecían.

- En lo que se refiere a la administración, existía la necesidad de centralizar la autoridad de la iglesia. Al crecer la iglesia rápidamente en varias regiones, era

necesario que la disciplina y la enseñanza estuvieran bien controladas. Además, había pobres a quienes ayudar y debía mantenerse correspondencia entre las iglesias, tanto cercanas como distantes. Todos estos factores provocaron la aparición de líderes centrales en cada ciudad o región importante.

- El aumento de la persecución hizo necesario que la iglesia tuviera líderes que pudieran hablar y actuar por ella y sus miembros en todo momento. Era esencial para que la iglesia sobreviviera que hubiera líderes que la guiaran con sus consejos sabios y su ejemplo de paciencia y valor.

- La aparición de herejías en la iglesia requería la presencia de líderes con autoridad para definir y sostener la doctrina de la iglesia, y a la vez tomar la palabra en las disputas doctrinales. El obispo monárquico no era un dictador. El estaba en constante contacto con los ancianos y los diáconos y con la iglesia en su totalidad dentro de su ciudad o región. Como tal, él era el representante que expresaba y sostenía la vida y fe común de la iglesia.

El obispo metropolitano

Sería útil hacer notar el desarrollo del episcopado monárquico, aunque ello nos llevaría más allá del segundo siglo, que es hasta donde nos ocupamos en este capitulo. Con el tiempo, el obispo de la iglesia en una ciudad capital de una provincia romana vino a ser considerado como la cabeza de toda la iglesia en esa provincia. Se le llamaba el obispo metropolitano (del griego metrópolis que significa "ciudad madre"). En cinco ciudades del imperio el obispo metropolitano vino a ser conocido como el patriarca (del griego *patriarches* primer padre). Las cinco ciudades fueron Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquia, y, después del año 451, Jerusalén. El patriarca de Roma era la cabeza de la iglesia en la parte occidental del imperio y vino a ser conocido como el Papa (padre en latín). A partir de la Reforma, grandes sectores de la iglesia occidental no han reconocido la autoridad del papa, pero él retiene el título.

Los diáconos

Cuándo y cómo se originó este ministerio no se sabe. Muy bien puede haber surgido por la necesidad que sentían los ancianos de ser ayudados en la administración de los asuntos materiales de la iglesia. En todo caso se sabe que este cargo no comenzó con el nombramiento de los siete mencionados en el capítulo 6 de Hechos. Es cierto que el trabajo que se les encomendó era una función adecuada para diáconos, pero a ellos, sin embargo, no se les llamó diáconos. No hay ninguna indicación de que continuaran en la ocupación de proveer para los pobres en la congregación. Dos de ellos, Esteban y Felipe, aparecen como figuras importantes en los Hechos en la predicación del evangelio. En Hechos 21:8 a Felipe se le llama evangelista. Es así que no existen razones para creer que el cargo de diácono comenzó con los siete.

En tiempos de los padres apostólicos los diáconos ocupaban el tercer lugar luego de los obispos y ancianos. Ignacio escribe que "los diáconos deben obedecer al obispo como si fuera la gracia o favor de Dios y a la junta de ancianos como a la ley de Jesucristo". Aun más tarde, los diáconos servían especialmente como ayudantes de los obispos.

Posiciones o cargos temporarios y permanentes

Aparte de los apóstoles, obispos, ancianos, y diáconos, había también en la iglesia primitiva hombres y mujeres con dones especiales que ejercían influencia en la comunidad cristiana. Estos eran los profetas, maestros, pastores, y evangelistas. Generalmente no estaban asociados con una iglesia en particular, pero, como los apóstoles, servían a las distintas congregaciones. El *Didaché* (al cual nos referiremos en la próxima sección) daba una lista extensa de reglas para reconocer y ayudar a los profetas y maestros viajantes. Al morir estos -lo mismo que en el caso de los apóstoles- no eran reemplazados. Los creyentes que tenían dones especiales quedaron cada vez más bajo la autoridad del obispo y realizaban solamente un servicio local. Los cargos de obispo, anciano, y diácono se hicieron permanentes; cada uno tenía sus propias responsabilidades y autoridad, y juntos formaban el gobierno estable de la iglesia.

Doctrina

Los padres apostólicos (padres de la iglesia)

Hacia fines del primer siglo y durante la primera mitad del segundo aparecieron en la iglesia varios escritos cristianos muy importantes. Sus autores se conocen con el nombre de los padres apostólicos (los padres de la Iglesia). Se les dio este nombre porque la iglesia los consideraba como discípulos de los apóstoles. Los padres en cuestión -y el lugar y fecha de sus escritos- son los siguientes: Clemente de Roma (95), Ignacio de Antioquia (110-117), Policarpo de Esmirna (117-118), Bernabé, probablemente de Alejandría (130), Hermas de Roma (100), y Papías de Hierápolis en Frigia (140). Entre los escritos de estos padres se encuentra un manual de instrucción cristiana titulado *Las enseñanzas de los doce apóstoles*, mejor conocido como el *Didaché* (o enseñanza) escrito quizá en Siria alrededor del año 100.

Las cartas de Clemente y Policarpo son en cierto modo similares. Ambas fueron dirigidas a iglesias donde había dificultades. Un grupo en la iglesia de Corinto se había rebelado contra los ancianos y los había depuesto. Clemente escribió desde Roma rogándoles que repusieran a los ancianos en sus cargos y abogando por la unidad en la iglesia. En Filipo había celos y discordia en la iglesia, y Policarpo les escribió desde Esmirna para ayudar a restablecer la unidad de los hermanos.

El tema central de las cartas de Ignacio es la unidad de la iglesia y la autoridad del obispo. Algunos ejemplos de sus consejos son: "Presten atención al obispo y a la junta de ancianos y diáconos." "No hagan nada sin el obispo..." "Todos ustedes deben seguir al obispo como Jesucristo siguió al Padre..." "Que ninguno haga nada que tenga que ver con la iglesia sin el obispo..."

El *pastor* de Hermas es el más extenso de los escritos aquí mencionados. Consiste en visiones, mandamientos celestiales, y muchas parábolas de la vida cristiana. Su tema principal es el arrepentimiento que conduce al bautismo. En el bautismo todos los pecados pasados son perdonados. Después del bautismo es posible arrepentirse del pecado y ser perdonado solo una vez más. Probablemente se refería a pecados mayores, lo que hoy en día la Iglesia Católico-romana llama "pecado mortal". En relación con este tema hay en el libro un énfasis constante sobre la vida santa.

La carta de Bernabé trata sobre lo que él entiende es el Antiguo Testamento. Lo convierte en su totalidad en un libro cristiano al interpretarlo figurativamente. Un ejemplo de esto lo tenemos en su interpretación de la enseñanza del Antiguo Testamento concerniente a la diferencia entre los animales limpios e inmundos. Los animales que rumian y tienen pezuña hendida son limpios, dice el Antiguo Testamento. Son limpios porque rumian su alimento y tienen pezuña dividida. ¿Por qué? Bernabé explica que aquellos que piensan continuamente en la Palabra de Dios y en cosas santas (es decir "rumian") y que viven en este mundo pero al mismo tiempo miran con expectación hacia la nueva vida (es decir las dos partes de la pezuña) agradan a Dios (es decir son limpios).

El *Didaché*, como se ha dicho, es un manual de enseñanza cristiana que trata de tres asuntos. El primero es la diferencia entre el camino de la vida y el camino de la muerte. Describe con cierta amplitud el camino de la vida al establecer la forma en que los cristianos deberían vivir. Esto lo hace gráficamente por medio de ilustraciones difíciles de olvidar: "No extendáis vuestras manos para recibir, y luego las cerréis cuando debéis dar." El camino de la muerte se conoce por la mala conducta de aquellos que andan en él. Luego hay algunas instrucciones para la adoración cristiana, y finalmente indicaciones interesantes de cómo distinguir entre un falso profeta y uno verdadero: "Cualquiera que dice en el espíritu, "Dadme dinero", o algo parecido, no le escuchéis, pero si os dice que deis a otros que están necesitados, que ninguno le juzgue."

El último, y también de menor importancia, es Papías. Todo lo que queda de sus escritos son algunos fragmentos inconexos, trece en total, que pueden llenar ocho páginas aproximadamente de un libro corriente. El valor de estos fragmentos es mayormente histórico. El segundo en extensión sin embargo tiene un interés especial porque arroja luz sobre las ideas que los primeros cristianos tenían sobre el reino venidero de Cristo: "Vienen los días cuando las viñas arrojarán diez mil retoños cada una, y diez mil ramas en cada retoño, y diez mil ramitas en cada rama, y diez mil racimos en cada ramita, y diez mil uvas en cada racimo, y cada uva al ser exprimida rendirá veinticinco jarras de vino."

Evaluación

Uno lee estos documentos tanto con aprecio como con intranquilidad. Todos muestran un profundo amor hacia Cristo y una alta estima por la unidad de la iglesia y su comunión. También revelan una firme autodisciplina dirigida a mantener la vida santa y un llamado al espíritu de amor mutuo entre los cristianos. Desde este punto de vista los escritos de los padres apostólicos constituyen una lectura edificante, y nos ayudan a discernir cuán profundos eran los recursos espirituales de la iglesia primitiva.

Por otro lado, algunas de las enseñanzas nos preocupan, y entre ellas las que siguen son las más prominentes:

- Un ansia morbosa por el martirio. Esto es muy evidente en la carta de Ignacio a los romanos. Les ruega que no hagan nada para prevenir que él sea arrojado a los leones cuando llegue a Roma. Cuando es arrojado al circo y los leones no quieren atacarlo él los fuerza a hacerlo. "Que nada visible o invisible me impida alcanzar la presencia de Jesucristo. El fuego y la cruz y luchas con las fieras, huesos que crujen, los miembros destrozados, la destrucción de todo mi cuerpo, tormentos del maligno... que vengan sobre mí, con tal que pueda alcanzar la presencia de Cristo." Esta actitud de buscar con ansia el martirio, de glorificar el sufrimiento, y lo que

entendían que significaba el alcanzar la presencia de Cristo, fue adoptado por muchos cristianos durante las persecuciones que ocurrieron más tarde.

- Las enseñanzas de Hermas en *El Pastor* sobre el bautismo. Como hemos visto, el bautismo limpia todos los pecados pasados y puede haber solamente un arrepentimiento después del bautismo. Este criterio no halla, por cierto, asidero alguno en el Nuevo Testamento. Por el contrario, en el Nuevo Testamento el bautismo representa la renovación del corazón, un nuevo nacimiento, lo que hace posible que resistamos el pecado o que nos arrepintamos cuando lo hemos cometido. Como resultado de esta enseñanza de Hermas, muchos creyentes de la iglesia primitiva rehusaban bautizarse hasta muy tarde en la vida o hasta cuando ya estaban en su lecho de muerte. El ejemplo más notable de esta práctica fue el bautismo tardío del emperador Constantino.

- Un énfasis incorrecto sobre las buenas obras. La opinión de Hermas sobre el bautismo emanaba de la creencia de que los pecados cometidos antes del bautismo eran debidos a la ignorancia. Por lo tanto, podían ser perdonados. Desde ese momento el creyente tenía que conservar su salvación obedeciendo la ley de Dios. Todos los padres apostólicos asignan un énfasis extremado a la observancia de la ley y las buenas obras. A la luz de las enseñanzas de Hermas sobre el bautismo, a menudo los padres dan la impresión de que la obra de salvación está dividida en dos partes: lo que Cristo ha hecho por nosotros limpiándonos de los pecados cometidos antes del bautismo, y lo que debemos hacer nosotros después del bautismo. Esto estaba muy lejos de la enseñanza de Pablo sobre la justificación por fe en la obra salvadora de Cristo. La salvación por el favor inmerecido de Dios que Pablo predicaba, pierde su énfasis en las expresiones de los padres apostólicos. Una de las declaraciones más hermosas sobre la salvación solamente por el amor inmerecido de Dios se encuentra en la carta de Pablo a Tito (3:47):

  Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de vida eterna.

  El olvido de esta enseñanza por parte de los padres apostólicos es una muy grande pérdida.

- Bernabé usó una forma de comprender la Biblia que era practicada tanto por los griegos como por los judíos en su literatura sacra. Se llama alegorización. Esta palabra se deriva del griego "allegoria", que significa el uso de una imagen o figura para describir un asunto totalmente diferente. El uso apropiado de alegorías puede ser efectivo para enseñar. Hermas usó mucho este método. En una visión que él describe, vio a varios hombres jóvenes que usaban piedras para construir una torre sobre el agua. La torre, nos dice, es la iglesia; los jóvenes son ángeles; las piedras son creyentes; y el agua es el agua del bautismo. Aquí la persona que usa la ilustración nos dice lo que significa, tal como, por ejemplo, Señor Jesús lo hizo en la parábola del sembrador. Sin embargo una alegoría está mal usada cuando un

> escritor u orador indica significado de cosas escritas o dichas por otro que nunca pensó dar ese significado a sus palabras. Esto es precisamente lo que Bernabé hace en la mayor parte de su carta. El escritor del Antiguo Testamento nunca pensó ni imaginó el significado que Bernabé iba darle a "rumiar" y a la "pezuña hendida". De esta manera Bernabé hizo decir al Antiguo Testamento muchas cosas que nunca pasaron por la mente de Moisés y los profetas que hablaron en nombre de Dios. Bernabé tenía la intención de servir a Cristo, pero la forma en que lo hizo no es para ser imitada. Aquí también conviene escuchar a Pablo: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Timoteo 2:15).

Al hacer estas críticas a los Padres apostólicos, es necesario recordar algo que con facilidad se olvida. Ellos estaban al comienzo de la historia de la iglesia, cuando el pensamiento teológico estaba aún en embrión. No se hallaban donde estamos colocados nosotros hoy con la ayuda de diecinueve siglos de reflexión acerca de la Palabra de Dios. Cabe preguntarnos si nosotros, que notamos lo defectos indicados, hubiéramos pensado y escrito con más fidelidad escritural. Si tenemos esto en cuenta, podemos notar con humildad y con ventaja las importantes diferencias entre el Nuevo Testamento y los Padres apostólicos.

Conducta

El cristianismo en su comunidad

Los cristianos vivían dentro del Imperio Romano más o menos en la misma forma que los cristianos de hoy en día. Trabajaban en granjas, oficinas, barcos, y toda clase de oficios y empleos. Tomaban parte en las actividades de la comunidad, excepto en aquellas que consideraban contrarias a su religión. Esto aparece muy claro en la carta escrita a un cierto Diogneto por un cristiano desconocido, probablemente entre los años 150 y 180. En ella se describe en una forma hermosa la unidad y las diferencias de los cristianos con la sociedad en la cual vivían.

Porque los cristianos no se distinguen del resto de la humanidad dentro de su país y sus costumbres. Porque no viven en ciudades aparte, no usan un lenguaje distinto, ni practican costumbres raras. Si bien ellos siguen las costumbres locales en el vestir y comer y el resto de su vida, la forma en que viven es maravillosa y digamos extraña.... Toman parte en todo como ciudadanos, y lo soportan todo como extranjeros... se casan como los demás, tienen hijos, pero no un lecho común... permanecen en la tierra, pero son ciudadanos del cielo....

Tertuliano, el teólogo de África del norte, que vivió entre 150 y 225, nos da una idea más amplia de cómo los cristianos diferían de sus vecinos no cristianos. En su*Apología* (es decir, defensa) del modo de vida de los cristianos, describe un culto de adoración. En el mismo se reciben donaciones de dinero, dice, pero este se da de acuerdo con la posibilidad de cada uno; no hay obligación, todo es voluntario. Luego prosigue:

Estas donaciones no se gastan en fiestas, ni en borracheras o comilonas, sino en sostener y enterrar a los pobres; en suplir las necesidades de los niños y niñas que no tienen medios de vida ni padres, y de ancianos confinados a sus casas; también de aquellos que han sufrido naufragio; y si hay algunos en las minas, o desterrados en las islas, o encerrados en

prisiones únicamente por su fidelidad a la causa de la Iglesia de Dios, los tales son ayudados por los cristianos. Son los actos de amor tan noble los que mayormente llevan a muchos a poner una marca sobre nosotros. "Mirad -dicen- como se aman entre sí." [Apología, capítulo XXXIX]

Los cristianos y la vida pública

No era siempre fácil, sin embargo, ser un cristiano en el imperio. En muchos aspectos los cristianos no podían realmente tomar parte en las actividades de su tiempo. Tenían buenas razones para abstenerse, pero sus vecinos no lo comprendían. Los cristianos no tomaban parte ni asistían a los espectáculos y diversiones públicas debido a que estos a menudo eran inmorales. Muchos se negaban a servir en el ejército. Se preguntaban si era correcto que un cristiano tomara parte en la guerra, y creían que no podían ofrecer sacrificios al emperador como era necesario que lo hicieran los soldados. Por la misma razón los cristianos no podían aceptar puestos en el gobierno. A menudo no querrían enviar a sus niños a las escuelas públicas debido a que las lecciones incluían la enseñanza de la religión pagana. Andando el tiempo, como veremos, estas actitudes les atrajeron persecución. Un ejemplo de las dificultades que los cristianos tenían que confrontar dentro del imperio puede hallarse en la forma en que un personaje tan influyente como Tertuliano condenaba el servicio militar:

Debemos primeramente preguntarnos si la guerra es en realidad posible para el cristiano... ¿Habrá de tomar parte en la batalla el hijo de paz, cuando ni aun es correcto para él llevar a juicio a otro ante la ley?... ¿Habrá de hacer guardia ante los templos a los cuales ha renunciado...? Luego ¿cuántas otras ofensas puede cometer al llevar a cabo sus tareas en el campamento...?

Al convertirse un soldado pagano, Tertuliano escribe, debe "abandonar inmediatamente" el servicio militar; si no lo hace, ofenderá a Dios. Lo mismo se aplica a las posiciones oficiales en el gobierno en general:

Deben rehusarse estos puestos para no caer en actos de pecado, o sufrir el martirio para librarnos de ellos.

No debe creerse que todos los cristianos tenían esta convicción y que actuaban tan estrictamente como Tertuliano. Es bien sabido que a fines del siglo II había muchos cristianos, hombres jóvenes, en los ejércitos romanos. Probablemente había funcionarios cristianos en los muchos departamentos y oficinas de gobierno. No obstante, existía una actitud bien definida de separación en estos aspectos que caracterizaba a la comunidad cristiana en su totalidad.

Matrimonio y esclavitud

En ninguna esfera era la diferencia tan grande entre cristianos y paganos como en el matrimonio. El matrimonio estaba fuertemente protegido por la ley de monogamia. Esto no era difícil ya que en el mundo greco-romano la poligamia no era frecuente. El concubinato, sin embargo, era muy común y era contra esta forma de adulterio que la iglesia protegía el matrimonio. El divorcio en el imperio era fácil de obtener, y con respecto a esto la iglesia también adoptó una actitud muy estricta. Muchos creían que el hombre o mujer cuyo cónyuge fallecía no debía casarse otra vez. Es en vista de esto que donde nuestra Biblia,

versión 1960, dice en 1 Timoteo 3:2,12 y Tito 1:6 que los obispos y diáconos deben ser "marido de una sola mujer", una de las versiones inglesas (Revised Standard Version) dice: "casado solamente una vez".

Este énfasis sobre la monogamia y la continencia antes del matrimonio elevó la posición de la mujer en la sociedad. El mundo antiguo en general tenía un concepto muy bajo de la mujer. En ningún plano ha resultado el evangelio una fuerza tan poderosa y liberadora como en la del matrimonio y el hogar. Policarpo escribió a los filipenses que las esposas debían vivir en la fe que se les había dado, en amor y pureza, dedicándose a sus maridos con toda sinceridad y amando a todos por igual con perfecta castidad, y educando a sus hijos en el temor de Dios.

Hay un aspecto de gran importancia social en el cual el cristianismo fue remiso y no actuó con tanta rapidez: la esclavitud. No hay ninguna protesta clara contra ella en el Nuevo Testamento, y por mucho tiempo se aceptó como parte de la estructura social. Sin embargo, la posición del esclavo dentro del Imperio Romano a menudo difería notablemente de la de esclavos en otras regiones del mundo. Muchos de los maestros de niños y otros estudiantes mayores eran esclavos griegos instruidos. El esclavo podía ocupar una posición de confianza en la familia, en el comercio, y en el gobierno. El esclavo cristiano era considerado como un igual en la comunión de la iglesia. La carta de Pablo a Filemón indica el alto concepto en que se podía tener a un esclavo. No obstante, había también entre los cristianos abusos derivados del hecho de que un ser humano fuera propiedad de otro. Los sínodos y los concilios de la iglesia advertían contra el tratamiento injusto de los esclavos.

La disciplina en la iglesia

La conducta de los cristianos primitivos era, sin duda alguna, moralmente estricta. El Nuevo Testamento pone énfasis sobre la vida santa. Los padres apostólicos enseñaban el evangelio como una nueva ley que debía ser obedecida. La fe cristiana se expresó en el Imperio Romano más por medio de la pureza de vida que por la corrección de su doctrina. Era particularmente en el asunto de la pureza religiosa y moral que los cristianos diferían de los paganos. La iglesia estaba tan convencida en este punto que exigía el cumplimiento de las normas morales con todo su poder. Por lo tanto, aquellos que quebrantaban las leyes establecidas eran severamente disciplinados. Hermas enseñaba que solo podía uno arrepentirse una vez después del bautismo. Quizás esto tiene alguna relación con Hebreos 10:26-27: "Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por el pecado, sino una horrenda esperanza de juicio..." (Véase también Hebreos 6:48). Además, Juan había enseñado que era posible vivir sin pecar: "Cualquiera que permanece en él, no peca; cualquiera que peca, no le ha visto, ni le ha conocido" (1 Jn 3:6). Al mismo tiempo, Juan escribe: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Jn 1:8). A través de los años, la enseñanza de Jesús de que debemos perdonar setenta veces siete, y la enseñanza de Juan (1 Jn 1:8) han formado la actitud básica de la iglesia. Pero esto no era así todavía en la iglesia primitiva. La penitencia (del latín *poena* "castigo") tenía que probar la realidad del dolor que se sentía por haber pecado, antes de que el pecador pudiera recibir el perdón. Por consiguiente, se inventaron duras penalidades con el doble propósito de que el pecador se humillara y así pudiera salvarse, y de que la pureza de vida en la iglesia fuera mantenida.

La principal forma de disciplina era la confesión pública, o, como la palabra griega que se usaba a este respecto lo indicaba, "la confesión total". Tertuliano prescribe enfáticamente dicha disciplina en su breve tratado sobre el *Arrepentimiento*. En el mismo acepta totalmente la enseñanza de Hermas de que solo existe un arrepentimiento para aquellos que han sido bautizados. Este segundo arrepentimiento se lleva a cabo así:

En cuanto al vestido y el alimento, el penitente debe yacer en saco y ceniza, cubriendo su cuerpo con luto.... Además, no debe ingerir alimento o bebida sino lo más simple... inclinarse a los pies de los presbíteros [anciano/obispo], y arrodillarse ante los amados de Dios. [Arrepentimiento, capítulo IX.]

Estos añadidos extremos a los requerimientos del Nuevo Testamento continuaron en efecto por mucho tiempo. Hubo protestas, especialmente por parte de los miembros más cultos y de posición acomodada, pero Tertuliano contestó: "¿Es mejor ser condenado en secreto que ser perdonado en público?" A partir, más o menos, del año 100 este modo de hacer penitencia era común en la iglesia. Sin duda era parte del adiestramiento que hizo a la iglesia fuerte ante la persecución. Sin embargo, veremos que el arrepentimiento por negar a Cristo como consecuencia de la persecución vino a ser un problema serio en la iglesia y contribuyó grandemente a un cisma que duró muchos años.

Tal era la iglesia del siglo dos. Era un cuerpo de creyentes que practicaba una profunda lealtad hacia su Señor en fe y conducta. Sus miembros vivían una vida que estaba unida a la comunidad pagana dentro de la cual habitaban pero que era distinta cuando las prácticas, leyes, y costumbres de aquella eran contrarias a su fe cristiana. La iglesia necesitaba toda la fuerza de su fe, organización, y coraje moral para permanecer fiel a Cristo en las persecuciones que trataron de destruirla.

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 4: La persecución dentro del imperio

Por más de trescientos años después de su nacimiento la iglesia cristiana sufrió persecución o estuvo en peligro de ser perseguida. En el curso de estos trescientos años también conquistó el Imperio Romano. La sangre de los mártires, se ha dicho, es la semilla de la iglesia. Esta no es una expresión vacía; las persecuciones que sufrió la iglesia en el imperio durante ese tiempo fueron extremadamente penosas, pero también fructíferas. Mientras sufría, la iglesia iba creciendo. Cuando las persecuciones finalizaron, el cristianismo ya estaba establecido a través del imperio; había un emperador cristiano en el trono, y la posición de la iglesia era tan segura que ya no era peligroso ser cristiano. Lo que es más, se tornó difícil y a veces peligroso no ser cristiano.

Notaremos en este capítulo cómo el cristianismo llegó a ser una religión ilegal, cuáles fueron las acusaciones que causaron las persecuciones, la defensa de los cristianos contra estas acusaciones, y la extensión de las persecuciones.

La persecución de la iglesia en el imperio puede dividirse en dos períodos principales. El primero se extiende desde la persecución del emperador Nerón en el año 64 hasta la de Decio en el 250; el segundo período se extiende desde Decio hasta el final de la persecución bajo Constantino (313 en la parte occidental del imperio, diez años más tarde en la región oriental). En este capítulo queremos analizar las persecuciones que tuvieron lugar durante el primer período, desde el 64 al 250.

El cristianismo y la ley

En el primer capítulo hemos notado la enorme extensión del Imperio Romano. Un estado tan grande solo podría permanecer unido si reconocía las costumbres locales, las leyes tribales, y las convicciones y prácticas religiosas de los muchos pueblos que gobernaba. Así lo hizo Roma como parte de su política básica. Solamente de esta manera podía prevenir revueltas y asegurarse la lealtad y obediencia de los pueblos, tribus, y naciones que habitaban dentro de sus fronteras.

Religión legal e ilegal

Con Augusto (en el año 27 A.C.) el imperio comenzó a ser gobernado por un hombre en cuyas manos se concentraba todo el poder. Era preciso lograr que esta autoridad fuera poderosa y respetada al máximo posible. Para ese fin, la veneración religiosa del emperador aumentó aun más la autoridad de que él ya gozaba por su poderío legal, económico, militar, y social. Los romanos empezaron gradualmente a considerar a su emperador como un dios a quien ofrecían sacrificios en sus templos. Esta adoración se transformó en un poderoso aliado para exaltar la majestad, el prestigio, y la autoridad del emperador. Era una religión solo ritualista; no contenía ninguna doctrina que hubiera de aprenderse y solo se practicaba en ocasiones oficiales. La adoración del emperador se mantuvo junto con la adoración de los antiguos dioses que la gente veneraba a través del imperio, y se practicaba al mismo tiempo que las religiones tradicionales. El estado reconocía estas religiones y las llamaba *religio lícita*. Estas religiones, más bien que la

veneración del emperador, buscaban llenar las necesidades espirituales diarias del pueblo. Cualquier religión, sin embargo, que no permitiera la adoración del emperador era considerada *religio illicita*. Solamente había un grupo de personas que no estaban obligadas a ofrecer sacrificios al emperador: los judíos. Existían varias razones para esto. La población del imperio incluía millones de judíos, y no estaban limitados a un solo país o religión. Estaban diseminados por todo el imperio, como se hizo notar al tratar la dispersión en el Capítulo 1. Los judíos en general eran prósperos y bien organizados por lazos comunes de raza y religión. Eran, por lo tanto, gente influyente. En lo religioso eran monoteístas; consideraban un sacrilegio el adorar a un dios que no fuera el Dios de sus padres, el creador del mundo, el Dios del Pacto con Israel. El gobierno romano siempre tenía cuidado de no ofender a los elementos importantes del imperio. En el asunto de sacrificar al emperador, podía ser tolerante con los judíos. Se trataba de un pueblo bien definido y separado de otras razas dentro del imperio, y solo unos pocos gentiles se habían hecho judíos. Si el gobierno excusaba a los judíos de sacrificar al emperador, esto no causaría serios problemas. Casi todos los pueblos en el imperio eran politeístas y este tipo de religión es generalmente tolerante con otras religiones. Era cierto que el gobierno romano había tenido conflictos armados con los judíos, pero esto se debió solo a rebeliones u otros actos ilícitos, nunca a causas religiosas.

Por treinta años, desde su comienzo, el cristianismo se benefició con la actitud del gobierno hacia los judíos. Al principio solo los judíos eran cristianos. Cuando Pablo y sus colaboradores comenzaron a llevar el evangelio a los gentiles comenzaban siempre su predicación en cualquier ciudad en la sinagoga judía del lugar. Por lo tanto, los cristianos estaban identificados con los judíos tanto en la mente del público como ante el gobierno. Aun cuando había conflictos entre los cristianos judíos y los judíos tradicionalistas, las autoridades lo consideraban como conflictos entre los judíos. Un ejemplo notable de esto es el esfuerzo hecho por los judíos en Corinto para persuadir a Galión, el procónsul romano de Acaya, de que condenara a Pablo por su propagación del cristianismo. Ellos acusaron a Pablo de persuadir a los hombres a que honraran a Dios contra la ley. A esto Galión les respondió: "Si fuera algún agravio o algún crimen enorme, oh judíos, conforme a derecho yo os toleraría, pero si son cuestiones de palabras, y de nombres, y de vuestra ley, vedlo vosotros; porque yo no quiero ser juez de estas cosas. Y los echó del tribunal" (He 18:12-16).

Cristianismo: Religio illicita

Al propagarse el cristianismo, sin embargo, los judíos hicieron ver claramente al gobierno que los seguidores de la ley mosaica y los seguidores de Cristo no eran la misma cosa. Esto también se hizo claro por el hecho de que los gentiles se estaban haciendo cristianos en mayor número que los judíos. Al final, las autoridades comprendieron la diferencia que existía entre los judíos y los cristianos. Se dieron cuenta además de que mientras los judíos eran numerosos, ricos, bien organizados e importantes, los cristianos eran pocos, generalmente pobres, y sin influencia en la sociedad. Su negativa a sacrificar al emperador, por lo tanto, hizo que el gobierno considerara al cristianismo como una religión ilícita. De allí en adelante los cristianos tenían que arriesgar sus bienes, su libertad y aun sus vidas para confesar el nombre de Cristo. Esta era la situación en el año 64 cuando el emperador Nerón inició la persecución de los cristianos en Roma.

Las causas de la persecución

Las causas de la persecución por el imperio eran muchas, pero había una que era la más seria. Por lo tanto, al tratar este asunto debemos distinguir entre la causa primordial de la persecución y las causas accesorias.

La causa principal

La razón básica de la persecución de los cristianos en el Imperio Romano fue que la iglesia no permitía a sus miembros la adoración del emperador. A raíz de esta negativa, que a su vez ocasionó otras negativas de parte de los cristianos, estos fueron odiados, arrestados, exiliados a islas solitarias, condenados a trabajar como esclavos en las minas, arrojados a los leones como un espectáculo público, y ejecutados por la espada. Estos horribles castigos no cayeron sobre todos los cristianos en todas partes al mismo tiempo ni en forma continuada, sino que se produjeron esporádicamente, hoy en una localidad, mañana en otra. Sin embargo, los cristianos estaban siempre en peligro. En cualquier momento una turba, un gobernador mal intencionado, o un emperador disgustado podía infligir a los creyentes sufrimientos indecibles.

No era posible para la iglesia transar con el gobierno en este tremendo problema. El adorar al emperador significaba estar de acuerdo con el politeísmo y la idolatría. La estatua del emperador en el lugar del sacrificio no era para los cristianos una estatua sino un ídolo. Representaba a un emperador, muerto o vivo, y lo declaraba el dios que bendecía el imperio con prosperidad en tiempo de paz, con victoria en tiempo de guerra, con la justicia de la ley, el progreso de las artes, y con fertilidad en los campos y el ganado. Su bondad y poder mantenía el imperio. Además, al adorar al emperador, los romanos no adoraban a un hombre llamado Octavio o Claudio o Adrián. El emperador, como dios, era en realidad la personificación del Imperio Romano. En él se concentraban el poder, la fuerza, la historia, y la gloria del imperio. La adoración del emperador en su más profundo significado era la adoración del estado. El emperador, que representaba la dignidad, majestad, y autoridad del estado, se transformaba en el mismo estado.

La negativa por parte de la iglesia a acceder a la adoración del emperador significaba que rechazaba al estado como un dios que debía ser adorado. La iglesia no podía permitir que Dios, el creador del cielo y de la tierra, el padre de su Señor Jesucristo, tuviera que compartir su gloria con un hombre o una institución humana. No podía permitirlo aun cuando esa institución fuera el poderoso Imperio Romano.

Por su parte, el gobierno romano creía con igual convicción que la prosperidad en la economía, la paz en su tierra, y la victoria en las fronteras, fluía todo del estado y sus dioses. El rehusarse a adorarlos era atraer su desagrado y venganza. Como resultado natural de esta convicción, los romanos acusaron a los cristianos de ser *atheoi*, es decir, ateos. Los cristianos despreciaban los dioses que habían engrandecido a Roma; y rehusaban adorar al emperador, en quien el estado había encontrado su expresión humana y divina. Este ateismo vino a ser la principal acusación contra los cristianos, y la causa principal de su persecución por el estado romano. Como veremos, la negativa de los cristianos a ofrecer sacrificios al emperador no era todo. Tenía mucho que ver con la actitud de los cristianos contra el gobierno romano, la sociedad romana, y las instituciones romanas. Por esta razón no existía la menor duda de cuál era la causa primordial del

desagrado de Roma con los cristianos. Si la iglesia hubiera estado dispuesta a transigir en este punto, probablemente no hubiera habido persecución.

Causas adicionales

- Aparte de la acusación básica de que los cristianos eran ateos, también se les acusaba de odiar a la humanidad. Este cargo estaba respaldado por una larga lista de acusaciones específicas. Muchos cristianos, como hemos visto, rehusaban a servir en el ejército y en el gobierno; no asistían a los espectáculos públicos o al teatro; y se negaban a enviar sus niños a las escuelas públicas. Su negativa a ofrecer sacrificios al emperador y a los dioses, se decía, trajo por consecuencia el desagrado de los dioses y con ello toda clase de calamidades en el imperio. Los cristianos también predicaban la próxima destrucción del mundo; su religión deshacía las familias; y se burlaban de los dioses de otras religiones en el imperio. ¿No son estos que hacen tales cosas enemigos de la sociedad dentro de la cual viven?

- Se decía que los cristianos eran culpables de prácticas inmorales en sus asambleas religiosas. Se creía que comían carne humana, que se emborrachaban, que cometían adulterio, y particularmente incesto. Es comprensible que estos cargos surgieran en una sociedad hostil. La comunidad cristiana celebraba sus cultos en privado. Los cristianos se reunían a menudo por la noche para orar y tener comunión. Jesús les había dicho a sus discípulos que lo recordaran en la Cena del Señor con estas palabras "este es mi cuerpo" y "esta es mi sangre"; bebían vino en sus reuniones de comunión, se llamaban entre sí hermano y hermana, y se daban un beso de comunión cristiana en sus cultos de adoración.

- Los cristianos eran acusados de hacer peligrar la seguridad del estado debido a su organización eclesiástica. El temor a las revueltas hacía que el gobierno desconfiara de los partidos, grupos organizados, y asociaciones. Por tanto prohibió cualquier tipo de asociación. La iglesia se hizo cada vez más organizada, con obispos en muchas de las ciudades. En cada congregación había ancianos y diáconos. Se llevaban a cabo sínodos regionales y de distrito. Ante cualquier diferencia entre la ley del imperio y la ley de la iglesia, los cristianos obedecían la ley de la iglesia. Se llamaban a sí mismos "soldados de Cristo".

- Aparte de estas acusaciones graves, había otras de menor importancia: las Escrituras cristianas se contradecían; el cristianismo era nuevo comparado con las religiones antiguas del imperio; los cristianos consideraban el domingo como un día sagrado y se negaban a trabajar; la resurrección de Jesús era una invención de sus discípulos; Jesús habla sido incapaz de convencer a su propio pueblo de su mensaje mesiánico; era un hijo ilegítimo; si Jesús era divino, ¿por qué se asoció con publicanos y pecadores, vivió en pobreza, y murió en una cruz?

Persecución por el nombre de Cristo

Como resultado de estas acusaciones, los cristianos eran perseguidos, no por lo que hacían sino por lo que eran. Eran cristianos; el ostentar el nombre de Cristo era suficiente causa de persecución. Es a la luz de esto que debemos leer 1 Pedro 4:14-16:

> Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello.

La persecución a causa del nombre de Cristo se produjo en los más altos niveles del gobierno. En un famoso intercambio de cartas entre Plinio, el gobernador de Bitinia en el Asia Menor, y el emperador Trajano en el año 112, Plinio escribió:

> Nunca he tomado parte en la investigación de cristianos... Por lo tanto no es poca mi incertidumbre de si hay alguna distinción de edades, o si los más débiles de los ofensores son tratados como los más fuertes... si el castigo está conectado con el mero nombre aparte de crímenes secretos, o con crímenes secretos conectados con el nombre. Mientras tanto, este es el método que he adoptado.... Les pregunto si eran cristianos.... Si se mantenían como tales, les hice ejecutar.

En su respuesta Trajano aprobó la acción de Plinio. Sin embargo, le ordenó que los cristianos no fueran buscados, y que si se arrepentían y ofrecían sacrificios a los dioses romanos debían ser perdonados y libertados. En cualquier caso, no debían admitirse acusaciones sin firmar.

La defensa cristiana

Nuestro conocimiento de los argumentos contra el cristianismo proviene mayormente de un grupo de escritores cristianos, conocidos como los *apologistas*, es decir defensores.

Entre el comienzo de las persecuciones y el año 250 hubo muchos apologistas. Muchos escritos nos han llegado a través de los siglos de cristianos tanto de la parte oriental como occidental de la iglesia: Quadratus, Arístides, Justino Mártir, Taciano, Minucio Félix, Tertuliano, Orígenes, Cipriano, el autor desconocido de la *Epístola a Diogneto*, y otros. Tertuliano, Orígenes, y Cipriano son también conocidos por otros escritos con que ayudaron a la iglesia. Las apologías fueron dirigidas a los emperadores, a otros personajes influyentes, al senado romano, y al pueblo romano en general. Los argumentos que los apologistas usaban en su defensa del cristianismo pueden dividirse en cuatro grupos mayores:

- Súplicas a las autoridades para que trataran a los cristianos con justicia.
- Ataques a las creencias y prácticas de las religiones paganas.
- Presentación de las creencias y modo de vida cristianos.
- Ideas teológicas para justificar el cristianismo.

Reclamo de justicia

Justino Mártir nos da un buen ejemplo de esta apelación. A los emperadores romanos se les llama "píos y filósofos, guardianes de la justicia y amadores del saber", y por ello debían escuchar la apelación de los cristianos a ser correctos y justos. Justino dirige su apología al emperador Antonino Pío, a sus hijos, al senado romano, y a todo el pueblo romano. Hablando en nombre de "todos aquellos de todas las naciones que son injustamente odiados", prosigue:

> Para que nadie piense que esta es una afirmación temeraria, demandamos que los cargos contra los cristianos sean investigados, y que, de ser sustanciados, se les castigue como merecen... pero si nadie puede probarnos ningún delito, la verdadera razón os prohíbe que por causa de rumores malignos perjudiquéis a hombres sin tacha, y por cierto a vosotros mismos que consideráis correcto el dirigir asuntos no por medio del juicio sino por la pasión... es vuestro deber que al oírnos, como la razón lo demanda, seáis hallados buenos jueces. Pues si, cuando os enteráis de la verdad no hacéis lo que es justo, tendréis que aparecer delante de Dios sin excusa. (*Primera Apología*, III)

Particularmente reprendió a las autoridades por perseguir a los cristianos por el mero hecho de llamarse "cristianos". Les hizo ver cuán injusto es el castigar a una persona no por haber hecho algo malo sino porque se llama por cierto nombre:

> Y a aquellos entre vosotros que son acusados, no los castigáis antes de resultar convictos; pero en el caso nuestro aceptáis el nombre como prueba contra nosotros... A la vez, si alguno de los acusados niega el nombre y dice que no es un cristiano, vosotros lo absolvéis por no tener evidencia contra él como un malhechor; pero si alguien reconoce que es un cristiano, lo castigáis por haber reconocido tal cosa. La justicia requiere que investiguéis en la vida de ambos, de aquel que confiesa y de aquel que niega, y que por sus hechos se compruebe qué clase de hombre es. (*Primera Apología*, IV)

El ataque a las creencias y prácticas paganas

Los apologistas replicaban enérgicamente cuando los oponentes del cristianismo lo atacaban como supersticioso e inmoral:

Y tampoco honramos con muchos sacrificios y guirnaldas de flores a esas deidades formadas por hombres y colocadas en altares a las cuales llaman dioses, por cuanto vemos que son cosas sin alma y muertas, y no tienen la forma de Dios... sino que son los nombres y formas de esos demonios malignos que han aparecido.

Los hombres que hacen estos dioses son inmorales, "hábiles en todos los vicios",

> ...aun a sus propias doncellas que trabajan con ellos corrompen. ¡Qué locura!, que hombres inmorales produzcan dioses para que vosotros los adoréis, y que vosotros nombréis a esos mismos hombres guardianes de los templos donde tales dioses se veneran, no reconociendo que es ilícito a un pensar o decir que hombres sean guardianes de los dioses. (*Primera Apología*, IX)

Tertuliano, al escribir su *Apología* cincuenta años más tarde que Justino, hizo burla de los sacrificios paganos y de los dioses a los cuales honraban:

> Ofrecéis lo deteriorado, lo sarnoso, lo corrompido.... Cortáis de la grosura y lo sano las partes que no sirven, como la cabeza y las pezuñas, lo cual en vuestros hogares hubierais dado a los esclavos y a los perros.... Volviendo a vuestros libros, de los cuales extraéis vuestro adiestramiento en la sabiduría y los más nobles deberes de la vida, qué cosas ridículas encuentro... que por los troyanos y griegos pelearon los dioses entre sí como un par de gladiadores; que Venus fue herida por un hombre

porque ella quería rescatar a su hijo Eneas... que Marte casi se consumió por estar preso trece meses... que Júpiter... inmundamente hace el amor a su propia hermana... (*Apología*, capítulo XIV)

Presentación de la fe y práctica cristianas

Los apologistas presentaron la fe cristiana a sus lectores con dignidad y simplicidad. El autor de la *Epístola a Diogneto* escribe alrededor del año 150 describiendo la forma en que el Padre envió la Palabra al mundo:

> ¿Lo envió, como un hombre podría pensar, en una misión de dominio y de miedo y terror? Por cierto que no, sino que lo envió en amor y mansedumbre, como un rey que envía a su propio hijo quien también es rey; lo envió como Dios, lo envió como hombre no para forzarnos, pues el forzar no es parte de la naturaleza de Dios. Lo envió para invitar al hombre, no para perseguirlo; lo envió en amor, no en juicio. Pues él ha de enviarlo en juicio, y ¿quién podrá resistir su venida? (*Epístola a Diogneto*, capítulo VII)

Tertuliano describe al Dios que los cristianos sirven, y lo natural que es servirle:

El objetivo de nuestra adoración es el único Dios, quien por su Palabra de mando, su sabiduría perfecta, su poder omnímodo, trajo de la nada la masa total de nuestro mundo...

> El ojo no puede verle aunque él es (espiritualmente) visible. Es incomprensible, y sin embargo se ha manifestado en gracia. El está por encima de nuestra más elevada imaginación, y sin embargo nuestra mente humana lo percibe. El es por lo tanto igualmente real y grande... Y esta es la suma culpabilidad de los hombres, que ellos no quieren reconocer a Uno, al cual no es posible ignorar... Siempre que el alma vuelve a sí misma, como si volviera de una desmedida indulgencia, o de un sueño, o una enfermedad, y obtiene algo de su salud natural, habla de Dios... "Dios es grande y bueno", "Lo que Dios nos dé" son palabras en todos los labios. ¡Oh noble testimonio del alma por naturaleza cristiana! (*Apología*, XVII)

El uso de argumentos teológicos

Justino Mártir con toda justicia rehúsa reconocer que el cristianismo es una religión nueva. Este argumento, dice, olvida que el cristianismo está relacionado directamente con el Antiguo Testamento. Se remonta a Moisés, a Abraham, a Adán, a la creación. Es por ello la más antigua de todas las religiones. La Palabra que se hizo hombre en Jesucristo ha estado en actividad desde el comienzo del mundo:

> Se nos ha enseñado que Cristo es el primogénito de Dios, y hemos declarado que él es la Palabra de la cual todas las razas son participantes; y aquellos que vivían razonablemente eran cristianos, aun cuando se había creído que eran ateos; como entre los griegos Sócrates y Heráclito, y hombres como ellos. (*Primera Apología*, XLVI)
>
> Y para que podáis aprender que fue de nuestros maestros (es decir los profetas) que Platón tomó prestada la declaración de que Dios... hizo el mundo, oíd las palabras de

> Moisés..."En el principio creó Dios los cielos y la tierra, y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz." De modo que Platón y los que están de acuerdo con él, y nosotros mismos, hemos aprendido, y vosotros también podéis convenceros, que por la Palabra de Dios todo el mundo fue hecho de la sustancia antes mencionada por Moisés. (*Primera Apología*, LIX)

La teología de Justino no siempre era correcta, como cuando afirma que Platón aprendió su filosofía de los profetas hebreos. Pero su argumentación muestra una comprensión de la unidad de todos los conocimientos y su relación a una causa común en Dios. Puede dudarse de que los emperadores u hombres importantes en el imperio leyeran las apologías que les fueron dirigidas. Sin embargo, sirvieron para fines importantes. Mostraron que había hombres instruidos que se habían hecho seguidores de Cristo y estaban dispuestos a confesar su nombre abiertamente. Fortalecieron la fe de los cristianos más simples y les ayudaron a contestar a sus críticos y perseguidores. Y lo que no es menos, nos permiten a nosotros en nuestros días comprender lo que la iglesia de otra época padeció, apreciar la libertad religiosa donde existe, y aprender que el sufrir por Cristo no es una cosa nueva en este mundo.

La extensión de las persecuciones

¿Cuál fue la extensión de las persecuciones? ¿Se perseguía a la iglesia continuamente? ¿Era la severidad de estas persecuciones igual en todas partes del imperio? Al contestar estas preguntas debemos tener en cuenta dos importantes aspectos. El primero consiste en la muy grande diferencia que existía entre la *posición oficial* del gobierno en cuanto a la persecución y el *cumplimiento oficial* de esa posición. Desde más o menos los años 100-200 la posición oficial, establecida por Trajano era clara. Si una persona era acusada de ser cristiana y rehusaba sacrificar o venerar al emperador, debía ser ejecutada. Si cumplía con el rito de venerar al emperador, quedaba en libertad. Los gobernadores debían usar su criterio en el cumplimiento de esta ley. En ningún caso debían los cristianos ser buscados.

Grados de persecución

El cumplimiento oficial de esta ley era un asunto muy diferente. Muchas autoridades locales le prestaban muy poca atención. Hubo largos periodos en que los cristianos no eran molestados en lo más mínimo. Desde el comienzo de la persecución hasta la época de Decio en 250, todas las persecuciones fueron locales. En 202 Séptimo Severo prohibió la conversión al cristianismo; Maximino I (235-238) ordenó la ejecución del clero. No obstante, sus decretos fueron obedecidos solo en parte. Algunos emperadores fueron neutrales en su actitud hacia el cristianismo, y unos pocos es posible que estuvieran favorablemente inclinados. Desde el 260 al 305 hubo absoluta tranquilidad. Los convertidos entraban en las iglesias por millares. Bajo Decio, en 251, y Valeriano, 257-259, la persecución fue a través de todo el imperio, pero muy pronto terminó. Bajo Diocleciano y sus sucesores duró muy poco en el occidente, pero en la parte oriental se prolongó hasta 323. Este último período fue el más severo de todos.

No sería exacto decir que desde el tiempo de Nerón hasta Constantino la iglesia sufrió persecución. Es más correcto decir que durante esos doscientos cincuenta años hubo

persecución en algunas épocas con diferentes grados de severidad. Pero durante la mayor parte de este lapso no hubo ninguna persecución abierta.

Persecución indirecta

Esta, sin embargo, no es toda la historia. Por consiguiente, debemos observar el otro importante aspecto. La persecución puede ser directa o indirecta. Hay otros tipos de persecución aparte de ser sometidos a acusaciones, juicios, prisión, o muerte. Los cristianos en el imperio no eran ante la ley iguales a otros ciudadanos. Sufrían mucho a causa de la mala opinión que entre el pueblo se había formado contra ellos. Se les tenía por inhumanos, malos ciudadanos, desleales al imperio. Aparte de esto, a menudo tenían que soportar juicios injustos, discriminación en las oportunidades de trabajo, y desigualdad social. En nuestros días de discriminación racial, tribal, y de otras clases, podemos darnos cuenta de lo que significaba esta clase de persecución. A este tipo de hostilidad los cristianos estuvieron expuestos casi universalmente la mayor parte del tiempo, hasta que Constantino dictaminó que el cristianismo era religión lícita.

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 5: Gnosticismo, Marcionismo, Montanismo

La persecución era un peligro que la iglesia podía reconocer fácilmente. Venía de afuera y la llevaban a cabo hombres que se oponían abiertamente al evangelio. Una amenaza mucho más seria surgió en el siglo segundo como consecuencia de doctrinas que tergiversaban el evangelio. Estas aparecieron en tres formas o movimientos distintos: el gnosticismo, la doctrina de Marción, y el montanismo. El gnosticismo era al principio pagano, pero luego se asoció con las enseñanzas cristianas. En cuanto a Marción y Montano, ambos eran hijos de la iglesia y sus enseñanzas se desarrollaron dentro de la misma. Los tres grupos tenían a Cristo en alta estima; No obstante, los gnósticos y los marcionistas en realidad negaban el evangelio, y Montano enseñaba solo un evangelio parcial. Pasaremos a considerar cada una de estas desviaciones.

El gnosticismo

El mundo al cual llegó el evangelio estaba profundamente interesado en la redención. La filosofía satisfacía las mentes de los intelectuales pero no tenía ningún mensaje para las masas. La religión del estado era una cosa fría y parecía más patriótica que religiosa. La religión de la naturaleza no podía llenar las necesidades de una civilización que crecía incesantemente dentro del imperio.

Por todo esto las religiones de misterio eran populares. Pretendían revelar conocimientos secretos que podían traer la reconciliación y comunión con Dios. Durante el siglo dos un movimiento religioso relacionado con las religiones de misterio se hizo poderoso y ganó muchos adeptos. Se conoció con el nombre de gnosticismo (pues pretendía proporcionar verdadera *gnosis*, es decir, conocimiento acerca de Dios, del hombre, y de la redención). El gnosticismo surgió de ideas provenientes del oriente, India, Babilonia, y Persia similares a los pensamientos fundamentales de la filosofía griega.

Los pensadores gnósticos estaban profundamente impresionados por la religión cristiana y especialmente por su figura central, el Redentor Jesucristo. Lo hicieron a él y su mensaje parte de su religión. Los gnósticos, por lo tanto, sacaron a luz una religión que era una mezcla de ideas orientales, griegas, y cristianas. Tal religión se describe como sincrética (del griego *sunkretizein* combinar, mezclar).

El problema de los gnósticos

Todas las religiones griegas y orientales afrontaban un problema básico muy difícil. Creían que Dios no podía tener nada que ver con el mundo material pues el mal surgía de la materia. Dios es bueno, por lo tanto, él está completamente fuera de todas las cosas materiales. ¿Cómo es posible que el hombre, que está relacionado con el buen Dios, pueda también estar relacionado con la materia perversa? ¿Quién es Dios? ¿Cómo lo podemos conocer? ¿Qué es el hombre? ¿Qué es el mal? Por cuanto Dios es bueno, ¿qué anduvo mal en el mundo espiritual para que su hijo (el hombre) se tornara malo? ¿Cómo puede el hombre ser redimido del mal?

Estas eran las preguntas que los gnósticos hacían. No las hacían, sin embargo, por una curiosidad intelectual, pues los gnósticos no eran en primer lugar filósofos. Estaban profundamente interesados en la redención. ¿Cómo puede el hombre establecer otra vez comunión con Dios? ¿Cómo puede retornar al mundo de espíritus puros? ¿Qué debe hacerse para lograr liberarse de esta existencia material? El cristianismo era una religión de redención, y había en él mucho que los gnósticos podían usar. Cristo el Redentor les atraía en especial. Así él y su obra vinieron a ser parte importante del pensamiento gnóstico. De este modo nació el gnosticismo, compuesto de elementos cristianos y gentiles. ¿Qué enseñaba esta religión? ¿Cuál era su mensaje de redención? ¿Por qué amenazaba a los fundamentos mismos del evangelio?

Al tratar de contestar las preguntas que ellos mismos se hacían acerca de Dios, el hombre, el mal, y la redención, los gnósticos aceptaban una cosa como cierta. Creían que algo había ido mal en el mundo espiritual. Esto se transformó en el punto de partida de sus cavilaciones. El gnosticismo proporcionaba respuestas a la cuestión de por qué los espíritus de los hombres habían caído de su pura existencia espiritual y habían quedado atrapados en la materia, qué es lo que había causado su caída, y qué provisión se había hecho para su liberación. Proporcionaba una gnosis (conocimiento) respecto al mundo espiritual, la discordia que entró en él, la restauración de la armonía, y la redención de los hombres como resultado de la armonía restaurada. Este conocimiento era una revelación que emanaba del mundo espiritual y que se daba a aquellos que eran capaces de recibirla. De esta gnosis secreta tomó el gnosticismo su nombre.

Esta gnosis fue expresada gráficamente y se la llamó mito. Daremos primero la descripción gráfica y luego la explicación y reacción de la iglesia a este mito.

El Pleroma

El gnosticismo comienza con la creencia en un Dios que originalmente existía solo. Se le llama por varios nombres, el Padre Desconocido, el Abismo, el No Engendrado. A veces se le representaba como acompañado por una compañera llamada Silencio. El no quería permanecer solo y por lo tanto produjo dos Eones (seres divinos) llamados Mente y Verdad, varón y mujer respectivamente. Estos produjeron otras dos parejas, Mundo-Vida y Hombre-Iglesia. Estos, junto con el Padre Desconocido (con Silencio o sin ella) formaban el *Pleroma*, o Plenitud del Ser divino. A partir de ellos continuaba el proceso de multiplicación. Mundo-Vida produjo otros diez eones, de modo que ahora ya eran dieciocho. Hombre-Iglesia engendró doce eones, lo que significaba un total de treinta. Los gnósticos respaldaban sus enseñanzas de los treinta eones con el Nuevo Testamento. En la parábola de los trabajadores enviados a la viña, algunos fueron enviados a la primera hora, otros a la tercera hora, aun otros a la sexta, novena, y undécima hora. Estos trabajadores suman treinta. Además Jesús comenzó su ministerio a la edad de treinta años. Tal uso alegórico de las Escrituras impresionó a muchos cristianos pareciéndoles muy piadoso y profundo.

El último eón que nació del binomio Hombre-Iglesia, fue una mujer llamada Sabiduría. Esta deseaba conocer al Padre Desconocido (quien según los gnósticos no puede ser conocido). Al no poder conocerle, se sintió muy desdichada. En su dolor, y sin la ayuda de su compañero, produjo una hija llamada Achamot (que quiere decir incierto). A causa de su nacimiento contranatural, Achamot no pudo permanecer en el *Pleroma* y cayó fuera. Cuando Sabiduría vio lo que había pasado por su culpa, se sintió aun más acongojada y no tenía consuelo. Todos los otros eones sufrían con ella y le pidieron a Mente/Verdad que la

ayudara. Estos entonces produjeron otros dos eones llamados Cristo y Espíritu Santo para rescatar a Sabiduría de su congoja. Así lo hicieron y la armonía volvió a reinar en el *Pleroma*. Como un acto de gratitud, los treinta eones juntos produjeron aun otro eón y lo llamaron Jesús. Estos son los eventos que tuvieron lugar en el *Pleroma*; a su vez dieron lugar a los eventos que ocurrieron fuera del *Pleroma*, es decir, en el mundo de la naturaleza y de los hombres, que pasaremos a considerar.

La creación, el mal y la redención

Achamot produjo un ser llamado Demiurgo (del griego trabajador, especialmente el creador del mundo). Achamot es la madre de toda la materia. Debido a su origen inferior y su carácter indigno la materia es mala. El Demiurgo dio forma a esta materia; él por lo tanto es el verdadero creador. De él también provienen las almas de los hombres. Por cuanto el Demiurgo, por medio de Achamot, está relacionado con Sabiduría, esta lo controla desde el *Pleroma* aunque él no lo sabe. Por medio de la influencia de Sabiduría el Demiurgo crea hombres en los cuales hay buenos elementos espirituales. Sabiduría también hace que Jesús nazca de la virgen María. A través de su vida en esta tierra él ha revelado este conocimiento a los hombres que ha elegido, y estos a su vez lo han transmitido a otras generaciones de hombres buenos. En la crucifixión el eón celestial abandonó el cuerpo terrenal en el cual había vivido, de modo que el eón Jesús no fue en realidad crucificado.

Los que reciben este conocimiento son hombres elegidos y al morir serán libertados de la materia vil, incluyendo sus cuerpos. Retornarán entonces al *Pleroma*, del cual reciben su existencia espiritual. Todas las cosas materiales son finalmente entregadas al desorden y la destrucción.

Esto es, en una forma sumamente simplificada, el relato de cómo la discordia entró en el *Pleroma*, sus efectos en la tierra, y cómo la armonía original fue finalmente restablecida. Esta fue la enseñanza del más grande de todos los gnósticos, Valentino, un alejandrino que enseñaba en Roma y murió alrededor del año 160. Era miembro de la iglesia, se consideraba cristiano, y más que ningún otro gnóstico combinó las enseñanzas cristianas con ideas griegas y orientales

El significado del lenguaje gráfico gnóstico

Debemos considerar ahora el significado de los acontecimientos que tuvieron lugar dentro y fuera del *Pleroma*. Nótense los siguientes puntos:

El eterno Padre Desconocido es el origen de toda realidad espiritual.
De acuerdo con el pensamiento griego y oriental, él no puede estar conectado con la materia.
No obstante, por cuanto el hombre tiene un lado espiritual, debe existir alguna conexión entre él y el Padre Desconocido, quien es el origen de todas las cosas espirituales.
Esta conexión la proporcionan los eones. Cada pareja de eones es algo más débil que la pareja anterior. El último de los treinta eones es Sabiduría, quien es el más débil de todos.
Sabiduría indirectamente vino a ser el medio para crear el mundo. La creación del mundo no fue el resultado de un plan divino sino de un accidente.
Este accidente o causa no prevista de la creación fue el deseo de Sabiduría de conocer al Padre Desconocido. Nos recuerda el pecado de Eva al tentar a Adán a que comiera del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal en el jardín de Edén. En el relato de Valentino,

el pecador no era un ser humano sino un eón.
La materia del mundo proviene de Achamot, la hija no natural de Sabiduría. Esto explica el carácter malo de la materia.
La forma y el orden del mundo vienen de Demiurgo, el hijo de Achamot. De él también provienen las almas de los hombres.
Por cuanto Demiurgo está en cierto modo controlado por Sabiduría, las almas de los hombres que él crea tienen distintos grados de espiritualidad; por ese motivo algunos de ellos pueden ser redimidos.
El eón Sabiduría es el eslabón que conecta el Pleroma totalmente espiritual (que procede del Padre Desconocido) con el mundo material (que proviene de Achamot y Demiurgo).

La conexión entre el Padre Desconocido y el mundo material malo es muy débil y distante; pero existe. Valentino no tiene éxito en separar al buen Dios totalmente del origen del mal. A nosotros nos puede parecer este relato de Valentino extraño y fantástico, no así a la gente de su tiempo. Explicaba cómo habían surgido el mundo y la humanidad, por qué el mal está mezclado con el bien, de dónde proceden el bien y el mal, por qué algunas personas son más espirituales que otras, y cómo puede lograrse la redención. Valentino juntó importantes elementos del cristianismo con el punto de vista griego acerca del mundo. Hizo que resultara fácil para un pagano hacerse cristiano y para un cristiano el seguir siendo pagano. Esto es lo que hizo que sus enseñanzas fueran tan peligrosas, así como las de otros gnósticos (de los cuales Ireneo menciona unas quince sectas).

Gnosticismo y cristianismo

La iglesia por lo tanto, rechazó el gnosticismo, particularmente por las siguientes enseñanzas:
El conocimiento del Supremo Dios y la comunión con él son imposibles.
La creación del mundo es la obra de un dios inferior.
El mundo de la materia es malo.
El redentor no es ni Dios ni hombre. No murió en la cruz y no resucitó. Parecía ser humano pero no lo era en realidad (la herejía del *docetismo*, nombre derivado de la palabra griega *dokein* que significa parecer).
Solo algunos hombres -aquellos que son espirituales de nacimiento- pueden salvarse.

No hay resurrección. El gnosticismo alcanzó su mayor influencia durante la segunda parte del siglo dos; luego comenzó a declinar. Los escritos de Ireneo y Tertuliano contribuyeron mucho a que esto ocurriera. El gnosticismo provocó cambios de gran alcance en la iglesia pues esta no tenía una organización definida. Los obispos solo tenían autoridad local. No estaba aclarado si algunos de los escritos sagrados en la iglesia poseían autoridad canónica. No existía una declaración común concerniente a la doctrina de la iglesia. Como consecuencia del peligro gnóstico tres áreas: gobierno, canon de las Escrituras, y el credo, cobraron gran importancia.

El marcionismo

Alrededor del año 140 un cristiano llamado Marción vino a Roma de Sinope, una ciudad costera en el norte de Asia Menor. Era un acaudalado armador de barcos, un hombre profundamente religioso y muy capaz desde el punto de vista teológico. En Roma vino a caer bajo la influencia de un gnóstico llamado Cerdo. Según Ireneo la doctrina principal de Cerdo era que el Dios proclamado por la ley y los profetas no era el Padre de nuestro Señor

Jesucristo. Pues aquel era conocido y este no lo es; uno era también justo pero el otro benevolente. (*Contra las Herejías*, I, 27: 1)

Marción leyó el Antiguo y Nuevo Testamento a la luz de su propia enseñanza. Su conexión con el gnosticismo es clara. Ello también explica su creencia de que la iglesia seguía una religión que era fundamentalmente judía. Marción es un buen ejemplo del peligro del gnosticismo en la iglesia. Al mismo tiempo no es correcto llamar a Marción simplemente un gnóstico. Esto se evidencia en su doctrina.

El Antiguo Testamento contra el Nuevo Testamento

En la teología de Marción no había lugar para los complicados mitos gnósticos sobre los eones que procedían de un ser divino original. Las enseñanzas de Marción en su totalidad estaban basadas en el Antiguo y el Nuevo Testamento. De estos dos Testamentos, sin embargo, él tenía una idea peculiar que surgía de su concepto de Dios. La ley y los profetas del Antiguo Testamento para él estaban inspirados por el Dios inferior de que Cerdo hablaba. En el Nuevo Testamento, por otro lado, Jesucristo era la revelación del buen Padre Desconocido.

Para Marción el Nuevo Testamento no presentaba una enseñanza pura sobre Cristo. Estaba influido en demasía por ideas judías. En consecuencia él preparó su propio Nuevo Testamento, que consistía en el evangelio de Lucas y las epístolas de Pablo, con la excepción de las dirigidas a Timoteo y a Tito. Tampoco aceptaba aquellos escritos tal cual eran, de modo que los corrigió de forma extensa. Ireneo escribe:

> …Marción desmembró las epístolas de Pablo, sacando todo lo que el apóstol dice con respecto al Dios que hizo el mundo y que a la vez es el Padre de nuestro Señor Jesucristo. También eliminó los pasajes sobre los escritos proféticos, citados por el apóstol con el fin de mostrarnos que ellos anunciaban de antemano la venida del Señor. (*Contra las Herejías*, I, 27:2)

Una revisión similar la llevó a cabo en el Evangelio de Lucas. La razón por la cual Marción eligió los libros para su canon es clara. Pablo rechaza la salvación por las obras de la ley y pone énfasis en la salvación solamente por gracia. Marción hizo una distinción bien definida entre el Dios inferior que creó el mundo y dio la ley y el Dios que es Padre de Jesucristo. Aquel es justo, vengador, imperfecto; comete errores, enseña que hay que pagar ojo por ojo y diente por diente. El buen Dios, por otro lado, enseña y practica la misericordia, el perdón, y el amor. Estos dos dioses aparecen completamente separados en las enseñanzas de Marción, y en ningún aspecto se relacionan entre sí. Hay una completa separación entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, entre la ley y el evangelio, entre Israel y la iglesia. El Antiguo Testamento, la ley, e Israel provienen del Dios Creador. El Nuevo Testamento, el evangelio y la iglesia provienen del buen Dios, quien es el Padre de Jesucristo.

El Cristo de Marción

El Cristo de Marción concuerda con sus ideas sobre Dios. Apareció repentinamente en el año quince del emperador Tiberio (29 A.D.) Vino para revelar al Dios que hasta ese momento había sido el Padre Desconocido; su cuerpo no era material pero aparecía como tal; vino directamente desde el cielo y no tenía historia o ascendencia humana. A pesar de

su vida buena y justa, el Dios-Creador hizo que lo crucificaran. Por cuanto su cuerpo no era en realidad material (es decir de carne y hueso), no sufrió nada. El Dios-Creador no pudo negar que al crucificar al justo Cristo había quebrantado la ley de su propio Antiguo Testamento. Para reparar esta injusticia, le dio a Cristo las almas de aquellos que habían de ser redimidos. En cierto sentido, por lo tanto, Cristo compró la salvación de esas personas.

Otras partes de la enseñanza de Marción están de acuerdo con estas ideas. La materia es mala, por consiguiente los cristianos deberán vivir ascéticamente. El Mesías prometido en el Antiguo Testamento está todavía por venir. No hay segunda venida de Cristo, y no habrá resurrección de los que han muerto; la vida después de la muerte en comunión con Cristo y el buen Dios es puramente espiritual. No hay lugar para la restauración del mundo creado.

La influencia de Marción

Marción hizo necesario que la iglesia estudiara a fondo la relación entre Dios el Creador y Dios el Redentor. Así lo hicieron y declararon que el Creador y el Redentor son un mismo Dios. Este es un Dios de amor y de justicia al mismo tiempo, y estos atributos se revelan en Jesucristo, en quien el Dios Creador-Redentor se ha encarnado.

Marción fue excomulgado de la iglesia romana. Por esta causa formó su propia comunión, la que tuvo muchos seguidores en el siglo dos. El marcionismo continuó decreciendo en número hasta más o menos el siglo siete, luego del cual ya no se oye más acerca de esta secta.

Montanismo

El movimiento llamado montanismo era básicamente cristiano. Creían en Dios el Creador y en Jesucristo el Redentor, de acuerdo con la fe de la iglesia. En este aspecto, por consiguiente, era fundamentalmente diferente de los gnósticos y de los marcionistas. Sin embargo, era un movimiento religioso que la iglesia no aceptaba. La razón de ello es la forma en que el montanismo entendía la obra del Espíritu Santo.

Historia

El montanismo surgió en Frigia (Asia Menor central) en 156. Frigia se había hecho notar por su religión pagana, extravagante, con pretensiones proféticas. Ponían énfasis sobre el "espíritu", lo que expresaban por medio de un estado llamado éxtasis. La palabra "éxtasis" literalmente significa "estar fuera de sí", o sea, que una persona actúa como si no fuera ella misma. En esta condición los sacerdotes paganos podían ayunar, sufrir dolor, danzar, ver visiones, y profetizar. Montano, por cuyo nombre es conocido el movimiento, había sido uno de estos sacerdotes paganos. Al hacerse cristiano, abandonó el paganismo, pero expresó su nueva religión usando modalidades de su vieja religión. Para él resultó natural, por lo tanto, el énfasis sobre la obra del Espíritu Santo. La forma en que lo hizo separó a Montano de la Iglesia Católica. A él se unieron dos mujeres, Maximila y Priscila, quienes habían dejado a sus maridos para ayudarle. Al principio los montanistas actuaban dentro de la Iglesia Católica, pero muy pronto sus enseñanzas los forzaron a establecer una iglesia aparte.

Doctrina

Montano enseñaba que a través de él había llegado la época del Paracleto, y que este hablaba por medio del profeta Montano y las dos mujeres que le ayudaban. La "nueva profecía" era ahora una realidad. Muy pronto la Nueva Jerusalén descendería del cielo y sería establecida en una ciudad cercana llamada Pepuza. Los cristianos debían ayunar, dejar sus trabajos terrenales, e ir a vivir en Pepuza para aguardar el fin. Al crecer el montanismo se añadieron otras doctrinas y prácticas. Uno debía casarse solamente una vez, y por otro lado el abandonar el matrimonio por razones espirituales era permitido. Cada verdadero cristiano debía tener dones espirituales evidentes. El martirio debía ser alentado, y el tratar de escapar del mismo era un pecado. Los tres profetas líderes -Montano, y las dos mujeres- podían perdonar pecados, así como también lo podían hacer otros de una espiritualidad elevada. Las mujeres podían tener cargos en la iglesia.

El montanismo y la Iglesia Católica

Es comprensible que los líderes de la iglesia se opusieran al montanismo. El énfasis sobre la profecía y los dones espirituales hacia que muchos dudaran de sí mismos si realmente eran cristianos. El perdón de los pecados por los tres líderes y por otros que tenían el Espíritu en forma notable desagradaba mucho a los obispos. Ellos querían mantener la disciplina de la iglesia en sus propias manos. Los montanistas enseñaban que era necesaria una completa separación del mundo; los líderes de la iglesia querían mantener la iglesia tan abierta como fuera posible hacia aquellos fuera de ella. A pesar de la oposición oficial, el montanismo se propagó rápidamente. Muy pronto salió de Asia Menor y entró en Europa y África del norte. Fue recibido con agrado por muchos que eran perseguidos como una señal del fin. Otros lo aceptaron en un momento en que la vida de la iglesia se estaba tornando cada vez más mundana. El montanismo era para ellos como un símbolo del retorno a la pureza de la comunidad cristiana primitiva. Entre estos estaba Tertuliano, el gran teólogo nor-africano, quien se hizo montanista alrededor del año 207.

Declinación

Para ese entonces, cincuenta años después que Montano comenzara a predicar, el montanismo había experimentado muchos cambios. La nueva Jerusalén no había bajado a la tierra en Pepuza. La profecía había perdido mucho de su tono urgente. Todavía se esperaba un pronto fin, pero ya sin el apremio del principio. Montano, Maximila, y Priscila habían muerto, y una iglesia montanista, con obispos, ancianos, leyes y organización, se había levantado paralelamente a la Iglesia Católica.

Lo que quedó del montanismo primitivo fue la vida cristiana estricta, el ayuno, la separación del mundo, la confesión de Cristo en la vida diaria y el deseo de sufrir por la fe. Esta es la clase de iglesia montanista a la que se unió Tertuliano en 207. Establecieron un número de pequeñas iglesias pero dejaron de ser un movimiento poderoso. No se diferenciaban mucho de los más estrictos grupos dentro de la Iglesia Católica; en consecuencia, ya no existía una razón poderosa para que se prolongara la iglesia montanista. Gradualmente el número de sus miembros fue reduciéndose, a lo cual contribuyó la persecución que se desató al final. De ahí que entre los años 500 y 550 esta iglesia desapareciera

Influencia

Así como el gnosticismo y el marcionismo, el montanismo tuvo un efecto sobre la Iglesia Católica: la iglesia comenzó a desalentar las profecías y los poderes espirituales fuera de lo común. La disciplina se concentró cada vez más en las manos de los obispos. Las Escrituras vinieron a ser una regla eclesiástica más fija por medio de la cual todos los nuevos movimientos podían ser juzgados. El montanismo es, por un lado, una advertencia contra el abuso de los dones espirituales en la iglesia, por otro, es un llamado a la iglesia para dejar siempre abierto el camino al Espíritu Santo para expresar su voluntad dentro de la iglesia.

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 6: El poder de la tradición apostólica

En el curso del siglo dos la iglesia experimentó cambios que fueron no solamente profundos sino también permanentes. Estos cambios fueron el resultado de tres emergencias que amenazaron tanto la unidad como la fe de la iglesia. Estas tres emergencias fueron la muerte de los apóstoles, la aparición de doctrinas falsas, y las persecuciones. Luego de considerar la importancia de cada una de estas en forma breve, pasaremos a examinar con más detalle cómo reaccionó la iglesia en cada caso.

1. **La muerte de los apóstoles**
   Después que Jesús volvió al cielo, los apóstoles quedaron como cabezas indiscutibles de la iglesia. Por tres años Jesús les había enseñado con su palabra y su ejemplo. Habían visto su sufrimiento, su muerte, su resurrección, y su ascensión a los cielos. Fue a ellos a quienes Jesús prometió el Espíritu Santo y les mandó ir por todo el mundo a predicar el evangelio. Fue sobre ellos y los demás discípulos que estaban con ellos que el Espíritu Santo descendió. Poco tiempo después Pablo vino a ser uno de ellos. Por medio de la predicación y sus escritos transmitieron fielmente las enseñanzas de Jesús. También nombraron líderes locales en varias regiones. Dieron así continuidad de la vida terrenal de Jesús. La unidad y el gobierno de la iglesia surgieron de la autoridad de los apóstoles.

   Al final del siglo primero todos los apóstoles habían dejado la escena terrenal, y muchos de sus discípulos estaban llegando a la vejez. ¿Qué autoridad tomaría ahora su lugar? ¿Cómo podría mantenerse la unidad de la iglesia? ¿Cómo se preservaría la verdad del evangelio? Al entrar la iglesia en el segundo siglo, estas preguntas se tornaban urgentes.

2. **La aparición de enseñanzas falsas**
   La muerte de los apóstoles no fue una crisis que se presentó sola. El efecto de su partida no se hizo claro hasta que ciertas falsas enseñanzas se introdujeron en la iglesia. El gnosticismo, marcionismo, docetismo, y montanismo atrajeron a muchos en la iglesia. ¿Quién podía ahora hacer frente a estas nuevas enseñanzas en nombre de toda la iglesia? ¿Quién podía levantar su voz por el evangelio, no solo en esta ciudad o aquella provincia sino a través de toda la iglesia? Esta fue la segunda crisis que tuvo que enfrentar la iglesia.

3. **Las persecuciones**
   La tercera emergencia fue la persecución de la iglesia por el imperio. ¿Qué podía hacer la iglesia para enfrentar esta prueba? ¿Cómo podía una parte de la iglesia ayudar a otra? ¿Quién podía hablar a favor de la iglesia en una región perseguida, tanto al gobierno como a otras partes de la iglesia?

Era claro que la muerte de los apóstoles, la aparición de doctrinas falsas, y las persecuciones requerían una autoridad en la iglesia que en esos momentos no existía. A través de los siglos segundo y tercero esta autoridad se estableció. Surgió en tres formas distintas pero sin embargo estrechamente ligadas: el aumento de la autoridad de los

obispos; el establecimiento del canon del Nuevo Testamento; y el desarrollo de un credo o declaración de fe. Es por medio de estas medidas que la iglesia hizo frente a las emergencias de su tiempo. El medio principal utilizado fue la autoridad de la tradición apostólica.

La autoridad del obispo

Ya notamos antes (Capítulo 3) que alrededor del año 100 el cargo de obispo monárquico se ejercía con plenos poderes. Ignacio (110) habla del mismo como un cargo generalmente reconocido. El mismo era el obispo de la iglesia en Antioquia. En sus cartas instaba a las iglesias a someterse a la autoridad del obispo. Por otra parte, Clemente de Roma parece no conocer ese cargo, según lo que escribe alrededor del año 95. Para el, los obispos y los ancianos eran, al menos en teoría, lo mismo. Es muy probable que el ejerciera el oficio de obispo monárquico en Roma sin tener el título. Clemente presenta una idea, sin embargo, que no se halla en los escritos de Ignacio. En una carta dirigida a la iglesia de Corinto habla de la autoridad de los ancianos (obispos) como recibida de los apóstoles:

> Cristo, por consiguiente, fue enviado por Dios, y los apóstoles por Cristo... Habiendo, por lo tanto recibido sus órdenes... ellos salieron proclamando que el reino de Dios estaba cerca. Y así predicando a través de países y ciudades, nombraron a los primeros frutos [de sus labores] como obispos y diáconos -habiéndolos probado primero por el Espíritu- de aquellos que luego creerían. (*Primera Carta a los Corintios*, 42)

Clemente no dijo nada de obispos monárquicos; pero lo que dijo, sobre los oficiales de la iglesia fue quizá más importante que lo que Ignacio había dicho. Clemente escribió que los ancianos (obispos) y diáconos tenían autoridad en la iglesia porque descendían directamente en la línea apostólica. Gobernaban con la autoridad que Cristo había dado a los apóstoles. Habían sido nombrados por la autoridad apostólica y hablaban con esa autoridad. Habían sido nombrados u ordenados por hombres que a su vez fueron ordenados por los apóstoles. Esta enseñanza se conoce en la historia de la iglesia como "sucesión apostólica".

Dos ideas básicas

Estas dos ideas, el centralismo del obispo monárquico (Ignacio) y la sucesión apostólica de los oficiales (Clemente de Roma), quedaron fuertemente ligadas poderosamente en la enseñanza de un gran padre de la iglesia unos setenta años más tarde. Se trata de Ireneo, obispo de Lyon en la Galia, cuyos escritos anti-gnósticos hemos considerado en el Capítulo 5. Fue así que con Ireneo la autoridad del obispo tomo un tremendo auge. A través de sus enseñanzas el cargo de obispo no solo creció en importancia y autoridad sino que quedó establecido que tal posición y poder se debían a que hablaban y actuaban con autoridad apostólica.

Esta importante enseñanza de Ireneo no fue simplemente el resultado de sus estudios. Surgió directamente de su larga lucha con los gnósticos. Los gnósticos pretendían tener apoyo apostólico para sus ideas. Apelaban a enseñanzas secretas de Jesús y los apóstoles, las cuales, decían, ellos habían recibido. Fue en respuesta a esto que Ireneo escribió:

> Esta en manos de todos, por lo tanto, en cada iglesia, si desean conocerla verdad, el contemplar claramente la tradición de los apóstoles manifestada a través de todo el mundo; y nosotros estamos en condiciones de confiar en aquellos que fueron constituidos obispos en las iglesias (y demostrar) la sucesión de estos hombres hasta nuestro tiempo... Porque si los apóstoles hubieran conocido ciertos misterios escondidos... los hubieran pasado especialmente a aquellos a quienes confiaban las iglesias mismas. Pues ellos deseaban que estos hombres fueran muy perfectos y sin mácula en todas las cosas, ya que los dejaban como sucesores y les entregaban el gobierno... (*Contra las herejías*, III, 3:1)

La importancia de Roma

De este modo los obispos vinieron a ser los intérpretes oficiales del evangelio. Entre ellos, aquellos obispos que estaban a cargo de iglesias donde un apóstol había servido eran los que tenían más autoridad. De todos ellos, el obispo de Roma, como sucesor de Pedro y Pablo, era el primero en importancia. Por lo tanto Ireneo hace notar...

> ...que la tradición provino de los apóstoles, de la más grande, la más antigua, y universalmente conocida de las iglesias, fundada y organizada en Roma por los dos más gloriosos apóstoles, Pedro y Pablo; como también que la fe predicada a los hombres llega a nuestra época por medio de las sucesiones de obispos. Por cuanto es una necesidad que cada iglesia este de acuerdo con esta iglesia a causa de su pre-eminente autoridad... (*Contra las herejías*, III, 3:2)

A este respecto Ireneo menciona a todos los obispos que ha servido a la iglesia en Roma hasta ese momento. Luego prosigue:

> Eleuterio tiene ahora, en el duodécimo lugar desde los apóstoles, la herencia del episcopado. En este orden y por medio de esta sucesión, la tradición eclesiástica desde los apóstoles y la predicación de la verdad han llegado hasta nosotros. (*Contra las herejías*, III, 3:3)

El notable crecimiento de la autoridad episcopal en el transcurso del siglo segundo es bien claro. Clemente de Roma reclama la sucesión apostólica para los oficiales de la iglesia a fines de primer siglo. Ignacio, si bien no hablaba de sucesión apostólica reclamaba una gran autoridad para el obispo. Ireneo reclamó ambas, la sucesión y la autoridad apostólicas para los obispos de su tiempo y especialmente para el obispo de Roma. Más tarde la iglesia reclamó la sucesión y la autoridad apostólicas para el obispo romano como descendiente directo de San Pedro y además para todos aquellos (y solamente aquellos) obispos y sacerdotes que reconocían la autoridad del obispo de Roma. Volveremos al desarrollo de esta idea más tarde. Así queremos hacer notar que como resultado de la amenaza gnóstica al evangelio, la autoridad de obispo creció considerablemente.

A mediados del tercer siglo, unos sesenta años después de lo escritos de Ireneo, Cipriano, el obispo de Cartago en África del norte, aumentó aun más el poder del obispo en conexión con las persecuciones. Enfrentando severa oposición y críticas, dictaminó que solo el tenía el poder de determinar bajo que condiciones podía recibirse de nuevo dentro de la iglesia a los que habla negado la fe bajo la persecución y que luego se habían arrepentido. El aumento del poder del obispo, por lo tanto, fue una de las formas en que la iglesia primitiva hizo frente a los peligros que la acosaban.

El canon del Nuevo Testamento

La muerte de los apóstoles había silenciado la voz viviente de la autoridad que establecía lo que era el evangelio y lo que no lo era. Sus enseñanzas pervivían ahora en la tradición hablada y escrita. Tanto los gnósticos como los marcionistas apelaron a esta tradición. Alrededor del año 140 Marción trato de hacer que la tradición quedará definitivamente establecida. Proclamó a Pablo como la única y verdadera autoridad apostólica. La oposición de Pablo al uso de la ley como un medio de salvación iba bien con la enseñanza de Marción, como ya hemos visto. Marción, preparó un Nuevo Testamento para respaldar su teología. Este fue el primer intento conocido de preparar un canon del Nuevo Testamento. La palabra "canon" se deriva de una palabra griega que quiere decir norma o regla. Con el tiempo canon vino a significar la colección de escritos sagrados por los cuales se determinaba la verdad. El hecho de que Marción preparará ese canon es significativo. Parecería indicar que los cristianos ya estaban usando ciertos libros o cartas como documentos autoritativos del evangelio. Por cierto, los padres Apostólicos incluyen muchas citas, o hacen referencia a los mismos, de los escritos que ahora componen el Nuevo Testamento. Sin embargo, no había ninguna colección de escritos cristianos que, como el Antiguo Testamento, se llamara "Escrituras".

Primeras colecciones

En el siglo segundo surgió una colección de esa naturaleza. En gran parte era una respuesta a los gnósticos y en particular a Marción. Esta colección, que más tarde constituyó el Nuevo Testamento, creció gradualmente y en varias partes de la iglesia. Al principio hubo en realidad varias colecciones de escritos que con el tiempo se transformaron en lo que conocemos ahora por el Nuevo Testamento. El orden en que las colecciones se fueron formando pone a los evangelios en primer lugar, después los Hechos y las epístolas paulinas, y luego las epístolas generales y el Apocalipsis. La mayoría de los libros actuales del Nuevo Testamento fueron aceptados por la iglesia en su totalidad en un principio; otros fueron aceptados en algunos sectores de la iglesia mientras que en otros fueron considerados dudosos. Hubo libros que fueron solo aceptados por algunos pero finalmente rechazados del todo.

La más antigua lista de libros del Nuevo Testamento que conocemos se encuentra en el fragmento de un manuscrito antiguo conocido como el Fragmento Muratorio. Fue descubierto en 1740 por un sabio italiano llamado Ludovico Muratori. Lo encontró en un libro de literatura teológica cristiana del siglo octavo. Este fragmento, escrito alrededor de 170, detalla los cuatro evangelios, los Hechos, las epístolas paulinas, 1 y 2 Juan, Judas, y Apocalipsis. Hebreos, Santiago, las dos epístolas de Pedro, y 3 Juan no se incluyen. No incluye tampoco el Apocalipsis de Pedro, un libro apócrifo. Otras colecciones, además de la mayoría de los libros de nuestro Nuevo Testamento, incluyen, según el caso, el Pastor de Hermas, la Epístola de Bernabé, el Didaché, el Evangelio de los Hebreos, la Sabiduría de Salomón, o los Hechos de Pablo.

La autoridad del canon

Hacia el año 200 la mayor parte del Nuevo Testamento tal como lo tenemos ahora había sido reconocido por la iglesia como Escritura canónica. Debemos notar los siguientes detalles de la historia del canon:

- La norma más importante que se aplicó para determinar que libros eran canónicos y cuáles no lo eran fue su *apostolicidad*. Es decir, cada libro tenía que haber sido escrito ya sea por un apóstol o por alguien muy cercano a los apóstoles. Es por esta razón que el Evangelio de Marcos -a quien se asociaba con Pedro- y el Evangelio de Lucas -a quien se asociaba con Pablo- fueron incluidos. Por la misma razón, la decisión sobre Hebreos, Santiago, 2 Pedro, 3 Juan, Judas, y Apocalipsis se demoró, ya que existían ciertas dudas sobre su autoría apostólica. Por otro lado, libros como la Epístola de Bernabé, el Pastor de Hermas, la Sabiduría de Salomón, y otros fueron rechazados por su falta de conexión con los apóstoles.

- Fue Atanasio quien en el año 367 primero propuso la colección tal cual existe hoy en día. Dos sínodos, en Hippo Regio (393) y Cartago (397) en el norte de África, bajo el liderazgo de Agustín, con igual criterio prepararon el actual canon del Nuevo Testamento en forma oficial. La iglesia, tanto en la región oriental como occidental, siguió el ejemplo africano.

- El canon llevó casi trescientos años en formarse. Esto se debe a que los libros que finalmente se aprobaban habían de ser aceptados por la iglesia unánimemente. El canon no se estableció como resultado de la declaración oficial de Atanasio o de sínodos importantes. Estas declaraciones oficiales meramente confirmaron que hacía mucho que la iglesia había aceptado estos libros como la Palabra de Dios. Se puede decir que tanto la lista como la aceptación de los libros del Nuevo Testamento por parte de la iglesia se llevaron a cabo bajo la guía del Espíritu Santo.

- En el canon la iglesia tenía una base firme para su fe y su predicación. Era autoritativo por su carácter apostólico. Era duradero porque el Espíritu Santo, hablando por medio de la iglesia en su totalidad y por un largo periodo, dio testimonio de su realidad y suficiencia espiritual.

En la necesidad de una nueva autoridad después de la partida de los apóstoles, la iglesia buscó establecer normas claras para que todos los hombres pudieran conocer la verdad. En el caso de la autoridad de los obispos, la norma era su relación con los apóstoles por medio de una ordenación lícita. En el caso de la autoridad de los escritos sagrados, la norma fue la autoría apostólica o de un escritor estrechamente relacionado con uno de los apóstoles. La tercera forma por la cual el poder de la tradición apostólica se manifestó fue por medio de la declaración de los primeros credos. Debemos finalmente considerar este último paso en el establecimiento de la triple autoridad de la iglesia primitiva.

El Credo de los Apóstoles

Esta palabra viene del latín y significa "yo creo". En el lenguaje de la iglesia, un credo es una declaración de sus creencias. El credo más antiguo que se usa corrientemente en la iglesia cristiana hoy en día es el Credo de los Apóstoles; este se preparó mucho después de la muerte de los apóstoles. No se escribió de una sola vez, sino que gradualmente creció hasta llegar a su contenido actual. Se le llama el Credo de los Apóstoles debido a que expresa fielmente las enseñanzas esenciales de los apóstoles. En esta sección deseamos considerar primero como se preparó y por que se preparó.

Origen del Credo Apostólico

Existen en el Nuevo Testamento una cantidad de afirmaciones de fe o cortos "credos". Son tan cortos que resulta fácil pasarlos por alto. Se usaron en conexión con la predicación en público, en bautismos, y en reuniones de adoración. Unos pocos ejemplos son:

- Hechos 8:37: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios".
- Hechos 16:31: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo...".
- Romanos 10:9: "...si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo."
- 1 Corintios 15:3-4: "Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras...".
- Filipenses 2:10-11: "...para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre."
- 1 Timoteo 3:16: "...Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a os gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria."
- 2 Timoteo 2:8: "Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos...".
- 1 Juan 5:1: "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios...".

Todos estos, debe notarse, solo confiesan al Señor Jesucristo. No hay ninguna referencia en estas confesiones de fe al Padre o al Espíritu Santo como sujetos a quienes se confiesa. En un grupo mucho menor de "credos" en el Nuevo Testamento, se confiesa a Dios o Dios el Padre. El más notable es:

> 1 Corintios 8:6: "...para nosotros, sin embargo, solo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas y nosotros por medio de él."

Otras confesiones con una doble referencia son:

- 1 Timoteo 2:5-6: "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio así mismo en rescate por todos...".
- 1 Timoteo 6:13-14: "Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo...".

Finalmente, un tercer grupo incluye todas las personas de la Trinidad. En este el más notable es:

> Mateo 28:19: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Otros:

- 2 Corintios 13:14: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros."

- Efesios 4:46: "...un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos."

Crecimiento del Credo de los Apóstoles

En estos tres grupos de confesiones se aprecia una progresión notable desde una única referencia a Cristo, luego a Dios y a Cristo, y finalmente al Padre, Hijo, y el Espíritu Santo. Los bautismos relatados en los Hechos eran todos realizados en el nombre de Jesús solamente. Era esta confesión la que distinguía a los cristianos de los judíos. La fe en Dios se daba por sentado y no había necesidad de una confesión especial. A medida que el evangelio se extendía entre los gentiles, el nombre de Dios, especialmente como creador, se añadió. En 1 Corintios 8:6, como indica el contexto, la adición de Dios el Padre se hizo en conexión con el politeísmo. Más tarde, la confesión al trino Dios se completó con la adición del Espíritu Santo. Mientras tanto el énfasis al aumentar las tres partes del credo estaba sobre la segunda persona, Jesucristo. Originalmente el artículo referente a Jesucristo había sido el único. Este aspecto ha sido retenido en el desarrollo del credo. La parte central y más extensa del Credo de los Apóstoles es la que trata sobre el Hijo.

Alrededor del año 200 el candidato para el bautismo contestaba las siguientes preguntas antes de ser bautizado:
—¡Crees en Dios, Padre Todopoderoso?
—Sí, creo.
—¡Crees en Jesucristo, el Hijo de Dios, quien nació del Espíritu Santo y de María la virgen, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, y murió, y se levantó de nuevo al tercer día vivo de entre los muertos, y ascendió al cielo, y se sentó a la diestra del Padre, y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos?
—Sí, creo.
—¡Crees en el Espíritu Santo, la santa iglesia, y la resurrección de la carne?
—Sí, creo.

Esta manera de examinar al candidato comenzó en Roma. Al correr del tiempo, las preguntas dieron lugar a una afirmación o declaración. El comienzo del Credo de los Apóstoles se encuentra en este desarrollo. Por mucho tiempo el credo que surgió de esta manera fue conocido como el Credo Romano. A medida que ello se hizo necesario otras creencias fueron añadidas. El Credo de los Apóstoles, tal como lo conocemos hoy en día, data de alrededor del siglo quinto.

Las razones para la redacción del Credo de los Apóstoles

Las preguntas que se hacían antes del bautismo, como se vio más arriba, eran un corto resumen de la instrucción que previamente había recibido el candidato. El aumento de estas preguntas y su transformación en una afirmación o declaración de fe fue provocado por una importante razón. El aumento en la autoridad de los obispos y la aceptación de ciertos libros como Escritura no era suficiente para refutar a los gnósticos y a otros herejes. Estos pretendían poseer instrucción secreta o apostólica. También comenzaron a usar los libros sagrados para enseñar sus propias doctrinas. El Credo Romano, más tarde el de los Apóstoles, hizo esto difícil o imposible. Si bien la expresión "Creador de los cielos y la tierra" no fue añadida hasta más tarde, tanto Ireneo como Tertuliano entendían que la expresión "Dios Padre Todopoderoso" quería decir precisamente eso. Esta confesión, así

como la confesión de que Cristo había venido en la carne, que había sido crucificado, que había muerto y resucitado al tercer día, atacaba al gnosticismo de raíz.

De ese modo, las breves confesiones de Cristo hechas en el bautismo se transformaron en confesiones más extensas. Luego se transformaron en preguntas hechas a los candidatos al bautismo. Más tarde aun, las preguntas se hicieron declaraciones de fe, y las declaraciones de fe se tornaron en credos oficiales. El credo mas importante, mas aceptado universalmente, y que más ha perdurado es el que se conoce como el Credo de los Apóstoles. Establece brevemente pero con claridad lo que los apóstoles enseñaran acerca del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.

Conclusión

A mediados del siglo tercero, por consiguiente, se había operado un gran cambio en la forma exterior de la iglesia. En la época de los apóstoles no hubo otra prueba de fe que la aceptación de Jesucristo como Señor y Salvador. La iglesia no tenía mayor organización aparte de las congregaciones locales pues los apóstoles por medio de su conocimiento y autoridad habían mantenido la iglesia unida. Hacia el año 250 ya la iglesia estaba firmemente organizada en cada región del imperio, con un obispo a la cabeza de las iglesias de la ciudad o el registro. Un canon del Nuevo Testamento establecía la lista de las Escrituras autoritativas. Un credo universalmente reconocido enseñaba como debían interpretarse las Escrituras. Todo esto se apoyaba firmemente en la autoridad apostólica; los obispos regían por sucesión apostólica; el canon consistía en los escritos apostólicos; y el credo presentaba la enseñanza apostólica. Fue de este modo que la iglesia emergió de la lucha con el gnosticismo, el marcionismo, y el montanismo. Y de este modo también hizo frente al difícil camino que tenía por delante.

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 7: Tres ciudades: Roma, Cartago y Alejandría

Desde el comienzo de la iglesia, sus principales lugares de reunión se encontraban en las ciudades. El primer centro fue en Jerusalén; de allí se extendió dentro de Palestina a Samaria, Jope, y Cesárea. Fuera de Palestina se extendió hacia el oeste desde su base urbana en Antioquia, y halló acogida en muchas de las ciudades de Asia Menor, de las cuales la más importante era Éfeso. Luego de cruzar el mar Egeo, sus misioneros establecieron iglesias en Macedonia, Acaya, e Italia, especialmente en las ciudades de Filipos, Tesalónica, Corinto, y Roma. Ignacio, durante su viaje a Roma, donde había de sufrir el martirio, escribió seis de sus siete cartas a iglesias urbanas, la séptima al obispo de una de ellas. Algo más tarde, se desarrolló en África un cristianismo floreciente en Alejandría y Cartago. Al norte y al este de Palestina los centros principales eran Damasco, Edessa, y Arbela. En los primeros siglos, pues, la iglesia cristiana tuvo un carácter altamente urbano.

Ello no quiere decir que se descuidaran las zonas rurales. Pedro y Juan, en su camino de regreso de Samaria a Jerusalén, predicaron el evangelio "en muchas poblaciones de los samaritanos" (Hch 8:25). Pablo alabó a los tesalonicenses "porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no solo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido" (1 Tes 1:8). Más tarde el cargo de obispo rural tomo incremento en muchas zonas. Sin embargo, el impacto del testimonio y el auge de la iglesia se hacían sentir en las ciudades. De allí el evangelio llegó a las zonas suburbanas que las rodeaban.

Fue natural que las iglesias urbanas se convirtieran en focos de orientación, como ocurrió precisamente durante los siglos segundo y tercero. Hemos visto que al principio las iglesias estaban conectadas entre sí solo muy débilmente; tenían una fe común pero no una organización o centro común. La muerte de los apóstoles y la aparición de herejías y persecuciones cambiaron esta situación. La iglesia se desarrolló en cuatro regiones, cada una con su sede eclesiástica en una ciudad principal: en el oeste, Roma; en el este Éfeso, en Egipto, Alejandría; y en África del norte, Cartago. Con el tiempo, Constantinopla eclipsó a Éfeso, Alejandría, y Cartago. Antioquia, en Siria, llegó también a ser una iglesia de primera línea. Jerusalén tuvo el honor de situarse entre estas iglesias, pero nunca pudo ejercer el mismo poder. Es triste notar que hoy, de todas estas ciudades cristianas del comienzo, solo Roma permanece como un centro eclesiástico cristiano. Todas las otras, con la excepción de Jerusalén, que es ahora judía, se han tornado mahometanas.

Durante los siglos segundo y tercero las tres ciudades más influyentes en la iglesia fueron Roma, Cartago, y Alejandría. Cada una tenía sus características especiales y contribuyó de acuerdo con ello a la vida de la iglesia. Roma era latina (italiana) y la capital del imperio. Cartago era la ciudad principal de la colonia romana en África; de todas las ciudades occidentales del imperio seguía a Roma en población y riquezas. Alejandría era griega y el centro intelectual del imperio. Conviene notar brevemente el carácter de la iglesia en cada uno de estos importantes centros.

Roma

A mediados del siglo tercero de la era cristiana, la ciudad de Roma tenía ya mil años. Era la capital del imperio más grande en la historia de la humanidad. El antiguo proverbio "todos los caminos conducen a Roma" era literalmente cierto. Dentro de este gran imperio, otro imperio había sido implantado y crecía incesantemente. Era el reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, un reino en este mundo pero que no era de este mundo. Este reino no tenía una ciudad capital terrenal, pero tenía en cambio un centro terrenal en ciertos aspectos muy importantes. Este centro era la iglesia cristiana en la ciudad de Roma. Al paso de los años su influencia en asuntos eclesiásticos y espirituales se hizo cada vez mayor; aun en asuntos mundanos esa influencia se hacía sentir. En el año 250 el emperador Decio, que perseguía a los cristianos, dijo que prefería tener en Roma a un emperador rival y no a un obispo cristiano. A esta iglesia se refería Ireneo al llamarla "la más grande y universalmente conocida, fundada y establecida en Roma por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo". ¿Qué había en la iglesia romana que hasta sus enemigos reconocían su poderío?

El carácter de la iglesia romana

No se sabe con exactitud cuándo llegó a Roma el cristianismo. Pero se cree que ya hacia el año 49 había un testimonio cristiano en Roma. Pablo escribió su carta a los romanos en el año 58 o 59. Entre los años 64 y 68 llevó adelante Nerón su persecución de los creyentes, que en ese entonces ya eran numerosos. Tanto Pedro como Pablo perdieron sus vidas en esa persecución. Los cristianos, profundamente impresionados desde un principio por la tradición apostólica, no podían por menos que tener en alta estima a la iglesia en esa ciudad donde dos de sus apóstoles más renombrados habían sufrido el martirio. Recordaban que de uno de ellos Jesús había dicho: "Tu eres Pedro, y sobre esta roca edificare mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos" (Mt 16:18-19).

La iglesia en Roma era no solo cristiana sino en esencia romana. Sus miembros, y especialmente sus líderes, pusieron al servicio de Cristo aquellas cualidades que habían hecho grande a Roma. Estas cualidades eran especialmente la disciplina moral, el respeto a la autoridad, la mentalidad judicial, la habilidad para organizar, y el buen criterio. El romano no era inclinado a la filosofía; pero sin embargo podía juzgar con un criterio correcto y claro. También era muy hábil, en realidad un experto, en lograr la unidad entre diversos grupos. Fue esta combinación de sentido común y habilidad para mantener la unidad en medio de grupos heterogéneos lo que dio tan larga vida al imperio. Por ello no deben sorprendernos dos hechos: uno, que Roma no produjera ningún gran teólogo, y el otro, que Roma sirviera vez tras vez como árbitro capaz en disputas teológicas entre otras iglesias importantes.

La autoridad de Roma

La historia de la iglesia romana es, en cierto sentido, la historia de sus obispos. Esto se debe a la inseparable relación que la iglesia primitiva veía entre el obispo y la autoridad apostólica. Esta relación tenía un doble significado en vista de la conexión de Pedro y Pablo con la iglesia romana. Además, el hecho de que estuviera situada en la histórica capital del imperio impartía a sus obispos aun mayor dignidad y prestigio.

La primera indicación de la autoridad espiritual y eclesiástica ejercida por Roma sobre otras iglesias es la carta de Clemente de Roma a la iglesia en Corinto en el año 95. Si bien la iglesia romana no tenía un obispo oficial en esa época, Clemente era sin duda su vocero. Como tal, no titubeó en reprender a aquellos que habían depuesto a los ancianos de Corinto sin una razón valedera (véase el Capítulo 3, en la sección Doctrina). Unos veinte años más tarde, en camino hacia Roma para ser ejecutado, Ignacio anticipaba con un sentimiento de exaltación el martirio que le esperaba. En ese entonces escribió a la iglesia romana y les pidió que no trataran de evitarle el martirio. Posiblemente él se daba cuenta de lo influyente que era la iglesia de Roma. Si hubieran realmente tratado de salvarlo, es probable que lo hubieran logrado. Otra indicación del prestigio de Roma es la influencia de *El pastor* escrito por Hermas alrededor del año 140. Era un escrito importante por su contenido; pero había otra razón de su popularidad. Con toda probabilidad Hermas era hermano de Pío, quien era obispo de Roma en ese entonces. Esa circunstancia añadió valor al contenido del libro.

La controversia "Cuartodecimana"

La más importante indicación de la autoridad que la iglesia romana ejercía al principio aparece en conexión con la controversia de Semana Santa. Esta disputa se conoce en la historia de la iglesia como la Controversia "Cuartodecimana" (la palabra latina *quartodecimu*s significa decimocuarto). Se refería al día de la semana en el cual debía conmemorarse la muerte del Señor. El debate tenía que ver con la costumbre de la mayor parte de la iglesia guiada por Roma y la de las iglesias en Asia Menor guiadas por Éfeso. Es evidente por el Evangelio de Juan que Jesús fue crucificado el viernes de la semana de la pascua judía. Se cree que este viernes fue el día catorce del mes de Nisán, el primer mes del calendario judío. La iglesia en el Asia Menor, influida en parte por la costumbre judía, conmemoraba la muerte de Cristo como la del cordero pascual sacrificado por los pecadores, y por lo tanto lo hacia en el día catorce del mes lunar, sin tener en cuenta el día semanal. El resto de la iglesia celebraba la resurrección el primer día de la semana, y por lo tanto conmemoraba la muerte de Cristo el viernes que precedía al domingo.

Ambas secciones de la iglesia querían que la otra aceptara su costumbre. Si se mantenían las dos modalidades, Asia Menor una vez cada siete años celebraría la muerte de Cristo en el mismo domingo en que las demás iglesias conmemoraban la resurrección. En Roma este era un problema serio, pues muchos cristianos de Asia vivían permanentemente en la ciudad. Por esa razón, el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección a veces se celebraban al mismo tiempo. En el año 153, Policarpo, obispo de Esmirna, trató de persuadir al obispo Aniceto de Roma a que aceptara la costumbre asiática. Apeló a la tradición asiática como recibida del mismo apóstol Juan; por su parte, Aniceto hizo referencia a la tradición romana como recibida de Pedro y Pablo. No pudieron llegar a un acuerdo, pero se separaron en forma amistosa luego que Policarpo hubo administrado la santa comunión como huésped de Aniceto en Roma. Este desacuerdo mostró, sin embargo, que no todos los problemas podían ser decididos basándose en el ejemplo o tradición apostólica.

Cuarenta años más tarde, esta cuestión tomo un cariz más serio. Víctor, obispo de Roma, pidió a Polícrates, obispo de Éfeso que obtuviera el consentimiento de todos los obispos asiáticos para seguir la costumbre romana. Estos, con Polícrates a la cabeza, se negaron. Víctor había apelado a su autoridad apostólica y por su parte Polícrates apeló al ejemplo

apostólico de Juan. En consecuencia, Víctor amenazó con excomulgar a las iglesias asiáticas. Todas estas expresaron su desagrado por la acción agresiva de Víctor. Ireneo le escribió pidiéndole que no provoque la rotura de relaciones con las iglesias asiáticas. Víctor no llevó adelante su amenaza pero dejó bien sentada la autoridad y las pretensiones de Roma. En el curso de esta disputa, ganó el apoyo de los sínodos en las iglesias, con excepción de Asia Menor. Esto mostraba el poder de Roma, aun cuando no pudo obligar a Asia a obedecerle. Por otra parte, la disputa mostró que la regla de la apostolicidad no siempre podía aplicarse. No obstante, la influencia de Roma, siempre grande, continuó creciendo. (Más adelante veremos que en muchos casos de disputas y desacuerdos en la iglesia generalmente el dictamen de Roma fue decisivo.)

Cartago

En el siglo tercero Cartago era la ciudad más importante e influyente de la provincia romana de África. Su historia era aun más antigua que la de Roma. Cartago había sido fundada por los colonizadores fenicios alrededor del año 800 A.C. Creció en tamaño y prosperidad, subyugando a la población indígena berebere. Hacia el año 270 A.C. los intereses de Roma y Cartago estaban en pugna, lo que trajo como consecuencia las tres guerras púnicas en las cuales Roma salió totalmente victoriosa. En 146, al final de la última de estas guerras, Cartago fue destruida completamente. Durante el reinado de Augusto César (27 A.C.-14 A.D.) Cartago fue organizada como una provincia romana, y de allí en adelante rápidamente recobró su pujanza y volvió a ser una gran ciudad. Hacia el año 200 A.D. tenía una población y riquezas casi iguales a Roma. La población de Cartago y de la región circundante consistía principalmente en tres grupos: los bereberes, en su mayoría agricultores y obreros; los fenicios o púnicos, que formaban la clase media; y los romanos, quienes eran los dueños de la propiedad y de grandes empresas comerciales, y formaban así la clase alta. Se hablaban tres idiomas: berberisco, púnico, y latín.

Crecimiento de la iglesia cartaginense

Lo mismo que en el caso de Roma, no se sabe exactamente como ni cuando llegó el cristianismo a Cartago y África del norte. Nuestro conocimiento sobre el cristianismo en Cartago data del año 180, pues ya en ese entonces existía una iglesia numerosa. Los creyentes eran mayormente del ala romana, seguidos del grupo púnico, que estaba asociado comercialmente o en alguna otra forma con los romanos. Entre el resto de la población púnica y entre los bereberes la fe cristiana apenas se conocía. Por lo tanto el cristianismo no solamente era predominantemente urbano sino también latino. La Biblia no había sido traducida al púnico y mucho menos al berberisco. Muy poca evangelización tenía lugar entre los púnicos más pobres o entre los indígenas bereberes. Esta es la situación que hallamos al descubrir por primera vez en la historia el cristianismo cartaginense. Como veremos, esta relación entre el cristianismo y el pueblo permaneció como característica de la iglesia del África del norte.

Resulta, pues, sorprendente que la población cristiana de África del norte fuera mayor que la de ninguna otra parte del imperio, con la excepción de Asia Menor. El carácter de la gente tuvo mucho que ver con esto; una vez convertidos, la mayoría eran fieles hasta el fin. Es así que el primer relato que nos llega de la iglesia africana es el del martirio de siete hombres y cinco mujeres de la ciudad de Escilia en Numidia, todos con nombres latinos, que fueron ejecutados en Cartago por causa del evangelio. Cuando el montanismo perdió fuerza en Asia Menor, halló acogida en África del norte. Allí su especial atracción no era el

énfasis sobre el Espíritu Santo y la profecía sino más bien sus prácticas de autodisciplina y ascetismo. Su seguidor mas distinguido fue Tertuliano, el teólogo que ya se ha mencionado antes.

África del norte produjo tres figuras eclesiásticas verdaderamente notables: Tertuliano, quien murió en 220; Cipriano, que murió en 258; y Agustín, que murió en 430. Tertuliano y Cipriano vivieron durante el periodo que tratamos ahora. A Agustín lo encontraremos más tarde.

Tertuliano

Nació en Cartago alrededor del año 150. Su padre fue un centurión romano que dio a su hijo la mejor educación posible en aquellos días. Se preparó en la escuela en griego y en latín. Estudió leyes y llegó a ser uno de los abogados más ilustres de Roma. Alrededor del año 193 se hizo cristiano (las circunstancias de su conversión son desconocidas), y desde ese momento se dio completamente a la defensa y la propagación del evangelio. Esto lo hizo no sirviendo dentro de la iglesia sino por medio de su pluma. Como consecuencia de su estricto adiestramiento en el hogar y su continua autodisciplina, se sintió atraído por el montanismo. Para él, lo que más le llamaba la atención era el ascetismo de este grupo y su desprecio de la mundanalidad. Tertuliano estaba profundamente apenado por la condición espiritual en que veía a la cristiandad a su alrededor. Esto finalmente le llevó a dejar la iglesia católica y a unirse a la iglesia montanista, de la cual fue miembro hasta su muerte en el año 220.

A Tertuliano se le recuerda exclusivamente por sus escritos, pues estos tuvieron gran influencia tanto durante su vida como más tarde. Un sinnúmero de cualidades hicieron de él el gran pensador religioso que era; tenía una mente brillante; su vida era de una moral estricta; y su conversión fue total, que lo llevó a renunciar a una carrera promisoria en el ejercicio de la abogacía. Escogió antes hacerse miembro de una minoría religiosa muchas veces perseguida, primero en la iglesia católica y luego en la iglesia montanista. Su adiestramiento legal agudizó su mente brillante, y pronto domino las Escrituras y toda la teología que hasta ese momento se había escrito. Era también un filósofo competente; conocía la literatura y la cultura romanas; escribía y hablaba tan fácilmente el griego como el latín, y su conocimiento de la historia era extenso y exacto. Desde todo punto de vista estaba bien equipado para la tarea que había elegido de defender y propagar el evangelio. Los escritos de Tertuliano pueden dividirse en tres grupos principales:

- Defensa del cristianismo: contra los judíos, paganos, gnósticos, marcionistas, y el gobierno romano.
- Enseñanza del cristianismo: asuntos doctrinales y eclesiásticos, tales como el bautismo, la persona de Cristo, la penitencia, la resurrección.
- Practica del cristianismo: asuntos morales como la virginidad, vestimenta, monogamia, castidad, ayuno, espectáculos públicos.

La obra más notable dentro del primer grupo es la Apología, o defensa del cristianismo contra la persecución del estado romano. En ella vemos como su aguda mente legal y teológica viene en ayuda de la iglesia, proporcionando además una clara ilustración de la vida de la iglesia y de la sociedad romana de su tiempo. Entre sus obras de enseñanza, una de las que más ha perdurado es el libro dirigido a Praxeas. En el mismo expone cuál es la

relación entre el Padre y el Hijo, un asunto que en aquel entonces era motivo de mucho debate. (Las ideas de Tertuliano sobre esta relación se tratarán en el Capítulo 9).

Entre las obras sobre la práctica del cristianismo resaltan sus ideas sobre la penitencia. Tertuliano era firme, severo, y no admitía componendas. Las citas de Tertuliano en el Capítulo 3 nos dicen tanto acerca de él mismo como de la penitencia. Todas las cosas las veía desde el punto de vista de correcto o incorrecto, sí o no, derecho o torcido, luz u oscuridad. Por lo tanto, ningún cristiano podía ser soldado ni tener un puesto en el gobierno; el arrepentimiento debía ser público y humillante; estaba mal huir de la persecución; podía solo haber un arrepentimiento después del bautismo. ¿Qué tenía que ver Jerusalén, la ciudad de Dios, con Atenas, la ciudad de los filósofos? Por naturaleza Tertuliano era incapaz de ver que el deber cristiano no siempre es una línea derecha o una elección clara. No obstante, en un momento en que la iglesia necesitaba un ejemplo de coraje, una dirección clara y la obediencia leal a Dios y a su causa, Tertuliano habló poderosas palabras de fortaleza, intrepidez, y sabiduría.

Cipriano

Cipriano, el obispo de Cartago desde 248 a 258, es el segundo gran líder cristiano cartaginés. Nació alrededor del año 200 en el seno de una acaudalada familia romana. Lo mismo que Tertuliano, recibió la mejor instrucción disponible, y también llegó a ser abogado. En 246 se convirtió y se dio a sí mismo sin reservas al servicio de la iglesia. Dos años más tarde, el pueblo cristiano de Cartago lo aclamó obispo, y una asamblea de obispos lo colocó en su cargo.

Su rápido ascenso al primer lugar de la iglesia le causó mucha aflicción por el resto de sus diez años de vida. Novato, uno de los principales presbíteros, estaba envidioso por haber sido pasado por alto en favor de un recién llegado. Se opuso a Cipriano en un problema que muy pronto surgió en la iglesia de África del norte. Se trataba del caso de aquellos que habían negado la fe cristiana bajo la persecución que en el año 250 cayó sobre la iglesia por obra del emperador Decio.

En el Capítulo 4 vimos que las persecuciones sufridas por la iglesia pueden dividirse en dos periodos: el periodo de las persecuciones locales, desde Nerón en el año 64 hasta Decio en el 250, y el periodo de persecución general a través del imperio, años 250 al 313, el cual comenzó con Decio y terminó con Constantino. Cipriano era obispo de Cartago durante los primeros nueve años de este segundo periodo.

Por más de treinta años no había ocurrido ninguna persecución en África del norte; el convertirse a la fe cristiana parecía "seguro". Además, el cristianismo era mayormente romano, y los romanos ocupaban posiciones de riqueza y poder. Esto, sin duda, llevó a muchos que no eran romanos a transformarse en miembros de la iglesia por conveniencia social y para progresar en sus profesiones. Fue así que cuando vino la persecución, muchos negaron al Señor cuyo nombre habían confesado. A través de todo el imperio se estableció que todos los ciudadanos debían sacrificar a los dioses. Cuando una persona así lo había hecho recibía un *libellus* o certificado. El que no podía mostrar este certificado cuando el gobierno lo requería era arrestado y ejecutado si se rehusaba a sacrificar. Algunos cristianos obtuvieron certificados sin sacrificar sobornando a las autoridades que los emitían. Otros ofrecieron sacrificio para obtener los certificados sin haber sido forzados a ello. Un tercer grupo se doblegó ante la tortura. Finalmente hubo un cuarto grupo que

permaneció firme; a pesar de las amenazas, del encarcelamiento, y las torturas, mantuvieron su confesión de fe en Cristo y se negaron a ofrecer sacrificios. Estos cristianos fueron llamados "confesores". A todos los otros que habían sacrificado se les prohibió tomar parte en el sacramento de la comunión.

La regla de Cipriano

Cuando la persecución amainó, muchos se arrepintieron y pidieron ser recibidos otra vez como miembros cabales de la iglesia. Cipriano dictaminó así: aquellos que habían sacrificado de su propia voluntad, sin haber sido torturados u obligados, nunca más podrían participar de la comunión. Por cuanto solo Dios podía perdonarlos, se les dijo que oraran a él pidiéndole el perdón. La iglesia podía ayudarlos en forma pastoral, y los que estaban al borde de la muerte podían recibir la comunión si un confesor lo recomendaba. Todos aquellos que habían sacrificado como resultado de las torturas, debían pasar por un periodo de penitencia antes de ser recibidos de nuevo. Todos los demás permanecerían en un estado de penitencia por el resto de sus vidas.

La actitud de Cipriano causó gran alboroto en la iglesia. Muchos creían que ni aun aquellos que habían ofrecido sacrificio bajo tortura, debían ser readmitidos. Otros pensaban que todos los que se habían arrepentido debían ser readmitidos. Novato, el oponente de Cipriano, se unió a la facción mas moderada. Los confesores apoyaron a Novato. Desde sus prisiones escribieron pidiendo, y a veces instruyendo, a Cipriano que recibiera a esta o aquella persona, o a ciertos grupos de personas. A menudo no conocían a la gente cuya readmisión recomendaban. Por otro lado, Cipriano mismo fue criticado personalmente por haberse ocultado durante la persecución. Claro está que desde el lugar donde se ocultaba pudo dirigir los asuntos de la iglesia; Cipriano creía que su martirio dejaría la iglesia sin dirección y por lo tanto más débil que si él la dirigía desde su lugar secreto. No siguió los pasos de Ignacio, pero en realidad se requería más coraje para servir a la iglesia en esa forma que abiertamente en la ciudad, y muy pronto la iglesia así lo reconoció.

En Roma existía el mismo problema. El obispo romano Cornelio apoyaba a Cipriano y siguió la misma estrategia. Uno de sus presbíteros, Novaciano (no confundir con Novato), quien también era un teólogo competente, formó una facción estricta y se separó con sus seguidores de la iglesia católica. En Cartago, Novato no tuvo éxito en su oposición contra Cipriano y por consiguiente viajó a Roma buscando apoyo para su posición indulgente. Al no encontrarlo, se unió al grupo de Novaciano y ayudó a establecer la estricta iglesia novaciana en Cartago. El oponerse a Cipriano por cualquier medio parecía más importante para Novato que el permanecer fiel a sus convicciones.

En el año 257 una nueva persecución se desató bajo el emperador Valerio. La iglesia había sido purificada de muchos miembros nominales. La posición de Cipriano había sido apoyada por los obispos de África del norte y por Roma. Al confrontar de nuevo la persecución, Cipriano moderó sus reglas de readmisión y declaró que todos los que se arrepentían podían ser recibidos de vuelta en la iglesia. Esta acción parecía asegurar que solamente los penitentes sinceros pedirían ser admitidos otra vez, pues era razonable suponer que aquellos que se habían arrepentido por negar a Cristo en la persecución anterior, estarían ahora sujetos a una nueva persecución y tendrían el coraje de soportar sus consecuencias.

Otro problema que enfrentó la iglesia en esa época tuvo que ver con el valor del bautismo administrado por la iglesia novaciana. Muchos que habían sido bautizados por la iglesia

novaciana trataron más tarde de unirse a la iglesia católica. Cipriano insistió en que debían bautizarse de nuevo, pero Roma reconoció el bautismo novaciano. La iglesia novaciana, dijo Roma, es culpable de cisma, no de negar la fe apostólica; por lo tanto, debe reconocerse su bautismo. Este asunto provocó una polémica entre Roma y Cartago, pero el comienzo de nuevas persecuciones en 257, que afectaron tanto a Italia como al África, sirvió para postergar una decisión al respecto. Ciento cincuenta años más tarde, con la ayuda del poderoso obispo de África del norte, Agustín, la posición romana prevaleció.

Cipriano logró al cabo incrementar enormemente el poder de los obispos, e indirectamente el poder y la influencia de Roma.

Durante la persecución bajo Valerio, Cipriano no volvió a ocultarse, pues consideraba que la iglesia ya era suficientemente fuerte y podía seguir adelante sin él si fuera necesario. Muy pronto lo arrestaron confinándolo a la extensa lista de mártires que por su fe, su testimonio, y ejemplo continúan hasta nuestros días exhortando a la iglesia a la obediencia a Cristo.

Alejandría

En el año 332 A. C. Alejandro el Grande destruyó totalmente la antigua ciudad de Tiro, el famoso puerto fenicio, a raíz de la alianza de Tiro con Persia, su enemiga. Alejandro construyó otro puerto en Egipto para que tomara su lugar y lo llamó Alejandría. Esta prosperó en tal forma que, así como Cartago llegó a ocupar el segundo lugar después de Roma en la parte occidental del imperio, Alejandría llegó a ocupar el segundo lugar en la parte oriental. Si bien era la principal ciudad de Egipto, en carácter era predominantemente griega. Entre sus muchos edificios de gran belleza, se contaba el museo construido por los Ptolomeos, el cual luego se transformó en universidad. Desde el año 200 A. C. hasta el 300 D. C. Alejandría fue el centro intelectual y cultural del mundo griego, y en el año 80 D. C. cayó bajo el dominio romano.

Alejandría también era un gran centro del pueblo judío; más judíos vivían allí que en cualquier otra ciudad del mundo. Allí se tradujo la Septuaginta en 250 A.C. También, Filón, el filósofo judío, vivió y trabajó allí durante la mitad del primer siglo. Los judíos en Alejandría eran judíos helenistas; su religión y su actitud hacia la vida estaban influidas por el pensamiento y las prácticas griegas. Como en el caso de Roma y Cartago, tampoco se conoce la fecha del comienzo del cristianismo en Alejandría. Quizá el cristianismo en Egipto, y especialmente en Alejandría, haya recibido poca atención de los líderes de la primitiva iglesia debido a la extensión allí del gnosticismo. Los dos gnósticos más destacados, Baslides y Valentino, eran alejandrinos. Las primeras informaciones fidedignas que tenemos sobre el cristianismo en Alejandría comienzan alrededor del año 180, que es cuando también oímos por primera vez del cristianismo en Cartago. La iglesia de Alejandría produjo un número apreciable de hombres de valía, dos de los cuales tratamos a continuación.

Clemente de Alejandría

Alejandría y Cartago eran similares por el hecho de que ambas eran ciudades africanas y tenían grandes iglesias cristianas. Fuera de esas similitudes, sin embargo, no tenían nada en común; Cartago era romana, Alejandría griega; Cartago tenía pocos judíos, Alejandría contaba con decenas de miles de judíos; la iglesia cartaginense tenía prejuicios contra la

cultura y el saber, la iglesia alejandrina les abría las puertas. A causa de su conservadurismo, Cartago se vio muy pronto envuelta en un cisma. Alejandría, debido a su liberalidad ante el mundo griego, muy pronto produjo una de las más grandes herejías de la iglesia primitiva. Tertuliano puso su sello sobre el cristianismo cartaginense; Clemente lo hizo sobre el cristianismo alejandrino. Entender a Clemente y a su discípulo Orígenes es comprender a Alejandría.

En estrecha conexión con la iglesia alejandrina funcionaba una escuela de instrucción cristiana que había fundado un tal Pantano. Este enseñaba en su propia casa sin cobrar nada, aunque vivía de las donaciones de los estudiantes más pudientes. La escuela creció y llegó a ser conocida como la Escuela Catequista (del griego: "instrucción oral"). Bajo Clemente, que sucedió a Pantano, como principal instructor alrededor del año 190, la escuela se hizo famosa. Logró fortalecer la iglesia e interpretar el evangelio a los griegos instruidos.

Clemente buscó unir el cristianismo y la filosofía griega. Enseñó que la Palabra (o Logos) de Dios, es decir su Pensamiento o Razón, se había encarnado en Cristo; antes de su encarnación había instruido a toda la humanidad, pero especialmente a los judíos. Los griegos no tenían su sabiduría de sí mismos; la habían obtenido en tiempos pasados del Antiguo Testamento; por lo tanto, habían hablado la verdad en su filosofía. El conocimiento que ellos habían obtenido debía ser usado por los cristianos para profundizar su fe; así llegarían a un conocimiento total de Dios. Aquellos que obtuvieran tal conocimiento serían verdaderos gnósticos; su gnosis constituiría una combinación de fe simple y de comprensión filosófica. Este conocimiento conduciría a la virtud, y la virtud a ser semejantes a Dios. Clemente atacó a los gnósticos con su propio nombre; en cierto sentido les arrancó el significado de su nombre y lo aplicó a los cristianos. Solo estos tienen el verdadero conocimiento de Dios, y por lo tanto, ellos únicamente son los verdaderos gnósticos.

Clemente escribió tres obras que se concentran en el Logos encarnado, Cristo Jesús. Su primer libro, *Exhortación a los gentiles* explica como el Logos primeramente nos convierte. El Instructor muestra como el Logos luego nos instruye. En tercer lugar, el Logos perfecciona nuestro conocimiento para que sea la verdadera gnosis, lo cual Clemente desarrolla en su último y más extenso libro, Misceláneas. En este Clemente postula muchos pensamientos hermosos pero que no componen un conjunto sistemático. En el sistema de Clemente, el Logos salva por medio de la educación; es un maestro y un dispensador de la ley de modo que podamos llegar a ser inmortales; se hizo hombre para que los hombres pudieran aprender a transformarse en divinos.

Orígenes

Orígenes nació de padres cristianos en Alejandría alrededor del año 185. En su juventud se le conocía tanto por su piedad como por su mente brillante. Asistió a la Escuela Catequista y estudio bajo Clemente. En 202-3 hubo una severa persecución en Alejandría bajo el emperador Séptimo Severo, lo que trajo como resultado la dispersión de los maestros de la escuela. Orígenes quedo entonces como principal instructor a la edad de diecinueve años, por cuanto los otros maestros de mayor madurez no se hallaban disponibles. Con este nombramiento comenzó Orígenes una vida dedicada a estudiar, enseñar, y escribir hasta el fin de sus días. Murió en 254 como resultado de las torturas que sufrió durante la persecución de Decio.

Los escritos de Orígenes son muchos; incluyen comentarios, ensayos devocionales, una obra sobre doctrina cristiana, y un trabajo apologético. En su apología cita y contesta los cargos que contra el cristianismo habían sido formulados en el año 170 por el escritor pagano Celso. Orígenes fue el primero en estudiar seriamente el texto del Antiguo Testamento. Compiló una obra conocida con el nombre de *Hexapla* (la palabra griega *hexaplous* significa "séxtuplo"), en la cual aparecen, en seis columnas separadas, el texto original hebreo del Antiguo Testamento, el mismo texto en letras griegas para indicar la forma en que el hebreo debería pronunciarse, y cuatro traducciones, una de las cuales era la Septuaginta. La mente de Orígenes era tan productiva que le permitía ocupar seis secretarios para escribir los pensamientos de sus conferencias y de sus obras.

El más importante de todos los escritos de Orígenes es su libro *De principiis* (Los primeros principios). Es un libro de doctrina cristiana que muestra claramente la profundidad de su carácter cristiano, su bien preparada mente teológica, y su modo de pensar griego. Notaremos algunos de los puntos principales que él enfatiza en este libro.

Una de las contribuciones más firmes de Orígenes a la teología de la iglesia es su enseñanza acerca de la relación de Dios el Hijo con Dios el Padre. Por cuanto este tema ocupara todo un capítulo más adelante, mencionaremos aquí solamente que Orígenes consideraba al Hijo como eterno junto con el Padre; el Padre engendra eternalmente al Hijo. La doctrina bien conocida de la generación eterna del Hijo tuvo su comienzo con Orígenes. Lo que es peculiar en esta enseñanza, sin embargo, es la razón que Orígenes da para ello. Es en este punto que Orígenes muestra cuan profundamente su teología estaba influida por su trasfondo griego. "La diferencia entre el Creador y la criatura -enseñaba- es tan grande que no era apropiado que el Padre creara directamente: necesitaba un intermediario que lo hiciera por el". Es por ello que el Hijo tuvo que ser generado. Es cierto que esta generación nunca tuvo un principio: el Padre y el Hijo estaban eternamente relacionados como el que genera y el que es generado. No obstante, la teología de Orígenes nunca ha podido eludir la acusación de que en ella el Hijo está subordinado al Padre. También es claro que esta enseñanza acerca de la generación del Hijo surgió, por lo menos en parte, de las ideas griegas más bien que del cristianismo.

Su doctrina de la creación

Así como había una razón precisa para la generación del Hijo, también la había para la creación del mundo. Por cuanto Dios es omnipotente, debe tener eternamente un mundo en el cual ejercer su omnipotencia. Por lo tanto, el Hijo eterno creo eternamente el mundo en el cual el Padre pudiera ejercer su poder. El mundo eterno creado por el Hijo es un mundo de espíritus. En este mundo todos los espíritus fueron creados con igual gloria y virtud, y todos fueron creados con libre albedrío. Algunos de estos espíritus usaron de este libre albedrío con virtud y nobleza; estos llegaron a ser ángeles. Otros abusaron completamente de su libertad y se hicieron malos; estos ahora son demonios. Un tercer grupo no fue tan obediente como los ángeles ni tan desobediente como los demonios; estos se transformaron en hombres. Todos los espíritus fueron creados iguales, pero se transformaron en ángeles, demonios, u hombres según el uso que hicieron de la libertad que Dios les concedió. Para los ángeles se creo un cielo, para los demonios un infierno, y para los hombres esta tierra. Cada grupo tiene un hogar de acuerdo con sus acciones en el mundo eterno de los espíritus. Además, así como cada grupo tiene un hogar de acuerdo con sus méritos, del mismo modo cada miembro de cada grupo tiene un carácter y una posición en la vida de acuerdo con sus meritos personales. Los rasgos de nuestro carácter,

como bondad, amabilidad, ingratitud, orgullo, celos, fortaleza, agudeza mental, generosidad, mezquindad, y además, son todos producto de nuestra conducta en el mundo de nuestra preexistencia. Lo mismo se aplica a las condiciones de vida como la libertad y la esclavitud, la riqueza y la pobreza, la salud y la enfermedad. Es así que no hay injusticia de parte de Dios, por cuanto él hizo a todos los hombres iguales con la misma habilidad, los mismos dones, la misma libertad. Toda desigualdad es culpa del hombre mismo como resultado de su conducta en el mundo anterior.

Su doctrina de la salvación

Dios quiere, sin embargo, traer de vuelta a los hombres a su comunión, y para ello les ha dado vida sobre la tierra a fin de que por medio de la disciplina, el aprendizaje, y la instrucción puedan volver a él. El Hijo de Dios se encarnó a fin de proporcionarles esta guía y dirección. Pero ¿cómo podía el Hijo, eternamente co-igual con el Padre, venir a ser un hombre? Él también necesitaba la ayuda de un espíritu mediador. Por esta razón, el Hijo de Dios se asoció con un espíritu sin pecado de la primera y eterna creación. Este espíritu, ahora uno con el Hijo, fue a vivir en un cuerpo humano sobre la tierra, por medio del nacimiento físico. El niño se llamó Jesús; este sufrió, murió, y resucitó. Sin embargo, solo fue el Jesús humano el que sufrió y murió; el eterno Hijo de Dios, que había tomado para sí el espíritu que se hizo humano, no sufrió. Esto esta muy de acuerdo con el pensamiento griego de que Dios no puede sufrir.

Orígenes sufrió mucho en su vida de casi setenta años. En Alejandría se le hizo sentir que no deseaban su presencia. Había sido ordenado por obispos de Palestina, pero esto no lo reconocieron en Alejandría y otras regiones. Desde el año 230 fue huésped en otras ciudades, especialmente en Cesárea. Durante la persecución de Decio sufrió torturas, y luego de su muerte fue declarado hereje. La iglesia, sin embargo, había sido notablemente beneficiada por sus estudios bíblicos. Orígenes contribuyó mucho a la destrucción del gnosticismo. La más grande apología para una iglesia bajo la persecución es el libro de Orígenes Contra *Celso*. Al tratar de relacionar el cristianismo con la ciencia y la filosofía secular, cometió errores muy graves. No obstante, a pesar de sus defectos, Orígenes fue el primer gran teólogo de la iglesia. El vio el mismo Dios obrando en la naturaleza y en la redención y trato de relacionar ambas con la revelación de Dios en Cristo.

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 8: Diocleciano y Constantino

En este capítulo alcanzamos el clímax de las relaciones iglesia-estado en el Imperio Romano. Conoceremos al último de los grandes emperadores paganos, Diocleciano, y el primero de los emperadores cristianos, Constantino. Este cambio profundo no se produjo sin un último sufrimiento que puso a prueba la fe de la iglesia. La tremenda persecución iniciada por Diocleciano fue lo que introdujo el cambio del antiguo al nuevo orden de cosas. Debemos tomar buena nota de estos dos hombres y de la oscura hora de prueba de la iglesia que los separa.

Diocleciano

Para poder calibrar el significado de la figura de Diocleciano es necesario observar las condiciones reinantes en el imperio durante el siglo que le precedió. Diocleciano subió al trono imperial en el A.D. 284. El último de los famosos emperadores romanos que le precedió fue Marco Aurelio, quien murió en el 180. La edad de oro de Roma, iniciada con Augusto el año 27 A.C., terminó con Aurelio. Durante los doscientos años desde Augusto hasta Aurelio, Roma había disfrutado de paz, con excepción de algunas luchas armadas en las fronteras. No hubo ninguna guerra civil; la economía había prosperado; la literatura y las artes florecieron; y la ley romana gobernó los pueblos del imperio desde la Bretaña en el oeste hasta Arabia en el este. Sin embargo, la paz, la prosperidad, y la seguridad trajeron la holganza, el relajamiento moral, y una disminución en el respeto de la autoridad. Las cualidades del carácter que habían hecho grande a Roma, empezaron a diluirse.

La condición del imperio

La pérdida de carácter se hizo muy evidente en el ejército, del cual la estabilidad del imperio más dependía. Ya en el segundo siglo los jóvenes de buena familia comenzaron a perder interés en la carrera militar. Esta tendencia se acentuó durante el tercer siglo, y el gobierno se vio obligado cada vez más a reclutar soldados de entre los habitantes del imperio que no eran ciudadanos romanos, y aun de las tribus germanas fuera de las fronteras. Pronto el ejército y su oficialidad consistían en gran parte en mercenarios; para ellos, el interés propio era de más importancia que la lealtad en servir al imperio. El ejército, además, pronto se convirtió en el principal poder político del imperio. El emperador no era elegido más por el senado; el ejército elegía a sus generales para ser emperadores. Desde el 180 A.D. al 284 los emperadores eran prisioneros del ejército, y el que no agradaba al ejército era muerto. Si era demasiado estricto o si no lo era bastante, si quería librar batalla y los soldados no querían, si no pagaba suficiente o si al ejército no le agradaba su política en tal o cual asunto, se le asesinaba y se nombraba a otro general en su lugar, aunque el nuevo emperador no quisiera el cargo. Durante este periodo Roma tuvo veinticinco emperadores. En los doscientos años de Augusto a Aurelio solo hubo trece. De esos veinticinco, veintiuno fueron asesinados; uno fue traicionado en batalla por uno de sus generales; otro fue tomado prisionero por los persas y nunca más se oyó de él; solo dos murieron de muerte natural.

Este número no incluye a los tres emperadores Galba, Otón, y Vitelio, quienes en el 69 A.D. lucharon por la corona al fallecer Nerón, pues los tres perecieron en la lucha.

La inestabilidad y el desorden del imperio fueron pronto notados por las tribus fronterizas, las que cruzaron el Rin y el Danubio a millares para establecerse en el imperio. Los persas atacaron en el este. En Siria y en la Galia surgieron reinos independientes para mantener el orden en esos territorios. Estos hechos llevaron a que se exigieran mayores impuestos para poder combatir a los invasores y mantener el orden en el imperio. Como resultado de estas pesadas cargas la economía sufrió grave quebranto: el comercio se redujo a los mercados locales en vez de abarcar todo el imperio. Las granjas eran menos productivas porque los frutos del trabajo eran absorbidos por los impuestos. En todas partes el pueblo y las mismas autoridades temían a los soldados, quienes se apropiaban de cuanto querían. El dinero perdió su valor porque el gobierno mezclaba metales inferiores con el oro y la plata de las monedas. Los ricos se empobrecían y los pobres se desesperaban. Tal era la condición del Imperio Romano al tomar el poder Diocleciano.

Diocleciano no era un hombre brillante, pero tenía carácter y el coraje que es inherente al verdadero carácter. No era un romano en todo el sentido de la palabra, sino ilirio, nacido en Iliria o Dalmacia, lo que es hoy Yugoslavia occidental. Cuatro de sus compatriotas habían sido emperadores antes de él: Claudio II (268-270), Aureliano (270-275), Probo (276-282), y Caro (282-283). Todos fueron hombres capaces y valerosos, pero su virtud no tuvo recompensa. Solo Claudio murió de muerte natural. Aureliano, llamado "el restaurador del mundo" a causa de sus esfuerzos por reformar el gobierno, fue asesinado por un grupo de oficiales; Probo fue muerto cuando dedicó su ejército a la tarea pacífica de cavar un canal; no se sabe la causa de la muerte de Caro, pero se sospecha que fue asesinado.

Reorganización del gobierno

Por lo tanto, cuando Diocleciano ocupó el trono imperial, comprendía bien cuan difícil sería la tarea que le esperaba. Sabia también el peligro personal al cual se exponía. Sin embargo, tenía una gran ventaja. El peligro al cual estaba expuesto el imperio era en aquel momento tan grande que en todas partes se deseaba un emperador que fuera su salvación. Hasta el ejército estaba dispuesto a sacrificar parte de su poder omnímodo. Diocleciano resultó ser el hombre de la hora. Su mayor contribución fue la reforma administrativa del imperio. Vio que el imperio era demasiado vasto para gobernarse por un solo hombre, por lo que lo dividió en dos: el oeste y el este. La línea divisoria pasaba por el Adriático, entre Italia e Iliria. Cada mitad del imperio fue regida por un augusto (es decir, un emperador); luego de algunos años tuvo un ayudante o césar. El césar había de suceder al augusto cuando se retiraba o fallecía. Cada uno de estos cuatro tenía su capital, su ejército, su corte, y una parte del imperio para gobernar. Diocleciano fue el augusto oriental; Maximino, un general ilirio, fue el augusto occidental. Galerio, el yerno de Diocleciano fue su césar; el césar de Maximino fue Constancio. Galerio era de Dacia, Constancio de Iliria; ambos eran militares sumamente capaces.

Aunque Diocleciano y Maximino tenían ambos el título de augusto, Diocleciano ejercía el poder supremo y la decisión final estaba en sus manos. No solo esto, sino que gobernaba en el este, la parte más desarrollada y culta del imperio. Él y Maximino ya no pedían consejo ni consultaban al senado, a través del cual habían gobernado los primeros emperadores; gobernaban solos. Diocleciano vivía en un espléndido palacio e imitaba a los monarcas persas en su vestimenta y la rutina de la corte. Cualquiera que le entrevistara

tenía que postrarse ante él y besar el borde de su toga. Dejó de ser el *Princeps* o primer ciudadano del imperio como fueron el primer augusto y sus sucesores; el se hizo "señor y dios", y todo lo que le rodeaba era sagrado y divino. La adoración del emperador se hizo total. La razón de ser de este nuevo estilo de vida era en parte de orden práctico. Se hacía más difícil un ataque a su persona a manos de asesinos potenciales.

Hemos visto dos cambios fundamentales introducidos por Diocleciano. Primero, el imperio se dividió entre dos augustos y dos césares, con el poder supremo en manos de Diocleciano. Segundo, atribuyó cualidades divinas a la persona del emperador a fin de hacer su vida más segura y, sin duda, de acrecentar su autoridad. Hubo un tercer cambio, quizá el más importante de todos. Bajo los primeros emperadores, las costumbres y tradiciones locales y el gobierno local habían sido respetados en gran medida. El ejército había protegido al imperio y garantizado la seguridad dentro de él, pero no lo había gobernado. Bajo Diocleciano el ejército triplicó su tamaño y estableció un gobierno del todo militar. Los departamentos del gobierno civil fueron puestos al servicio del ejército. La falta de honradez se hizo universal, las libertades fueron transgredidas en todas partes, y el gobierno por el ejército a menudo resultó incompetente.

Además, la histórica ciudad de Roma dejó de ser la capital del imperio. Ningún augusto o césar vivía allí. Las capitales donde vivían se elegían de acuerdo con la estrategia militar. Desde Nicomedia, en Asia Menor, Diocleciano controlaba el Danubio oriental y las fronteras con Persia. Galerio controlaba la frontera del Danubio occidental desde Sirmio en el norte de Iliria. Desde Milán, en el norte de Italia, Maximino vigilaba las tribus al norte de la frontera italiana. Constancio cuidaba de la frontera del Rin y de los germanos al este de ella desde Tréveris (hoy Trier) en el nordeste de la Galia. Este abandono de Roma por el gobierno, indirectamente aumentó el poder y el prestigio de la iglesia romana y de su obispo. La historia, la tradición, la gloria, y la fama de la ciudad de Roma no se desvanecieron cuando la sede del gobierno se alejó de allí. Bajo los emperadores posteriores, el obispo de Roma se hizo la personalidad oficial más importante de la antigua ciudad.

Los resultados de la reorganización de Diocleciano

Durante veintiún años Diocleciano se entregó a la tarea de reformar el gobierno imperial. Durante estas dos décadas el imperio recobró fuerzas, repelió a los bárbaros, fortaleció sus fronteras, y conquistó una nueva dignidad. Así fue que el Imperio Romano sobrevivió su crisis del tercer siglo por medio del gobierno militar. Pero la supervivencia le costó caro. Recobró, es cierto, su seguridad, pero al precio del deterioro económico y la pérdida de las libertades locales en las cuales se había cimentado el desarrollo de Roma. Esta pérdida fue mayor en occidente, donde el imperio dejó de existir en el año 476. En oriente perduró mil años más hasta la toma de Constantinopla por los mahometanos en 1453.

La hora más oscura

Al considerar la última persecución de la iglesia antes de la época de Constantino, resultará de utilidad revisar brevemente la historia de las persecuciones de los cristianos en el Imperio Romano. Como observamos antes, en general se puede dividir en dos periodos: durante el primero, hasta el año 250, las persecuciones fueron locales; en el segundo, después del año 250, abarcaban todo el imperio.

Repasos de las persecuciones: Primer periodo

El primer periodo comienza con Nerón. Durante su reinado hubo una persecución cruel en Roma en el año 64. Otra persecución local menos grave ocurrió en el 95 bajo Domiciano. Desde Trajano, que comenzó a reinar en el 98, hasta el final del reinado de Antonio Pío (160) el cristianismo estuvo en peligro y a la vez, en cierto sentido, protegido. Era una religión ilícita y por lo tanto expuesta a persecución. Pero también gozaba de cierta protección, ya que Trajano prohibió la acción legal contra los cristianos basada en acusaciones anónimas. Adriano prohibió la condenación de los cristianos sin evidencia. Además, ordenó que los cristianos no fuesen buscados. Bajo estas condiciones la persecución fue limitada, y la iglesia creció grandemente a pesar de ella. Marco Aurelio (160180) fue más agresivo. Se opuso activamente al cristianismo, y bajo él ocurrió una persecución cruel en la Galia en el año 177. Del año 180 al 250 el cristianismo siguió siendo religión ilícita pero sin mayores consecuencias. En verdad el cristianismo floreció en el imperio durante estos setenta años. La principal excepción a este prolongado periodo de paz fue una persecución grave bajo el reinado del emperador Septimio Severo en los años 202 y 203, sobre todo en Egipto y Cartago. Prohibió la conversión del paganismo al cristianismo. La confesión pública de Cristo por el bautismo era, por lo tanto, un acto arriesgado. También persiguió al clero, lo cual se hace evidente por la dispersión de los maestros de la escuela de catequesis de Alejandría. Persecuciones más breves y menos graves ocurrieron bajo Caracala en el norte de África y bajo Maximino I en Asia Menor y Palestina. Con estas concluyen las persecuciones del primer periodo.

Repaso de las persecuciones: Segundo periodo

Durante el segundo periodo, la persecución no fue local, sino generalizada a través del imperio. Su origen, en mayor o menor grado, se debió a cinco causas: la primera, el enorme crecimiento de la iglesia cristiana; la segunda, la declinación económica y moral del imperio; la tercera, la proximidad del milésimo aniversario de la fundación de Roma; la cuarta, la opinión de muchos destacados romanos en el sentido de considerar a la iglesia cristiana como un estado dentro del estado y por lo tanto un peligro para el imperio; y la quinta causa, surgida de la anterior, el temor de que la decadencia de Roma fuera debida al enojo de los dioses por los progresos del cristianismo.

En este segundo periodo hubo tres grandes persecuciones. La primera, desencadenada bajo Decio entre los años 250 y 253, fue de una violencia increíble y causó más apostasía en la iglesia que cualquiera persecución anterior. La segunda persecución sucedió en el reinado de Valeriano en el año 257. Tenía por objeto destruir el liderato cristiano al obligar al clero y a los cristianos más destacados en el gobierno y la sociedad a que se retractasen de su fe, o en caso contrario matarlos. Fue durante esta persecución que fue muerto Cipriano en Cartago y el obispo Sixto II en Roma. Valeriano cayó prisionero guerreando contra los persas, y su hijo Galiano puso fin a la persecución. Al hacer así, de hecho abolió el status legal de religión ilícita aplicada al cristianismo. Su edicto de tolerancia iba dirigido "a los obispos". Devolvió los lugares de culto y los cementerios a las iglesias como entidades organizadas.

La persecución valeriana fue seguida por cuarenta y tres años de paz. Durante estos años el cristianismo progresó como nunca antes. El edicto de tolerancia de Galiano llevó a los cristianos a creer que las persecuciones habían terminado para siempre. Se construyeron hermosas iglesias, y muchas personas con instrucción e influencia abrazaron el

cristianismo. Mientras tanto la situación económica, militar, y social del imperio se hizo cada vez más alarmante. La captura de Valeriano por los persas y la aparición de reinos independientes en Siria y la Galia eran síntomas del debilitamiento a que había llegado. Entre los años 260 y 305 una sucesión de emperadores capaces lucharon para restablecer el orden y el poderío del imperio. Diocleciano fue el último y el más grande de ellos.

La persecución bajo Diocleciano

Es, por lo tanto, doloroso señalar que en el año 303 Diocleciano se volvió un perseguidor. En aquel año, dos antes de renunciar a su título de augusto, inició la tercera persecución del segundo periodo, la más larga y espantosa de las tres. Es difícil de entender esta actitud de Diocleciano. Su esposa Prisca y su hija Valeria se habían hecho cristianas y muchos de los funcionarios y sirvientes del palacio imperial también eran cristianos. Además, durante veinte años no había mostrado ningún deseo de perseguir la iglesia. Generalmente se supone que el principal responsable de la persecución fue Galerio, el césar de Diocleciano, pues se sabe que odiaba el cristianismo. Su madre, adicta al culto de la diosa pagana Cibeles, le instigó a la persecución. Bien puede ser que Diocleciano no hubiera podido dar buenas respuestas romanas a las cinco razones para perseguir dadas más arriba. Por lo tanto habría cedido a las incitaciones de Galerio pero a condición de que no se matase a los cristianos. Con todo, fue Diocleciano quien ordenó la persecución. Comenzó durante su reinado y debe llevar la responsabilidad oficial de la misma.

La persecución comenzó el 23 de febrero del 303, sin ningún preaviso. Ese día los esbirros de Diocleciano fueron a la gran iglesia de Nicomedia, su ciudad capital, quemaron las Escrituras, retiraron el moblaje y destruyeron el edificio. Durante los doce meses subsiguientes se promulgaron cuatro edictos de persecución. Estos estipulaban sucesivamente lo siguiente:

- Todos los cristianos de las clases altas serían privados de sus posiciones oficiales y de sus privilegios. Los cristianos de la corte imperial se convertirían en esclavos si no renunciaban al cristianismo. Todo cristiano perdía su ciudadanía romana. Todos los templos cristianos debían destruirse y quemarse los escritos sagrados cristianos.

- Todos los miembros del clero cristiano y los funcionarios de las iglesias serían encarcelados. Eusebio, en su *Historia de la iglesia*, escribió:

  En cada ciudad muchos fueron encarcelados y en todas partes las prisiones, construidas mucho antes para homicidas y profanadores de sepulturas, estaban atestadas de obispos, presbíteros, diáconos, lectores, y exorcistas, de modo que ya no cabían en ellas los convictos de crímenes (Libro 8, párrafo 4).

- Todos los dirigentes así encarcelados serían obligados a ofrecer sacrificios a los dioses o en caso contrario serían "mutilados por medio de torturas interminables".

- El cuarto edicto exigía que todo cristiano sin excepción, sacrificara a los dioses, bajo pena de ser encarcelado o sufrir mayores castigos.

La persecución de Diocleciano duró diez años. No fue muy rigurosa en el occidente, donde ni Constancio ni su hijo Constantino eran favorables a ella. Pero en las regiones gobernadas

por Diocleciano y Galerio la persecución fue muy violenta. Diocleciano renunció a su cargo de emperador en el año 305, como lo hizo también Maximino en el oeste, pero a pesar de que Galerio fue el principal ejecutor de la persecución, en la historia de la iglesia retiene el nombre del emperador que la inició.

La persecución fue de una violencia inconcebible. Cuando terminó todo líder de la iglesia que no ostentaba en su cuerpo las cicatrices de la flagelación o de otros suplicios era sospechoso de haber traicionado la fe. Miles perecieron, y miles más quedaron lisiados, ciegos, o desfigurados por las torturas. En el año 311 Galerio enfermo gravemente. Después de esforzarse ocho años para destruir la iglesia, la vio más fuerte y resuelta que nunca. La enfermedad lo llevó al borde de la muerte, y escribe Eusebio: "Mientras luchaba contra esta terrible enfermedad, se llenó de remordimientos por la forma cruel en que había tratado a los siervos de Dios.

Tomo una decisión, y luego de hacer una confesión publica al Dios del universo, reunió a los jerarcas del gobierno y les ordenó que sin demora pusieran fin a la persecución de los cristianos."El edicto de tolerancia que promulgó concluía así:

> Así pues, en vista de nuestra benevolencia y la costumbre existente por la cual invariablemente concedemos el perdón a todos los hombres, hemos creído bien en este caso extender también nuestra clemencia con sumo agrado, de modo que los cristianos puedan otra vez existir y reconstruir los edificios en que solían congregarse, con la condición de que no hagan nada contrario al orden público... Por lo tanto, en vista de esta clemencia nuestra, tienen el deber de rogar a su Dios por nuestro bien y por aquel del estado y de ellos mismos, a fin de que en todo sentido el estado sea preservado en su salud y ellos puedan vivir, libres de toda preocupación, en sus propios hogares (Libro 8, párrafo 17).

Cinco días más tarde Galerio murió. Fue sucedido por su césar, Maximino II o Daza, quien restableció la persecución después de seis meses: no la pudo continuar, sin embargo, pues las presiones políticas y la guerra civil le obligaron a promulgar un edicto de tolerancia, que decía, entre otras cosas:

> Con el fin, pues, de remover toda duda, promulgamos este decreto, para que sea manifiesto a todos, que los que quieran profesar esta secta y culto [el cristianismo] tienen libertad de hacerlo, es decir, abrazar y practicar esta religión. También se les permite construir casas del Señor [iglesias] y si casas o tierras pertenecientes a los cristianos les han sido confiscadas... estas les serán devueltas (Eusebio, Libro 9, párrafo 10) Tres meses más tarde Maximino II fallecía.

El fin de Diocleciano fue tan triste como el de Galerio y de Maximino. Cuando promulgó el edicto de persecución en el año 303, exigió que su esposa y su hija sacrificasen a los dioses. Del 305 en adelante vivió en un hermoso palacio en Spolato, en Iliria. Después de la muerte de Galerio en el 311, Maximino desterró a Prisca, la esposa de Diocleciano, a un sitio, y a su hija Valeria, esposa de Galerio, a otro. Cuando Maximino fue derrotado en la guerra civil del año 313, Prisca y Valeria fueron apresadas y muertas. Diocleciano fue impotente para impedir estos hechos dolorosos para él. La persecución que había instaurado fracasó; su esposa, su hija, y su yerno estaban muertos, y el imperio que gobernó tantos años lo regían otros. Murió, solitario y sumamente amargado, en diciembre del año 313.

Constantino

Constantino nació alrededor del año 288, siendo su padre Constancio, el general ilirio del ejército romano que en el año 293 se convirtió en el césar de Maximiano, el augusto de occidente. En el año 303, Maximiano y Diocleciano abdicaron; Constancio ascendió entonces a augusto en el oeste, y Galerio hizo lo mismo en el este. En aquel entonces Constantino vivía en la corte de Galerio, según parece en calidad de rehén para garantizar la lealtad de Constancio.

Constantino asciende a emperador

En el año 306, Constancio se enfermó gravemente estando en la ciudad de Boulogne en el noroeste de Galia. Al oír la noticia, Constantino, sin obtener permiso, abandonó la corte de Galerio para visitar a su padre. Pocos meses después Constancio murió, y sus soldados proclamaron sucesor a Constantino. Con esto comenzó una lucha confusa por el poder imperial. Constantino se casó con Fausta, la hija de Maximiano, quien acababa de abdicar junto con Diocleciano. Pero poco después Majencio, hijo de Maximiano, trató de tomar el poder en occidente. En el año 308, con el apoyo de su padre, se declaró el augusto del imperio de occidente. Constantino apresó a Maximiano y permitió que se suicidara. En el ínterin obtuvo el apoyo de todos los ejércitos romanos en Bretaña y la Galia. Estaba ahora en condiciones de enfrentarse con Majencio en Italia.

En el año 312 Constantino invadió Italia para derrocar a Majencio de su sitial en Roma. Los dos ejércitos se encontraron a pocos kilómetros de la ciudad. El día antes de la batalla Constantino vio la señal de la cruz en el cielo y encima las palabras: *In hoc signo Vinces* —por este signo vencerás—. Constantino prometió que, si vencía, se haría cristiano. Al día siguiente, 28 de octubre, su ejército obtuvo una victoria resonante; Majencio, tratando de huir a través del río Tíber, se ahogó. Los años del 305 al 312 fueron, pues, de gran significación tanto para el imperio como para Constantino. Durante ellos Maximiano abdicó; su sucesor, Constancio, murió; Maximiano luego se suicido, y su hijo Majencio fue derrotado y murió. A los veinticuatro años Constantino era dueño supremo del imperio de occidente.

En el oriente ocurrieron cambios parecidos, algunos de los cuales ya hemos notado. Diocleciano abdicó junto con Maximiano en el año 305. Galerio ascendió a augusto y designó a Maximino II, o Daza, su sobrino para el cargo de césar. Juntos llevaron a cabo la persecución de la iglesia. En el 307 Galerio designó a su compañero de armas, Licinio, para que fuera el augusto de Iliria y Macedonia, pero Licinio no tenía espíritu de perseguidor. Cuando Galerio murió en el 311, Licinio y Maximino Daza compartieron el poder desde Iliria hasta Arabia. Maximino trató de eliminar a Licinio, pero este se alió con Constantino, casándose con su hermana. En el año 312 promulgaron el llamado Edicto de Milán, el cual daba a la iglesia la libertad de culto y le devolvía todas las propiedades que habían sido confiscadas. Luego de esto, Licinio fue al encuentro de Maximino y lo derrotó en dos batallas. Maximino murió en el 314.

El fin de las persecuciones

En oriente todo el poder estaba ahora concentrado en las manos de un hombre, Licinio, lo mismo que sucedía en occidente con Constantino. Pronto surgió la discordia, y los dos emperadores se enfrentaron en el campo de batalla en el año 314, pero sin definirse la

situación. Hubo una paz que duró diez años, durante la cual Licinio se volvió contra los cristianos, pensando que una política anticristiana le granjearía el apoyo del paganismo en la lucha que se avecinaba contra Constantino. Con todo, en el año 323 Constantino lo venció y capturó, matándolo un año después. En el curso de la guerra Crispo, el hábil hijo de Constantino, derrotó la flota de Licinio. Sin embargo, Fausta, la mujer de Constantino persuadió a este de que Crispo quería matarlo para tomar el poder. Por lo tanto Constantino lo hizo ejecutar. Luego supo que Fausta le había mentido, así que la hizo matar también. Habiendo así derrotado a todos sus enemigos y muerto a su suegro Maximiano, su cuñado Majencio, su segundo cuñado Licinio, su hijo Crispo, y su esposa Fausta, Constantino reinó solo y sin rivales en el imperio. A pesar de esta triste historia no debemos despreciar los relatos de su conversión. Hizo del cristianismo la religión oficial del imperio; ayudó a la iglesia y al clero con donaciones de fondos del imperio; buscó la paz de la iglesia, y antes de su muerte se bautizó. Sin duda Constantino conocía bien la lista de emperadores asesinados desde Aurelio hasta Diocleciano y probablemente habrá justificado la muerte de Maximiano, Majencio, y Licinio por razones militares. No hay duda de que tuvo mucha paciencia con Licinio. La sombra negra en su vida fue el asesinato de Crispo y la traición y muerte de Fausta. ¿Quién dirá cuánto remordimiento padeció el poderoso emperador durante el resto de sus días? Dejemos ahora esa tragedia personal para leer las frases llenas de gozo con que Eusebio describe el fin de la persecución:

> Los hombres habían ahora perdido todo temor de sus antiguos opresores; la luz brillaba por doquier, y aquellos que antes no se atrevían a levantar la mirada ahora se saludaban con rostros sonrientes y ojos chispeantes. Cantaban y bailaban lo mismo en el campo que en la ciudad, dando honor primero a Dios, nuestro soberano Señor, como se les había enseñado.... Las viejas penas se olvidaban y toda falta de religión quedó en el olvido; las cosas buenas del presente se gozaban, las por venir se esperaban con ansia (*Historia de la iglesia*, Libro 10, párrafo 9)

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 9: La controversia trinitaria

Al discutir el Credo de los Apóstoles vimos que se ocupa principalmente de la persona y obra de Cristo. La declaración de fe de la iglesia comenzó con la declaración básica de que Jesucristo es el Cristo, el Hijo de Dios, el Salvador de los hombres. Esta profesión fue más tarde ampliada con el agregado de una declaración acerca de Dios el Padre, Creador del cielo y de la tierra, y luego con otra acerca del Espíritu Santo y su obra.

Esta pre-eminencia de Cristo en la fe y el testimonio de la iglesia surge directamente del Nuevo Testamento, donde se le presenta como el salvador de la humanidad, la cabeza de la iglesia, y el Señor, plenamente divino y plenamente humano. La iglesia primitiva lo aceptaba como hombre y lo confesaba y adoraba como Dios. Lo colocaba en el mismo nivel que el Padre y el Espíritu Santo. Hacía esto con toda naturalidad y sin ánimo de polemizar. La iglesia reconocía el misterio de la persona de Cristo, y lo adoraba y reverenciaba sin analizar este misterio.

Este aspecto de misterio en la persona de nuestro Señor nunca se ha perdido en el verdadero cristianismo. Sin embargo, a menudo ha sido relegado a un segundo plano. Esto es lo que sucedió en los siglos cuatro al ocho, cuando la persona de Jesucristo se hizo el tema de prolongados debates teológicos que no siempre eran de carácter muy espiritual. Había tres causas principales de la preocupación de la iglesia por este problema:

- La propagación del evangelio entre los gentiles trajo a muchos griegos al seno de la iglesia. La mente culta del griego era sumamente estudiosa e intelectual. Gustaba de meditar problemas difíciles de teología y filosofía.
- La filosofía hacia una clara distinción entre lo espiritual y lo material. Al hacerse cristianos, los griegos no siempre dejaban su manera de pensar. Para los griegos, la creación del mundo y la encarnación del Hijo de Dios constituían grandes problemas religiosos e intelectuales: ¿Cómo podía Dios (puramente espíritu) haber creado el mundo (materia) y luego hacerse hombre (materia y espíritu)?
- El Antiguo Testamento es estrictamente monoteísta. Si Cristo es Dios mismo, ¿cuál es su relación con Dios el Creador, el Dios de Israel?

Por estas razones era inevitable, quizá, que surgieran preguntas acerca de la persona de Jesús a las cuales el Nuevo Testamento no da respuestas directas. Estas preguntas eran de dos clases: el primer grupo se refería a la relación entre Jesucristo y Dios Padre; el segundo grupo de preguntas tenía que ver con la relación entre las naturalezas divina y humana de Cristo. En este capítulo nos ocuparemos del primer grupo de preguntas.

Distintas respuestas

El tema se presenta claramente en el primer capitulo del Evangelio de Juan:

> En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por el fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros —y

vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre—, lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. (vv. 1-3,14-15)

En efecto, ¿cómo puede entenderse que el Hijo, que en Juan se llama el Logos —es decir, la Palabra— y que se hizo un ser humano en Jesús el Mesías, este con Dios y sea Dios? ¿Cómo puede Dios al mismo tiempo ser uno y más de uno? ¿Cómo esta relacionado el Hijo con el Padre? Este era el problema que se les presentaba a los concilios de Nicea en el año 325 y de Constantinopla en el 381. La controversia que surgió de este problema terminó asentando las bases de la doctrina cristiana de la Trinidad; por eso se llama generalmente la controversia trinitaria. La iglesia consideró varias respuestas a este problema antes de llegar a un acuerdo. Consideraremos brevemente estas respuestas.

- **Los padres apostólicos**
  Los padres apostólicos escribieron entre los años 90 y 140. En su análisis de la persona de Jesucristo simplemente repitieron las enseñanzas del Nuevo Testamento. Ninguno de los padres apostólicos presentó una doctrina personal sobre este punto. En este sentido el Nuevo Testamento, los padres apostólicos, y el Credo de los Apóstoles concuerdan.

- **Los apologistas**
  Con los apologistas, la filosofía griega se vinculó con el cristianismo. El mejor conocido de ellos fue Justino Mártir, oriundo de Samaria pero de padres romanos. Antes de su conversión fue estudiante y luego maestro de filosofía. Siguió siendo filósofo siempre, y consideraba al cristianismo como la más sublime de las filosofías. Murió como mártir de la fe entre los años 163 y 167. Justino enseñó que antes de la creación del mundo Dios estaba solo, y que no existía el Hijo. Dentro de Dios, sin embargo, estaba la Razón o la Mente —el Logos—. Cuando Dios quiso crear el mundo, necesitaba un agente para efectuarlo. Esta necesidad surgía del concepto griego de que Dios no puede ocuparse de la materia. Por lo tanto engendró otro ser divino para que le creara el mundo. A este ser divino se le llamaba el Logos o el Hijo de Dios. Se le llamaba Hijo porque fue engendrado; se le llamaba Logos porque procedía de la Razón o Mente de Dios. Sin embargo, el Padre no perdió nada al dar existencia independiente al Logos, porque el Logos que procede del Padre para convertirse en el Hijo es como la llama que se toma de un fuego para encender otro fuego. El nuevo fuego no disminuye el primero.

Justino y otros apologistas, por lo tanto, enseñaban que el Hijo es un ser creado. Es una criatura de alta jerarquía, con poder suficiente para crear el mundo, pero, con todo, una criatura. En la teología, esta relación entre el Hijo y el Padre se llama *subordinacionismo*. El Hijo está subordinado, es decir, es secundario a, dependiente de, y causado por el Padre. Los apologistas eran *subordinacionistas*.

Ireneo

Ireneo, obispo de Lyon en la Galia desde el año 178 hasta su muerte alrededor del 203, adoptó el punto de vista más bíblico de todos los teólogos primitivos en su apreciación de Jesucristo. La influencia en él del pensamiento griego fue poca, y, por lo tanto, estuvo más dispuesto a aceptar un punto de vista realmente bíblico acerca de Cristo. Su doctrina de Cristo comienza con la persona histórica llamada Jesús,

> nacido de la virgen María en el reino de Augusto César. Jesús existió antes de nacer: estaba con Dios antes de la creación, y todas las cosas fueron hechas por él. Escribe Ireneo: Si alguien, por lo tanto, nos dice, ¿cómo pues fue producido el Hijo por el Padre?, le contestamos que nadie puede entender esa producción, o generación, o llamado, o revelación, o cualquiera sea el nombre con que se pueda describir su generación, la cual es, en efecto, completamente indescriptible. (*Contra las herejías*, II, 28:6)

El Hijo es coeterno con el Padre, y es él quien revela al Padre:

> Pero hay un solo Dios, el Creador... Él es... a quien Cristo revela... Él es el Padre de nuestro Señor Jesucristo: por medio de su Palabra, que es su Hijo, por este él se revela... Pero el Hijo, coexistiendo eternamente con el Padre, desde la antigüedad... siempre revela al Padre a los ángeles, arcángeles, poderes, virtudes, y a todos aquellos a quienes él quiere que Dios sea revelado. (II, 30:9)
>
> Ireneo se resiste a ir más allá de este punto. Él confiesa a Dios el Creador, Dios el Hijo —coexistiendo y coeterno con el Padre—, y creía que este Hijo "era verdadero hombre y era verdadero Dios" (IV, 6:7).

La enseñanza de los apologistas acerca del Hijo como un Dios secundario, y la de Ireneo que presentaba al Hijo como coeterno con el Padre, llevó a muchos a preguntar si el cristianismo tenía de politeísmo. Este temor se expresó en dos conceptos muy distintos: El adopcionismo y el sabelianismo.

El adopcionismo

Había un grupo que sostenía lo siguiente:

> Si el Padre es uno, y el Hijo es otro, pero el Padre es Dios y Cristo es Dios, luego no hay un Dios sino dos Dioses... Si Dios es uno luego, por consiguiente, Cristo debe ser hombre, para que el Padre pueda en verdad ser Dios. (Novaciano, *Concerniente a la Trinidad*, cap. 30).

En consecuencia, alrededor del año 195 un tal Teodato, venido de Grecia a Roma, enseñó que Jesús nació milagrosamente de una virgen (María), que era un hombre bueno y justo, y que al bautizarse en el Jordán el Espíritu Santo, a quien Teodato llamaba Cristo, descendió sobre él. Progreso en bondad, fue crucificado y se levantó de los muertos. Jesús podía ser nuestro salvador, decía, a causa del Cristo (el Espíritu Santo) que estaba en él y porque su obediencia era perfecta. Por lo tanto, Dios lo adoptó como Hijo. A los seguidores de Teodato los llamaron "adopcionistas". La iglesia de occidente no aceptó el adopcionismo porque no podía creer que la salvación viniera por un hombre, por más santo que hubiera sido. En el oriente, no obstante, el adopcionismo estuvo en boga por muchos años. El adopcionismo también se llama monarquianismo (*monos* = uno con *arche* = gobierno, es decir, gobierno por uno) dinámico, porque el único Dios se revela como un poder o energía divina (*dynamis*) en Jesús.

Sabelianismo

El segundo grupo sostenía el concepto siguiente, dicho también en las palabras de Novaciano:

> Si Dios es uno, y Cristo es Dios, entonces Cristo es el Padre, dado que Dios es uno. Si Cristo no es el Padre, porque Cristo es Dios el Hijo, parecería que hubiera dos Dioses... lo que es contrario a las Escrituras. (Ibíd.)

Al igual que el adopcionismo, el sabelianismo trataba de defender la unidad de Dios, pero lo hacía de manera muy distinta. Sostenía que Dios se revelaba de tres modos distintos. Primero se reveló como el Padre que creó todas las cosas y dio la ley a Israel. Cuando luego Dios emprendió la obra de la salvación, dejó de revelarse como el Padre y tomo la forma o modo de presentarse del Hijo. Y cuando la obra del Hijo se había completado, Dios adoptó la forma del Espíritu Santo. De modo que el único Dios se reveló sucesivamente como Padre, Hijo, y Espíritu. El Hijo encarnó naciendo de una virgen y murió por nuestros pecados. Según Tertuliano, los sabelianos enseñaban que Dios el Padre nació, sufrió, y murió. Por eso también se le llama a veces a esta doctrina *patripasionismo* —porque el Padre sufre—.

El sabelianismo nació en Asia Menor y tuvo su mayor desarrollo en Roma. Fue enseñado en Roma por primera vez alrededor del año 190 por un tal Praxeas venido de Asia Menor; le siguió otro de Asia, Noesto; y dado que la doctrina recibió su forma de Sabelio —en Roma alrededor del año 200— se le dio su nombre por él. También se le llamó monarquianismo modalista, porque el gobierno de uno se ejerce por distintos modos de revelación del único Dios. El sabelianismo tuvo una vida más larga que el adopcionismo, pero sobrevivió en oriente más bien que en el occidente.

Tertuliano

La respuesta más contundente dada en el occidente fue propuesta por Tertuliano. En verdad, fue la base de la respuesta que la iglesia católica (universal) dio al problema en el concilio de Nicea en el año 325 y nuevamente en Constantinopla en el 381. Tertuliano declaró que hay una naturaleza divina. El Padre y el Hijo tienen esta única naturaleza en común. Pero en cuanto se refiere a sus personas, estas son separadas y distintas. Por lo tanto hay una naturaleza divina, pero hay dos personas. Cada una de estas tiene una función específica. Al mismo tiempo, Tertuliano dio una posición claramente subordinada al Hijo. El Hijo, dijo, no es eterno. El Dios eterno se hizo Padre cuando engendró al Hijo, del mismo modo que se hizo el Creador cuando hizo el mundo. En este particular, Tertuliano coincide con los apologistas. La teología de tiempos posteriores unió la enseñanza de Tertuliano acerca de una naturaleza y dos personas con la de Orígenes del Hijo engendrado eternamente (ver cap. 7), para así dar la respuesta católica a la cuestión de la relación del Hijo con el Padre. Finalmente, Tertuliano también relacionó el Espíritu Santo con el Padre y el Hijo. Tres personas divinas existen en una naturaleza divina. De este modo Tertuliano proveyó las bases principales para la doctrina cristiana de la Trinidad.

Arrianismo

Hasta aquí el debate trinitario se desarrolló del todo en occidente. Ahora nos trasladaremos al oriente, donde el debate se transformó en una gran controversia. Durante sesenta años comprometió toda la iglesia oriental y parte de la iglesia occidental y ocupó la atención de once emperadores.

La larga discusión comenzó con Arrio, un presbítero de la iglesia de Alejandría. Era discípulo de Luciano, quien a su vez estudió bajo Pablo de Samosata, obispo de Antioquia del año 260 al 272. Pablo era adopcionista y enseñaba que el Logos o Razón de Dios habitó en el hombre Jesús. El Logos habitó también en Moisés y en los profetas; pero en Jesús estaba presente en mucho mayor medida. Como resultado, estaba unido a Dios en una relación de amor tal como no existió entre Dios y ningún otro hombre. Por lo tanto Dios lo "adopto" después de su crucifixión y resurrección, y le concedió una especie de deidad. Tres sínodos de Antioquia trataron la doctrina de Pablo de Samosata; el tercero, en el año 269 lo condenó y excomulgó.

Esta doctrina tuvo una profunda influencia sobre Arrio pues, a semejanza de los adopcionistas de occidente, le preocupaba la unidad de Dios. Afirmó que solo el Padre no tiene principio. El Hijo (o Logos) tuvo principio; Dios creó el Logos para que pudiera crear el mundo. Dado que el Logos era el primero y más sublime de todos los seres creados, Arrio se avenía a llamar al Logos Dios. Pero esto era tan solo un decir, pues el Logos era una criatura. Dios mismo no podía crear el mundo material; en verdad, Arrio consideraba que Dios estaba tan alejado de los hombres que era imposible conocerle o tener comunión con el. Arrio era, pues, completamente helénico en su concepto de Dios.

El concepto de Cristo de Arrio era muy inferior, tanto al de Teodato en occidente como al de Pablo de Samosata en oriente. Según ellos, el hombre Jesús a quien Dios adoptó era completa y verdaderamente humano. No así el Jesús de Arrio, pues según su doctrina, Jesús tenía un cuerpo humano pero no un alma humana. El Logos ocupaba el lugar del alma humana en Jesús, y por lo tanto era una criatura que no era ni Dios ni hombre. No era Dios puesto que el Logos en el era creado; no era hombre dado que no tenía alma. Además, el Logos estaba sujeto a los cambios, de modo que Jesús podía volverse pecador. Tal es la doctrina que Arrio empezó a difundir en el año 311. Alejandro, el obispo católico de Alejandría, convocó varios sínodos que condenaron su doctrina, y fue obligado a salir de Alejandría. No obstante, tuvo muchos seguidores, por las siguientes tres razones:

- Su doctrina parecía defender la unidad de Dios contra el peligro del politeísmo.
- Satisfacía la profundamente arraigada idea helénica de que Dios no puede ser el creador del universo material.
- Daba sumo honor al Hijo o Logos de Dios y hasta declaraba que era Dios.

La controversia se extendió a todo el oriente. Teólogos, monjes, y dirigentes de la iglesia tomaron parte en el debate. El común del pueblo no entendía lo que estaba en juego en esta controversia, y por ello era lo mismo tomar parte con un lado o con el otro.

El concilio de Nicea

Nadie observaba la situación con más atención que Constantino. Su ojo de político avezado percibía que la unidad del imperio peligraba. Políticamente, el imperio era uno; pero

teológicamente estaba dividido en dos. Por lo tanto decidió convocar un concilio de toda la iglesia para que resolviera la controversia; luego el haría cumplir su fallo con el poder del estado. Al convocar el concilio, a Constantino le interesaba fundamentalmente no establecer un concepto exacto de la relación de Cristo con el Padre sino mantener la unidad del imperio. Era la misión del concilio formular una cristología que cumpliera este fin. De modo que la combinación de una controversia en la iglesia con la consiguiente incertidumbre política del imperio fue lo que dio origen al primer concilio ecuménico. Se celebró en Nicea en Asia Menor en el año 325, del 20 de mayo al 25 de julio. Asistieron trescientos obispos, casi todos de la parte oriental del imperio. El obispo de Roma envió dos delegados. Osio, el anciano obispo de Córdoba en España, fue el principal consejero eclesiástico de Constantino.

Pronto fue evidente que había presentes en el concilio tres facciones. Una pequeña facción, encabezada por Eusebio, obispo de Nicomedia, apoyaba en pleno la posición de Arrio. Otro pequeño grupo sostenía a Alejandro, obispo de Alejandría. Entre estos dos extremos se hallaba un gran grupo intermedio dirigido por Eusebio de Cesárea, considerado el hombre más instruido de su época. Este grupo sostenía una cristología contraria al arrianismo, pero con la cual Alejandro y sus adeptos no estaban de acuerdo tampoco. Eusebio de Cesárea creía en un Señor, Jesucristo,

> ...el Logos de Dios, Dios de Dios, luz de luz, vida de la vida, el unigénito Hijo, el primogénito de toda la creación, engendrado por el Padre antes de todas las edades...

Alejandro creyó que esta definición se prestaba a una interpretación arriana. Él quería una declaración que fuera imposible de interpretarse así. Fue apoyado en esto por Osio y por el emperador. El concilio entonces expresó su fe en...

> ...un Señor, Jesucristo...verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado no hecho, consubstancial (*homoousios*) con el Padre, por quien todas las cosas fueron hechas. (Credo Niceno)

El concilio condenó también a los que enseñasen que "hubo un tiempo cuando el no existía" o "antes de ser engendrado el no existía" o que el Hijo de Dios fue creado, o es mutable, o de una sustancia distinta del Padre. Cualquiera que creyera tales engaños era anatema, o sea, maldito.

Arrio y cinco delegados más se negaron a firmar el credo de Nicea. Eusebio de Nicomedia se negó a firmar el anatema. Todos estos fueron desterrados, pero la paz no siguió a estas resoluciones y actos. Pocos, parece, sabían el verdadero significado de *homoousios*, y la controversia continuó. La política de la iglesia y la del imperio se hicieron tan confusas que era imposible saber dónde terminaba la una y comenzaba la otra, y esta situación perduró por casi sesenta años. La palabra central alrededor del cual giraba el debate fue el termino *homoousios* —del griego *homo*, que significa igual, y *ousia*, que significa naturaleza, sustancia o ser—. ¿Es el Hijo de la misma naturaleza que el Padre, o no? Este era el gran problema

De Nicea a Constantinopla

En medio de esta controversia, y luchando casi hasta su final, estuvo una de las más grandes figuras de la iglesia primitiva, Atanasio, el sucesor de Alejandro en el obispado de Alejandría. Allí nació alrededor del año 300 y murió en el 373. Atanasio ayudó a formular el credo de Nicea y pasó el resto de su vida defendiéndolo. Hombre de carácter recio y noble, tenía gran habilidad como líder y administrador, y era el más grande teólogo de la iglesia de su día. Simpatizaba con el sistema monástico, y tuvo a los monjes egipcios como sus principales partidarios. Como teólogo y líder de la iglesia sobrepasó a todos en el periodo desde Orígenes, que murió en el año 253, hasta Agustín, que nació en el 354.

La teología de Atanasio

Su teología y su fe estaban regidas por el pensamiento que expresa 2 Pedro 1:4: "...para que... llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". Aquí nos encontramos, quizás, con la principal diferencia entre la teología de occidente y la de oriente. En la teología occidental el problema central es la expiación de la culpa del pecado. Hemos ofendido a Dios, somos culpables delante de él, y no podemos gozar de nuevo de su favor a menos que nuestro pecado sea quitado. Esto lo hace Cristo, por medio de su encarnación, vida, muerte, y resurrección.

En el oriente el problema central no es la culpabilidad del ser humano, sino su corrupción. El hombre, cabeza de la creación, ha perdido la imagen de Dios y se ha hecho espiritual y moralmente depravado. A fin de salvar su creación, Dios se hizo hombre. En Cristo la naturaleza humana se une a la naturaleza divina, y en él lo mortal y corrompido del hombre se convierte en una gloriosa inmortalidad. Por la fe en Cristo nos hacemos participantes de la naturaleza divina. "Fue hecho Hombre —dice Atanasio— para que nosotros fuésemos hechos divinos". Sin un Cristo plenamente divino que a la vez es completamente humano, no puede haber salvación. Arrio no creía que fuera ni lo uno ni lo otro. Por lo tanto, Atanasio se le opuso con toda la fuerza de su mente y corazón.

Después del concilio de Nicea se hizo evidente que solo el occidente y los partidarios de Atanasio estaban satisfechos con el *homoousios* de Nicea. Los partidarios de Arrio se sintieron totalmente derrotados. El gran grupo centrista de Eusebio de Cesárea sentía que no debía apoyar el termino *homoousios* pues los teólogos sabelianos lo habían usado para describir la relación entre el Hijo y el Padre. Eusebio y sus partidarios, por lo tanto, temían que se había dejado una brecha para que se infiltrara la herejía sabeliana. Poco después los partidarios de Arrio y de Eusebio se unieron para eliminar el vocablo *homoousios* del credo. Obtuvieron el apoyo de Constantino, quien destituyó a Osio de su cargo de consejero teológico y nombró en su lugar a Eusebio de Nicomedia, el jefe de los arrianos en el concilio de Nicea. En el año 335, el sínodo de Antioquia depuso a Atanasio, y Constantino lo desterró a la Galia.

La política y la teología

En el año 337 Constantino murió, y sus tres hijos heredaron el imperio. Constantino II recibió la parte más occidental: Bretaña, Galia, y España; Constancio II, la parte más oriental: Macedonia, Grecia, Tracia, Asia Menor, Palestina, Siria, y Egipto; Constante recibió el territorio intermedio: Italia, el norte de África, e Iliria. Tanto Constantino II como

Constante adoptaron la posición de occidente y apoyaron a Atanasio, mientras que Constancio apoyó a los arrianos. En el año 340 Constantino II fue muerto batallando contra las fuerzas de Constante, dejando el imperio dividido entre Constante en el oeste y Constancio II en el este. En el año 350, Constante fue asesinado por Majencio, un emperador germano usurpador. Tres años más tarde, este fue muerto por Constancio II. De este modo, en el 353 todo el imperio estaba en manos de un emperador favorable al arrianismo. Teniendo la suma del poder imperial, Constancio creyó que era hora de resolver la cuestión religiosa de una vez para siempre. En concilios celebrados en el oeste, en Arlés y en Milán, obligó a los obispos occidentales a abandonar a Atanasio, y desterró a algunos de sus líderes. En el año 357, en un concilio celebrado en Sirmio, en Iliria, prohibió el uso de la palabra *ousia* (naturaleza) al hablar de la relación entre el Padre y el Hijo. Con esto, el terminó*homoousios* de Nicea se hizo letra muerta. Esta fue una victoria resonante para los arrianos. Podrían negar toda verdadera relación entre el Padre y el Hijo y seguir estando dentro del credo de la iglesia.

El gran partido del centro, que hasta aquí había colaborado con los arrianos, se atemorizó ante este vuelco de la situación. Estaban lejos de querer negar una relación muy real entre el Padre y el Hijo; si bien no estaban dispuestos a afirmar que esta relación consistía en una identidad de naturalezas, creían que había una similitud entre las naturalezas del Padre y del Hijo. Un nuevo vocablo se introdujo en la controversia, a saber *homofousios* (de *homoi*, semejante a, y *ousia*, naturaleza). El partido del centro y el grupo de Atanasio o Niceno ahora entablaron conversaciones. Descubrieron que la naturaleza "semejante" del grupo del centro no difería mucho de la naturaleza "igual" de los partidarios de Atanasio.

Etapas finales

Juliano

Mientras tanto hubo un importante hecho político. En el año 361 murió Constancio II y fue sucedido por su primo Juliano. Cuando murió Constantino el Grande en el 337, todos los parientes que pudieron tener pretensiones al trono fueron asesinados, con la excepción de sus tres hijos. El padre de Juliano también murió en la masacre. A Juliano se le perdonó la vida porque solo tenía seis años. Fue criado por Constancio y enseñado de acuerdo con la ortodoxia oriental. Nadie sabía que odiaba el cristianismo a causa del asesinato de su padre y hermanos, como tampoco que secretamente hubiera estudiado filosofía y religión paganas. Cuando subió al trono imperial, resolvió volver el imperio al paganismo, razón por la cual se le conoce como Juliano el Apóstata. La historia nos informa que fue un emperador justo y capaz. Murió en el 363 luchando contra los persas. Como parte de su política religiosa en el imperio, decretó el cese de la persecución a los defensores del credo de Nicea. Llamó de vuelta a Atanasio de su tercer exilio, pero lo desterró nuevamente dentro del año al saber que muchos paganos se habían convertido al cristianismo por su causa. Con todo, la persecución contra los nicenos de hecho terminó.

Los tres capadocios

Atanasio murió en el ano 373. Sus últimos años transcurrieron en paz. No vio la victoria final y plena de la causa nicena, pero tenía dos razones principales para creer que triunfaría. Una razón hemos visto ya: los que sostenían respectivamente los términos *homoousios* y *homofousios* iban descubriendo que sus puntos de vista se

asemejaban. La segunda razón era que tres jóvenes teólogos de influencia con su posición doctrinal hacían cada vez más probable un acuerdo completo. Estos tres eran Basilio de Cesárea (en Capadocia), Gregorio Nacianceno, y Gregorio Niceno. Dado que los tres eran oriundos de Capadocia, se les llegó a conocer como "los tres grandes capadocios". Representaban la ortodoxia post nicena.

Para Atanasio la unidad de Dios era una certeza, y la divina Trinidad un misterio. Para él el problema era, ¿cómo puede el Dios único existir en tres personas? Los tres capadocios invirtieron la pregunta. Para ellos lo indudable era la existencia del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, y el misterio era: ¿cómo pueden Padre, Hijo, y Espíritu Santo ser un Dios? Atanasio comenzaba con el Dios único y trataba de entender como las tres personas se relacionaban con él. Los capadocios empezaban con las tres Personas y trataban de comprender cómo el Dios único estaba relacionado con ellas. El resultado final de setenta años de estudio, discusión, controversia, y lucha política fue la aceptación del Dios en tres personas, de Atanasio, y de las tres personas en un Dios, de los capadocios. Estos fueron los dos aspectos de una misma confesión del Dios trino y uno.

Ya sea que se considere al Dios de las Escrituras bajo un aspecto o el otro, o bajo ambos a la vez, siempre habrá un elemento inevitable de misterio en el ser divino. Quizá nadie ha sido de más ayuda en este sentido que Agustín. Él comparó a la Trinidad con el amor, siendo el Padre el que amaba, el hijo el amado, y el Espíritu el amor que los unía. Pero tampoco Agustín pudo penetrar el corazón del misterio, pues cuando se le preguntó por que había escrito una obra tan grande como *La Trinidad*para discutir este misterio, contestó: "Hablo para no callarme".

El fin de la controversia

¿Qué puede decirse para concluir este resumen de la gran controversia del siglo cuarto? En el año 379 Teodosio se hizo emperador de oriente. Nació en España en el 346, hijo de un distinguido general de los ejércitos romanos de occidente. Como miembro de la iglesia occidental estaba comprometido con la teología nicena, y la impuso al llegar a ser emperador. En el año 381 convocó el concilio de Constantinopla, el cual confirmó el credo de Nicea y amenazó con el exilio a todo aquel que profesara la doctrina arriana. Con esto terminó el arrianismo en el imperio, subsistiendo tan solo entre las tribus germanas. Y entre estas desapareció del todo en el siglo siete.

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 10: Los germanos, las misiones arrianas y el monasticismo

Este capítulo se ocupa mayormente de los pueblos y tribus que vivían fuera del Imperio Romano, al este del Rin y al norte del Danubio. En la historia a menudo se les conoce en conjunto como "los bárbaros". Seria útil aclarar esta palabra "bárbaros". Los griegos llamaban *barbaroi* a todos los extranjeros. Significaba ello personas extrañas, extranjeras o incultas, especialmente en el habla. Los romanos adoptaron el término y desde los tiempos de Augusto llamaron *barbari* a todos aquellos que no eran ni griegos ni romanos. Llevaba implícita la idea de inferioridad con respecto a la civilización grecorromana, aunque muchos de los bárbaros eran, en realidad, sumamente inteligentes. Los germanos, sobre todo, tenían conceptos de la moral y del cumplimiento del deber que envidiaba el historiador romano Tácito. A la vez, los bárbaros contemplaban el alto nivel de desarrollo cultural, económico, y agrícola del imperio y lo deseaban para ellos.

El Rin y el Danubio

Es importante señalar aquí la gran importancia de los ríos Rin y Danubio en la historia del Imperio Romano. Desde los días de Augusto, es decir, por trescientos cincuenta años, estos dos grandes ríos formaron las fronteras septentrionales del imperio. Todo el territorio que quedaba al este del Rin y al norte del Danubio era del dominio de los *barbari*. A lo largo de esta línea limítrofe Roma destacó no menos de catorce legiones de sus soldados mejor entrenados. Estos, más sus tropas de apoyo, a las que llamaban auxiliares, sumaban casi 200.000 hombres. De este modo, desde el mar del Norte hasta el mar Negro una barrera fluvial defendida por el ejército mejor entrenado del mundo impedía la entrada de los germanos en los dominios de Roma

Pero el imperio se debilitaba cada vez más, y la amenaza de invasión se hizo paulatinamente mayor. Entre los años 370 y 500 los germanos irrumpieron a través de las defensas fluviales e invadieron el imperio, y en el transcurso del siglo quinto se extendieron por todo el oeste del mismo. En el año 476 el jefe germano Odoacro depuso al emperador de occidente, un muchacho de once años, con lo cual el imperio occidental dejó de existir y los germanos establecieron estados propios pero, hasta donde podían, adoptaron la cultura romana. Casi toda Europa, y aun Italia, la cuna de la civilización romana, se hizo predominantemente germana, de modo que muchos países o provincias europeas llevan hoy nombres derivados de tribus germanas: Francia, de los francos; Inglaterra, por los anglos; Dinamarca, por los daneses; Suecia, de los suerks; Lombardía, en Italia, de los lombardos; Borgoña, en Francia, de los burgundios; Sajonia, en Alemania, de los sajones; y Frisa, en Holanda y Alemania, de los frisios.

Las migraciones Germanas

La historia de los germanos o teutones, como también se les llama, se parece mucho al la de el bantú en África central. La cuna de esta raza fue el Congo —ahora Zaire—, de donde se extendieron al este y al oeste y luego al norte y al sur. Estas migraciones se prolongaron

por siglos, las tribus más fuertes expulsando a la más débiles. Se desarrollaron diferentes idiomas y costumbres, y surgieron naciones distintas con sus propias leyes y territorios de influencia. Es interesante notar que las palabras bantú y teutón significan ambas "gente".

Entre los años 2000 y 1000 A.C. las tribus llamadas germanas vivían en el sur de Escandinavia, en Dinamarca, y al sur de Dinamarca, entre los ríos Elba y Oder. Esta época corresponde aproximadamente al periodo de la historia de Israel desde Abraham hasta el rey David. No tenían civilización en el sentido en que generalmente entendemos esta palabra, pues vivían en las selvas de la caza, o de la cría de animales en los terrenos más abiertos. Cuando empezaron a resultarles insuficientes los lugares de caza y de pastoreo, se dedicaron a la agricultura. No tenían lenguaje escrito, de modo que los germanos primitivos estaban muy atrasados con relación a las civilizaciones de Egipto, Babilonia, y Asiria, de las cuales eran contemporáneos.

Alrededor del año 1000 A.C., los germanos que habitaban Dinamarca y las regiones al sur de dicho país comenzaron a emigrar hacia el oeste. Al llegar al Rin este movimiento se detuvo, y se dirigieron hacia el sur por la margen oriental del río. Una pequeña parte de ellos siguió la marcha en dirección al oeste hasta llegar al mar del Norte. Pasados cuatro siglos, comenzó otra gran migración germana, más al norte. Entre los años 600 y 500 A.C. las tribus germanas que habitaban el sur de la península escandinava —hoy sur de Noruega y Suecia— iniciaron un movimiento hacia el sur. Cruzaron el Báltico hacia la región entre los ríos Oder y Vistula, y continuaron avanzando hacia el sur entre estos dos ríos, algunos cruzando el Vistula en dirección al este. Algunos de estos germanos pudieron radicarse en Europa central, pero otros, notablemente la gran tribu de los godos, se dirigieron al sudeste, asentándose en la región del mar Negro. Mientras se sucedían estas migraciones, Roma crecía y se extendía. Conquistó toda Italia, el norte de África, y España; luego dominó el este hasta las fronteras de Persia, y finalmente la Galia al norte y Egipto, con la costa del Mediterráneo al oeste de Egipto. En el 150 A.D. el imperio había alcanzado su máxima extensión, y ya en el 350 —el momento al que hemos llegado en nuestro relato— los romanos y los germanos se enfrentaban a través de las fronteras del Rin y el Danubio. Los romanos se estaban debilitando, mientras los germanos se hacían más y más numerosos y presionaban para penetrar a la tierra de abundancia que contemplaban del otro lado de los ríos.

Los visigodos

Teniendo presente este panorama general de las migraciones germánicas, de ahora en adelante nos ocuparemos mayormente de una tribu germánica, la de los visigodos —o godos del oeste, en contraposición a los ostrogodos, o godos del este—. A los godos se les había permitido vivir en la provincia romana de Dacia, el norte del lugar donde el Danubio desemboca en el mar Negro.

Hunos, godos y romanos

Alrededor del año 350 un pueblo conocido como los hunos emigró de Asia central penetrando el sudeste de Europa. Sus guerreros, feroces y despiadados, eran irresistibles. Derrotaron completamente a los ostrogodos entre los ríos Dniester y Dnieper, junto con los visigodos que habían ido en apoyo de sus hermanos. Sin ninguna protección entre ellos y los hunos que avanzaban, los visigodos rogaron al emperador romano que les permitiera entrar al imperio a través del Danubio. El emperador tampoco tenía fuerzas armadas como

para hacer frente a los hunos y, sin prever las consecuencias ulteriores, permitió a los visigodos que cruzaran el río con la condición de que entregarían sus armas de inmediato. Poco después de la entrada de los godos al imperio surgieron desavenencias con los romanos por cuestiones de alimentos y tierras. Los oficiales romanos los trataron con desprecio y hasta se vendieron visigodos como esclavos. Al cabo de dos años el orgullo de los germanos estaba tan ofendido y la paciencia romana tan agotada que la guerra se hizo inevitable. Los dos ejércitos se encontraron en el año 378, siendo completamente derrotados los romanos y Valente el emperador muerto. Esta derrota romana en la batalla de Adrianópolis es uno de los hechos decisivos de la historia de occidente, pues fue el principio del fin del Imperio Romano y permitió que en Europa surgieran naciones independientes.

Las andanzas de los visigodos

Los visigodos muy pronto decidieron no quedarse para siempre en la región que les habían asignado, y comenzaron un increíble periplo. Lo primero fue un intento fallido de tomar Constantinopla, seguido, después de algunos años, por la invasión de Grecia. Desde allí avanzaron lentamente hacia el norte por la costa del mar Adriático, y luego de varios intentos irrumpieron en Italia y saquearon a Roma en el año 410. Atravesando Italia de norte a sur se propusieron cruzar a las tierras fértiles del norte de África. Pero una tormenta destruyó sus embarcaciones y no pudieron llegar, por lo cual retrocedieron al norte de Italia y cruzaron los Alpes penetrando en la Galia. Prosiguieron la marcha hacia el oeste y luego, atravesando los Pirineos, invadieron España, estableciendo allí un reino que duró casi trescientos años. Otro reino visigodo se instauró en el centro y sur de Francia. Durante un tiempo pareció que Europa estaba destinada a ser regida por los visigodos, pero no fue así.

En sus esfuerzos para impedir la invasión de Italia, los romanos retiraron casi todas sus fuerzas de la frontera del Rin. Por lo que la Galia quedó a la merced de las tribus germanas al este de dicho río, el cual atravesaron en el año 406, estableciéndose en la Galia, España, y aun en África. La tribu más poderosa que invadió la Galia fue la de los francos, que habitaban la región donde el Rin desemboca en el mar del Norte. A ellos también se les había permitido vivir dentro del imperio. Con el retiro de las fuerzas romanas pudieron conquistar la Galia región por región, dominándola toda en el año 500. Ya para esa fecha habían surgido reinos más pequeños en Italia, España, el norte de África, a lo largo de las costas del mar del Norte desde el Rin hasta Dinamarca, y en Bretaña. Con esto el imperio romano de occidente llegó a su fin, y quedaron echadas las bases para las naciones del oeste de Europa.

Esto da por concluida la breve reseña de los orígenes de los germanos, sus andanzas, y donde se establecieron. Fue entre los descendientes de estos pueblos que la iglesia en Europa se desarrolló, y fueron ellos los heraldos del evangelio que llevaron el cristianismo a través de Bretaña, la Galia, Escandinavia, y toda Europa al este del Rin y al norte del Danubio. Esto resulta más notable por el hecho de que la mayoría de los germanos a su ingreso en el imperio eran arrianos. Su conversión a la fe cristiana del concilio de Nicea fue, como veremos, uno de los momentos decisivos en la historia del cristianismo.

Las misiones arrianas

Cuando terminaron las persecuciones, los cristianos constituían alrededor del diez por ciento de la población del imperio. Es comprensible que una minoría tan pequeña, y a menudo perseguida, no pensara en misiones evangélicas allende el Rin y el Danubio. En efecto, cuando el evangelio comenzó a extenderse entre los germanos, no fue la iglesia de dentro del imperio la que se ocupó de evangelizarlos, sino un godo. Se llamaba Ulfilas —lobezno— y era arriano. Fue mayormente por su empeño que los visigodos llegaron a aceptar el cristianismo arriano, el que a su vez se propagó entre las tribus germanas en general.

Ulfilas

El primer contacto de los godos con el cristianismo ocurrió entre los años 250 y 300 por medio de cautivos tomados en incursiones de los visigodos en Asia Menor. Pero no hubo dirección, ni organización, ni instrucción sistemática hasta que Ulfilas inició su obra. Ulfilas nació alrededor del año 310 en tierras de godos al norte del Danubio. Fue su madre una cristiana griega, probablemente tomada cautiva en una correría de los godos. De ella aprendió la fe cristiana pero fue criado como godo, de modo que conocía perfectamente a los godos, su idioma, y sus costumbres. Actuó como líder del pequeño grupo de cristianos que vivía en la región. De su madre aprendió el griego y recibió además información acerca de la iglesia y del imperio de donde ella provenía.

En el año 341 Ulfilas integró un grupo de godos enviados a Constantinopla, quizá en una misión diplomática. Durante su estancia en aquella capital atrajo la atención de Eusebio, obispo de Constantinopla, quien lo ordenó obispo de los cristianos godos. Dado que el arrianismo predominaba en el oriente, no es de extrañar que Ulfilas fuera también arriano. Por siete años trabajó entre su pueblo allende el Danubio, hasta que una violenta persecución contra los cristianos godos por parte de un jefe visigodo le llevó a solicitar permiso para establecerse al sur del Danubio. El permiso se obtuvo, y Ulfilas con estos cristianos ingresaron al imperio, donde él los siguió pastoreando hasta su muerte en el 383.

La Biblia gótica y la expansión del cristianismo

La mayor obra de Ulfilas fue la traducción de la Biblia al gótico. Dado que los godos carecían de escritura, Ulfilas inventó un alfabeto derivado en gran parte del alfabeto griego. La Biblia gótica resultó un factor importante en la conversión de los godos. Es de notar que Ulfilas no tradujo 1 y 2 Reyes, temiendo que la lectura del relato de las guerras de Israel haría que los godos se hicieran aun más belicosos. De los visigodos el evangelio se propagó a los ostrogodos y a otros pueblos germánicos. No sabemos quienes fueron los hombres y las mujeres que así propagaron el evangelio, ni que medios usaron ni que rutas siguieron, ni que oposición hubo a su predicación. Lo que sí sabemos es que cuando los germanos empezaron a invadir el imperio en masa, la mayoría eran cristianos, por lo menos nominales.

Este hecho tuvo dos consecuencias importantes. Una, que la invasión del imperio por los germanos fue mucho menos devastadora de lo que generalmente se piensa. Habiendo adoptado la religión del imperio, también estaban dispuestos a absorber su civilización. Los romanos y los germanos convivieron más como vecinos que como enemigos. La segunda consecuencia se vincula íntimamente con la primera. La diferencia entre el catolicismo de

los romanos y el arrianismo de los germanos dio lugar a problemas religiosos y sociales. Cada una de estas formas de cristianismo tenía su propia organización eclesiástica y su propia forma de culto. Las diferencias religiosas agravaron las diferencias sociales, de modo que la comunión y los casamientos entre ambos grupos se hicieron difícil. Estas diferencias, sin embargo, se suavizaron paulatinamente como resultado de algo ocurrido en el año 496.

Clodoveo y los francos

Los francos eran una de las pocas tribus germanas que no se hicieron arrianos sino que continuaron siendo paganos, quizá por estar situados en el extremo de Europa más distante de los visigodos, por quienes se propagó el cristianismo. Parece que los francos llegaron finalmente a ser la rama más poderosa de los germanos, pues entre los años 450 y 500 lograron conquistar toda la Galia. Su rey, Clodoveo, percibió que más tarde o más temprano su pueblo tendría que elegir entre el arrianismo y el cristianismo católico. Vio que en la Galia (que formaba parte del imperio desde el año 50 A.C.) los creyentes católicos eran muy numerosos, la iglesia muy poderosa, y los obispos ejercían gran influencia. Puede muy bien haber pensado que su gobierno sería más fuerte si estaba de parte de la iglesia y no en contra. Es también posible que no haya querido poner su fe en un salvador que no fuera ni Dios ni hombre. De todos modos, se casó con una princesa de una tribu germana que profesaba el cristianismo niceno, y permitió que su primer hijo fuera bautizado en la iglesia católica. En el año 496 Clodoveo y numerosos seguidores fueron bautizados como cristianos católicos. La conversión de Clodoveo condujo a la conversión de los francos como nación. Pocos años después los burgundios, otra tribu grande de germanos asentados en la Galia, se hicieron cristianos, y una tras otra las demás tribus también siguieron el ejemplo de Clodoveo y los francos. Ya en el año 650 todas habían abrazado la fe católica y el arrianismo había desaparecido, para nunca más resurgir.

Desarrollo del monasticismo

Ya comentamos antes que los germanos que invadieron el imperio deseaban valerse de la civilización romana y sus beneficios, aunque esto no quiere decir que supieran como dirigir y utilizar esa civilización una vez que lo tuvieran bajo su control. Muchos eran analfabetos; jamás habían construido el tipo de camino, puente, y edificio que era común en el imperio; jamás habían dirigido un gobierno estable y complejo o aprobado leyes para una comunidad desarrollada. Los germanos eran, pues, totalmente incapaces de mantener la civilización de que llegaron a adueñarse. No trataron de destruirla, pero toda la hermosura de Roma se deterioro y desintegró en manos de los germanos. Se les puede comparar a un agricultor que obtiene un tractor que no sabe usar. Pronto la máquina se convierte en un montón de chatarra.

La iglesia y la civilización

En medio de este colapso hubo una institución que no se derrumbó: la iglesia. La iglesia tenía su organización, y por lo tanto pudo mantener la comunicación entre puntos muy distantes entre sí. La iglesia tenía su historia, de la cual podía extraer enseñanza para el presente y orientación para el futuro. Predicaba un mensaje que armonizaba en todas partes, y por lo tanto los hombres podían tener una misma religión, una misma esperanza, y una misma ley moral según la cual vivir. En medio de la confusión, la iglesia brindaba estabilidad y orden; en medio de los odios enconados, buscaba la reconciliación; ante toda suerte de padecimiento, ofrecía consolación.

Al cumplir estos ministerios, la iglesia hacía mucho más que desempeñar funciones puramente espirituales. Alimentaba a los hambrientos, hacia liberar a los presos, ponía freno a la corrupción, conservaba los libros y hacia otros nuevos; enseñaba la agricultura, la carpintería, y la ganadería, y dirigía escuelas. En una época en que muchos lo habían perdido todo, la iglesia se hizo el todo para todos. Fue un bastión inconmovible alrededor del cual un mundo que había perdido el rumbo podía reunirse y hallar un nuevo propósito en la vida. La iglesia preparaba a los hombres para la vida venidera y preservaba la civilización para esta vida presente.

El medio más importante de que dispuso la iglesia para cumplir estos señalados servicios fueron los monasterios. Daremos conclusión a este capítulo, pues, con una reseña de la historia del monasticismo primitivo en la iglesia occidental.

La vida ascética

Siempre han existido hombres y mujeres afectos al ascetismo. En la esfera religiosa un asceta es uno que se niega a satisfacer sus necesidades materiales con el fin de concentrar la mente en las cosas espirituales. Este modo de vida constituye el ascetismo. La palabra "ascético" viene del griego *askein*, que significa ejercitar o entrenar y se aplicaba a los atletas. El asceta religioso es, pues, un atleta espiritual.

Cuando la iglesia estuvo al fin libre de las persecuciones derivó hacia la mundanalidad. Ingresaron en ella muchos a quienes no les interesaba mayormente la salvación. El culto se hizo un ritual y perdió gran parte de su poder. Miles de cristianos que elogiaban el martirio ya no tenían que soportar ningún martirio. Además, la creencia griega de que el cuerpo era la causa del pecado tenía mucha influencia en el pensamiento cristiano. Por todas estas razones, muchos creyentes se embarcaron en una vida ascética a fin de estar más cerca de Dios y no perderse en las preocupaciones de esta vida.

Uno de estos, un egipcio llamado Antonio, se fue a vivir a solas en el desierto. Este acto sencillo fue el comienzo de ese gran movimiento de tan tremenda importancia: el monasticismo. Antonio nació alrededor del año 250. A los veinte anos de edad comenzó la practica del ascetismo después de haber oído leer en el culto de la iglesia el texto: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres...; y ven, y sígueme" (Mt 19:21). En un principio vivió la vida ascética en su ciudad. Su ascetismo consistió, probablemente, en abstenerse de ciertas comidas y bebidas, de los placeres y recreos de la sociedad, del matrimonio, y de las comodidades ordinarias de la vida; ello incluía la observancia de horas fijas de oración y otros ejercicios espirituales. Con todo, no estaba satisfecho, y luego de quince años se fue a vivir en el desierto completamente solo, donde nada podría distraer su atención de las cosas espirituales. Vivió esta vida de severidad ascética por veinte años, ganando el respeto y la devoción de seguidores ascéticos que vinieron a vivir cerca de él, pidiéndole que les enseñara como debía vivirse la vida ascética.

Finalmente cedió ante sus ruegos y les enseñó con la palabra y el ejemplo hasta su muerte en el año 347. Fueron así el primer grupo cenobítico. Cuando la vida ascética religiosa se vive de un modo colectivo y altamente organizado se denomina monasticismo.

Dos clases de monasticismo

Los ascetas a quienes Antonio enseñó siguieron su tipo de ascetismo, el cual consistía en vivir en soledad y constante meditación, oración, y adoración. Es verdad que vivían juntos, pero cada uno en su choza individual meditaba, oraba, y adoraba solo, y además se procuraba y cocinaba su propia comida. A veces dos o tres vivían juntos. Con la propagación del movimiento, cientos y a veces miles vivían en un mismo lugar. Esta era la forma de monasticismo cenobítica, la que había dirigido Antonio.

Pocos años después surgió otra forma de monasticismo de carácter comunal. Su fundador fue otro joven egipcio, Pacomio, nacido alrededor del año 290 y ex guerrero de los ejércitos de Constantino. Al volver a su hogar se hizo asceta cenobítico y fue a vivir con un anacoreta a orillas del Nilo. Comprendiendo las limitaciones de este tipo de ascetismo, organizó un monasterio con vida comunal. Sus miembros sumaban varios cientos. La rutina del día estaba reglada minuciosamente: había tiempo para ejercicios religiosos, para trabajo físico, para comer y dormir Todos obedecían una regla común, comían de una cocina única y se reunían diariamente para adorar. El trabajo se consideraba necesario, no solo para subsistir sino para sentirse humano.

Así los monasterios ordenaron y sistematizaron la vida ascética. El monasticismo de Antonio hacia hincapié en la vida individual; el de Pacomio en el aspecto comunal. Pronto estas dos formas se difundieron fuera de Egipto. Palestina adoptó sobre todo el estilo de Antonio o cenobítico; Grecia el estilo pacomiano. Italia y la Galia probaron al principio el estilo cenobítico pero más tarde adoptaron el monasticismo comunal. Aquí debemos tomar nota del papel que le tocó desempeñar a Atanasio en la propagación del monasticismo; recordemos que fue obispo de Alejandría del año 328 al 373, siendo, por lo tanto, compatriota y coetáneo de Antonio y Pacomio. Atanasio mismo tenía inclinaciones al ascetismo y admiraba y alentaba la vida monástica. Visitaba a los ascetas en sus viviendas desérticas, y era amigo de Antonio y de Pacomio, del primero de los cuales escribió una biografía. Cuando Constantino lo desterró a la Galia, Atanasio difundió allí sus ideas favorables al monasticismo. Durante su segundo exilio del ano 339 al 346 hizo lo mismo en Italia. El monasticismo se extendió a España y África del norte y tuvo el apoyo de grandes líderes de la iglesia, como Agustín, Ambrosio, y Jerónimo.

El monasticismo en Europa

En Europa, sin embargo, el monasticismo cenobítico al estilo de Antonio tropezó con serias desventajas, pues era de origen netamente egipcio y se prestaba para practicarse en climas cálidos, mientras que en Europa hace frío gran parte del año. Por otra parte, había sido grandemente influido por el ascetismo hindú, donde es frecuente el individualismo, el masoquismo, y las largas meditaciones. El carácter europeo se presta poco para estas manifestaciones. Europa necesitaba un tipo de monasticismo que fuera más comunal y menos severo. Benito de Nursia fue el iniciador de tal tipo de monasticismo.

El monasticismo benedictino

Benito nació alrededor del año 480 en Nursia, cerca de la ciudad de Spoleto en el centro de Italia. Era de buena familia y pudo estudiar en Roma. La inmoralidad que presencio allí bastó para que se hiciera monje al estilo de Antonio, viviendo así por tres años. Viendo las desventajas que traía aparejado el monasticismo solitario, organizó un monasterio comunal

como había hecho Pacomio en Egipto. Pronto Benito tuvo tantos discípulos que tuvo que fundar doce monasterios para albergarlos. Su obra como reformador de la vida monástica la llevó a cabo en el monasterio de Monte Casino, fundada por él entre el año 520 y el 529. Murió en el 550.

A la luz de su experiencia, primero como monje solitario y luego en la vida comunal, Benito escribió una regla para gobernar la vida de los monjes en el Monte Casino. Esta vida se adecuaba tan bien a las condiciones europeas, que con el tiempo este tipo de monasticismo se extendió a la Galia e Inglaterra, y de allí se propagó a las regiones del este del Rin. Algunas de las disposiciones principales de la orden benedictina eran las siguientes:

- Cada monasterio era regido por un abad, elegido por vida, cuyas decisiones eran finales en todos los asuntos.
- Tanto el abad como los monjes vivían sujetos a los artículos de la regla. Por ejemplo, el abad tenía la obligación de consultar con todos los monjes sobre asuntos importantes y con los monjes de mayor jerarquía sobre asuntos de menor importancia antes de tomar decisiones finales.
- Había horas fijas para los ejercicios religiosos, el trabajo, las comidas, y el descanso.
- Los monjes se comprometían por vida con el monasterio, y por lo tanto no tenían libertad de moverse de uno a otro. Formaban, pues, una comunidad para toda la vida.
- La vida en el monasterio era regular y disciplinada, pero no estaba sujeta a sufrimientos físicos, como había sido el caso entre los monjes egipcios.
- Cada monasterio era completamente separado e independiente de todos los demás.
- El propósito principal de la vida monástica era el de crecer en el amor de Dios. Los medios para lograr este fin eran la lectura de las Escrituras, la oración, el canto, y el ejercicio de la obediencia y la humildad. La regla de Benito exigía a los monjes...

> ...que se prefirieran los unos a los otros en cuanto a honra; que soportasen con suma paciencia las debilidades de los demás, ya fuesen del cuerpo o del carácter; que compitieran los unos con los otros en la obediencia; que ninguno hiciera lo que creía de su propia conveniencia sino más bien lo que convenía a los demás; que mostrasen caridad fraternal con amor casto; que temiesen a Dios y amasen a su abad con afecto sincero y humilde, no anteponiendo ninguna cosa a Cristo, el que puede llevarnos a la vida eterna.

El monasticismo benedictino cundió entre las mujeres lo mismo que entre los hombres. Conventos regidos por la regla de Benito aparecieron en Europa, haciéndose cada vez más numerosos. Se destacaron sobre todo en Inglaterra, donde tuvieron importancia no solo desde el punto de vista religioso sino también del social y educacional, pues en dicho país las monjas eran en su mayoría mujeres de las clases más altas de la sociedad.

Monasticismo irlandés

Un tipo de monasticismo característico e importante surgió en Irlanda, instituido por Patricio, un cristiano inglés, fundador del cristianismo irlandés. En la forma este monasticismo era egipcio, siendo una mezcla del estilo severo de Antonio con la vida comunal de Pacomio. Se desarrolló en el siglo quinto y con un cariz altamente misionero y civilizador. Entre los años 500 y 800, monjes irlandeses evangelizaron toda Irlanda,

Escocia, y el norte de Inglaterra. También fueron en calidad de misioneros al continente, evangelizando grandes regiones. Los hombres más cultos de esta época se formaban en los monasterios de Irlanda.

Los beneficios del monasticismo

Ahora puede verse la razón para considerar el monasticismo en el contexto de los pueblos germánicos. Cuando los germanos (bárbaros) irrumpieron en el imperio en gran numero en el siglo quinto y luego más tarde, la sociedad romana y su forma de vida no se desintegraron de inmediato. Este proceso tuvo lugar paulatinamente a través de muchos años. Hacia el año 600 el proceso estaba ya muy avanzado, pero también los monasticismos benedictino e irlandés habían comenzado a extenderse por el oeste de Europa y las Islas Británicas, y durante los seis siglos posteriores la instrucción y otras influencias civilizadoras provenían de los monasterios. Con pocas excepciones, solo el clero tenía instrucción. Aun Carlomagno, el más grande de los reyes de la Edad Media, obtuvo la mayor parte de sus conocimientos no por la lectura personal sino por medio de lectores a su servicio. Los monjes eran no solamente los líderes de la iglesia sino filósofos, arquitectos, los principales consejeros de los reyes, agricultores expertos, músicos, fabricantes de vidrio, constructores, y peritos en muchas otras artes y oficios. En los monasterios más grandes se copiaban las grandes obras literarias del pasado y se guardaban celosamente en sus bibliotecas. Muchos monjes pasaban toda la vida en esta labor. Por eso no es exagerado decir que los monasterios fueron los instrumentos principales en la evangelización de Europa, en evitar la pérdida de muchas obras literarias romanas y cristianas de la antigüedad, y en conseguir que los germanos fueran parte tanto de la iglesia como de la civilización que ella protegía.

Capítulo 11: La vida de la iglesia (312-600)

Después de asumir el poder Constantino, la vida y la organización de la iglesia variaron grandemente de lo que habían sido en sus primeros años. La iglesia dejó de considerarse un enemigo del estado; ahora era una aliada. Anteriormente ser miembro de la iglesia era peligroso; ahora era ventajoso. El poeta, el filósofo, el artista, el político, el militar, el arquitecto, y el banquero adoraban abiertamente junto al obrero, el agricultor, y el comerciante. La iglesia se había hecho una parte aceptada e importante del imperio más rico y poderoso del mundo.

Las circunstancias nuevas en que se hallaba ahora la iglesia afectaron profundamente cada aspecto de su existencia. Todavía era el pueblo de Dios, pero este pueblo vivía, pensaba, adoraba, y se gobernaba de modo muy distinto al de aquellos creyentes que pasaron por las sombras y las llamas de la persecución. Las esferas en las cuales eran más notables dichos cambios eran las siguientes:

- El gobierno de la iglesia.
- La iglesia y el estado.
- La forma del culto.

Al comentar la nueva situación nos referiremos a menudo a la historia de la iglesia antes de que Constantino subiera al poder en el año 311, denominándola el primer periodo de la historia antigua de la iglesia; la historia del año 312 al 600 la llamaremos el segundo periodo.

El gobierno de la iglesia

La estrecha relación entre la iglesia y el imperio puede parecer la de un ratón con un elefante, pero esto no fue así por mucho tiempo. Es cierto que el ratón eclesiástico nunca se convirtió en el elefante imperial, pero se hizo lo suficientemente grande y poderoso como para que el elefante tuviera que tomarlo en cuenta. Al inclinarse los emperadores para besar el anillo en el dedo de un obispo, y al tener estos el valor suficiente como para reprender al emperador y hasta prohibirle tomar los sacramentos, vemos una relación de algo más grande que de un ratón con un elefante.

Las diferencias entre los dos periodos

Durante el primer periodo, la iglesia nunca tuvo una organización de gobierno que abarcase todo el imperio; todas las autoridades eran locales. Los obispos monárquicos de las grandes ciudades ejercían una influencia considerable en las regiones que gobernaban. Empezaron a celebrar sínodos regionales en el segundo siglo. Es cierto que existían comunión y varias formas de contacto entre las distintas iglesias regionales, que se daba hospitalidad generosa a los viajeros cristianos, y se les reconocía como miembros en iglesias distantes; pero no existía un gobierno común, ni leyes eclesiásticas comunes, ni una acción concertada de la iglesia.

En el segundo periodo hubo un cambio radical. Tres años después de tomar Constantino el poder en el oeste, convocó un sínodo en Arlés, Galia, en representación de todo occidente. El propósito principal era tratar el problema de los donatistas en África del norte. Once años después (325) el mismo emperador convocó el primer concilio ecuménico en Nicea, y desde entonces los concilios se hicieron una cosa común en la vida de la iglesia, celebrándose

desde la Galia hasta Siria. Las decisiones de un concilio eran siempre válidas dentro de la región donde se celebraba y a veces lo eran para toda la iglesia. Resultaron factores importantes en el desarrollo de creencias comunes, unidad, y orden en la iglesia.

Durante el segundo periodo la iglesia también extendió y reforzó la forma de gobierno que había sido solo incipiente en el primer periodo. Se recordara que los jerarcas eclesiásticos más destacados y poderosos en los siglos dos y tres eran los obispos monárquicos, los que gobernaban las regiones bajo su mando con la ayuda de presbíteros y diáconos. Durante el segundo periodo esta forma sencilla de gobierno se hizo más complicada.

En este periodo segundo se hizo muy marcada la distinción entre los laicos y el clero: aquellos eran la masa de la comunidad cristiana que no tenían ningún cargo en la iglesia; estos tenían cargos en la iglesia y se distinguían de los laicos por haber sido ordenados. Con el andar del tiempo, todo el trabajo de la iglesia, o casi todo, paso a manos del clero, y dado que este trabajo aumentaba constantemente fue necesario crear nuevos cargos y jerarquías, de modo que por consecuencia hubo tres grandes categorías: las órdenes menores, las órdenes mayores, y el episcopado.

Las órdenes del clero

Las órdenes menores eran los exorcistas y lectores, quienes desempeñaban funciones secundarias en el culto, y los acólitos y subdiáconos, quienes constituían los secretarios del obispo.

Las órdenes mayores las formaban los diáconos y presbíteros. El cuidado de los pobres, originalmente a cargo de diáconos, estaba ahora en manos de las órdenes menores, mientras los diáconos pasaron a ser los principales ayudantes administrativos de los obispos. Por ejemplo, Atanasio era diácono cuando actuaba como secretario del obispo Alejandro en el concilio de Nicea. Los presbíteros dirigían los cultos y administraban los sacramentos, siendo así el brazo espiritual de los obispos. Posteriormente se les llamó sacerdotes. Las órdenes mayores procedían de las menores: a los treinta años de edad eran elegibles para ser diáconos; a los treinta y cinco los diáconos podían ser presbíteros; a los cuarenta y cinco años el presbítero era elegible para ser obispo, por lo menos en cuanto a la edad.

El episcopado consistía en los obispos de la iglesia. El de jerarquía menor era el obispo de campana; luego venía el obispo urbano, y ambos estaban subordinados al arzobispo, llamado en la iglesia oriental el metropolitano, o sea, obispo de capital de provincia. Los arzobispos, a su vez, estaban bajo la autoridad de los obispos patriarcales.

El obispo patriarcal

Al comienzo del siglo cuatro había en la iglesia católica tres obispos patriarcales: los de Roma, Antioquia, y Alejandría. Cuando Constantinopla se hizo capital del imperio bajo Constantino, el obispo de la ciudad también pasó a ser patriarca. En el concilio de Calcedonia en el año 451, se le concedió igual honor al obispo de Jerusalén, aunque nunca llegó a ejercer mucho poder. En el siglo quinto el patriarca de Constantinopla gobernaba la iglesia en veintiocho provincias romanas, el patriarca de Antioquia en quince, el de Jerusalén en cuatro, el de Alejandría en nueve, mientras el de Roma gobernaba la iglesia en todo el occidente, o sea en sesenta y siete provincias. El patriarca de Roma fue llamado desde el principio Papa, nombre que subsiste hoy.

Le estructura del gobierno eclesiástico que hemos descrito se llama jerárquica, que viene del griego y quiere decir gobierno por sacerdotes. Como una pirámide, la estructura parte

de las órdenes menores del clero en la base y pasa por las órdenes mayores y las distintas jerarquías de obispos a una autoridad única en la cúspide.

Iglesia y estado

Durante el primer periodo de la historia antigua de la iglesia, es decir, hasta Constantino, la iglesia trató todos sus problemas eclesiásticamente. O sea, todos los asuntos de doctrina, disciplina, culto, y gobierno fueron resueltos por la iglesia sin que el estado tuviera voz ni voto en los asuntos de la iglesia. Con Constantino esto cambio completamente. Los emperadores que le precedieron vieron la importancia de la religión para asegurar la unidad del imperio, y él lo vio tan claramente como ellos. Por lo tanto siguió la misma política que ellos, pero con una diferencia. Para los primeros emperadores, la religión romana pagana era el elemento de unión que favorecían, mientras que para Constantino fue el cristianismo. Los emperadores paganos edificaron templos paganos; Constantino edificó iglesias cristianas. Los emperadores paganos sostenían a los sacerdotes paganos; Constantino dio subsidios al clero cristiano. Los emperadores paganos combatieron el cristianismo; Constantino y los emperadores cristianos que le siguieron combatieron lenta pero seguramente al paganismo y las herejías. En un principio el paganismo era *religión lícita* y el cristianismo *religión ilícita*. Al final del cuarto siglo, el cristianismo católico era *religión lícita* y el arrianismo y el paganismo eran *religiones ilícitas*. Todo había cambiado. Sin embargo, en cierto sentido, nada había cambiado.

La controversia donatista

La relación profunda y de gran alcance que Constantino introdujo entre la iglesia y el estado comenzó casi desde su triunfo sobre Majencio en octubre del 312. Unos meses más tarde la iglesia le pidió que resolviera lo que se conoce como la controversia donatista.

En el año 311 un nuevo obispo, de nombre Cecilio, fue ordenado en Cartago. Uno de los obispos que participó en la ordenación, Félix de Aptunga, fue acusado de haber entregado las Escrituras durante una reciente persecución. Por esta razón los acusadores de Félix consideraban nula la ordenación de Cecilio. La iglesia oficialmente apoyo a Cecilio, pero muchos obispos se opusieron, resultando un cisma en la iglesia de África del norte. Los que se oponían a Cecilio eligieron su propio obispo, de nombre Mariorino. Cada facción excomulgó a la otra, y ambas apelaron a Constantino en el año 313 para que resolviera la disputa. Constantino aceptó la invitación y convocó un sínodo que se reunió en Roma. El concilio declaró que Félix era inocente de las acusaciones que se le hacían, y convalidó la elección de Cecilio. El problema se complicaba más por el hecho de que Constantino había dado apoyo financiero a la iglesia de Cartago, es decir al grupo de Cecilio, pero no a la nueva iglesia de Mariorino, de modo que el cisma se hizo aun más hondo. En 314 Constantino convocó un concilio mucho mayor que debía reunirse en la ciudad de Arlés en la Galia. Fue el primer concilio que se celebró en el oeste de Europa. También apoyó a Cecilio. El cisma en África del norte siguió aumentando en extensión y gravedad. En el año 316 Constantino intervino por la fuerza; a los disidentes les quitó sus sitios de reunión y desterró a los obispos, entre los cuales se hallaba Donato. Este había sucedido a Mariorino, y de él se deriva el nombre del movimiento separatista. La acción de Constantino no trajo la paz, y en el 321 abandonó todo intento de poner en práctica su decreto. Se hallaba tan impotente frente a los donatistas como sus antecesores respecto a los cristianos, con la diferencia de que antes había sido persecución de paganos a cristianos, y ahora era de cristianos a cristianos. El cisma donatista se prolongó durante unos cien años y luego desapareció gradualmente como resultado de las enseñanzas de Agustín acerca de la iglesia y de la persecución por el gobierno.

La nueva relación entre la iglesia y el estado

Así fue, pues, el comienzo de la relación entre la iglesia cristiana y el estado. La conducta con relación a la controversia donatista estableció el siguiente modelo de procedimiento para tratar cualquier otro problema que amenazara la unidad del imperio:

- El emperador llamaría a un sínodo o concilio cuando lo creyera necesario;
- permitiría que el sínodo o concilio resolviera el problema;
- si el fallo no era aceptado por alguna de las partes, el emperador haría cumplir la decisión con el poder del estado. Este modelo de procedimiento se siguió al convocar el concilio de Nicea y en muchos otros casos ulteriores.

No fue solo en la celebración de los concilios que la iglesia y el estado colaboraban sino también en muchas otras cosas. He aquí algunos ejemplos:

- El clero estaba eximido del pago de impuestos y de prestar servicios públicos, a veces gravosos. Estas ventajas llevaron a muchos hombres adinerados a ingresar al ministerio para evitar el pago de los impuestos. Esto, a su vez, llevó al gobierno a prohibir que los ricos se hiciesen sacerdotes.
- La iglesia recibía ayuda monetaria del estado y a la vez se le permitía recibir legados. Como resultado, la iglesia se hizo independiente y rica, dueña de casas, tierras, y otras propiedades. En la Edad Media llegó a poseer hasta el cuarenta por ciento de todo el territorio de la Europa cristiana.
- Los obispos tenían el derecho de resolver las disputas entre creyentes en sus propios tribunales, y estos tribunales eclesiásticos y sus fallos eran reconocidos por las leyes del imperio.
- A los obispos se les permitía interceder a favor de presos, criminales, y otros acusados en los tribunales civiles. Hasta podían interceder a favor de ciudades y provincias que se hubieran enemistado con el emperador.
- Ciertas clases de trabajo y de diversiones se prohibían en día domingo, como también el cobro de impuestos y de deudas.
- La iglesia presionó al estado para que aprobara legislación más humanitaria para la protección de las viudas y los huérfanos, los presos, los pobres, y los esclavos.
- La influencia de la iglesia contribuyó a liberar a la mujer de su servidumbre tradicional, y logró que se pusiera fin a las luchas de gladiadores.

Desventajas de la relación iglesia-estado

Es evidente que la iglesia pudo prestar muchos servicios que anteriormente no le fue posible llevar a cabo. Pero también no hay duda de que quedó expuesta a muchas tentaciones que no existían antes de aliarse con el estado. La política del estado se infiltró en la iglesia, y la iglesia penetró en la política del estado. La disciplina se resintió, y ser miembro de la iglesia, para muchos, se hizo una formalidad puramente exterior. Las necesidades de la iglesia ya no se costeaban básicamente con las ofrendas y los sacrificios de sus miembros sino que procedían del estado y de la renta de sus propiedades e inversiones. El clero se hizo importante tanto en las ciudades grandes como en los pueblos pequeños, y los honores que se les dispensaban superaban a los que recibían los funcionarios del estado. Un cuadro cabal de la iglesia en el primer periodo lo daría la declaración de Pablo en el primer capitulo de 1 Corintios: “Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos

nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (vv. 26-29). Durante el segundo periodo, en muchos lugares era imposible describir la iglesia con tales palabras.

La política iniciada por Constantino y la asociación entre la iglesia y el estado fueron continuadas por sus hijos Constantino II, Constante, y Constancio. Juliano el Apóstata estuvo en el poder menos de dos años, muriendo en batalla frente a los persas en junio del 363. Las palabras que se le atribuyen al morir, “Venciste, galileo”, son probablemente una leyenda, pero expresan la verdad histórica. Con Juliano terminaron todos los esfuerzos para devolverle al paganismo su poder y prestigio dentro del Imperio Romano.

Continuación de la relación

Los sucesores de Juliano continuaron la estrecha asociación entre la iglesia y el estado. Durante el reinado de Teodosio (378-395) llegó a su clímax. En el año 381 Teodosio convocó el segundo concilio ecuménico en Constantinopla. Este concilio aceptó el credo niceno como la fe del imperio y terminó con la polémica de setenta y cinco años entre católicos y arrianos acerca de la relación entre el Hijo y el Padre. Teodosio de inmediato prohibió el arrianismo en el imperio, así como las religiones paganas. Con este precedente, la persecución de la herejía por el estado se hizo común; se practicó a través de la Edad Media y tanto los católico-romanos como los protestantes la consideraban la política correcta durante y después de la Reforma. De modo que se puede decir que Constantino y sus sucesores fijaron el molde de las relaciones de la iglesia con el estado que perduró por más de mil trescientos años. Aun hoy pueden hallarse vestigios de esta antigua relación. La Ciudad del Vaticano, en la cual la iglesia y el estado forman una unidad, es el testimonio permanente que la Iglesia Católico romana cree en la asociación íntima entre la iglesia y el estado. Del lado protestante, los ejemplos más claros se hallan en los países escandinavos: Dinamarca, Noruega, Suecia, y, muy vinculada, Finlandia. La relación entre la iglesia y el estado en Suecia es representativa:

La constitución sueca prevé la reunión de una asamblea general de la iglesia, convocada por el rey para considerar asuntos presentados por él. Las resoluciones de la asamblea general no son terminantes sino que deben ser presentadas en forma de peticiones para su aprobación por el rey y el Parlamento. Por otra parte, la asamblea general de la iglesia puede vetar leyes ya aprobadas por el Parlamento. En asuntos fundamentales el estado no ha de imponer su voluntad en contra de la de la iglesia, ni debe la iglesia hacer cambios importantes sin quesean estudiados y aprobados por la nación a través del sistema político de la comunidad entera. (M. Searle Bates, *Religious Liberty*, InternationalMissionary Council [1945], p. 108).

El culto de la iglesia

El cambio de la vida de la iglesia después de la ascensión de Constantino se manifestó de modo notable en el culto. En las épocas de sufrimiento la vida religiosa de la iglesia se había centrado en las cosas interiores y espirituales. Durante más de dos siglos no tuvo ni el dinero, ni los talentos, ni la oportunidad de construir edificios suntuosos y organizar en ellos ceremonias llenas de pompa. Es verdad que durante los cuarenta años previos a la persecución diocleciana los cristianos habían levantado amplios templos en muchas ciudades, pensando que con las persecuciones de Decio y Valeriano (251-259) sus tribulaciones habían terminado. Pero todos estos edificios fueron destruidos. El historiador

Eusebio escribe: “Con mis propios ojos vi los lugares de culto demolidos, hasta los mismos cimientos” (*Historia eclesiástica*, Libro 8, sección 2).

Constantino y su devota madre, Elena, dieron el ejemplo erigiendo edificios nuevos y más costosos. Antes del año 400 ya había cuarenta grandes iglesias en la ciudad de Roma solamente. Dentro de estos templos la liturgia adquiría formas cada vez más complicadas. Los arquitectos, músicos, pintores, y ebanistas, los diseñadores de vestimentas y trabajos artísticos en metales, compositores de himnos y liturgias… todos pudieron ahora expresar su fe no solo de modo espiritual sino también en forma exterior, apelando a la vista, al oído, y a la imaginación. La iglesia “en casa” de los días del Nuevo Testamento se hizo la iglesia de la basílica y de la catedral.

La expresión de las ideas y los sentimientos religiosos por medio del arte, la arquitectura, y la música no siempre fue comprendida o apreciada. A las multitudes que entraban en las iglesias les agradaban el ceremonial y la belleza pero no entendían su significado. Lo que es más, la liturgia que fue surgiendo era a menudo de creación humana sin base escritural. La multiplicación de las fiestas, la veneración de los santos, mártires, y reliquias, y el valor que se le atribuía a los peregrinajes y los lugares santos a menudo relegaban a un lugar subordinado los asuntos realmente espirituales.

En las dos últimas secciones hemos considerado los cambios en el gobierno de la iglesia y en las relaciones de esta con el estado que tuvieron lugar en los siglos cuarto, quinto, y sexto. Concluiremos este capítulo viendo sucintamente cómo se adoraba en la iglesia durante este periodo.

El año eclesiástico

El hombre ha sido creado de tal modo que vive su vida al compás de ciertos ciclos que se repiten. Tenemos los ciclos del día y la noche; del trabajo y del reposo; del nacimiento, crecimiento, decadencia, y muerte. En los trópicos alternan estaciones secas y de lluvias, y en los climas templados se suceden la primavera, el verano, el otoño, y el invierno. Estas dos y cuatro estaciones forman el año. Para comodidad, este año natural ha sido dividido en meses, semanas y días, llamados “el calendario”.

Del mismo modo que existe un año natural, así también el mundo cristiano reconoce la existencia de un año espiritual. Generalmente se le llama el año eclesiástico, cuyos orígenes se remontan a los primeros tiempos de la iglesia. El año eclesiástico surgió motivado en la celebración de tres grandes actos de la redención divina: la encarnación (Navidad), la muerte y resurrección de Cristo (Semana Santa), y la venida del Espíritu Santo (Pentecostés).

La celebración de la Navidad iba precedida de las cuatro semanas del adviento, durante las cuales, sobre todo en los días domingo, el culto giraba en torno a la venida de Cristo. La Navidad era un día de regocijo y de dar presentes, con cultos de conmemoración del nacimiento del Señor. La celebración de la Semana Santa iba precedida de las seis semanas de cuaresma, en que se fijaba la atención en los sufrimientos de Cristo y por lo tanto eran semanas de ayuno. La cuaresma terminaba en Viernes Santo, siendo seguida del gozo de la celebración de la resurrección. Pentecostés, significa cincuenta días, y representa las siete semanas que transcurren entre la resurrección y la venida del Espíritu Santo. En el día cuarenta después de la resurrección, la iglesia celebraba el retorno de Cristo al Padre en la fiesta de la Ascensión. Estas eran semanas de gozo, pues la iglesia continuaba con el recuerdo del hecho central de la Semana Santa y anticipaba la celebración de la venida del Espíritu. Pentecostés era la última de las tres grandes fiestas. Los domingos restantes hasta el siguiente adviento —los que variaban en número de

veintidós a veintisiete —se dedicaban al culto normal y al robustecimiento de la vida de la iglesia en el poder del Espíritu pentecostal.

El domingo y los cultos dominicales

Desde el principio los creyentes recordaban y guardaban el primer día de la semana por ser el día de la resurrección de Cristo. Con Constantino adquirió un sentido legal y no solo religioso pues en el año 321 decretó…

> …que en el venerable día del sol los magistrados y el pueblo que reside en las ciudades descansen y que todos los talleres estén cerrados. En el campo, sin embargo, las personas ocupadas en la agricultura pueden libre y lícitamente continuar sus actividades; porque sucede a menudo que otro día no es tan apropiado para la siembra de grano o para plantar vides; no sea que por descuidar el momento propicio para tales operaciones se pierdan los beneficios que el cielo da.

Es digno de notar que Constantino no vinculó su legislación a las costumbres cristianas o al cuarto mandamiento, sino que se refirió al domingo por su nombre tradicional pagano, el día del sol, no sábado ni día del Señor, de modo que era también aceptable a los paganos. Los cristianos daban al sol físico un nuevo significado al pensar de Cristo como el “sol de justicia” (Mt 4:2). Tanto Constantino como otros emperadores y concilios de la iglesia promulgaron legislación dominical adicional. Sin embargo, fue el decreto de Constantino del año 321 lo que echó las bases del reconocimiento universal del domingo como día de descanso.

En la comunidad cristiana los cultos públicos eran la principal actividad del día domingo. El culto de adoración consistía de dos partes: la que se destinaba a todo el mundo, incluso los catecúmenos —los que se instruyen para ser bautizados—, y la que solo era para los que comulgaban. Al final de la primera sesión se despedía a todos excepto los comulgantes. El acto de despedir (en latín *missus*) era la señal de que comenzaba el culto de la comunión, y fue el origen del nombre “misa” usado hasta hoy por los católicos. En el servicio religioso público se leían selecciones de los evangelios y las epístolas, a veces de las profecías, y se cantaban salmos. Como había muy pocas Biblias para leer las Escrituras personalmente durante la semana, era necesario ir a la iglesia donde había una; pero pocos se molestaban en hacer esto. A esto se agregó el concepto malsano de que la lectura de la Biblia era solo para el clero. Se habían hecho distintas traducciones de la Biblia o de sus partes, pero eran manuscritas y por lo tanto no estaban al alcance del público en general. Faltaban siglos para que la Biblia se imprimiera en los idiomas vernáculos.

Al sermón, que se predicaba durante la primera parte del servicio religioso, se le daba un lugar preeminente en el culto de la iglesia de oriente. En la de occidente, la predicación era a menudo pobre y se le daba el lugar sobresaliente al servicio de comunión. La predicación era un elemento menos solemne en la iglesia primitiva de lo que es hoy. Cuando el predicador hacía un comentario muy acertado o su retórica era impresionante o dramática, a menudo el auditorio lo aplaudía. Tanto Crisóstomo en el este como Agustín en el oeste protestaron contra esta práctica, pero no se les hizo caso.

La participación de la comunión se podía tener diariamente, semanalmente, o con menos frecuencia. En la iglesia oriental la comunión o eucaristía se convirtió en un asunto tan misterioso que se consideraba correcto celebrarla solo una vez al año o en ocasiones muy especiales. La iglesia occidental recomendaba la comunión con mayor frecuencia. Algunos concilios exigieron la concurrencia a comulgar por lo menos tres veces al año: en Navidad, Semana Santa, y Pentecostés. En el siglo cinco o seis la comunión se convirtió en un culto público, si bien permanecía accesible solo a los que habían sido confirmados.

Los sacramentos

La validez del bautismo y de la santa cena como verdaderos sacramentos nunca fue discutida en la iglesia primitiva. Sin embargo, la de otros sacramentos si lo fue por mucho tiempo. La confirmación y la ordenación se practicaban como sacramentos en el quinto siglo. Ambrosio, obispo de Milán, sostenía que el lavamiento de los pies era un sacramento; el matrimonio, la penitencia, y la extremaunción se agregaron más adelante. Los siete sacramentos actuales de la Iglesia Católica Romana no fueron establecidos del todo hasta el siglo doce. Además del bautismo y la santa cena —la misa—, reconoce los sacramentos de la confirmación, la ordenación, la penitencia, la extremaunción, y el matrimonio.

La Reforma reconoció solo el bautismo y la santa cena, considerando a los demás como prácticas eclesiásticas o religiosas sin el status de sacramentos. La forma del bautismo en el Nuevo Testamento es por inmersión, y parece que solo se administraba a los adultos. La unidad del pacto en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, y la enseñanza de que no hay salvación fuera de la iglesia, llevó a la larga a la práctica del bautismo de párvulos. Orígenes (185-254) habla de ello como frecuente, y en el siglo quinto era ya la práctica general de la iglesia. No podemos aquí discutir el tan debatido tema de la presencia física del Señor en el sacramento de la comunión. No obstante, es evidente que, como tantos otros problemas fundamentales teológicos y eclesiásticos, sus orígenes se hallan en el pensamiento y la práctica de la iglesia primitiva.

Los santos

Era natural que los primeros cristianos recordaran con amor a los apóstoles, especialmente a Pedro y Pablo, además de Esteban, el primer mártir, a María, la madre de Jesús, Juan el Bautista, y los grandes profetas del Antiguo Testamento. La iglesia no tardó mucho, sin embargo, en agregar los nombres de los mártires que sufrieron en las persecuciones, y los de otras personas renombradas por sus vidas santas. Tal el caso de ascetas como Antonio, obispos como Atanasio y Ambrosio, y mujeres piadosas como Mónica, la madre de Agustín. Los cristianos empezaron a orar a ellos para que fueran sus intercesores ante Cristo. En el Nuevo Testamento a todos los creyentes se les llama santos; en la historia de la iglesia, más tarde se llamó santos solo a los mártires y otros grandes personajes, tales como los líderes de la iglesia, y eso solo después de muertos. En ninguna parte de la Biblia se nos manda orar a ellos, o se dice que nos puedan ayudar. Sin embargo, la lista de los santos crecía más y más, y los grandes líderes de la iglesia apoyaban su veneración. En el siglo cuarto empezó a destacarse María, la madre de Jesús, como la más grande de todos los santos. Llamada en el Nuevo Testamento “la madre del Señor”, en el siglo quinto se empezó a conocer como “la madre de Dios”. Su virginidad antes del nacimiento de Jesús, se convirtió ahora en perpetua virginidad desde el vientre de su madre hasta la tumba. Se declaró que era sin pecado desde su nacimiento y que al morir fue hecha la “reina del cielo”, recibiendo más plegarias que Cristo mismo. La controversia arriana había puesto tal énfasis en la deidad de Cristo que su humanidad se hizo vaga e irreal. Virtualmente María tomó su lugar como un cálido y amable ser, humano y celestial, a quien los seres humanos podían acudir en tiempos de necesidad.

De esta manera, una jerarquía de santos locales, nacionales o universalmente reconocidos —cada uno con su mérito especial— vino a colocarse entre el creyente y Dios. El Hijo de Dios, el único mediador entre Dios y los hombres, fue eclipsado por una hueste de santos mayores o menores a quienes se podía elevar los ruegos. Además, tenían poder no solo con Dios en los cielos sino también con los hombres en la tierra. Este aspecto de la adoración de los santos lo hemos de considerar el tema final de este capítulo.

Días santos, reliquias santas y lugares santos

Los santos diferían en fama y poder. Había santos locales, santos nacionales, y aquellos que eran honrados universalmente. Había santos para cada ciudad y país, para cada oficio y profesión, para los viajeros, y para los enfermos de distintas dolencias. A cada santo se le adjudicaba un día para que se le honrara, y los santos mayores eran recordados en su día con grandes festividades. Pronto, sin embargo, no alcanzaban los días del año para todos, y había que homenajear a dos o más en el mismo día.

Quizá no exista ningún otro aspecto en que el paganismo haya influido al cristianismo más evidentemente y con mayor impacto que en la veneración de los santos. La creencia de que los santos difuntos podían ayudar a los vivos iba acompañada de otra: la de que las cosas que les habían pertenecido podrían ayudar a los que luego las poseyeran. Huesos, uñas, mechones de cabello, ropa, libros, y otros artículos pertenecientes a los santos llegaron a venerarse y adorarse. Tales reliquias se colocaban debajo del altar y así se pensaba que prestaban mayor santidad al culto. Muchas de estas reliquias se hallaron años y aun siglos después de muerto el santo. Se decía que la madre de Constantino descubrió la misma cruz en que Cristo fue crucificado. Hasta el día de hoy, la escalera que subió Cristo para llegar al tribunal de Pilato, se dice que está en Roma, y la visitan anualmente miles de peregrinos. No tardó mucho en desarrollarse un floreciente negocio en reliquias, y aunque Elena decía que había descubierto la verdadera cruz, incontables astillas del madero se hallaban repartidas a través de la iglesia.

La costumbre tan común de los peregrinajes a lugares santos es de la misma esencia que la veneración de las reliquias. Por supuesto que es interesante y útil ver donde las grandes figuras de la historia cristiana vivieron o están sepultados; es de ayuda para que nuestras mentes puedan interpretar mejor sus vidas y sus servicios al cristianismo, pero esto no fue el propósito fundamental de los peregrinajes en la iglesia primitiva. Los cristianos de aquella época creían que por los peregrinajes adquirían meritos religiosos, que contribuían al logro de la salvación, y que impartían cierta santidad a los peregrinos. Este concepto del peregrinaje fue una de las causas de las cruzadas organizadas en los siglos once, doce, y trece. En aquellos tremendos esfuerzos, ejércitos enteros procedentes de Alemania, Italia, Francia, e Inglaterra lucharon por recuperar la Tierra Santa de manos de los mahometanos, con el fin de que los santos lugares estuvieran nuevamente bajo control cristiano y accesible a los peregrinos.

Historia de la Iglesia primitiva
Por Harry R. Boer

Capítulo 12: Cuatro grandes líderes de la iglesia

La iglesia, lo mismo que cualquier comunidad, es un conglomerado de personas. Algunas de estas son líderes. Los dos elementos van juntos: las personas producen líderes, y los líderes por su parte forman y guían a la iglesia. Ya hemos visto algo del ejemplo y la obra de personajes destacados como Ignacio, Policarpo, Justino Mártir, Ireneo, Tertuliano, Orígenes, Atanasio, Benito de Nursia, y otros. ¿Qué hubiera ocurrido con la iglesia sin la dirección de estos hombres? Pero, también, ¿cómo hubieran ellos llegado a la fe y a sus obras sin la iglesia? Al estudiar la historia de la iglesia, por consiguiente, es importante notar la vida de sus grandes figuras así como la vida de la iglesia en su totalidad.

Pasaremos ahora a examinar las vidas de cuatro hombres que marcaron de forma notable el desarrollo de la iglesia en el segundo periodo de su historia: **Ambrosio**, obispo de Milán; **Crisóstomo**, patriarca de Constantinopla; **Jerónimo**, traductor de la Biblia al latín; y **Agustín de Hipona**, una de las figuras más destacadas en toda la historia de la iglesia. Todos fueron contemporáneos: Ambrosio, Crisóstomo, y Jerónimo nacieron entre 340 y 345; Agustín nació en 354. Ambrosio y Agustín pertenecían a la iglesia occidental, Crisóstomo a la oriental. Jerónimo pasó la mayor parte de su vida en el oeste, pero llevó a cabo mucha de su obra en el este y allí murió.

Todos estos hombres no solo prestaron un servicio valioso a la iglesia de su tiempo sino que por su ejemplo y trabajo continúan inspirando y sirviendo a la iglesia generación tras generación.

Ambrosio (340-397)

Ambrosio nació en Tréveris, capital de Galia. Su padre fue gobernador de toda la Galia, Bretaña, y España, lo que significaba que era uno de los hombres más poderosos del imperio. Cuando Ambrosio tenía trece años murió su padre. Continuó su educación en Roma y estudió para abogado. De tal modo se distinguió en la profesión que había elegido que a la temprana edad de treinta años fue nombrado gobernador de la Alta Italia. Allí, en la gran capital de Milán, gobernó con justicia y gentileza y llegó a ser respetado y apreciado por todos.

Elegido como obispo

En 374 el obispo de Milán murió. Por cuanto había rivalidad entre los arrianos y los católicos en la elección de un nuevo obispo, Ambrosio fue a la iglesia donde se hacía la elección a fin de mantener el orden. En el curso de las discusiones se oyó el grito de un niño: "¡Ambrosio obispo!" Todos los presentes, arrianos y católicos a una, acogieron la idea y Ambrosio fue allí mismo elegido como obispo, con la aprobación de los obispos congregados en el lugar. Ambrosio tenía solo treinta y cuatro años, y como todavía no se había bautizado protestó contra esta elección. Sus protestas fueron desoídas, del mismo modo que no se tuvieron en cuenta las reglas de la iglesia para la elección de obispos. Ambrosio entonces aceptó la decisión del pueblo y los obispos como un llamado de Dios que él no podía rechazar, y se dio de corazón a su nueva e inesperada vocación.

Como era rico, entregó todas sus riquezas y propiedades a los pobres y a la iglesia. Su despacho estaba siempre abierto para los pobres y oprimidos. Todo el tiempo de que podía disponer fuera de sus deberes diarios como obispo lo dio al estudio de la Biblia y de la teología. Predicaba a menudo, a veces todos los días, y fue por medio de su predicación que Agustín se convirtió a la fe cristiana. Ambrosio rehusó asistir a banquetes o usar las riquezas de la iglesia para sí mismo. Vivió como un ascético hasta el fin de sus días.

Actuación de Ambrosio

Ambrosio era un católico convencido y resistía a los arrianos en donde fuera. El emperador Valentino II tenía catorce años, y su madre Justina gobernaba por él. Ella se inclinaba al arrianismo y demandó que los arrianos tuvieran los mismos derechos para adorar en Milán. Ambrosio no lo admitió y Justina se doblegó. Ambrosio también logró que se eligieran obispos católicos y que los obispos arrianos de otras diócesis fueran depuestos. Es de comprender que los arrianos lamentaran haber ayudado a elegirlo como obispo.

Ambrosio no siempre era justo con sus oponentes. En Mesopotamia los cristianos habían destruido un lugar de reunión de los gnósticos valentinianos y habían quemado la sinagoga judía. El emperador Teodosio ordenó al obispo de la iglesia local que reconstruyera ambos edificios por cuenta de la iglesia. Esto desagradó en tal forma a Ambrosio que no solamente protestó ante el emperador por escrito sino que también en un sermón apeló públicamente al mismo para que cancelara esa orden. Tal era la influencia de Ambrosio que el emperador retiró su decreto.

El momento más grande en la vida de Ambrosio, y sin duda uno de los más grandes en la historia de toda la iglesia se produjo en otra confrontación mucho más grave con el emperador Teodosio. El emperador era cristiano pero era también un soldado rudo y de fogoso temperamento. En 390 el pueblo de Tesalónica en Macedonia causó un alboroto en la ciudad y un soldado del ejército romano fue asesinado. Tal fue la cólera de Teodosio que envió la orden de efectuar una masacre en aquella ciudad. Después de haber despachado este mensaje se arrepintió y envió a otro mensajero para anular la orden, pero ya era muy tarde. Antes que llegara la anulación, ya los soldados habían invitado al pueblo a un espectáculo en el estadio, y cuando este se había llenado los soldados cerraron las puertas y mataron a todos, alrededor de siete mil personas.

Al enterarse Ambrosio escribió una firme carta pastoral a Teodosio, reprochándole su crimen y llamándolo al arrepentimiento. Teodosio, quien había hecho de Milán su capital, no hizo caso, y un domingo poco después fue a la catedral para asistir al culto. Ambrosio, vestido con sus ropas obispales, salió al pórtico de la iglesia y abiertamente le reprendió, negándole la entrada al templo y ordenándole que se fuera y arrepintiera. Por varios meses Teodosio no atendió los cultos. "La iglesia de Dios —se quejó— está abierta para los esclavos y mendigos. Para mí está cerrada y con ella las puertas del cielo". Ambrosio permaneció inflexible, y entonces el emperador, que era cristiano de corazón, confesó su pecado e imploró el perdón de Dios y los hombres, yaciendo sobre el piso delante de toda la congregación.

Más que ningún otro líder en la iglesia primitiva, Ambrosio proclamó en palabra y hecho la independencia de la iglesia del estado. Al predicar la ley y el evangelio a los grandes y poderosos de la tierra, dejó para todos los tiempos un ejemplo imperecedero de intrepidez

y coraje. Era no obstante gentil y tierno de corazón y se inclinaba como un verdadero pastor de Cristo para ayudar a los pobres y oprimidos en su necesidad.

Jerónimo (345-420)

Jerónimo —a quien a veces se le menciona por su nombre latino, Hieronymus— ocupa un lugar notable en la historia de la iglesia. No se le recuerda, como a Ambrosio, por su carácter amable y su habilidad administrativa; ni, como a Agustín, por su gran piedad y excelencia teológica. Jerónimo fue un erudito en lingüística a la vez que un notable ascético. Dio a la iglesia de occidente una traducción de la Biblia de excepcional fidelidad, y con su ejemplo personal y sus escritos impulsó en gran manera la causa del monasticismo. Si bien tiene en su haber otras contribuciones a la vida de la iglesia, es por esas dos que mayormente se le recuerda.

Su ascetismo

Jerónimo nació en la provincia de Panonia, al norte de Iliria. Fue criado en un hogar cristiano y a la edad de dieciocho años fue a Roma para continuar sus estudios, recibiéndose, como Ambrosio, de abogado. Después de viajar por la Galia y practicar el ascetismo por tres años en la región donde había nacido, se dirigió a Antioquia para visitar la iglesia oriental. Mientras tanto había una lucha en su corazón: como estudiante amaba a los grandes escritores latinos, especialmente el orador Cicerón; como cristiano sentía que debía dar su vida al estudio de las Escrituras; pero como ascético experimentaba una gran atracción hacia la vida monástica.

Hallándose en Antioquia resolvió irse al destierro y vivir como un ermitaño. Así lo hizo por cinco años, buscando aniquilar las tentaciones mentales por el sufrimiento de la carne. La descripción que hace de sus sufrimientos ilustra la imposibilidad del hombre de escapar de sí mismo:

> Cuán a menudo, cuando vivía en el desierto, en la vasta soledad que ofrece a los ermitaños un albergue yermo asolado por el sol abrasador, ¡cuántas veces me imagine entre los placeres de Roma! Solía sentarme solo porque estaba lleno de amargura.... Mi rostro estaba pálido y mi cuerpo helado con el ayuno, y sin embargo mi mente hervía de deseo y los fuegos de la lujuria burbujeaban delante de mí cuando mi carne parecía muerta... Recuerdo cuan a menudo gritaba toda la noche hasta romper el alba y no cesaba de golpear mi pecho hasta que la tranquilidad retornaba ante la reprensión del Señor. (*Carta XXII*, par.7).
>
> Fue durante esos años en el destierro que Jerónimo tuvo un sueño que cambió el curso de su vida. En medio de un ayuno tan severo que pensó morir, de repente fue atrapado en el espíritu y arrastrado delante del tribunal del Juez; y aquí la luz era tan brillante, y aquellos que estaban al rededor tan radiantes, que me arrojé a tierra y no me atrevía a mirar. Al preguntárseme quién era y qué era, replique: "Soy cristiano". Pero aquel que presidía dijo: "Mientes, tú eres un seguidor de Cicerón y no de Cristo, pues "donde este vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón". De pronto quedé mudo, y en medio de los azotes, pues él había ordenado que me azotaran... comencé a llorar y a gemir diciendo: "Ten piedad de mí, Señor... ten piedad de mí..." Juré en su nombre, diciendo: "Señor, si alguna vez vuelvo a poseer libros mundanos, o si alguna vez vuelvo a leer los tales, te habré negado a ti".

> Habiendo sido despedido luego de haber hecho este juramento, volví al mundo superior… desde ese momento leo los libros de Dios con mayor celo que el que previamente tenía por los libros de los hombres.(*Carta XXII*)

La Biblia latina

Los años pasados en el desierto lo familiarizaron también con la controversia arriana, que en ese tiempo ya estaba llegando a su fin. Le escribió al Papa Dámaso en Roma pidiéndole consejo sobre el particular. De esta manera comenzó una relación fructífera entre Jerónimo y el Papa, lo que habría de llevarlo a realizar la obra cumbre de su vida. En 382, mientras asistía a un sínodo en Roma con su obispo, se convirtió en el consejero teológico del Papa Dámaso. A través de esta asociación, Dámaso animó a Jerónimo para que revisara la Biblia latina. Para comprender la gran importancia de este trabajo debemos saber algo de las versiones de la Biblia existentes en ese entonces.

En 250 A.C. eruditos judíos habían traducido el Antiguo Testamento al griego, conociéndose esta traducción con el nombre de la Septuaginta. Esto fue un gran paso de avance, pero trajo consigo también una gran pérdida. El mundo cristiano griego fue perdiendo contacto con el Antiguo Testamento hebreo. La pérdida fue mayor debido a que tan pocos judíos se convertían al cristianismo. Además, la Septuaginta no era en todos sus aspectos una traducción exacta. Los errores se fueron multiplicando por el copiado defectuoso y el hecho de que se hacían copias de copias, y sobre todo, quizás por haberse traducido al latín. En realidad se hicieron varias traducciones latinas y como en el caso anterior se prepararon copias sobre copias. Jerónimo comprendió que una traducción satisfactoria al latín solo podía lograrse de una manera: el Antiguo Testamento debía ser traducido directamente del hebreo.

Mientras tanto, Jerónimo creaba gran entusiasmo en Roma por la vida ascética. Sus seguidores más fervorosos eran mujeres de familias acaudaladas. A estas les enseñó las Escrituras y cómo practicar la vida ascética. Cuando el Papa Dámaso murió en 384, Jerónimo decidió viajar a Jerusalén para realizar su traducción. Algunos de sus discípulos más prometedores fueron con él. Entre ellos estaba una acaudalada dama, Paula, y su hija Eustoquia. Se establecieron cerca de Belén, donde edificaron un monasterio, un convento para mujeres, una iglesia, y una posada para peregrinos de todas partes del mundo cristiano. Aquí Jerónimo vivió los restantes treinta y cuatro años de su vida, hasta su muerte en 420. Había aprendido hebreo y caldeo mientras vivía en el desierto. Ahora, rodeado de libros, copistas, y asistentes lingüísticos judíos, estudió y tradujo, ocupado en su obra de traducción, como asimismo en escribir muchos otros libros.

En 405, después de veinte años de trabajo, Jerónimo terminó la traducción de la Biblia al latín. Se llama la Vulgata (del latín *vulgata versio* que significa "versión popular"). Es la Biblia oficial de la Iglesia Católica Romana hasta el presente. Fue en verdad providencial que una traducción tan exacta y confiable fuera preparada para el mundo occidental antes de que el conocimiento del griego y hebreo casi desaparecieran de esa parte del mundo.

Escritos y personalidad

Jerónimo escribió también un número de comentarios sobre libros del Nuevo y Antiguo Testamento y libros sobre la historia y doctrina de la iglesia. Se han conservado muchas cartas de su vasta correspondencia con sus amigos y con líderes de la iglesia. A través de

sus escritos criticó o entabló debates con personajes importantes de la iglesia. De toda su obra lo más útil ha sido los comentarios y las cartas. Los comentarios ayudaron mucho a la iglesia en la comprensión de las Escrituras, mientras que las cartas proporcionan una notable descripción de la vida interior de Jerónimo y de los tiempos en que vivía.

Jerónimo esta considerado como uno de los santos de la iglesia. El título de santo ha sido dado a miembros de la iglesia, hombres y mujeres, que se hicieron notar por su carácter piadoso, su vida santa, y sus poderes milagrosos. La piedad y la vida santa de Jerónimo se veían a menudo oscurecidas por debilidades de carácter. Era orgulloso, celoso de su lugar en la iglesia, a menudo injusto en sus críticas, y capaz de usar lenguaje abusivo en sus escritos. E1 titulo de "santo" es, por lo tanto, para honrar más bien sus grandes servicios que su santidad.

Juan Crisóstomo (347-406)

En Crisóstomo encontramos uno de los grandes predicadores de la historia de la iglesia y un hombre de gran coraje, rasgo este que no siempre iba acompañado de buen juicio. Como resultado, su nombre es honrado en la iglesia y su recompensa será grande en los cielos, pero sobre la tierra tuvo que sufrir la muerte en el exilio.

Hábitos ascéticos

Juan —quien fue llamado Crisóstomo, que quería decir "pico de oro"—, nació en Antioquia de Siria alrededor del 347. Su padre, general de muy alto rango en el ejército romano oriental, murió cuando Juan era niño, dejando a su esposa Antusa viuda a los veinte años. Siendo una cristiana ferviente, Antusa no se volvió a casar, de acuerdo con la costumbre cristiana de aquella época. Su vida la dedicó al cuidado de sus dos hijos, y su influencia sobre Juan tuvo un valor perdurable.

Juan estudió con Libanio, el famoso maestro de literatura y oratoria en el oriente. Libanio era pagano y se regocijó cuando Juliano trató de restaurar el paganismo en el imperio, y lloró cuando Juliano murió. Juan era un estudiante tan brillante que al preguntársele a Libanio quién debería reemplazarlo cuando él se retirara de la enseñanza, contestó: "Juan, pero los cristianos nos lo han robado." La carrera secular de Juan, como en el caso de Agustín, fue interrumpida por el bautismo en el año 370. En esa ocasión puso a un lado toda aspiración al éxito terrenal como abogado y decidió hacerse monje. Su madre lo evitó, al menos por un tiempo; le rogó que esperara hasta después de su muerte. Él accedió a este pedido y vivió en el hogar de su madre, pero llevó una vida monástica, comiendo solo lo suficiente para conservar la salud, durmiendo sobre el piso, y pasando mucho tiempo en meditación y oración.

En 374 Antusa murió y Juan se fue a vivir como un monje en una región montañosa al sur de Antioquia. Así ayunó, estudió, y meditó, orando continuamente, y escribió el primero de sus libros. Cumplió con la vida monástica a tal extremo que en 380 tuvo que regresar a Antioquia por razones de salud. El obispo de Antioquia lo ordenó como diácono, y en esta función llegó a conocer a la gente en sus necesidades diarias, especialmente a los pobres. Unos años más tarde paso al cargo de presbítero. Esto le permitió predicar, y así comenzó la obra por la cual es mayormente conocido: la de un notable predicador que apelaba al pueblo con gran efectividad.

El patriarca predicador

Antioquia fue una de las grandes ciudades del Imperio Romano. Su historia data del año 300 A.C. Era no solo un gran centro político sino también comercial; allí convergía el comercio de Asia Menor, el alto Éufrates, Egipto, y Palestina. Fue en Antioquia donde los creyentes en Cristo fueron llamados cristianos por primera vez, y desde allí salió Pablo para llevar el evangelio a los gentiles. Después de la caída de Jerusalén, Antioquia constituyó por muchos años uno de los centros importantes del cristianismo. En los días de Juan Crisóstomo, casi la mitad de sus 200.000 habitantes eran cristianos. Constantino había donado a Antioquia su más grande y hermosa iglesia, y fue allí donde Juan Crisóstomo predicó. Durante catorce años habló a vastas multitudes, exhortando a una vida de fe sencilla y de pureza. Durante esos años también escribió alabando la vida monástica, la virginidad, y la viudez permanente después de la muerte del cónyuge.

La popularidad e influencia de Juan Crisóstomo era tan grande que cuando Nectario, el patriarca de Constantinopla, murió, fue elegido para ese alto cargo. La inmoralidad contra la que Juan Crisóstomo predicaba en Antioquia era aun mayor en Constantinopla. Además, las maquinaciones y la maledicencia calaban la iglesia y la alta política en la capital imperial. Teófilo, el patriarca de Alejandría, tenía celos de Crisóstomo por su influencia y deseaba sacarlo de su posición, aun cuando este lo había ordenado para su actual cargo. Eudoxia, la esposa del emperador Arcadio, era una mujer amante de los placeres a quien desagradaban los sermones altamente morales de Crisóstomo. En su contrariedad encabezó un complot contra él, y Crisóstomo, con poco tino, predicó acerca de la reprensión de Elías a Jezabel. Se acumularon cargos falsos contra Crisóstomo, y fue al punto condenado al destierro. Sin embargo, antes de que fuera sacado del país, el pueblo demandó su regreso y amenazó con una revuelta. En esa ocasión se produjo un terremoto en Constantinopla, y se dijo que donde más se sintió fue en el dormitorio de Eudoxia. La emperatriz se arrepintió aterrorizada, y Crisóstomo fue traído de vuelta en triunfo.

Exilio y muerte

Muy pronto, sin embargo, la batalla se reanudó. La emperatriz hizo levantar una estatua de plata con su propia imagen en la plaza pública frente a la gran catedral de Santa Sofía donde predicaba Crisóstomo. El ruido producido por la dedicación de esta estatua molestó considerablemente el culto de adoración que en esos momentos se celebraba y llevó a Crisóstomo a proferir críticas contra la emperatriz. Se dice que uso expresiones tales como: "Otra vez Herodías está furiosa, otra vez está danzando, otra vez pide la cabeza de Juan sobre un plato". Por cuanto en aquellos días era solo conocido por Juan, la emperatriz consideró que el paralelo entre ella y Herodías y Juan —o Crisóstomo— y Juan el Bautista era claro. De nuevo Teófilo y Eudoxia juntaron sus recursos y Crisóstomo fue sacado de la escena por segunda vez, ahora para siempre. Fue arrestado en la catedral durante un servicio de bautismo y exilado a Armenia. Como en el destierro ejercía una consistente influencia, aun mayor que en Constantinopla, se le llevó todavía más lejos a un lugar desierto y solitario; pero murió en el camino, alabando a Dios y perdonando a todos los que le habían tratado injustamente.

Quizá la oración mejor conocida en la cristiandad, después del Padre Nuestro, es la petición escrita por Crisóstomo, la cual forma parte de la liturgia anglicana y se usa también en otras iglesias:

> Dios todopoderoso, en esta hora nos has dado gracia para que a una voz elevemos nuestras suplicas a ti; y que prometes que cuando dos o tres están juntos en tu nombre tu les concederás sus peticiones; satisface ahora, oh Señor, los deseos y peticiones de tus siervos, en la forma más adecuada para ellos, concediéndonos en este mundo el conocimiento de tu verdad, y en el mundo venidero la vida eterna. Amén.

Agustín (354-430)

Agustín es el hijo más distinguido de la antigua iglesia. Era grande de corazón y grande de mente. Porque era grande de corazón era también grande en la fe, en el amor, y en la humildad. A consecuencia de ello ha sido por siglos el teólogo más influyente de la iglesia. Concluiremos este capitulo biográfico con un bosquejo de su vida y algunas consideraciones sobre sus escritos e influencia.

Sus primeros años

Aurelio Agustino, conocido en la historia como Agustín, nació en Tagaste, una pequeña ciudad de África del norte, cerca de la ciudad de Hipona. Su padre era pagano, pero luego recibió el bautismo antes de su muerte en 371. Mónica, la madre de Agustín, fue una de las mujeres más piadosas de la historia cristiana. Su constante amor e interés espiritual por su hijo fue posiblemente la influencia religiosa más profunda en la vida de Agustín. Si bien era un catecúmeno, Agustín no se convirtió sino hasta más tarde. Como muchos de su época, vivía con una joven sin haberse casado con ella Tuvieron un hijo al que nombraron Adeodato —que significa "dado por Dios"—. Agustín estudio abogacía en Cartago, y cuando terminó sus estudios se fue a Roma con su concubina y su hijo para emplearse como maestro. En todos sus estudios y en su búsqueda religiosa no pudo encontrar una fe o filosofía satisfactoria a su corazón. Al mismo tiempo, nunca podía olvidarse de las oraciones y admoniciones de su madre. En busca de un puesto como maestro llego a Milán, donde comenzó a escuchar a Ambrosio, el cual estaba en el apogeo de su influencia en esa ciudad. Agustín iba a escucharle más bien por su elocuencia como orador que por su predicación del evangelio. Gradualmente, sin embargo, los poderosos sermones de Ambrosio comenzaron a tocarle. A todo esto su madre vino a vivir con él y a persuadirle a que despidiera a su concubina y se comprometiera en casamiento con una jovencita que por su edad no podía todavía casarse. Comprendiendo que debía vivir una vida pura, pero que no podía hacerlo, clamó a Dios: "Dame la castidad, pero no todavía". Y procedió a tomar otra concubina.

Conversión y ordenación

Fue en esta condición que Agustín enfrentó la gran crisis religiosa de su vida. Un funcionario del gobierno que lo visitó le contó de dos oficiales del ejército que habían quedado tan impresionados por la lectura de la *Vida de San Antonio* de Atanasio que abandonaron su carrera en el ejército para hacerse monjes. Agustín se sintió profundamente humillado cuando oyó esto. He aquí que estos dos hombres, expuestos a todas las tentaciones de la vida militar, podían negarse a sí mismos y adoptar la vida monástica, mientras que él, con todo su saber, no podía controlar sus deseos. Mientras reflexionaba luego en el jardín de su hogar sobre lo que había oído, repentinamente oyó una voz que le decía: "Toma y lee, toma y lee". Muy sorprendido y no sabiendo a que lectura hacia alusión aquella voz, fue a buscar a su amigo Alipio, y este estaba leyendo un

libro, las *Epístolas de San Pablo*. Lo abrió Agustín al azar y tropezó con las siguientes palabras del apóstol: "Y esto conociendo el tiempo, que ya es hora de levantarnos del sueño; porque ahora esta más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche esta avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne" (Ro 13:11-14).

La conversión de Agustín data de este momento en el verano del año 386. Inmediatamente le contó a su madre, quien se llenó de gozo. Dejó a su concubina y le pidió a Ambrosio que lo preparara para el bautismo, el cual tuvo lugar ese mismo año en la catedral de Milán, junto con su hijo Adeodato. Mónica murió ese mismo año testificando de su fe y esperanza en Dios. El amado Adeodato, cuya mente tenía mucho del brillo de la de su padre, murió al año siguiente a la edad de dieciocho años.

Luego de estas experiencias conmovedoras: su renacimiento a una nueva vida en Cristo, y la muerte de su madre y de su hijo, Agustín volvió a África. Allí se dedicó al servicio de la Iglesia Católica y avanzó rápidamente en ella. En el 389 fue ordenado presbítero, en el 395 obispo ayudante de Hipona, y un año más tarde obispo. Vivía una vida sencilla en un monasterio que el mismo estableció. En el curso de los treinta y cinco años siguientes Agustín se constituyó en el centro teológico de la iglesia occidental. Especialmente por sus escritos, ha ejercido una influencia que perdura hasta nuestros días.

Agustín murió en Hipona el 28 de agosto del año 430, mientras la ciudad estaba rodeada por los vándalos. Unos meses más tarde la ciudad cayó y fue totalmente destruida. Solo la catedral y la biblioteca de Agustín escaparon.

Los escritos de Agustín

Los escritos de Agustín se recuerdan mayormente por cinco contribuciones que hizo a la vida y el pensamiento de la iglesia. Las mismas se pueden encontrar en tres libros separados y en sus escritos contra los donatistas y contra Pelagio.

Confesiones

El primero y mejor conocido de los tres libros es *Confesiones*. En él Agustín examina su vida espiritual y confiesa sus pecados pero solamente con el fin de confesar rectamente alabanzas a Dios. Cada uno de estos temas los presenta en muchos lugares:

> Estrecha es la mansión de mi alma; ensánchala para que tú puedas entrar en ella. Está en ruinas; repárala tú. Tiene en su interior lo que ha de ofender tus ojos; lo confieso y lo sé. Pero ¿quién la limpiara? o ¿a quién clamaré salvo a ti? Señor, límpiame de mis faltas secretas y libra a tu siervo del poder del enemigo. Creo, por lo tanto hablo. Señor, tú sabes. ¿No he confesado contra mí mismo mis transgresiones contra ti?, y tú, mi Dios has perdonado la iniquidad de mi corazón.

Continúa:

> Oh mi Dios, permíteme que con alabanzas recuerde y confiese a ti tus misericordias para conmigo. Que mis huesos se humedezcan con mi amor, y que ellos te digan, ¿Quién es como tú, oh Señor? Tú has roto mis ataduras, ofreceré a ti los sacrificios de alabanza; y como tú las has roto declararé; y todos los que te adoran, cuando lo oigan dirán: "Bendito sea el Señor en los cielos y en la tierra, grande y maravilloso es su nombre".

Comenzando por la niñez hasta la edad viril, desde la duda a la fe, recuerda pequeñas experiencias y expresa sus pensamientos más íntimos. Agustín el hombre, el hijo, el amigo, el filósofo, y el teólogo, examina su vida y la vida de todos los hombres a la luz de Dios. Es uno de los grandes libros de devoción cristiana.

La ciudad de Dios

El segundo libro, *La ciudad de Dios*, muestra el concepto de Agustín de la historia y su significado. Fue escrito a raíz del saqueo de Roma, la ciudad más grande del mundo, en 410 por los visigodos de Alarico. Esto, en las palabras de Agustín, llevó a muchos paganos a...

> ...atribuir esta calamidad a la religión cristiana y comenzar a blasfemar al verdadero Dios... fue esto lo que encendió mi celo por la casa de Dios, y me movió a emprender la defensa de la ciudad de Dios contra los cargos y falsedades de sus atacantes.

Agustín reconoce la grandeza de Roma y la fortaleza del carácter romano que produjo la ciudad y el imperio. Pero aun las más grandes ciudades y naciones deben desaparecer. No existe magnificencia que perdure para siempre. Por consiguiente, debemos mirar a la ciudad de Dios, la Nueva Jerusalén que desciende del cielo. Esta ciudad se está construyendo en la actualidad; es el reino de Dios, la iglesia de Cristo, y durará para siempre. Existe como una ciudad dentro de una ciudad del mundo. Aun dentro de la iglesia no todos son ciudadanos del reino de los cielos. Un día la ciudad del mal, el reino de los hombres, desaparecerá totalmente, y la ciudad de Dios brillará en belleza eterna.

La trinidad

En su tercer libro, *Sobre la Trinidad*, Agustín desarrolla el concepto de la Trinidad en su forma final, tal como se conoce en el mundo occidental. Habrá de recordarse que Tertuliano —en el occidente— y Orígenes —en el oriente— habían considerado al Hijo en alguna forma subordinado al Padre. El Espíritu Santo no había recibido mayor atención. Agustín desarrolló la doctrina de la Trinidad en dos formas. En primer lugar, enseñó la total igualdad del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. No existe uno anterior o posterior, ni superior o inferior, en la Trinidad. El Hijo es todo Dios, y su carácter distintivo es el ser eternamente engendrado por el Padre. El Espíritu Santo es todo Dios, y su carácter distintivo es que procede tanto del Padre como del Hijo. Usando un ejemplo humano, Agustín ilustró la relación dentro de la Trinidad refiriéndose al Padre como el que ama, el Hijo como el amado, y al Espíritu como el amor que los une. En segundo lugar relacionaba al Espíritu Santo directamente con el Hijo y asimismo con el Padre. Esto se expresa

oficialmente en el Credo de Atanasio -erróneamente llamado así, por cuanto no fue escrito por Atanasio-:

> El Padre no es hecho por nadie, ni ha sido creado ni engendrado. El Hijo es del Padre únicamente; no ha sido creado sino engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo; no ha sido creado, ni engendrado, sino que procede... En esta Trinidad ninguno está antes o después del otro; ninguno es mayor o menor que el otro. Pero las tres personas son coeternas y co-iguales. De modo que en todas las cosas, como se ha dicho, ha de adorarse la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad.

Las palabras "y del hijo" han sido perpetuadas en la famosa expresión latina *filioque*. Este punto de doctrina ha sido aceptado en la iglesia occidental pero no en la de oriente. La idea doctrinal, que dio lugar a mucha argumentación, es que el Espíritu Santo procede del Padre "y del Hijo", no solo del Padre.

Contra los donatistas

En sus escritos contra los donatistas, Agustín expresa su doctrina acerca de la iglesia y de los sacramentos. Los donatistas, como recordara el lector, eran ortodoxos en sus enseñanzas pero no reconocían a la iglesia católica. Se había separado de ella a raíz de la ordenación de Cecilio como obispo de Cartago. Su ordenación —decían los donatistas— no tenía validez debido a la participación de Félix de Aptunga, quien había sido acusado de entregar cosas santas a los perseguidores. Afirmaban que los sacrificios administrados por un sacerdote indigno, o por uno que había sido ordenado en forma indigna, de hecho quedaban invalidados.

Agustín enseño que el poder de los sacramentos reside no en el carácter del sacerdote sino en el carácter de la iglesia. La iglesia católica es santa porque es apostólica; sus obispos son sucesores de los apóstoles. De ese modo es unida y universal. No hay otra iglesia, y fuera de esta iglesia no hay salvación. Por esta razón sus sacramentos son santos y válidos pese al carácter del sacerdote o ministro que los administre. Agustín no por ello aprobaba el ministerio inmoral o falto de espiritualidad, no obstante, preparó el camino para la aparición de un ministerio en el cual los valores morales y espirituales estaban en peligro de tornarse menos importantes de lo que debían ser.

Contra los pelagianos

Pelagio, probablemente un monje irlandés que vivía en Roma, provocó la más grande controversia teológica en tiempos de Agustín. Sostenía que Dios daba a cada hombre la posibilidad de vivir una vida sin pecado. Esta posibilidad es don de Dios; el hombre no lo posee en si mismo. Lo que el hombre tiene es la voluntad de vivir esa vida; esta voluntad es parte del ser humano, pues ha sido credo con ella. En tercer lugar el hombre tiene el poder de realmente vivir una vida sin pecado, poder este que también el hombre lo tiene en sí mismo. Es decir, el hombre, sin la fortaleza y el poder de Dios, puede por sí mismo hacer real la posibilidad dada por Dios de vivir una vida sin pecado. ¿Por qué pecan los hombres? Pecan por causa del mal ejemplo. El pecado, por lo tanto, no es una condición de maldad humana de la cual deben ser librados los hombres; el pecado consiste en malas acciones sin conexión entre sí. El hombre es bueno por naturaleza, pero su voluntad de hacer el bien ha sido debilitada por frecuentes caídas producidas por el mal ejemplo. La posibilidad de hacer el bien, con la cual el hombre fue creado, recibe ayuda de dos

maneras: Dios ha dado la ley y ha enviado a Cristo para darnos el ejemplo; el bautismo coloca todos nuestros defectos y fracasos en el pasado, de modo que estamos otra vez libres para hacer el bien que Dios nos manda. Agustín consideraba que esta doctrina contradecía tanto las enseñanzas de las Escrituras como su propia experiencia religiosa. Por consiguiente, replicó a Pelagio —y a sus discípulos Celestio y Julián de Eclanum, ambos italianos— con los siguientes principios. El pecado no consiste en acciones malas sino que procede de una naturaleza mala heredada de Adán. Las malas acciones son producto de esta mala naturaleza. Sin embargo, esta no es parte de nuestro ser creado; la recibimos después de la creación. Por lo tanto, puede ser eliminada y en su lugar podemos recibir de vuelta nuestra naturaleza buena. Esta restauración es el resultado de la gracia de Dios. La gracia es la obra de Dios en los corazones de los hombres que les permite hacer lo bueno. Sin esta gracia no podemos obedecer la ley ni creer el evangelio de Cristo. El creer en Cristo nos une a él, añade amor a la fe, y hace posible una vida de obediencia a Dios. La gracia de Dios es irresistible en aquellos que están predestinados a la vida eterna; no la tienen aquellos que están predestinados a la muerte eterna.

La iglesia aceptó las enseñanzas de Agustín sobre el pecado y la gracia en su delineamiento general. Condenó el pelagianismo en el sínodo reunido en Cartago en 416, y esta decisión fue confirmada por el Papa Zosimo. Un siglo más tarde (en 529), un sínodo que tuvo lugar en Orange, Galia, confirmó la posición de Agustín. Condenó, sin embargo, su enseñanza sobre la predestinación a la muerte eterna y dio una importancia a las buenas obras que Agustín no hubiera aprobado. El sínodo de Orange fue una reunión reducida, pero su importancia creció por el reconocimiento del Papa Bonifacio II a sus decisiones. Quedó así establecida la posición católica hasta que la misma fue puesta en tela de juicio por la reforma protestante en el siglo dieciséis.

Conclusión

Toda la teología de Agustín estuvo profundamente influida por la filosofía platónica griega en su forma final, llamada neoplatonismo. Antes de su conversión el había sido maniqueo, siguiendo la filosofía de Mani, un pensador persa que murió en el año 277. Su enseñanza se centraba en el conflicto entre el eterno bien y el eterno mal. En el nuevo platonismo, Agustín aprendió que el mal no tiene una existencia independiente, que es solo la ausencia del bien, y que el mundo de la existencia real es el mundo del espíritu. Es a la luz de estas ideas que Agustín leyó la Biblia, interpretó el pecado y la gracia, y consideró la vida cristiana. Su larga conexión con el pensamiento oriental y griego probablemente contribuyó a formar sus ideas sobre el casamiento, el celibato, el ascetismo, y el monasticismo. Sin embargo, no debemos ser demasiado severos en nuestra crítica de estas tendencias. Cada generación de cristianos se ve influida en cierto grado por las ideas que sobre la vida y la realidad exponen los pensadores más conocidos de su día. Esto es inevitable si la iglesia ha de hablar al mundo en el cual vive.

Capítulo 13: La cuestión de lo humano y lo divino en Cristo

Cuando el evangelio vino a los griegos, estos lo aceptaron por fe y lo examinaron con el intelecto. Su fe produjo la iglesia oriental; su intelecto produjo la teología oriental. Con la ayuda de su teología, los griegos estudiaron la fe cristiana, cuya figura central es Cristo. Es a él que los griegos dieron toda la atención de sus mentes profundizadoras. Hasta hemos visto como estudiaron la relación del Hijo con el Padre. A través de más de setenta años de discusiones y debates, la iglesia decidió que Cristo era a) todo Dios, *homoousios* con el Padre (es decir de la misma naturaleza del Padre), y b) todo hombre, *homoousios* con su humanidad. Estas fueron las decisiones de Nicea (325), las cuales fueron confirmadas por el Concilio de Constantinopla (381). Este proceso lo examinamos en el Capítulo 9.

Cuando esta controversia terminó, una nueva polémica comenzó. Se refería a la relación entre la naturaleza humana y la naturaleza divina de Cristo. En una u otra forma este debate continuó por más de cuatrocientos años. Durante todos estos años la política imperial y la eclesiástica usaron la teología para sus propios fines. Es así que estas controversias trajeron mucha amargura, persecución, y división en la iglesia. Mucho antes de que todo hubiera pasado, los musulmanes habían invadido Palestina y Siria, así como también Egipto y África del norte. Esto fue el comienzo del fin para la iglesia en esas regiones tan importantes y fructíferas para el cristianismo.

Al concluir este libro, es preciso describir brevemente los debates acerca de las dos naturalezas de Cristo. Estos debates no terminan hasta el año 787. A fin de examinarlos hasta su conclusión, seguiremos ahora la historia de la iglesia antigua hasta los últimos veinticinco años del siglo ocho.

El comienzo del problema

Al comienzo del siglo quinto, la verdadera deidad y la verdadera humanidad de Cristo eran creídas universalmente por la Iglesia Católica. Sin embargo, es posible mirar a una creencia común desde varios puntos de vista. Toda la gente de un país puede creer que debería haber una forma de gobierno nacional y local. Pero ¿cómo se han de relacionar entre si? ¿Dónde termina la autoridad de uno y dónde comienza la del otro? ¿Están sus funciones claramente delimitadas, o se sobreponen? Preguntas de este tipo surgieron en la iglesia en conexión con lo humano y lo divino en Cristo.

Al comienzo de estas discusiones había tres puntos de vista generales acerca de la relación entre esas dos naturalezas. No se expresaban claramente, sin embargo, y

tuvieron que ser aclarados cuidadosamente. Esto se hizo entre el segundo concilio ecuménico de Constantinopla (381) y el sexto concilio ecuménico también de Constantinopla (680-681). Veamos los tres puntos de vista al comienzo de los debates.

La idea occidental

La posición más antigua de las tres mencionadas era la de occidente; se trataba del punto de vista mantenido por Tertuliano. Este enseñó que la total naturaleza divina y la total naturaleza humana estaban unidas, sin mezclarse, en una persona, Jesucristo.

Pero ¿quién es esta *persona* en quien las dos naturalezas están unidas? ¿Es el Hijo que estaba con el Padre desde la eternidad? ¿Es el ser humano que nació de la virgen María? ¿O es una combinación de estos dos? Estas eran preguntas a las cuales Tertuliano no dio respuestas definitivas. Estas eran también las preguntas alrededor de las cuales girarían la mayor parte de las discusiones.

La idea de Antioquia

La segunda idea la mantenía Antioquia. Allí los teólogos habían dado siempre mucha importancia a la obra de Dios en la historia humana. Por esta razón consideraban la Biblia no solo como un libro inspirado por Dios sino también escrito por hombres, cada uno de ellos con su propio carácter, mensaje, y circunstancias históricas. Los de Antioquia ponían énfasis en la vida humana de Cristo en el Nuevo Testamento, tal como se registra en los evangelios. Para ellos, pues, era natural asignar mucha importancia al lado humano de la vida de nuestro Señor. Al mismo tiempo reconocían totalmente su carácter divino. Pero, ¿cómo se relacionaban estos dos aspectos en Cristo de modo que no se tratara de dos seres sino de uno?

La idea de Alejandría

La tercera idea venía de Alejandría. Surgió como consecuencia de cierta concepción respecto a la salvación. Como vimos en el Capítulo 9, Atanasio consideró la salvación como una obra de Dios, transformando lo humano en divino. Su texto favorito era 2 Pedro 1.4, en el cual Pedro habla de las preciosas y grandísimas promesas que Dios nos ha dado, "para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". Fue por esta misma razón que Atanasio luchó con tanto denuedo contra los arrianistas en defensa de la deidad total de Cristo. Solamente por la unión con un salvador *divino* podía el hombre obtener la inmortalidad de Dios. Por la misma razón, la cristología de Alejandría dio más importancia al aspecto divino que al humano. ¿No podría suceder entonces que un énfasis tan acentuado sobre lo divino debilitara u oscureciera la noción del lado humano de Cristo?

La teología del problema

Tales eran las distintas ideas o posiciones de la iglesia sobre la relación entre lo humano y lo divino en Cristo durante la segunda mitad del siglo cuarto. Occidente dejó el problema abierto: Antioquia tendía a enfatizar la naturaleza humana de Cristo; Alejandría por su parte se inclinaba a enfatizar la divinidad de Cristo.

Apolinario

Fue en el año 360 que Apolinario, obispo de Laodicea en Siria (unos sesenta kilómetros al sudeste de Antioquia), hizo un cuidadoso intento de solucionar el problema. Usó el versículo de 1 Tesalonicenses 5:23 como punto de partida. En el mismo Pablo habla del hombre como un ser formado de "espíritu, alma, y cuerpo". Apolinario enseñó que cuando el Hijo se hizo hombre, la Razón o Logos divino tomo el lugar del espíritu humano —es decir la mente o razón humana— en Jesús. Por lo tanto, el hombre Jesús era totalmente divino porque no tenía una mente o razón humana; esta había sido reemplazada por la mente divina.

La enseñanza de Apolinario nos recuerda la cristología de Arrio. Recordará el lector que según Arrio el Logos tomó para sí solamente un cuerpo humano, no un ser realmente humano; además, este Logos era una criatura. De modo que el Hijo encarnado, según Arrio, no era ni Dios ni hombre. Apolinario, por otro lado consideraba que el Hijo encarnado era verdadero Dios; sin embargo, no lo presentaba como verdadero hombre. En consecuencia, las ideas de Apolinario fueron condenadas en el Concilio de Constantinopla en 381.

La debilidad en el punto de vista de Antioquia

Después del rechazo de las ideas de Apolinario, Antioquia y Alejandría presentaron sus enseñanzas. La escuela de Antioquia, claro está, criticaba duramente a Apolinario. Creía en la verdadera y cabal humanidad de Cristo. Él era espíritu, alma, y cuerpo unido con el eterno Hijo de Dios, el Logos, la segunda persona de la Trinidad. ¿Dos personas, entonces, vivían en él? No, decían los antioqueños, la unión entre Dios y el hombre es tan completa que los dos juntos hacen un solo ser, una persona. Pero ¿cómo dos personas pueden convertirse en una persona? Esto se tornó en un problema muy complicado para los antioqueños, particularmente cuando se referían a los sufrimientos de Cristo. En el pensamiento griego Dios no podía sufrir; por lo tanto, decían que Dios no sufrió en los sufrimientos de Cristo; solamente la parte humana de Cristo sufrió. Sin embargo, según el amor de Dios ese amor divino estaba presente en el sufrimiento, y así Dios estaba presente en ese padecimiento. Evidentemente Dios estaba presente en Cristo en algunos aspectos, pero no en todos. Se ve que los antioqueños no tuvieron éxito en mantener una persona unida. Dios y el hombre moraban juntos en Cristo como dos personas moran en una casa. Pueden, como el marido y la esposa, tener gran intimidad; se puede aun decir que son "uno". El hecho es, sin embargo, que con

relación a la persona no son uno sino dos. Esta era la parte débil en la enseñanza sobre la relación de las dos naturalezas en Cristo.

Cirilo de Alejandría

Alejandría también tuvo que afrontar este problema, y miraba con simpatía la enseñanza de Apolinario ya que este mantenía firmemente y enfatizaba la deidad de Cristo. Sin embargo, Alejandría no estaba de acuerdo con él en que Cristo no tenía una mente o razón humana. Alejandría, al igual que Antioquia, deseaba establecer la plena divinidad y la plena humanidad unidas en Cristo. Esto requería la inclusión en su ser de una mente o razón plenamente humana. Los alejandrinos también objetaron la debilidad del criterio antioqueño en el hecho de que lo humano y lo divino en Cristo no parecía formar una verdadera unidad. Al tratar de corregir este error, unieron lo humano y lo divino en Cristo tan estrechamente que su humanidad parecía desaparecer en su divinidad. Esto puede apreciarse en las ideas de Cirilo, patriarca de Alejandría desde 412 a 444. Cirilo sostenía que la plena humanidad y la plena divinidad estaban unidas en Cristo; es decir que el Logos estaba unido con la humanidad en cuerpo, alma, y espíritu (razón o mente). En este aspecto estaba de acuerdo con Antioquia. Pero en un aspecto muy importante discrepaba. Según la opinión de Cirilo, la unión de las dos naturalezas estaba tan dominada por lo divino, que la humanidad parecía retroceder y quedar en segundo plano. Cirilo decía: "Una naturaleza de la Palabra, y se hizo humanidad." Y también: "De dos naturalezas, una." Esta "una", sin embargo, estaba dominada por el Logos. Más tardes como veremos, muchos de los seguidores de Cirilo fueron aun más lejos y proclamaron que Cristo tenía únicamente una naturaleza, es decir una naturaleza divino-humana en la cual lo humano quedaba absorbido por lo divino, por así decirlo.

Es por ello que no es sorprendente que en las discusiones teológicas, algunos comenzaran a hablar de María, la madre de Jesús, como "madre de Dios". Alejandría apoyaba esto. Antioquia, naturalmente, no quería usar esta expresión, pero cuando lo hacía, siempre agregaba cuidadosas excepciones, lo que no agradaba a los alejandrinos. En el occidente el problema no era muy grave. Además, el occidente no estaba dividido como el oriente, pues seguían a hombres como Ambrosio y Agustín, los cuales aceptaban la posición de Tertuliano, o sea, que en Cristo una plena naturaleza divina estaba unida a una plena naturaleza humana, y que estas dos naturalezas formaban una expresión unificada en el hombre Jesucristo.

La respuesta de la iglesia a este problema

Hasta aquí hemos tratado solamente la teología de las dos naturalezas. En la iglesia primitiva, como hemos notado repetidamente, a la teología muy rara vez se le daba valor de por sí; a menudo se recurría a ella como un medio de promover los intereses eclesiásticos o imperiales. Es en este contexto que la iglesia respondió al problema de las dos naturalezas.

En 428, Nestorio, un notable predicador de la iglesia en Antioquia, fue hecho patriarca de Constantinopla. El creía firmemente en la teología antioqueña. Por consiguiente, quedó disgustado cuando oyó a muchos en la iglesia de Constantinopla referirse a María como "la madre de Dios", pues esto no estaba de acuerdo con el alto concepto que la posición antioqueña tenía de la humanidad de Cristo. Nestorio, por lo tanto, predicó con toda elocuencia contra el uso de esa expresión. En Constantinopla y otras partes de oriente, especialmente en Alejandría, esto pareció disminuir el honor de María y de Cristo.

Maniobras en Éfeso

Cirilo de Alejandría vio ahora la oportunidad de humillar tanto a Constantinopla como a Antioquia, a la vez que de promover su propia teología y extender la influencia de Alejandría. Atacó a Nestorio diciendo que este predicaba solamente a un Salvador humano; escribió al emperador, a la esposa y a la hermana del emperador, y al Papa en Roma. Apeló también al Papa, pero lo hizo con menos diplomacia que Cirilo. La opinión que Nestorio sustentaba era una forma muy moderada de la posición de Antioquia; se acercaba mucho a la idea romana, quizá más que la de Cirilo. Sin embargo, Roma escogió apoyar a Alejandría, posiblemente más por razones políticas y eclesiásticas que por razones teológicas.

Los emperadores de oriente y occidente convocaron juntos un concilio que se reuniría en Éfeso en 431. Cirilo y sus seguidores llegaron antes que los que apoyaban a Nestorio, y Cirilo pidió que se reuniera el concilio sin la participación de los nestorianos. En un día se condenó a Nestorio y se aprobó la posición alejandrina. Cuando los delegados partidarios de Nestorio llegaron, Nestorio convocó a su concilio y condenó a Cirilo. El emperador, y más tarde la iglesia, reconoció el concilio de Cirilo aun cuando fue ilegal. Nestorio se retiró a un monasterio, pero muchos de sus seguidores permanecieron fieles a él. Se les persiguió en el imperio pero fueron recibidos por los persas. Los nestorianos desarrollaron una extensa actividad misionera que los llevó hasta la China en el siglo séptimo.

En el año 433, Alejandría y Antioquia llegaron a un acuerdo, pero este se deshizo quince años más tarde. En 448, un tal Eutiques, abad de un monasterio en Constantinopla, enseñó que en la encarnación las dos naturalezas de Cristo se unieron en una sola naturaleza al mismo tiempo divina y humana. Se ha puesto en duda que el enseñará esto, pero esa fue la acusación oficial. Era un paso más allá de lo que sostenía Cirilo. Las palabras de Eutiques fueron: "Confieso que nuestro Señor tenía dos naturalezas antes de la unión, pero después de la unión una naturaleza." Un sínodo en Constantinopla bajo la dirección de Flaviano, el patriarca de dicha ciudad, condenó a Eutiques. Tanto Eutiques como Flaviano apelaron al Papa León I en Roma requiriendo su opinión. Como respuesta, León redactó su famoso *Tomo* (que significa "libro grande"), en el cual expuso la posición de occidente en lo que respecta a las naturalezas de Cristo.

En este momento, Alejandría entró en la controversia. Cirilo había muerto en 444 y lo había sucedido Dióscoro. Al igual que Cirilo, Dióscoro estaba tratando de engrandecer a Alejandría a través de una victoria teológica. Una petición urgente de su parte llevó al emperador a convocar un concilio en Éfeso en el año 449. Dióscoro controlaba la situación. Eutiques fue restaurado y Flaviano murió unos meses más tarde. El *Tomo* de León no fue siquiera leído. Las reuniones del concilio no se realizaron en forma ordenada. León lo llamo "un latrocinio". El emperador, sin embargo, apoyó las decisiones del concilio, y la victoria de Alejandría fue completa.

Las decisiones de Calcedonia

En 450 la situación cambió repentinamente. El emperador Teodosio II murió, y su hermana Pulqueria y su esposo Marciano obtuvieron el poder imperial. Estos no simpatizaban con León, quien ahora volvió a solicitar un nuevo concilio. El emperador lo convino en 451 para la ciudad de Calcedonia, cerca de Nicea en el Asia Menor. Seiscientos obispos asistieron. Todos eran del oriente, con la excepción de los delegados papales enviados por León. El concilio adoptó la posición occidental expuesta por León en su *Tomo*. Su base era la cristología de Tertuliano, pero el fue aun más lejos. León proponía que en Cristo había dos naturalezas completas, la divina y la humana, las cuales estaban unidas. Esta unión se describía con cuatro palabras clave: *inmezclable e inalterable; indivisible e inseparable*. Las primeras dos iban dirigidas contra Alejandría, donde tendían a unir las dos naturalezas en una, mezclándolas o cambiándolas. Las otras dos estaban dirigidas contra Antioquia, donde tendían a desunir las dos naturalezas, dividiéndolas o separándolas. El segundo punto importante de la enseñanza del *Tomo* tiene que ver con la persona en la cual las dos naturalezas se unen. Están unidas en la persona del Hijo, "no partidas o divididas en dos personas, sino en una y la misma, en el Hijo unigénito, Dios la Palabra, el Señor Jesucristo".

Lo expuesto aquí por León en el *Tomo* vino a constituir las decisiones de Calcedonia. Estas decisiones eran por un lado sabias, pero por otro, incompletas. Eran sabias porque no trataron de decir cómo estas dos naturalezas estaban unidas en Cristo, más bien advertían como *no* están unidas. Las palabras cruciales de Calcedonia son todas negativas. A Alejandría el concilio le dijo que las dos naturalezas *no* están mezcladas ni cambiadas; a Antioquia le dijo que las dos naturalezas *no* están divididas ni separadas. No fue más allá de esto.

Que la decisión del concilio fue importante se apreciará al compararla con las enseñanzas de Apolinario. Para este, el Logos divino tomo el lugar del logos o mente humana. Esto dejó la humanidad de Cristo incompleta, y por esa razón la iglesia rechazo la enseñanza de Apolinario. Calcedonia confesó la plena divinidad de Cristo y su plena humanidad; consideró que Cristo tenía una mente humana completa así como un alma y cuerpo completamente humanos. La persona de Cristo, sin embargo, es divina, no humana. Por consiguiente, el problema de Apolinario todavía existía, pero a un nivel diferente; el nivel de la persona en vez del nivel de la mente. Quizá no sea aventurado decir que el problema nunca puede

desaparecer. Cuando el Creador se hace uno con la criatura, lo eterno con lo temporal, lo divino con lo humano, nunca podremos responder del todo a la interrogante de cómo puede hacerse esto. Toda la sabiduría de los teólogos no puede ir más allá de las sencillas palabras de Juan: "Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad."

El concilio de Calcedonia fue también significativo desde el punto de vista eclesiástico. Dióscoro fue depuesto, lo cual resultó una gran humillación para Alejandría. Roma se estableció en primer lugar por su sabiduría teológica, pero Constantinopla fue declarada igual con Roma en dignidad eclesiástica, no sin que León objetara firmemente. Jerusalén fue hecha un patriarcado, dejando así cuatro patriarcados en el oriente, mientras que Roma por sí sola gobernaba todo el occidente.

Los problemas continúan

Las decisiones oficiales de carácter doctrinal de la iglesia tienen valor si la iglesia las cree. Si no, muchos no las aceptarán. El decreto de Nicea tuvo una secuela de casi sesenta años de controversia. Lo mismo ocurrió a raíz de la decisión de Calcedonia.

La controversia monofisita

Muchos seguidores de Cirilo creyeron que el concilio no había rechazado completamente las enseñanzas de la escuela antioqueña. Ellos creían que en la encarnación las dos naturalezas de Cristo se habían combinado en una sola que era tanto divina como humana. Estaban dispuestos a conceder que la naturaleza combinada de Cristo salió de dos naturalezas. No estaban dispuestos a decir, como lo hizo Calcedonia, que Cristo siempre tiene dos naturalezas. Por ello fueron llamados monofisitas (de*mono* que significa uno, y *physis* que significa naturaleza). Los monofisitas eran fuertes en Siria, Palestina, y Egipto. Los esfuerzos para lograr la reconciliación no tuvieron éxito.

En 527 un gran emperador ascendió al trono: Justiniano, quien reinó hasta 565. Este concibió un ambicioso plan para recobrar la parte occidental del imperio que estaba en manos de los germanos. Para ello precisaba un apoyo unido, y por cuanto la religión era la más grande de las fuerzas en el imperio, lo más conveniente sería tomar las riendas de la iglesia. Con ese fin tenía que poner en vigor los decretos de Calcedonia. El occidente, claro está, compartía el dictamen de Calcedonia, y por su lado la sección ortodoxa del oriente lo aceptaba. Sin embargo, los monofisitas no lo aceptaban, y como eran numerosos e influyentes, Justiniano, a fin de ganar su apoyo, rechazó los escritos de tres prominentes teólogos antioqueños del siglo anterior. Esto llevó a la controversia llamada "de los tres capítulos", que se referían a las enseñanzas de los tres teólogos en cuestión. En 553, Justiniano llamó al quinto concilio general en Constantinopla. Este concilio condenó los "tres capítulos" y como consecuencia fue casi indispensable interpretar

las decisiones de Calcedonia de acuerdo con las ideas de Cirilo. Aquellos que no estaban de acuerdo eran perseguidos.

Esta controversia tuvo efectos de largo alcance. En Egipto toda la población cristiana era monofisita y decidieron formar una iglesia separada. También en Siria, los monofisitas formaron una iglesia aparte, conocida como la iglesia jacobita —nombrada así por su primer líder Jacobo Baradeo—. Armenia y Etiopía también se hicieron monofisitas.

La controversia de las dos voluntades

La controversia monofisita no marcó el final de las disputas concernientes a las naturalezas de Cristo. Aun faltaban dos más. La primera planteaba la cuestión de si había una o dos voluntades en Cristo. Esto causó tanta inquietud y malestar que en 638 el emperador Heraclio prohibió toda discusión sobre el asunto, diciendo al mismo tiempo que Cristo tenía solo una voluntad. Esta era una clara posición monofisita. En 648 el emperador Constante repitió la prohibición. En 649 Roma, en apoyo de Calcedonia contra los monofisitas, declaró que Cristo tenía dos voluntades. Todas las regiones importantes monofisitas, Egipto, Siria, y Palestina, estaban ahora bajo el control musulmán. Los musulmanes amenazaban el imperio en África del norte y en Asia Menor. Un acuerdo con Roma era por lo tanto deseable. En 680-681 el emperador convocó el sexto concilio general de Constantinopla. Este aprobó la posición romana de que Cristo tenía "dos voluntades naturales.... Su voluntad humana sigue... sujeta a su voluntad divina y omnipotente". Esta decisión dio término finalmente al aspecto doctrinal, o teológico, del largo debate sobre las dos naturalezas de Cristo.

La controversia de las imágenes

Sin embargo, una inesperada secuela apareció. En 717 un poderoso emperador, León III el Isaurio, comenzó a reinar. Estaba preocupado por la condición espiritual de la iglesia y, como Justiniano, también deseaba asumir el control de la iglesia. A fin de mejorar el tono espiritual de la vida en la iglesia y a la vez lograr el dominio que deseaba, prohibió la adoración de imágenes y pinturas de personas o cosas divinas. Para asegurar el cumplimiento de este decreto hizo uso del ejército. En general tuvo éxito, pero el occidente no estaba de acuerdo y muchos en el lado oriental se negaron a obedecer.

Los que estaban en contra de las imágenes decían que estas tomaban el lugar de los ídolos paganos y que la Escritura prohibía su uso. Los que apoyaban las imágenes —y las pinturas— decían que las cosas materiales pueden ser una representación o imagen del Dios inmaterial y de su obra de salvación. Además, sostenían que "la esfera del emperador era la conducción correcta de los asuntos políticos; el manejo de los asuntos eclesiásticos correspondía a los pastores y maestros". El problema detrás de todo esto era el asunto del monofisismo. Si lo humano está completamente eclipsado por lo divino en Cristo, no deberíamos hacer

imágenes materiales de cosas espirituales. La implicación política de esto era que la iglesia debía ocuparse solo de asuntos religiosos, es decir, espirituales. Los asuntos de esta vida deberían ser gobernados por el estado.

Es por esta razón que León III puso cuadros e imágenes de sí mismo por todos lados. (También estaba preocupado por el hecho de que la iglesia poseía gran número de propiedades y que el clero estaba exento del pago de impuestos que otros ciudadanos tenían que pagar.) Por otro lado, sin embargo, si lo humano en Cristo es tan real como lo divino, entonces las cosas creadas y materiales, pueden ayudarnos a adorar al Creador y a apreciar lo espiritual. Este fue al cabo el criterio que prevaleció.

En 787, con el fin de solucionar este asunto, el emperador romano Constantino VI convocó el séptimo concilio general en Nicea. Este concilio decretó que las pinturas, la cruz, y los evangelios "debían recibir salutación y reverencia adecuadas... Pues el honor que se rinde a la imagen pasa a lo que la imagen representa, y el que reverencia la imagen, reverencia al que está en ella representado". De esta manera llegaron a su fin en 787 las disputas cristológicas. Por cuatrocientos sesenta años habían ocupado el centro de la política eclesiástica y la política imperial. Los siete concilios habían sido convocados por emperadores, y hacia el final ya los emperadores se habían transformado en teólogos y publicaban decretos teológicos y eclesiásticos. Todos los concilios fueron causados por controversias en el oriente, y todos se llevaron a cabo en el oriente. No obstante, en sus decisiones más cruciales la opinión de Roma fue decisiva.

Las controversias cristológicas comenzaron y terminaron en Nicea. Empezaron en el alto y excelso nivel de la relación entre el Padre y el Hijo. Finalizaron con la decisión de que los cristianos podían reverenciar las imágenes del Padre, el Hijo, y otras entidades espirituales. Entre el primer concilio y el último habían surgido debates cada vez más complicados acerca de las dos naturalezas en Cristo, la persona única de Cristo, una o dos voluntades de Cristo. Mientras las últimas controversias tenían lugar, grandes sectores del imperio se perdían cayendo en manos de los musulmanes, y nacían las iglesias monofisita y nestoriana. La iglesia occidental y la iglesia oriental se habían ido apartando, y finalmente se separaron en 1054.

Dejamos este relato del desarrollo y la vida de la iglesia antigua en las manos de Dios, con gratitud por todo lo que el dio a los cristianos a través de esos primeros siglos. Lo dejamos también con humildad y cierto temor cuando vemos lo que la iglesia ha hecho con esos dones. Pero no obstante lo dejamos con esperanza y confianza en aquel que es el principio y el fin, el primogénito de los muertos, el Rey de los reyes de la tierra, quien a pesar de nosotros, completará el edificio de su cuerpo, que es la Iglesia del Dios viviente.

Los siete concilios ecuménicos

A continuación aparece una lista de los siete concilios ecuménicos*, con sus fechas y las decisiones que se tomaron:

I Nicea 325:	Declaró al Hijo *homoousios* —de la misma sustancia— con el Padre.
II Constantinopla 381:	Confirmó el concilio de Nicea y concluyó la controversia arriana.
III Éfeso 431:	Rechazó a Nestorio y respaldó la posición alejandrina respecto a la relación entre las dos naturalezas de Cristo.
IV Calcedonia 451:	Completó la declaración sobre la relación entre las dos naturalezas de Cristo con las palabras: inmezclable, incambiable, inseparable, indivisible.
V Constantinopla 553:	Rechazo a tres prominentes teólogos antioqueños — "los tres capítulos"—, respaldando así la interpretación de Cirilo al dictamen de Calcedonia.
VI Constantinopla 680-681:	Aceptó dos voluntades en Cristo.
VII Nicea 787:	Declaró que el reverenciar las pinturas e imágenes de realidades espirituales era legítimo.

*El concilio que se reunió en 449, que el Papa León llamó "el latrocinio", no se considera como un concilio ecuménico legítimo.

Apéndice: Ficha biográfica de figuras importantes

Abelardo, Pedro (1079-1142). Filósofo y erudito francés del siglo once al doce que concentró sus estudios y su dedicación a la teología. Como tal se distingue en la historia por haber intentado hacer de la razón un instrumento de la búsqueda de la verdad bíblica. Sus puntos de vista, especialmente acerca de la Trinidad, chocaron con los de la iglesia de su tiempo, por lo que sufrió duras persecuciones. Su obra *Introducción a la teología* fue condenada a las llamas por el concilio de Soissons (1121). Sin embargo, Abelardo es más recordado en la historia por sus célebres amores con Eloísa, una bella y talentosa joven a la cual fue contratado como tutor por el canónigo Fulberto, tío de la muchacha. Como resultado de esos amores, la alumna salió en estado y Abelardo se casó secretamente con ella. Enfurecido Fulberto al saber lo que había pasado, contrató a un grupo de malhechores para que atacaran a Abelardo. Entrando en su domicilio de noche, los atacantes castraron a Abelardo. Eloísa, que había negado el matrimonio secreto para no entorpecer la carrera eclesiástica de Abelardo, se refugió en un convento. Abelardo vagó de lugar en lugar sufriendo persecuciones. Durante este tiempo, mantuvo correspondencia con Eloísa, y las cartas han quedado como una de sus obras. Sin poder alcanzar su rehabilitación, Abelardo fue acogido por Pedro el Venerable en la abadía de Cluny, donde más tarde murió.

Agustín (356-430). Es considerado por algunos como el más grande de los padres latinos de la iglesia. Su contribución teológica se desarrolla a lo largo de una vida pletórica de extraordinarias experiencias. Su pensamiento cristiano se perfila y agudiza en sus contactos con los donatistas, los maniqueos, y los pelagianos. En otras palabras, su teología maduró en la controversia. Agustín puede considerarse que adopta la línea de San Pablo, la que luego siguen Calvino y otros reformadores. Definió Agustín el pecado como la culpa heredada de la corrupción de Adán. Solo por la gracia puede el hombre redimirse de esta condición. Considera imposible en la tierra la vida enteramente libre de pecado, y declara la predestinación y perseverancia de los elegidos (pero no de los reprobados). En su infancia y juventud estuvo bajo la fuerte influencia de su madre, Mónica, una mujer de sentida devoción cristiana. No obstante, Agustín fue atraído a la vez por las filosofías seculares y por las pasiones del mundo, especialmente por la licencia sexual. Estando en Milán adonde había ido como profesor de retórica, tuvo ocasión de escuchar los sermones elocuentes de Ambrosio, y esto lo confirmó en el camino de su definitiva conversión a la fe cristiana. De entre sus obras, son las más conocidas las *Confesiones y La ciudad de Diog.*

Alberto Magno (c.1193-1280). Filósofo y teólogo alemán que representa un tipo de cultura universal que precede al Renacimiento. Por la variedad y profundidad de sus conocimientos fue llamado por sus contemporáneos el Doctor universalis. Su contribución como teólogo se realizó a través de la enseñanza, siendo lo más importante tal vez la influencia que ejerció sobre uno de sus estudiantes, Tomás de Aquino, quien decía que de no haber sido por su maestro su vocación habría sido probablemente solo la de un compilador de materiales y documentos. Las ideas de Alberto Magno reflejan la importancia que los filósofos griegos daban a la razón, especialmente Aristóteles. Recibió numerosos honores de la Iglesia Católica, siendo el último su canonización en 1931. Sostuvo que han de delimitarse con nitidez los campos de la fe y de la razón. Como posteriormente Leonardo de Vinci, Alberto Magno dedicó tiempo a investigaciones científicas experimentales. La

química le debe importantes descubrimientos, y se le atribuye la construcción de un autómata con figura de hombre capaz de andar y aun de hablar.

Ambrosio (c.339-397). Una de las grandes figuras de la iglesia en el siglo cuarto. Se distinguió por combatir distintas herejías. En su vida ocurre el hecho singular de haber sido nombrado obispo de Milán a los ocho días de haber sido bautizado como cristiano. Era de noble familia y tenía delante una importante carrera administrativa. Su primer acto después de haber sido designado obispo fue repartir su inmensa fortuna entre los pobres. Fue un notable predicador y maestro y dejó varias obras sobre cuestiones de teología. También alentó la música sagrada y la participación congregacional en el culto. Cuando el emperador Teodosio aplastó una sedición en Tesalónica, matando a millares de personas, Ambrosio se negó a administrarle la comunión hasta que no hiciera pública penitencia. Declaró que "el emperador está dentro de la iglesia y no sobre ella". Su principal obra, De *Officiis Ministrorum*, fue un libro de ética para el clero.
Anselmo (c.1033-1109). Obispo de Canterbury que descuella como uno de los pilares de la iglesia en el siglo doce. Tomó parte activa en el desarrollo intelectual de Europa en su tiempo y fue precursor del escolasticismo. Sus escritos comprenden:

- Obras sistemáticas,
- oraciones y meditaciones,
- cartas.

Su pensamiento abarca casi toda la teología cristiana. Sostenía que la fe era necesaria como base de la especulación filosófica. Decía: "No aspiro a entender para creer, sino a creer para entender; por esto creo también que a menos que crea no podré entender". Procedió entonces a formular su prueba ontológica de la existencia de Dios. Creía que la redención era necesaria para satisfacer la majestad de Dios, contra el punto de vista existente desde los tiempos de Orígenes de que Cristo había muerto para pagarle rescate al diablo. Anselmo nació en Italia. De joven tuvo una disputa con su padre y abandonó el hogar para echarse a vagar por el mundo. Al cabo de años de vida errante, llegó a Normandía donde, bajo la influencia de Lanfranc, entonces obispo de Canterbury, se hizo monje. A la edad de sesenta y dos años dejó la abadía y fue nombrado obispo de Canterbury, posición en que se mantuvo hasta su muerte.

Apolinar (c.310-392). Obispo de Laodicea, se distingue en la historia de las doctrinas de la iglesia por haber puesto énfasis en la divinidad de Cristo, negando de paso su naturaleza humana. Apolinar trató de reaccionar así contra la herejía del arrianismo —que negaba la divinidad de Cristo—, pero al hacerlo incurrió a su vez en otra herejía. Las ideas de Apolinar fueron combatidas por el concilio de Alejandría (362), presidido por Atanasio, y más tarde condenadas repetidamente por los concilios de Roma (377), Alejandría (378), Antioquia (379), y Constantinopla (381).

Arminius (1560-1609). Teólogo holandés del siglo dieciséis al diecisiete cuya importancia en la historia de la iglesia está en haber diferido del calvinismo en el alcance de la doctrina de la predestinación. Sus seguidores, después de la muerte de Arminius, redactaron sus puntos principales en una declaración que llamaron "Contra re-exposición". Estos puntos eran:

- El decreto de salvación se aplica a todos los que creen en Cristo y perseveran en obediencia y fe;

- Cristo murió por todos los hombres;
- el Espíritu ha de ayudar a los hombres a hacer las cosas que son verdaderamente buenas —tales como tener fe en Cristo para salvación;
- la gracia salvadora de Dios no es irresistible;
- es posible ser cristiano y caer de la gracia.

Este último punto es el que ilustra de manera más vívida la diferencia entre las ideas de Arminius y las de Calvino. El arminianismo dividió la iglesia en Holanda y extendió su influencia hacia otros países de Europa. En Inglaterra John Wesley siguió la línea del arminianismo, la cual distingue hasta hoy a la iglesia metodista.

Arrio (c.280-336). Teólogo de los siglos tercero y cuarto, nacido en Alejandría, cuyas ideas sobre la persona de Cristo dieron lugar a una de las más radicales herejías de la historia de la iglesia. Según la tesis de Arrio, Jesucristo no era verdadero Dios toda vez que había sido engendrado del Padre, y en tal sentido no pudo haber existido desde la eternidad. Solo se le podía llamar Dios en sentido figurado, pues era solo el Verbo (logos), la primera de las criaturas creadas por Dios. El arrianismo, pues, contradice especialmente lo que dice el prólogo del Evangelio de Juan (1:1-18), para no mencionar otras numerosas referencias de la Escritura. Arrio tomó sus ideas de Orígenes a través de Luciano de Antioquia, de quien fue discípulo. Arrio y sus ideas fueron condenados por el concilio de Nicea (325), convocado a ese fin por el emperador Constantino. No obstante, el arrianismo alcanzó gran prominencia en el mundo antiguo y tuvo seguidores notables, el primero de los cuales fue Eusebio de Nicomedia, un obispo que llegó a ser la figura dirigente del arrianismo. En Nicea, el principal oponente del arrianismo fue Atanasio, cuya influencia poderosa contribuyó decididamente a la declaración del concilio de que Jesucristo, Hijo único de Dios, "era nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero, engendrado y no creado, consustancial con el Padre, y que por él fueron hechas todas las cosas". Sin embargo, la controversia generada por el arrianismo duraría por siglos a través de la historia de la iglesia. Un exponente de la herejía arriana en nuestros días es la secta llamada de los Testigos de Jehová.

Atanasio (c.296-373). Fue el campeón del cristianismo ortodoxo contra la herejía arriana. Combatió a Arrio y a sus seguidores durante la mayor parte del siglo cuarto. Arrio —ver antes— enseñaba que el Logos (Cristo) no era el Hijo eterno de Dios. Este punto de vista a su vez atacaba indirectamente las doctrinas de la Trinidad, de la creación, y de la redención. Atanasio refutó estas herejías en el concilio de Nicea afirmando que las Escrituras enseñan la eternidad del Hijo, del Logos, la creación directa del mundo por Dios, y la redención del hombre y del mundo por Dios en Cristo. Estos conceptos los expuso también Atanasio cuando tenía poco más de veinte años en su obra *Sobre la encarnación y la Palabra de Dios*. Atanasio, egipcio de nacimiento pero griego por educación, era hijo de padres ricos. Estudió en la escuela catequística de Alejandría y quedó sumamente impresionado por el ejemplo de los mártires cristianos durante la época de las grandes persecuciones. Recibió su orientación espiritual del obispo Alejandro, quien lo ordenó diácono. Su influencia en el concilio de Nicea fue indirecta, como secretario del obispo Alejandro, pues no tuvo investidura oficial. Dejó una voluminosa cantidad de escritos, entre ellos, por supuesto, una obra titulada *Apología contra arrianos*.

Barth, Karl (1886-1968). Teólogo suizo considerado como uno de los gigantes del protestantismo moderno. Algunos lo sitúan en un mismo plano con Calvino, Lutero, y los grandes reformadores. Sus ideas, conocidas a través del mundo evangélico luego de la

publicación de su *Comentario a la Epístola a los Romanos* (escrito en 1919) significaron un revés casi decisivo para la corriente liberal y produjeron un renacimiento vigoroso del cristianismo basado en la Biblia. Según Barth, el conocimiento de Dios ocurre en la revelación del Padre, mediante el Hijo, y por obra del Espíritu Santo. La base de toda relación Dios/hombre es así la misma Trinidad. La Palabra de Dios no es una cosa o un objeto, sino el mismo Dios hablando. La Palabra de Dios se presenta en tres formas: en el Hijo como representación del Padre, en la Escritura como testimonio fehaciente de su Palabra, y en la proclamación de la fe cristiana. Estas tres formas son inseparables en la realidad. La Palabra de Dios se conoce solo por medio de la Escritura, que es la medida que sirve para probar si la proclamación de la fe es genuina o no. Como ha sido la voluntad de Dios el revelarse en esta forma, todo intento de llegar a él por otros caminos resulta carente de todo interés y sentido. Barth estudió en Suiza y Alemania bajo los grandes teólogos liberales de su tiempo. El cataclismo de la Primera Guerra Mundial —junto con sus lecturas de Kierkegaard y Dostoievski— lo iniciaron en la senda de una búsqueda más profunda de la verdad bíblica. Estando en Bonn, Alemania, de profesor de la década en 1930, se negó a firmar el juramento de lealtad exigido por Hitler, y regresó a Basilea, su ciudad natal en Suiza, donde estuvo todo el resto de su vida. Su obra más importante, *Dogmática eclesiástica*, cuatro volúmenes, quedó inconclusa.

Basilio El Grande (c.329-379). Figura destacada del cristianismo del siglo cuarto, recio oponente del arrianismo y defensor del Credo de Nicea. Era hermano de Gregorio de Nisa. Sirvió como obispo de una de las más grandes e influyentes congregaciones en el oriente, la de Cesárea de Capadocia. Esto constituyó una nueva experiencia para su vida, pues desde el principio había preferido la vida monástica. En su posición de obispo tuvo que maniobrar con grandes cuidados en medio de las luchas y rivalidades tanto religiosas como políticas de su época. Su legado histórico se expresa en tres aspectos:

- Ascético, hizo mucho por promover la vida ascética y monástica entre los servidores de Cristo;
- pastoral, mostró cualidades excepcionales de conductor de su rebaño y de piedad y misericordia hacia todos los necesitados;
- teológico, fue predicador y maestro de extraordinaria elocuencia en la comunicación de las enseñanzas y doctrinas de la fe.

Bonifacio (680-754). Figura destacada de evangelismo en acción bajo la dirección del papado en siglos anteriores a la Edad Media. Es llamado apóstol de los germanos porque la mayor parte de su obra tuvo lugar en los territorios de lo que hoy es Alemania. Su nombre original era Wynfrid, el que cambió luego al latino Bonifacius. Viajó por toda la Europa occidental, fue consagrado obispo por el Papa Gregorio II, y se relacionó con las grandes figuras políticas de su época, especialmente Carlos Martel. En 751 ungió a Pipino el Breve en nombre del papa Zacarías. Fundó numerosos monasterios benedictinos, de los cuales el más famoso es el de Fulda. Por sus labores evangélicas, murió asesinado por los paganos en Frisia.

Bonifacio VIII (c.1234-1303). Uno de los primeros Papas de la Edad Media, Bonifacio VIII es famoso en la historia por su lucha contra el poder de los monarcas y sus intentos de establecer la primacía del papado sobre el poder secular. Tuvo controversia con Felipe IV (el Hermoso) de Francia y Eduardo I de Inglaterra por discrepancias en cuanto a la jurisdicción de los impuestos. Bonifacio insistía en que el clero estaba exento de impuestos a menos que fueran aprobados por el Papa. Hubo intercambio de medidas, el papa

emitiendo bulas y los monarcas respondiendo con decretos que suspendían el envío de contribuciones a Roma. Esto forzó a Bonifacio a capitular, por lo menos en parte, modificando la letra de sus edictos papales. En una de sus bulas declaró Bonifacio que "era necesario para la salvación de toda criatura estar sometida al pontífice romano". La hegemonía papal reclamada por Bonifacio VIII fue derrotada por los monarcas de su tiempo, pero quedaría como un principio que influiría en lo adelante las relaciones entre el poder secular y la iglesia de Roma.

Brunner, Emil (1889-1966). Teólogo suizo amigo y coterráneo de Karl Barth, con el cual guarda ciertas similitudes y diferencias. Puede decirse en términos generales que el pensamiento de Brunner es un poco más liberal que el de Barth. En su juventud experimentó inclinación hacia las ideas socialistas, aunque más tarde, luego de su desarrollo intelectual y madurez teológica, llegó a decir que "el comunismo es una antirreligión sin Dios", en la cual están presentes todos los elementos del anticristo. La carrera de Brunner como pastor, profesor, teólogo, y autor es brillante. En su libro *El Mediador* expone su concepto del Cristo. Sin Cristo, la realización del mandamiento de Dios sería ininteligible, y para él el evangelio era una exposición del primer mandamiento. Cristo viene como uno que ha cumplido la ley, como mediador, revelador, y reconciliador. Solo en el Mediador podemos vemos como realmente somos. La fe es esencialmente obediencia. Solo en Cristo puede reconocerse que la voluntad de Dios es amor. La Iglesia es la comunidad de fe y amor de los que creen en Cristo... En otros sentidos, Brunner, influido por Kierkegaard y Martín Buber, se oponía tanto al liberalismo teológico como al conservadurismo evangélico. Para él la Escritura no estaba libre de crítica, aspecto este que lo acerca a los teólogos liberales. Brunner dejó numerosas obras, entre ellas, *El hombre en rebelión*, y La justicia y el orden social.

Buenaventura (1221-1274). Nació llamado Juan de Fidanza, pero Francisco de Asís, quien fue su director espiritual y quien, se afirma, le sanó de una peligrosa enfermedad infantil, le cambió el nombre para el de "Buenaventura". De diecisiete años ingresó en la orden de los Frailes Menores (Franciscanos) y llegó a ser figura muy influyente en el seno de la iglesia. Su vida espiritual se desarrolló con profundo sentido místico y llegó a ser llamado "el doctor seráfico". De él comentó su mentor en París, Alejandro de Hales, que "Adán parecía no haber pecado en Buenaventura". Sus obras son cristo-céntricas, saturadas de citas de las Escrituras y de los padres. Su pensamiento enfatiza la locura de la sabiduría humana cuando se compara con la luz que Dios le da al cristiano. Su misticismo se fundaba en la teología moral y dogmática, y él estimaba que la oración contemplativa no era una gracia extraordinaria. Todo el que esté dispuesto a pagar el precio —en oración y meditación— puede alcanzar la unión con Dios, decía. Detalle curioso: Buenaventura rechazaba la doctrina de la inmaculada concepción.

Bunyan, Juan (1628-1688). La importancia de Juan Bunyan en la historia de la iglesia y de la propagación del evangelio se debe a su obra alegórica *El progreso del peregrino*, escrita durante la segunda de sus prisiones en Bedford, Inglaterra, precisamente por predicar el evangelio. Bunyan tuvo una vida no exenta de contratiempos y aventuras. En su juventud se vio envuelto en una guerra civil. Luego se casó y su esposa le instó a leer literatura cristiana. Bunyan tomó tal interés que se unió a una iglesia local y comenzó a predicar. Al parecer no estaba legalmente autorizado para ello y en consecuencia un magistrado le envió a la cárcel por negarse a desistir de predicar. Bunyan escribió otros libros, pero el que alcanzó divulgación universal hasta nuestros días es *El peregrino*, una

alegoría de la lucha del cristiano frente a los problemas y tentaciones a lo largo del camino de la vida.

Calvino, Juan (1509-1564). Si Lutero puede considerarse, en sentido global, como la figura dirigente de la Reforma que sobresale entre los precursores y los contemporáneos, Calvino representa el pensamiento institucional de más vasto y profundo alcance en toda la historia del cristianismo. No es mera coincidencia que su obra básica, la que a través de múltiples ediciones "creció" de un manual de seis capítulos a una obra de cuatro volúmenes y setenta y nueve capítulos, lleve el título de*Instituciones de la religión cristiana*. Calvino nació en Noyon, Francia, de familia católica. Hay indicios de que adoptó la fe protestante durante su vida de estudiante en París bajo la influencia de profesores y otros contactos de tendencia protestante. Diversas circunstancias de su vida, en particular la de verse obligado a ambular de ciudad en ciudad tratando de eludir la persecución religiosa, hicieron que acabara por ubicarse en Ginebra, Suiza, donde su celo y sus convicciones lo convirtieron en el caudillo —sin cargo oficial— de una especie de democracia teocrática basada en la más estricta disciplina a la vez cívica y espiritual. La imagen de Calvino como un sombrío e inflexible dictador ha sido grandemente exagerada por historiadores saturados de prejuicio, quienes han olvidado que junto a su sentido de la disciplina social, producto directo de su interpretación bíblica, Calvino albergaba un corazón bondadoso y sensible a los dolores y necesidades humanas. Es punto menos que imposible resumir el pensamiento de esta gigantesca figura en la obligada brevedad de una ficha biográfica. Lo más que puede decirse es que toda la teología calvinista parte de la afirmación de la soberanía absoluta de Dios. Y este concepto, a su vez, se funda en el reconocimiento de las Escrituras como la Palabra revelada e infalible de Dios. De estas dos afirmaciones se deriva de manera lógica (como también lo expresa San Pablo en la Epístola a los Romanos) la doctrina de la *predestinación*: en su divina voluntad Dios permitió que el hombre pecara, pero del propio deseo y decisión del hombre, proveyendo Dios conjuntamente el medio de redención. Señor del tiempo y del espacio desde la eternidad, Dios predestinó, según su soberana voluntad, a los que habrían de ser redimidos por gracia mediante la sangre de Jesucristo. Estos se salvan no por ninguna provisión de su fe o su rectitud sino únicamente por la gracia gratuita y el amor de Dios. Nadie se arrepiente de su corrupción y de sus malas obras a menos que el Espíritu Santo toque a su corazón y lo guíe a rendirse a los pies de Cristo. Cuando el creyente ha experimentado la conversión, Dios derrama en él el Espíritu Santo para su constante crecimiento en la gracia y en la fe de Jesucristo como Salvador y Señor... La obra de Calvino, es decir, el impacto de su interpretación bíblica, influyó desde entonces de manera indeleble no solo la corriente total del protestantismo sino la misma civilización occidental.

Carey, William (1761-1834) Carey ha sido aclamado como "el padre de las misiones modernas". En efecto, su vida es un ejemplo extraordinario de actividad múltiple y de capacidad de trabajo en toda la extensión del campo misionero. Luego de su conversión a los dieciocho años comenzó a predicar a una congregación de bautistas calvinistas en la villa de Moulton, Inglaterra. Pronto le sobrevino un invencible celo por la evangelización de los paganos. Durante este tiempo su mente solo podía concentrarse en algún proyecto de llevar el evangelio a tierras distantes. En 1972 publicó una obra exponiendo estos planes y la manera de realizarlos. Poco antes había sido designado pastor de una iglesia bautista en Leicester, donde en 1792 predicó un famoso sermón misionero que dio luego pie a la fundación de una sociedad misionera. En 1793 embarcó hacia la India, donde su vida tomó un rumbo realmente extraordinario. Allí llegó a dominar un gran número de lenguas orientales, incluyendo sánscrito. Montó una imprenta y se dedicó a la traducción de las

Escrituras a estas lenguas, produciendo además diccionarios y otros materiales de referencia. A lo largo de todos estos esfuerzos, junto con los trabajos de evangelista propiamente, Carey sufrió grandes reveses en su vida. Un fuego destruyó la imprenta en que guardaba el manuscrito de un diccionario en sánscrito, obra de años de laboriosa recopilación y estudio. Su esposa y sus hijos murieron víctimas de enfermedades propias del clima de la India. Carey, un hombre que en su juventud había sido un zapatero analfabeto, dejó una enorme obra de conocimiento filológico, entre la que se cuenta la traducción de las Escrituras a treinta y seis idiomas y un diccionario inglés-bengalí.

Cipriano (c.200-258). Fue Cipriano uno de los padres de la iglesia, obispo de Cartago. Se distinguió por su defensa de la unidad de la Iglesia Católica y por su oposición bautismo administrado por herejes. Fue Cipriano el autor de dos frases de debatible contenido teológico que desde entonces cobraron carácter permanente en la historia eclesiástica, son estas: "Deja de tener a Dios por Padre quien no tenga a la iglesia por madre" y "No hay salvación fuera de la iglesia". Cipriano procedía de culta y adinerada familia pagana. En su juventud se opuso decididamente al cristianismo por considerarlo un peligro para la unidad del Imperio Romano. Pero en el proceso de prepararse para combatir al cristianismo acabó por sentirse atraído por la fe que antes no conocía y convertirse totalmente. Se vio envuelto en una controversia con el obispo Esteban, de Roma, acerca de la relación del Espíritu y el agua en el bautismo. El obispo lo amenazó con la excomunión. Cipriano fue luego desterrado de Cartago y últimamente decapitado.

Clemente de Alejandría (c.155-c 220). Descontando a San Pablo, a Clemente de Alejandría se le tiene como la primera figura de prominencia intelectual y académica en la iglesia. Se vio envuelto en un perpetuo debate con los gnósticos, quienes consideraban que la fe era un recurso de gentes inferiores, incapaces de llegar a las altas cimas del intelecto. Para ellos el conocimiento, *gnosis*, era el camino hacia la verdad. Clemente replicaba que la fe, lejos de ser "la muleta de los ignorantes", era el medio a través del cual el hombre llegaba al verdadero conocimiento. Clemente creía también que la fe podía ser enriquecida con el cultivo del intelecto. Su teología se centraba en el Logos (Cristo). Decía él que el Logos primero nos "convierte", luego nos "disciplina", y por último nos "instruye". Aunque Clemente defendió vigorosamente la encarnación de Cristo, y por lo tanto su naturaleza humana, el énfasis de su pensamiento teológico está en la cualidad didáctica del Logos. Cristo es verdaderamente el "maestro" que da a los hombres el verdadero conocimiento que libera del pecado y conduce a la justicia y la inmortalidad.

Clemente de Roma (se distinguió c.90-100). Es uno de los "padres apostólicos", considerado por algunos como sucesor, o tercero, de Pedro en el obispado de Roma. Alcanzó notoriedad en la iglesia de Roma por haber escrito una "epístola a los corintios", conocida como I Clemente. Este documento es probablemente el más antiguo de los escritos no canónicos contemporáneos del Nuevo Testamento. Su asunto es un llamado a la unidad de los cristianos de Corinto ante una división causada por tendencias agnósticas. Hay quienes identifican a Clemente de Roma como el mencionado por Pablo en Filipenses 4.3, pero otros niegan esta posibilidad. Otros aun sostienen que Clemente es el personaje en el *Pastor de Herman*, otro escrito que circulaba en tiempos de la iglesia del primer siglo. Entre los años 90 y 100 Clemente aparece como obispo presbítero de Roma.

Constantino El Grande (c.274/280-337). El primer emperador cristiano de Roma y uno que marcó un definido rumbo histórico a la iglesia visible. A la muerte de su padre, un general destinado a ser emperador de occidente, las tropas designaron a Constantino

emperador. Una lucha intestina por la supremacía del poder siguió y Constantino resultó triunfante luego de derrotar a Magencio en la batalla del puente Milvio en Roma. Dicen Eusebio y Lactancio que Constantino fue a la batalla llevando un lábaro con el signo cristiano de la cruz, luego de haber tenido una visión de que con ese signo vencería. En lo adelante, Constantino se convirtió en el protector de la fe que sus predecesores habían perseguido tan duramente. Por el Edicto de Milán (313), la iglesia disfrutaría en forma creciente del reconocimiento y los favores del poder: restitución de propiedades confiscadas, ayuda financiera, exención de impuestos, jurisdicción civil para los obispos. Las opiniones de los historiadores están divididas en cuanto a si Constantino se convirtió sinceramente al cristianismo o actuó motivado por consideraciones políticas. O creyó que la fe cristiana era una forma de sus propias creencias monoteístas alrededor del dios Sol o Apolo. El hecho es que Constantino tomó parte desde su posición imperial en las luchas cristológicas que entonces comenzaron a quebrar la unidad cristiana, especialmente el arrianismo. Constantino patrocinó el concilio de Nicea (325), donde Atanasio combatió con éxito contra dicha herejía. Más tarde, sin embargo, bajo la influencia de Eusebio de Cesárea y Eusebio de Nicomedia, Constantino se puso de parte de los arrianos y condenó al exilio de Atanasio. Constantino fundó la ciudad de Constantinopla, hacia la cual trasladó la capital del imperio, buscando alejar el centro del poder de Roma, hasta entonces centro vital del paganismo. Constantino fue bautizado poco antes de su muerte en 337.
Dionisio El Areopagita. Mencionado en el libro de los Hechos (17:34). Miembro del consejo del Aréopago de Atenas que se convirtió durante la visita de Pablo a esa ciudad. Hay fuentes históricas que dicen que Dionisio llegó a ser obispo de Atenas, y escritores posteriores declaran que sufrió el martirio. No es cierta la tradición de que llegó a ser obispo de París.

Dionisio El Cartujano (1402-1471). Místico y escritor que se unió a los monjes cartujanos (Bélgica) en 1423. Escribió una obra sobre la contemplación y un compendio a la *Suma* de Tomás de Aquino. Fue leído por Ignacio de Loyola y Francisco de Sales. Por su misticismo se le llamó "el Doctor Extático".

Dionisio el Exiguo (m. entre 525-544). Llamado "el Exiguo" por razón de su exagerada humildad. Es más conocido en círculos eclesiásticos por su edición a principios del siglo seis de los decretos papales. También tradujo al latín obras de los primeros padres griegos, especialmente aquellas relacionadas con la herejía nestoriana. Ayudó a establecer el método romano de fijar la fecha de la Pascua de Resurrección. Realizó muchos estudios acerca del calendario, proponiendo la idea de que la base debía ser la encarnación de Jesucristo -que él estimó como 755 años después de la fundación de Roma-. Aunque sus cálculos yerran en unos cuantos años, constituyen la base del presente sistema de *Anno Domine*, Año del Señor, o después de Cristo.

Dionisio El Grande (m. c.264). Obispo de Alejandría. Luego de haber sido discípulo de Orígenes, vino a ser director de la Escuela Catequística de Alejandría. En 247 fue electo obispo de dicha ciudad. Se distingue por haber recomendado lenidad en el tratamiento de los apóstatas. Trató también de mediar en la disputa entre Cipriano y el Papa Esteban sobre la interpretación del bautismo. Sufrió persecución y destierro bajo Deciano y luego Valeriano, pero pudo volver a su iglesia en 260. En sus últimos años se vio envuelto en la querella del sabelianismo, la herejía que negaba la Trinidad. Su pensamiento se conserva a través de fragmentos de sus escritos conservados por Eusebio y Atanasio. Algunos le atribuyeron tendencias que anticipaban a Arrio, pero Atanasio expresó la opinión de que la teología de Dionisio era bien ortodoxa.

Monisio el Seudoareopagita. Con este nombre se designa a un autor que probablemente vivió en Siria hacia finales del siglo cinco o principios del seis. Sus escritos fueron tenidos en alta estima, pensándose originalmente que eran de Dionisio de Atenas —el mencionado en Hechos—. Su obra tuvo gran influencia en la teología medieval. Alberto Magno, Tomás de Aquino, y Dionisio el Cartujano entre otros se inspiraron en ellos. Su pensamiento intenta establecer una síntesis entre la verdad cristiana y la filosofía neoplatónica. Su énfasis central está en la unión entre el hombre y Dios y la deificación progresiva del hombre. El alma abandona la percepción de los sentidos y de la mente y es iluminada y al final llevada al conocimiento del Ser inefable. Enseñó también Dionisio el Seudoareopagita que existe una jerarquía gradual de seres celestiales (ángeles) entre Dios y el hombre. Los reformadores y los pensadores católicos del siglo dieciséis dudaron de la autenticidad de sus escritos, pero estudios e investigaciones posteriores la han confirmado.

Donato (m.355). Un inteligente obispo de África del norte que dio su nombre a un movimiento separatista dentro de la iglesia del siglo cuarto, el *donatismo*. En Cartago un grupo había protestado la ordenación de un obispo porque aquellos que llevaron a cabo la ordenación habían fallado en el cumplimiento de sus deberes durante la persecución imperial. Insistiendo en que la ordenación para ser válida tenía que venir de parte de obispos que no hubieran traicionado su fidelidad a las Escrituras, Donato y los obispos de Numidia, sus seguidores, rechazaron la ordenación de Cecilio y procedieron a llevar a cabo otra ordenación. Esta recayó en el obispo Majorinus, quien fue luego sustituido por Donato mismo. Aunque el emperador Constantino se inclinó al grupo que había ordenado a Cecilio —que constituyó el tronco de lo que vino a ser la iglesia católico-romana—, el grupo donatista del norte de África prevaleció por casi un siglo. La rama católica vino a recobrar su preeminencia solo bajo presión imperial cuando el Edicto de Unidad (405) proscribió el donatismo. El donatismo propugnaba una especie de catolicismo puritano y fundamentalista, que alababa el martirologio y rechazaba el estado y la sociedad.

Eckart (c.1260-1328). Es conocido también como Meister Eckard, un místico alemán que ingresó en la orden de los dominicos. Graduado de teología en París, ocupó altas posiciones en la jerarquía católica en Alemania. En 1326 fue acusado de herejía, por lo que apeló a Roma. El Papa Juan XXII declaró heréticas algunas de sus enseñanzas. Eckhart ha sido acusado también de panteísmo, pero esto no ha podido ser documentado. Había en él grandes influencias tomistas y neoplatónicas. Establecía una diferencia entre Dios y la deidad, y este punto fue causa de discusión. Su teología de la encarnación hace de Cristo en primer lugar el punto focal de la humanidad y también su Redentor. Sus principios éticos fueron muy rigurosos.

Enrique VIII de Inglaterra (1491-1547). Rey famoso por haberse constituido en fundador y cabeza de la Iglesia de Inglaterra (Iglesia Anglicana) como resultado de una disputa con el Papa respecto a un problema de divorcio. Antes de ascender al trono, Enrique se había casado con Catalina de Aragón, viuda de su hermano Arturo. Pero al no obtener heredero varón —Catalina tuvo una hija, la que fue María Tudor—, el rey buscó la manera de que el Papa anulara su matrimonio para él poder casarse con Ana Bolena, una de las damas de palacio. Como el proceso legal se prolongaba en Roma sin decisión favorable para Enrique, este decidió actuar por su cuenta e inició una serie de medidas que llevaron a la separación definitiva de la iglesia en Inglaterra de la hegemonía del Vaticano. Entre las medidas estuvo, desde luego, la designación de un obispo sumiso al rey, Crammer, quien otorgó el divorcio y facilitó el matrimonio del rey con Ana Bolena. La historia real es en adelante a la vez pintoresca y trágica. Enrique tuvo seis esposas

sucesivas. Además de Catalina de Aragón, se contaron Ana Bolena (decapitada por sospechas de adulterio); Jane Seymour, que le dio un hijo, Eduardo VI, pero murió doce días después; Ana de Cleves, de la cual se divorció antes de haber consumado el matrimonio; Catalina Howard, también ejecutada bajo la acusación de adulterio; y Catalina Parr, la única que le sobrevivió. Enrique era en verdad católico de sentimiento. Cuando la fama de Lutero comenzó a extenderse por Europa, escribió un tratado en defensa de los siete sacramentos, o que hizo que el Papa le diera el título de "Defensor de la fe". Su intención al separar la iglesia de Inglaterra de la de Roma —motivada como ya se ha dicho por un asunto personal— no fue la de iniciar un movimiento de reforma. Sin embargo, su acción tuvo el efecto indirecto de facilitar en Inglaterra la penetración y extensión de las ideas de la Reforma.

Enrique IV de Francia (1553-1610). Este rey, conocido también como Enrique de Navarra, es importante en la historia eclesiástica por el papel que le tocó representar en las guerras religiosas de Europa en su tiempo, y en particular en el desarrollo del protestantismo en Francia. De su madre, Juana de Albret, una ardiente calvinista, recibió Enrique la fe protestante que, con el paréntesis de compromisos de orden político, mantendrá hasta el final de su vida. Y de ella heredó también el trono de Navarra. Al romper las guerras de religión en Francia en 1562, Enrique y su familia estuvieron entre los dirigentes del partido hugonote. Como consecuencia de su matrimonio en 1572 con Margarita de Valois, hermana de Carlos IX, Enrique quedó en línea para ocupar el trono de Francia de faltar alguno de los herederos directos. Cuatro días después de su matrimonio tuvo lugar en París la matanza de San Bartolomé. Enrique fue capturado y obligado a convertirse al catolicismo para salvar la vida. Después de lo cual fue enviado a prisión. A los tres años y medio logró escapar e inmediatamente declaró de nuevo su fe protestante y asumió la dirección de las fuerzas hugonotes. En 1589 su primo, el rey Enrique III, murió, y Enrique quedó como el heredero aparente. Sin embargo, la mayoría de los franceses rechazaban la idea de un rey calvinista. Luego de una serie de campañas militares, en las que Enrique se vio repetidamente frustrado de entrar en París, decidió dar el paso de convertirse por segunda vez al catolicismo, lo que, con el apoyo del Papa, le abrió enseguida el camino del trono. Enrique, no obstante, inauguró muy pronto una era de tolerancia emitiendo el famoso Edicto de Nantes, por el que se reconocía la fe protestante dondequiera que ya estuviera establecida. En 1598, sin embargo, Enrique IV fue asesinado en las calles de París por un fanático católico llamado Francis Ravaillac. En relación con su catolicismo de última hora, se atribuye a Enrique la expresión "París bien vale una misa".

Epifanio (315-403). Notable por su austeridad y su propensión a la disputa como Padre de la iglesia oriental. En su celo contra los herejes, se las arregló para tener discusiones con los demás dirigentes cristianos de su tiempo. Nacido en Palestina, se educó en Egipto, y regresó luego a Palestina a ejercer su pastorado. Además de su lucha contra las herejías, su cristianismo, junto con el de sus monjes, se caracterizó por su intenso ascetismo. Su extremismo lo llevó a una agria disputa con Juan Crisóstomo de Constantinopla.

Erasmo (c.1466-1536). Humanista, filólogo, y teólogo holandés. Hijo ilegítimo de un fraile y la hija de un médico, llegó a ser la más elevada figura intelectual de su tiempo. Su investigación de las Escrituras y su devoción a los textos sagrados hicieron de él, sin proponérselo, un precursor de la Reforma, particularmente por su exaltación de las Escrituras. Pero su personalidad ultra-moderada le hacía repugnar las soluciones radicales. Chocó con Lutero sobre el tema del libre albedrío, y cuando se vio en posición de tener que decidir entre Lutero y la iglesia de Roma tomó partido por esta última. Como ejemplo de

intelectual de refinada cultura y a la vez de principios, se vio en una posición media entre las corrientes extremas de su tiempo, especialmente la Reforma y la iglesia de Roma. Por esto su figura se presta a una variedad de interpretaciones. Unos lo vieron como un luterano de corazón que exteriormente se conformó a los dictados de la iglesia. Para otros fue un devoto de la razón, precursor de los ilustrados del siglo dieciocho. Otros más lo hacen un precursor de Lutero. "Erasmo puso el huevo y Lutero lo incubó", decían. Hay un poco de verdad en todo eso. Erasmo aspiraba a una reforma razonable y pacífica de la iglesia a través de las Escrituras. Dejó numerosas obras y como escritor fue el primer éxito de librería de la historia. Entre sus libros célebres están el ensayo titulado *Elogio a la locura*, los *Adagios* (una colección de dichos clásicos), y el ensayo *De libero arbitrio* (sobre el libre albedrío), parte de su controversia con Lutero. Algunos opinan que por su posición indefinida y moderada en una época que demandaba radicales definiciones, Erasmo se sitió a sí mismo al margen de la historia.

Erskine, Thomas (1788-1870). Abogado y terrateniente escocés, de considerable fortuna e ilustre abolengo, que, a la vez en personalidad y en pensamiento, llegó a ser el teólogo más influyente y destacado de la historia de Escocia. Figuras notables del mundo intelectual, como Carlyle, Jowett, y Kingsley, venían a su casa para escuchar a sus pies sus palabras y sus ideas. Sus obras, *Evidencia interna de la verdad de la religión cristiana*, *La serpiente de metal*, *La libertad incondicional del evangelio*, y por último sus *Cartas* [2 volúmenes]; circularon profusamente en Europa, y algunas son hasta el día de hoy lectura de texto en universidades y seminarios. Erskine, pensador original y audaz, tenía siempre algo nuevo y cautivante que decir acerca de cosas como la naturaleza de la redención o la doctrina de los elegidos.

Eusebio de Cesarea (260-339). Llamado "el padre de la historia de la iglesia" por haber escrito un compendio de historia eclesiástica hasta 325 que constituye todavía la mejor fuente de información sobre la iglesia primitiva. Nacido en Palestina, se educó bajo el gran Pánfilo de Cesarea de quien adquirió preparación en la teología de Orígenes. Además de su Historia de la iglesia, Eusebio escribió muchas otras obras exegéticas, doctrinales, y polémicas. Cuando la persecución bajo Diocleciano, huyó a Tiro y de allí a Egipto. Siendo obispo de Cesarea, se inclinó hacia la tendencia arriana al surgir esta controversia. Sin embargo, figurando como miembro en el concilio de Nicea (325) se unió a los que allí condenaron el arrianismo —herejía que negaba la divinidad eterna de Cristo con el Padre—. Fue Eusebio quien presentó al concilio su "Credo de Cesarea", el cual, con algunas modificaciones y adiciones del grupo de Alejandría, fue adoptado por el concilio y llamado el "Credo de Nicea". Este credo fue el primer resumen de doctrina de la iglesia, y sigue siendo hasta hoy una cuidadosa y sucinta declaración de la fe cristiana.

Eusebio de Dorilea (m. 452). Teólogo griego contemporáneo de las grandes controversias cristológicas de los primeros siglos en las cuales se vio envuelto. Dedicó casi toda su carrera a defender la posición ortodoxa tocante a la naturaleza de Cristo. En 428 se opuso a las enseñanzas de Nestorio, su superior jerárquico, patriarca de Constantinopla. Nestorio sostenía que en Cristo había dos naturalezas separadas: la divina y la humana. El concepto ortodoxo, afirmado en el concilio de Calcedonia (451), es que Cristo es a la vez, a plenitud y sin separación, divino y humano, completo Dios y completo hombre. Eusebio no solo combatió a Nestorio, acusándolo de monofisismo (afirmación de una sola naturaleza en Cristo), sino también a Eutiques ante el concilio de Constantinopla en 448. Al año siguiente fue exiliado por intrigas políticas. Restaurado en 451, tomó parte activa en el concilio de Calcedonia, ayudando a redactar la Definición de Fe.

Eusebio de Emesa (m.c.359). Se distingue como escritor teólogo de la iglesia oriental en el siglo cuarto. Era de inmensa cultura y de altas dotes personales, bien que de tendencia arriana. En 341 el concilio de Antioquia le ofreció el obispado de Alejandría, vacante a la sazón por el destierro del obispo Atanasio. Eusebio rehusó aceptar un puesto en el que habría de ser mal visto por los seguidores de Atanasio, por lo que fue persuadido entonces a aceptar el obispado de Emesa, donde logró desvanecer entre la congregación los rumores de que él practicaba la brujería. Fue amigo y consejero del emperador Constantino.

Eusebio de Laodicea (m.268). Un cristiano que arriesgaba su vida para ayudar a los infortunados. Durante la mayor parte de su vida fue un diácono de la iglesia de Alejandría bajo el obispo Dionisio. Eusebio no tenía reparos en exponerse al contagio durante una epidemia de la peste y se dedicó a atender a las víctimas. Más tarde, durante un sitio de la ciudad en 260, andaba de un lado a otro ayudando a los hambrientos y necesitados. Participó en el concilio en el que se condenó a Pablo de Samosata por decir que Cristo no era "más que un hombre". En 263, Eusebio fue electo obispo de Laodicea en Asia Menor.

Eusebio de Nicomedia (m.342). Se distingue como propulsor del arrianismo y como astuto y hábil en conseguir para su beneficio las altas influencias del poder. En 218 se hizo nombrar obispo de Nicomedia, a la sazón residencia del emperador Licinio. Cuando su amigo Arrio fue depuesto de su cargo de obispo en 320 por sus ideas respecto a la persona de Cristo —sostenía que Cristo había sido creado en el tiempo por el Padre, no desde la eternidad—, Eusebio salió en su defensa, la que continuó cuatro años después en el concilio de Nicea (325), convocado por el emperador Constantino precisamente para resolver la controversia cristológica. El concilio condenó a Arrio y el arrianismo, y Eusebio firmó la declaración al efecto. No obstante, siguió en sus actividades proclamando dicha herejía. Con su habilidad de maniobra, logró en 337 bautizar al ya viejo y achacoso emperador Constantino, y en 339 consiguió ser nombrado patriarca de Constantinopla, donde una vez más se manifestó vocero del arrianismo.

Eusebio de Samosata (m.379). Durante toda su vida un inquebrantable defensor del Credo de Nicea —que formuló el concepto ortodoxo de la persona de Cristo: uno y eterno con el Padre—. En 361 Eusebio fue designado obispo de Samosata, en lo que hoy es Turquía. Junto con otros grandes dirigentes de su época —Basilio el Grande, Gregorio de Nacianzo, Gregorio de Nisa —defendió vigorosa mente el credo niceano. En 381 el concilio de Constantinopla tuvo que reafirmar de nuevo dicho credo contra las persistentes actividades y declaraciones de los arrianos. Eusebio fue un paladín de la fe ortodoxa aun después de haber sido desterrado a Tracia en 374 por el emperador Valente, partidario del arrianismo. Eusebio fue llamado y restaurado por el sucesor Graciano, pero murió como mártir a consecuencia de una pedrada que le lanzó una mujer arriana.

Eusebio de Vercello (283-371). De lector en la iglesia de Roma fue elegido como obispo de Vercelli. Se distinguió por su constante y decidí da defensa del credo de Nicea y sus ataques al arrianismo. Por esto tuvo a veces que sufrir ataques y persecuciones. En el concilio de Milán en 335 manifestó su oposición al arrianismo negándose a unirse a los que condenaban a Atanasio, el gran dirigente antiarriano. Los arrianos, gozando entonces del favor del emperador Constantino, consiguieron que Eusebio fuera enviado al exilio. Restaurado por el emperador Juliano en 362, continuó oponiéndose a los arrianos hasta su martirologio en 371.

Eustacio (c.270-337 o 360). Un decidido combatiente del arrianismo que ministró como obispo de Berea y luego de Antioquia. En el concilio de Nicea llamó la atención por la elocuencia con que atacó el arrianismo, atrayéndose la hostilidad de los amigos de Eusebio de Cesarea. Sus enemigos lograron deponerle del obispado de Antioquia. Sufrió ataques a su reputación que parecen muy improbables. Constantino, a influencia de los arrianos, lo desterró a Tracia. Sus seguidores formaron la secta eustaciana, la que se mantuvo por unos ochenta años. Su teología parece como una anticipación del nestorianismo, el que sostenía la separación entre las naturalezas divina y humana de Cristo.

Eutiques (c.378-454). Superior (archimandrita) de un monasterio en Constantinopla, alcanzó notoriedad como una de las primeras figuras del monofisismo —herejía que atribuye a Cristo solo la naturaleza divina—. Eutiques había salido a la palestra para combatir el error del nestorianismo —que las naturalezas divina y humana de Cristo están separadas—, pero al hacerlo se fue al otro extremo, cayendo en el monofisismo. Tuvo seguidores pero fue condenado por el patriarca Flavio, quien consideró que los puntos de vista de Eutiques no eran ortodoxos. Eutiques no aceptó esta condenación y maniobró para formar el escandaloso Sínodo de Éfeso (449) en apoyo de su posición.

Fox, George (1624-1691). El fundador de la secta llamada de "los Amigos", o "cuáqueros". Las ideas de Fox constituyen una reacción contra el aparato de organización de la iglesia visible. Él no creía en la necesidad de clero ni de ministros pagados; tampoco de templos como casas de adoración. Enfatizaba el hecho de que el cristiano podía guiarse por "la Luz interior", o sea, Cristo hablando directamente a cada uno en particular. En la expresión de sus ideas, Fox naturalmente chocó con el orden establecido. Él acusaba a las iglesias de ocupar su tiempo y actividades en asuntos triviales. Fox sufrió numerosas prisiones a través de los años, las cuales afectaron seriamente su salud. Él decía haber recibido su mandato de Cristo personalmente a través de una visión. El apelativo de "cuáqueros", que significa los que tiemblan o se agitan, les fue aplicado despectivamente por un juez ante el cual Fox comparecía. Los cuáqueros no tenían servicios sino reuniones. Abogaban por la vida austera y sencilla, y rehusaban reconocer jerarquías humanas o hacer juramentos legales.

Francisco de Asís (1182-1226). Figura notable de la Iglesia Católica y fundador de la Orden de los Franciscanos. Se distingue por haber predicado el amor a los pobres y desvalidos con una vida de renunciamiento total a los bienes materiales. Se dice que adoptó esta forma de vida luego de haber escuchado un sermón basado en Mateo 10:7-10, el cual tomó como un llamamiento personal del Señor. Se dice también que tuvo una visión en la que era instado a procurar medios de reconstruir la pequeña iglesia de San Damián en Asís, su pueblo natal. La vida de Francisco hasta su conversión se caracterizó por los placeres mundanales y la aventura. Su nombre, que significa el francés, le fue puesto por su padre, que admiraba el idioma y la cultura de Francia. Tomó parte en varias guerras de su tiempo. Cuando se decidió por una vida misionera, fundó una orden con voto de pobreza para predicar el evangelio. Tomando literalmente el texto bíblico, los misioneros renunciaban a toda posesión terrenal y vivían de limosna. Francisco se unió en 1210 a una cruzada a Egipto con la intención de convertir al sultán, lo que no pudo lograr. Antes había visitado a España con el propósito de evangelizar a los moros. En todos sus empeños misioneros buscó y obtuvo la aprobación del Papa. Fue canonizado dos años después de su muerte por el Papa Gregorio IX, su amigo y protector.

Galileo Galilei (1564-1642). La importancia de Galileo en la historia del cristianismo consiste en que su vida estuvo en el centro de una controversia entre el poder político de la iglesia de Roma, representado en este caso por la Inquisición, y la libertad del pensamiento científico investigador. Galileo, matemático y físico de una familia florentina, inventó en 1610 un telescopio con el cual comenzó exploraciones de astronomía. Como resultado de estos estudios, llegó a la conclusión de que Copérnico estaba en lo cierto en cuanto a su idea del universo, en oposición al sistema tolemaico. Las ideas de Galileo despertaron envidia y, aunque el sistema de Copérnico había sido ya aceptado por el Papa Paulo III muchos años atrás, fue acusado de hereje y llevado ante el tribunal de la Inquisición, el que le obligó a retractarse y le condenó a arresto domiciliario en las cercanías de Florencia hasta su muerte.

Gregorio I (Magno) (540-604). Este Papa es muy importante en la historia, no solo eclesiástica sino general, por una variedad de razones. Es el autor de la organización y formas de disciplina que vinieron a ser marca distintiva del catolicismo y en particular del papado. Por circunstancias de su tiempo se vio en el caso de ejercer el poder temporal —por ejemplo ante la invasión de Roma por los lombardos—, dando con esto inicio al carácter del Vaticano como un estado político más. Siendo abad de un monasterio antes de ascender al papado, acertó a ver a unos esclavos de cabellos rubios en un mercado de Roma. Al preguntar supo que eran anglosajones y se hizo el propósito de ir a Inglaterra como misionero. Como no pudo hacerlo personalmente por cuestiones de disciplina y organización, envió en su lugar a Agustín de Canterbury. Gregorio introdujo en el culto de la iglesia el estilo de música que luego se conoció como "canto gregoriano". Fue un Papa justiciero y generoso, y la iglesia lo canonizó.

Gregorio VII (Hildebrando) (1021-1083). Un monje benedictino que por muchos años resistió las invitaciones y tentativas de hacerlo Papa. Cuando por fin se decidió, cambió su nombre de Hildebrando al de Gregorio VII. Aun desde antes había actuado con gran celo tras bastidores para purificar el clero y mejorar la organización de la iglesia. Preocupado por la decadencia moral que se extendió por Europa a la división del imperio de Carlomagno, Gregorio impuso normas estrictas respecto a la conducta de curas y frailes. Gregorio también aspiró a la consolidación del poder político del papado frente a los poderes seculares. Famosa en la historia es su controversia con el emperador Enrique IV de Alemania, quien, irritado porque el Papa había censurado su proceder en ciertas cuestiones, dictó un decreto en Worms "deponiendo" al Papa. Gregorio respondió excomulgando al emperador y declarando que sus súbditos quedaban eximidos del juramento de fidelidad al monarca. El resultado fue que Enrique se vio obligado a capitular e hizo un viaje de penitencia a Italia para presentarse a las puertas del castillo de Canosa en Roma, descalzo y en pleno invierno, a suplicar que el Papa lo recibiera para pedirle perdón. Gregorio lo hizo esperar tres días. Más tarde, sin embargo, las cosas cambiaron y el emperador logró designar por su cuenta un nuevo Papa y marchar con sus ejércitos sobre Roma. Gregorio tuvo que abandonar la silla pontificia e irse a refugiar en Salerno. Fue luego canonizado por la iglesia.

Gregorio de Nacianzo (330-389). Llamado también Nacianceno y el Teólogo, doctor de la iglesia. Hizo sus estudios en Cesarea y después en Alejandría y Atenas, donde conoció a Basilio, surgiendo entre ambos una entrañable amistad. Hombre de modestas aspiraciones, fue ordenado sacerdote por su padre, obispo de Nacianzo, contra su voluntad. La notoriedad de su carrera se hace ver cuando en 378 fue nombrado obispo de Constantinopla para ser defensor de la fe ortodoxa contra el arrianismo. De presencia física

nada imponente, era sin embargo un gigante de la oratoria. Sus cinco Discursos teológicos en análisis y crítica del arrianismo, a la vez que en proclamación de la igualdad consustancial del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, son famosos en la historia de la iglesia. Al terminar el concilio de Constantinopla, renunció a su obispado por haberse puesto en tela de juicio su elección y se retiró a las propiedades de la familia en Nacianzo, donde concluyó sus días.

Gregorio de Nisa (330-c.395). Hermano menor de Basilio el Grande (San Basilio), quien ejercía sobre él gran dominio. Fue Basilio quien lo inclinó de una carrera secular a una eclesiástica. En 371 lo hizo obispo de Nisa. Aunque menos impresionante en sentido personal que su hermano, Gregorio le supera como teólogo por la profundidad y originalidad de sus ideas. Fue también combatiente decidido y elocuente del arrianismo, especialmente en los concilios de Antioquia en 379 y de Constantinopla en 381. Sus ideas teológicas tienen su fuente principal en Orígenes pero llevan el sello de su propio pensamiento y maduración. En general, sostiene que la caída del hombre fue la ruina del mundo y que la redención es posible a través de un proceso a la vez humano y divino en la encarnación de Cristo. Los efectos de la redención, decía, se comunican a través de los sacramentos. Dejó obras de profundidad teológica —especialmente contra el arrianismo—, de las cuales la principal es *Gran catequesis*, y también sus *Discursos contra Eunomio y contra Apolinar*.

Gregorio Taumaturgo (c.213-c.270). Convertido por Orígenes, de quien también fue discípulo. Procedía del paganismo. Luego de su preparación bajo Orígenes fue designado obispo de Neocesarea (Turquía). Dícese que al empezar allí su pastorado había solo diecisiete cristianos y al dejarlo a su muerte quedaban solo diecisiete que no lo eran. Es uno de los patriarcas de la iglesia oriental, considerado como santo tanto en oriente como en occidente.

Grocio (o Grotius), **Hugo** (1583-1645). Jurista holandés de los siglos dieciséis a diecisiete que ejerció profunda influencia en el pensamiento protestante. Su argumento de que Dios puede hacer que la ley de que la muerte sigue al pecado se cumpla no en el pecador sino en Cristo que se entrega en sacrificio toca a la base de la doctrina legal de la redención. Dios perdona a través del sacrificio de Cristo porque el orden en que está fundado el universo tiene que cumplirse. En su obra *De veritate religionis Christianae* —escrita como un manual básico de la fe para marinos—, presenta al cristianismo la verdadera religión en armonía con un mundo racionalmente creado. Estos conceptos son en parte una simplificación de la tradición escolástica. Tanto la teología como la jurisprudencia de Grocio se basan en el postulado de que el universo es un universo de orden. La influencia de Grocio se debe en mucho a que en él se reunían una extraordinaria cultura y un espíritu genuinamente cristiano. Su personalidad humanista le llevó a huir de los extremos y a buscar un punto de medio de entendimiento entre catolicismo y protestantismo. Él alentaba el ideal de una sola iglesia, un solo rebaño. La historia secular lo recuerda más como jurista. Su obra *De jure belli et pacis* constituyó un texto básico de derecho de valor permanente y ha hecho que se llame a su autor "el jurista del género humano".

Hipólito (m.c.235). Un teólogo notable de los primeros siglos de la iglesia que se distingue por sus luchas contra las herejías y por haber antagonizado con varios papas. Él mismo fue erigido antipapa, y en esa posición se mantuvo durante los períodos sucesivos de Calixto I, Urbano I, y Ponciano. Durante la persecución bajo el emperador Maximino fue exiliado junto con su rival Ponciano a la isla de Cerdeña. Allí ambos se reconciliaron y fueron luego

ejecutados. Algunos de los escritos de Hipólito se conservan, entre ellos *Refutación de todas las herejías* y *Tradición apostólica*, más un *Comentario sobre Daniel*. El caso de Hipólito es curioso en que, habiendo sido antipapa, fue después de su martirologio honrado y canonizado por la iglesia.

Hodge, Charles (1797-1878). Teólogo norteamericano del siglo diecinueve que ejerció gran influencia sobre el desarrollo del protestantismo calvinista en Estados Unidos particularmente en la denominación presbiteriana. Cuando el calvinismo ortodoxo estaba en retirada ante el auge de las corrientes liberales y evolucionistas, Hodge mantuvo inquebrantablemente sus principios de infalibilidad e inspiración de las Escrituras. Su posición vino a ser conocida como la "teología de Princeton". Durante casi toda su vida fue profesor del seminario de este nombre. Escribió una obra, *Teología sistemática* (3 volúmenes), que por mucho tiempo ha sido obra de referencia y consulta de estudiantes y eruditos de la Biblia.

Hus, Juan (1373-1415). Protoreformador de la iglesia y mártir de la fe en Bohemia (Checoslovaquia). Criado en el catolicismo llegó a ordenarse de sacerdote. Estudiando en la facultad de teología de la universidad de Praga para su doctorado, tuvo oportunidad de familiarizarse con las ideas teológicas de John Wycliffe, cuyas obras habían sido traídas a Praga recientemente. Hus quedó muy impresionado. En lo adelante se dedicó a predicar directamente de las Escrituras y a abogar por un retorno a las costumbres de la iglesia primitiva. Combatió la corrupción eclesiástica y especialmente la práctica de la venta de "indulgencias", a la sazón las que el Papa Juan XXIII emitió para sufragar su cruzada contra el rey de Nápoles. Las ideas y el patriotismo de Hus le pusieron muy pronto en conflicto con la jerarquía eclesiástica. Tras muchas peripecias y conflictos, acudió bajo salvoconducto del emperador Segismundo a un concilio que tendría lugar en Constanza. Estando allí el emperador faltó al cumplimiento del salvoconducto y permitió que Hus fuera apresado por las autoridades católicas. Sometido a un juicio en el que no se le permitió exponer sus propios puntos de vista y en cambio se le conminaba a retractarse de cosas que él no había sostenido, Hus se negó a admitir las falsas acusaciones que contra él se hacían. Ante su actitud, el concilio le condenó como hereje y el mismo día le hizo quemar vivo en las afueras de la ciudad. Las ideas y el ejemplo de Hus hacen de él un precursor de la Reforma del siglo XVI.

Ignacio (m.98/117). Obispo de Antioquia a quien se conoce casi exclusivamente gracias a siete cartas que escribió a los fieles cuando era conducido prisionero a Roma de ciudad en ciudad desde el Asia Menor. En seis de sus cartas combatía ciertas herejías —docetismo, judaísmo, gnosticismo—, y reclamaba adhesión y lealtad a los obispos como representantes de Dios. Se le considera un continuador de la tradición apostólica paulina. Enfatizó la verdadera humanidad de Cristo —contra la herejía docetista—, identificándola con la Eucaristía.

Ignacio de Loyola (1491-1556). Nacido un año antes del Descubrimiento de América, Ignacio de Loyola es célebre por haber sido el fundador de la Compañía de Jesús, también conocida como "los jesuitas". De joven quiso iniciarse en la carrera militar como agregado al rey Fernando el Católico. Esto lo llevó a una vida de cierto libertinaje que, curiosamente, es un rasgo común a otros grandes santos de la iglesia, como San Francisco de Asís y San Agustín, antes de su entrega total a Cristo. Como militar, Ignacio tomó parte en la defensa de Pamplona, atacada por los franceses, y en la batalla sufrió serias heridas en ambas piernas al ser alcanzado por una bala de cañón (1521). Durante su larga convalecencia leyó

algunos libros piadosos, en particular la *Vida de Cristo* de Ludolfo de Sajonia y la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis. Estas lecturas produjeron una honda impresión en el espíritu de Ignacio, quien a partir de tal experiencia se inició en una vida de intensa meditación y ascetismo. Decidió transformar su vocación militar y ponerla al servicio de Cristo. Simbólicamente colgó sus armas de soldado en el santuario de Monserrat y se retiró luego a una cueva en Manresa, donde se entregó a la práctica de sus ejercicios espirituales, de los que hizo luego un manual con ese título. En su interés por ser un eficiente soldado de Cristo, Ignacio quiso aumentar y refinar su cultura. Fue a París a estudiar, y allí atrajo a su alrededor a un grupo selecto de estudiantes, a quienes contagió con el entusiasmo de su vocación. Entre esos estudiantes estaba Francisco Xavier, el que luego se distinguiría mucho en la obra de los jesuitas. Ignacio y su grupo hicieron voto de castidad y pobreza y pusieron énfasis en una vida de disciplina ascética y casi militar, utilizando la educación como principal instrumento de sus planes misioneros. Desde entonces, la Compañía de Jesús ha sido un cuerpo de carácter único y a menudo polémico en la extensión del catolicismo.

Inocencio III (1160-1216). Hay varios papas notables con este nombre, pero este se distingue por haber sido el primero que elevó el papado a un verdadero poder político. Hábil como gobernante y estadista, comenzó su reinado organizando administrativamente la iglesia de Roma Después de la muerte del emperador Enrique VI de Alemania, Inocencio pudo extender los Estados Papales, fortaleciendo así su posición a la vez que impedía la unificación de Italia. Entre los hechos históricos que llevan la marca de su decisión o influencia están la Cuarta Cruzada (1202-4), que dio lugar a la formación del imperio latino de oriente, una de las cuatro ramas en que se fragmentó el Imperio Bizantino; la Cruzada contra los Albigenses en el sur de Francia; la humillación del rey Juan de Inglaterra; y la convocatoria al Cuarto Concilio Laterano, donde se aprobó el concepto de la "transubstanciación" —que los elementos del sacramento se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo en la misa—. Además, Inocencio III estuvo íntimamente envuelto en la política europea, ganando autoridad e interviniendo en los asuntos internos de las distintas monarquías.

Ireneo (c.130-c.208). Discípulo de Policarpo que casi alcanza a pertenecer a la generación apostólica. Fue enviado por Policarpo a las Galias, donde vino a ser obispo de Lyon. Se distingue por haber abogado por la supremacía de la iglesia de Roma como representativa de la fe y tradición apostólica en el inicio del "catolicismo". Se le recuerda también por haber combatido la herejía gnóstica —una mezcla de paganismo y elementos cristianos que sostenía una idea de la salvación a través del conocimiento místico y sobrenatural transmitido secretamente por sucesión apostólica—. Ireneo partió de la teología paulina de Cristo como el segundo Adán —que él extendió a Eva/María— y consideró la Encarnación como el punto clímax de la relación de Dios con la humanidad. Dejó escritos que se conocen comúnmente como*Tratado contra herejías*. Favoreció también el concepto de celebrar la Pascua de Resurrección el mismo día de la Pascua judía ("cuartodécimo" del mes de Nisán).

Jacobo I de Inglaterra (1566-1625). Rey de Inglaterra y Escocia, de la familia de los Estuardos, que ocupó el trono a la muerte de la reina Isabel luego de una turbulenta etapa de intrigas de corte y de regencias. Su actuación como monarca está muy sujeta a la crítica. En el terreno religioso se opuso igualmente a católicos y puritanos en su interés de preferir el anglicanismo. En el orden doméstico su política está teñida por el escándalo debido a la especial protección que otorgaba a sus favoritos. Fracasó asimismo en sus

intentos de actuar como poder mediador en las disputas europeas. Sin embargo, ha pasado a la historia eclesiástica con un mérito que para siempre ha perpetuado su nombre: la Conferencia de Hampton celebrada bajo sus auspicios en 1604 tuvo como uno de sus resultados la traducción al inglés y la publicación en 1611 de la versión que hasta hoy se usa y se conoce como King James Version (Versión del rey Jacobo). Es esta una de las versiones de las Escrituras a lenguas vernáculas más fieles a la vez que de alta calidad literaria.

Jansenio (1585-1638). Obispo católico de Ysprés, Bélgica, que a causa de sus ideas teológicas se vio envuelto en una controversia con los jesuitas y la Contrarreforma. Las ideas de Jansenio dieron lugar a la doctrina disidente conocida como "jansenismo". En realidad, la aspiración de Jansenio era la de aplicar de manera profunda la teología de Agustín y combatir a los protestantes con sus propias armas. Proponiéndose abundar en las afirmaciones de Agustín, el jansenismo en esencia sostenía:

- que es imposible cumplir los mandamientos de Dios sin la ayuda especial de la gracia;
- que la gracia es irresistible;
- que lo único que se necesita como meritorio es libertad de obligación, no de necesidad;
- que es semipelagiana (herética) la doctrina de que la gracia se puede resistir o cumplirse por el libre albedrío;
- que es también semipelagiana la enseñanza de que Cristo murió por todos los hombres.

Aunque estas ideas se encuentran ciertamente en el pensamiento de San Agustín, los jansenistas derivaron de ellas aplicaciones prácticas que cayeron en conflicto con las bases sacramentales y jerárquicas de la iglesia de la Contrarreforma. Sostenían los jansenistas, por ejemplo, que los sacramentos tenían eficacia solo cuando el que los recibía había ya sido transformado por Dios mediante su gracia. Como la gracia de Dios estaba estrictamente limitada a los elegidos, la iglesia no tenía que preocuparse por la conversión de los que estaban fuera, sino tratar de purificarse a sí misma a través de una severa disciplina y riguroso ascetismo. El jansenismo alcanzó considerable prominencia por algún tiempo en Europa. Uno de sus más ilustres adeptos fue Pascal. El movimiento fue repetidamente censurado y condenado por la iglesia de Roma. Los jansenistas sufrieron ataques y persecuciones, excepto en Holanda donde fue tolerado y pudo prosperar.

Jerónimo (c.345-c.419). Erudito y traductor de las Escrituras a quien se considera como uno de los cuatro grandes "doctores de la iglesia". Su rasgo saliente en la historia es haber traducido la Biblia de los idiomas originales, hebreo y griego, al latín común, produciendo la versión que hasta hoy se conoce como la Vulgata. Jerónimo se distingue también por la vasta cultura que adquirió, especialmente en idiomas, y por haber escogido y proclamado la vida ascética. Después de estudiar en Roma —donde se dice que pasaba los domingos en las catacumbas traduciendo las inscripciones— viajó a las Galias y allí conoció y entró en contacto con el monasticismo. A su regreso reunió a su alrededor a unos cuantos interesados en el ascetismo, pero luego dejó el grupo y se fue al oriente para hacer vida de ermitaño en una cueva cerca de Kealkis (Grecia). Allí pasó cuatro años, los que dedicó a perfeccionar sus conocimientos de griego y hebreo. Viajó luego a Antioquia, donde oyó a Apolinar, y después a Constantinopla, donde se relacionó con Gregorio de Nacianzo. Vuelto a Roma continuó predicando el ascetismo y se atrajo el interés de muchas mujeres que

adoptaron sus ideas y quisieron aun acompañarle a Tierra Santa. Jerónimo entró en controversias teológicas con muchas de las grandes figuras eclesiásticas de su época, entre ellas Orígenes, Pelagio, y Agustín.

Juan Crisóstomo (c.344-407). Obispo de Constantinopla y uno de los más célebres padres griegos de la iglesia. De inclinación ascética, vivió como ermitaño en el desierto diez años, lo cual afectó seriamente su salud. Del desierto pasó a Antioquia, donde estuvo doce años predicando, y era tal su elocuencia que se ganó el sobrenombre con que desde entonces se le conoce, "Crisóstomo", que en griego quiere decir "pico (o boca) de oro". Sus críticas ascéticas a la mundanalidad de la corte le atrajeron las iras de la emperatriz Eudoxia, la que lo hizo desterrar a un lugar en las montañas de Armenia. Desde allí Juan Crisóstomo ejercía su influencia y comunicaba sus ideas por carta. Entonces la emperatriz lo hizo trasladar de nuevo —a pie y a cabeza descubierta bajo el quemante sol— al poblado de Pytius en el desierto. A resultas de este cruel abuso, enfermó gravemente y murió poco tiempo después. Dejó su pensamiento teológico en numerosas obras, entre ellas diversas homilías y comentarios.

Juan de la Cruz (l542-1591). Es un ejemplo del misticismo religioso que floreció a continuación de la Edad Media. Juan de la Cruz —su verdadero nombre era Juan de Yepes y Álvarez— se inició en la vida monástica en el monasterio de los frailes carmelitas en Medina del Campo, España. Fue amigo de Teresa de Ávila (Santa Teresa de Jesús), cuya influencia lo llevó a proponer ciertas reformas en la orden de los carmelitas, lo que luego dio lugar a una enconada división entre carmelitas "calzados" y "descalzos". Por causa de esto Juan de la Cruz se vio objeto de acerbas críticas, persecuciones, y aun la cárcel. En la adversidad, sin embargo, su misticismo se acentuó y sus sufrimientos se sublimaron en la expresión poética. Los poemas que entonces compuso llegaron a ser piezas clásicas de la literatura española para siempre. Son universalmente conocidos y citados en textos y antologías, por ejemplo, su "Cántico espiritual", "Noche oscura del alma", y "Llama de amor viva". El primero de estos sigue claramente en contenido y forma al Cantar de los cantares del Antiguo Testamento. Canonizado más tarde por la Iglesia Católica, el brillo literario de Juan de la Cruz deja en segundo plano sin embargo a su importancia religiosa.

Juliano el Apóstata (c.331-363). Emperador romano que representa en la historia un singular y vano intento de restauración del paganismo. Juliano era cristiano desde su niñez, pero las enseñanzas de un instructor, el eunuco Mardonio, despertaron en él un interés por la cultura y las tradiciones del paganismo. Este interés se avivó aun más en sus estudios en Constantinopla y Atenas y especialmente en Nicomedia, donde escuchó al famoso retórico Libanio, quien exaltaba las cualidades del paganismo, Juliano decidió entonces "convertirse" al paganismo, lo que le ganó el apelativo de "apóstata" con que su nombre pasó a la historia. Al ser proclamado emperador por sus legiones en 361 —luego de distintas peripecias y campañas—, Juliano abrió una época de tolerancia enderezada a favorecer y estimular el desarrollo de los cultos paganos. Los templos fueron abiertos y los sacrificios instaurados. Pero el paganismo estaba ya muerto. Juliano hizo al final amagos de persecución contra los cristianos pero todo fue inútil. Su intento terminó definitivamente con su muerte en Persia.

Justino Mártir (c.100-c.165). De familia gentil en un lugar cerca de Samaria, se dedicó desde muy temprano a una intensa vocación intelectual. Se familiarizó con las principales filosofías de su tiempo: estoicismo, aristotelismo, pitagorismo, y platonismo. En el curso de una conversación con un anciano descubrió el cristianismo, al que consideró "ciertamente

una valiosa filosofía", y luego de su conversión se dedicó con pasión a la defensa y propagación de la nueva doctrina. Para él Cristo era la encarnación del Logos, el cual, como dice Juan en su evangelio, había existido "desde el principio". Justino escribió dos *Apologías*, una dedicada al emperador Antonino Pío y la otra dirigida al emperador Marco Aurelio. Más que ninguno otro de los apologistas, Justino declara con frecuencia que Cristo salva con su muerte en la cruz y con su resurrección También escribió un *Diálogo con Trifo*, en el que narra sus conversaciones con un judío. La principal importancia de Justino está en el hecho de que fue el primer pensador cristiano después de Pablo que captó la esencia universal del cristianismo. Murió bajo el prefecto romano Rústico, quien envió a la muerte a muchos cristianos.

Kagawa, Toyohiko (1888-1960). Cristiano japonés de extraordinario celo y pasión por la causa de los pobres y oprimidos. Era hijo ilegítimo de un rico ministro del gabinete y de una bailarina (geisha) pero quedó huérfano a los cinco años. Estando en la escuela, una maestra cristiana influyó en su vida y la obra de dos misioneros lo llevaron a su conversión a los quince años, lo que hizo que su familia lo desheredara. En lo adelante la vida de Kagawa fue en ascenso creciente en el testimonio y el servicio de Cristo. Aunque enfermó de tuberculosis, continuó su educación y a la vez se entregó por entero a la vocación de servir a los humildes y necesitados. Se fue a vivir en las barriadas más miserables de las ciudades, sufriendo la privación, la suciedad, y las enfermedades de tales ambientes. Alentaba el ideal de una justicia social inspirado en el evangelio —algo que algunos han llamado "socialismo cristiano"—. Kagawa era además un místico, ascético y pacifista. Su fervorosa dedicación y su vida de trabajo y penitencia no le impidieron escribir libros de un estilo único y conmovedor: *Antes del amanecer*, *Cristo y el Japón, Amor*, *La ley de la vida*, entre otros.

Kant, Inmanuel (1724-1804). Filósofo alemán cuya idea básica de que el conocimiento de Dios es imposible ha tenido profunda influencia en el protestantismo. Algunos hallan una conexión entre el Dios no cognoscible de Kant y el Dios "totalmente otro" de Barth. Curiosamente, el propio razonamiento de Kant de que a Dios no se le podía encontrar a través de "pruebas" de su existencia —él decía que todas esas pruebas tenían que ser dejadas a un lado—, abre la puerta a la fe. Aunque Dios escapa al conocimiento, la misma razón sin embargo reclama su existencia, ya que la ley moral demanda de nosotros el más alto grado de virtud, la cual solo puede venir de Dios. El pensamiento de Kant aparece principalmente en su obra *Crítica de la razón pura*.

Kempis, Tomás de (c.1380-1471). Místico y asceta alemán cuyo nombre ha pasado a la fama universal como autor del manual de ética *La imitación de Cristo*. Es un libro devocional dirigido a ayudar al alma a establecer comunión con Dios. Lo que hace a este libro aceptable a todos los cristianos, sean católicos o protestantes, es su énfasis en la persona de Cristo y en el compañerismo con él. Aunque el nombre de Kempis ha quedado para siempre asociado a *La imitación de Cristo*, algunos investigadores dudan de que haya sido él realmente el autor. Después de la Biblia, es el libro que ha alcanzado mayor circulación y ha sido traducido a más idiomas. Tomás de Kempis pasó casi toda su vida recluido en un monasterio, donde su principal actividad era el copiar las Escrituras y otros libros.

Kierkegaard, Soren Aaby (1813-1855). Filósofo danés cuyo nombre ha sido asociado al concepto del existencialismo. Esto requiere cierta cuidadosa distinción de la aplicación moderna de este término. El existencialismo de Kierkegaard parte de su interés en la

existencia humana en contraste con la especulación filosófica y la religión formalista apartada de las realidades inmediatas de la vida. El pensamiento de Kierkegaard toma forma a lo largo de una vida de intensa introspección y de reacción ante el cristianismo visible a su alrededor. Estas fueron las influencias de mayor impacto en su espíritu: el idealismo alemán en general, contra el cual reaccionó; el pensamiento helénico, al cual se consideraba en deuda; la idea de Dios como totalmente otro; y un sentido profundo de la demanda personal del cristianismo del Nuevo Testamento en contraste con la tibieza e indiferencia del cristianismo oficial de su tiempo. En todo, especialmente hacia el final de su vida de agonía y meditación, Kierkegaard proclamó la necesidad de un cristianismo radical y absolutamente sincero, algo que él no encontraba en la religión establecida de las iglesias y denominaciones. Entre sus últimas obras se citan *Etapas del camino de la vida* (1845), *La enfermedad mortal* (1849), y *La escuela del cristianismo* (1850).

Knox, John (c.15141572). Reformador escocés cuyas ideas y recia personalidad ejercieron decisiva influencia en el rumbo histórico-religioso de Inglaterra y particularmente de Escocia. Era cura católico pero a través de conversaciones con algunos amigos prominentes se convirtió al protestantismo. En adelante su vida fue una continua sucesión de movidas experiencias alrededor de su fe y sus convicciones. Viajó a varios países del continente y en Ginebra estuvo en contacto con Calvino, cuya teología adoptó con entusiasmo como patrón de su militancia evangélica. Vuelto a Escocia expresó sin cortapisas sus opiniones y tomó parte activa en las luchas turbulentas de la monarquía en medio de la división católico-protestante. Su posición inflexible lo puso frente a la católica María Tudor, reina de los escoceses, a la vez que no era bien visto en la corte de Isabel de Inglaterra. Pero aun con peligro de su vida, Knox no cesó en ningún momento de predicar contra lo que consideraba "idolatría" tanto en el catolicismo como en la misma Iglesia Anglicana. Su calvinismo se expresó en formas de organización eclesiástica que dieron origen a la Iglesia Presbiteriana de Escocia. Escribió un Libro de disciplina y, su obra más importante, una *Historia de la religión reformada en el reino de Escocia*.

Lactancio (c.240-c.320). Retórico, historiador, y apologista cristiano. Representa uno de los primeros intentos de presentar el evangelio en armonía con la razón y sin entrar en profundidades teológicas de modo de hacerlo aceptable a personas de refinada intelectualidad y cultura. Habiendo sido nombrado por el emperador Diocleciano para una cátedra de retórica en Nicomedia, creyó necesario renunciar cuando empezaron las persecuciones y en consecuencia se vio sumido en la pobreza. En su exposición de la fe a través de sus escritos trató de evitar la terminología cristiana, alcanzando un estilo que se ha comparado al de Cicerón. En efecto, llegó a ser conocido como el "Cicerón cristiano". En su obra *Instituciones divinas* demuestra la falsedad del paganismo y expone la verdad de la doctrina cristiana; en *Sobre la ira de Dios* combate las filosofías de los estoicos y los epicúreos. Dejó también otras obras del mismo carácter intelectual y apologético.

León I El Magno (c.400-461). Papa que se distingue por su defensa de la fe frente a las herejías de los monofisitas, maniqueos, y pelagianos, y por su habilidad como mediador tanto en las controversias internas, políticas y religiosas, como en las amenazas de los invasores bárbaros. Consiguió disuadir a Atila de su intento de destruir a Roma e influyó con los vándalos para que no asesinaran al pueblo, contentándose con arrasar y saquear la ciudad. Envió representantes al concilio de Calcedonia (451), convocado por el co-emperador Marciano, en el cual se adoptó la doctrina cristológica propuesta por León. La esencia de su pensamiento se centra en la persona de Cristo.

Lutero, Martín (1483-1546). El más notable —aunque no el primero— de los grandes reformadores. Lutero cambió el curso de la historia al desafiar con valentía el poder del papado y del imperio, sosteniendo puntos de vista contrarios a las prácticas y ordenanzas de la religión establecida, el catolicismo. La principal doctrina evangélica que Lutero alzó contra el sistema ritualista de penitencias fue la de que la salvación es por gracia solamente, no por obras. El segundo gran punto doctrinal de Lutero es el de que la autoridad final en materia de fe y conducta reside en las Escrituras, por encima del criterio de los papas y de los concilios de la iglesia. Este punto lleva por consecuencia lógica a uno de los principios cardinales de la Reforma: el conocido como sacerdocio universal de los creyentes.

Lutero se inició en la vida religiosa como monje agustino. Su aspiración era estudiar leyes, pero un día estuvo a punto de morir al ocurrir cerca de él un rayo, y en un instante de terror hizo el voto de tomar las órdenes y dedicarse al sacerdocio. En lo adelante su vida espiritual fue un tormento terrible de autoacusación y de culpa.

Su conciencia gemía bajo la carga de sus pecados, y buscando ansiosamente alivio cumplía rigurosamente todos los requisitos y ordenanzas de la iglesia, más una serie de crueles penitencias que se impuso con el fin de castigar su naturaleza pecadora y alcanzar, si era posible, el mérito de la justificación. Así pasó mucho tiempo. Se dio a una lectura acuciosa de las Escrituras, mientras su superior contribuyó a alumbrarle su confusión recordándole que Dios era un Dios de amor en Cristo antes que el Juez temible y vengador que Lutero imaginaba. Pero fue en las Escrituras donde al fin se le abrió la puerta del perdón y de la paz. El texto de Habacuc 2:4, citado por Pablo en Romanos 1:17, "Mas el justo por la fe vivirá", fue la chispa de luz que, junto con otras porciones de las Escrituras, como el libro de Gálatas, disipó las tinieblas de su alma. Lutero experimentó una paz y un gozo indescriptibles.

Pero este descubrimiento abrió también sus ojos a las prácticas viciosas de la iglesia de su tiempo. Un día en Wittenberg tropezó con un dominico vendedor ambulante que proponía indulgencias. El Papa León X había puesto a la venta estos documentos con el fin de recaudar fondos para erigir una nueva capilla de San Pedro en Roma. El hecho hirió la más íntima sensibilidad de Lutero, provocándole intensa indignación y repugnancia. Comenzó a predicar con fogosa elocuencia contra la práctica de las indulgencias, instando al creyente a poner su confianza solamente en la gracia salvadora de Cristo. Declaró que estaba dispuesto a ir a un debate sobre la cuestión y poco después clavó en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus famosas *95 Tesis*, en las que exponía los puntos esenciales de su posición teológica. De estas tesis, la más notable tal vez es la número 62, que decía: "El verdadero tesoro de la iglesia es el santísimo evangelio de la gloria y la gracia de Dios."

A partir de este momento, la trayectoria de Lutero está llena de las más dramáticas y formidables experiencias, tanto en el terreno puramente religioso como en el histórico-político. Lutero fue citado a Roma para rendir cuentas de sus pronunciamientos ante el Papa León X; pero la intervención del elector Federico el Sabio hizo que la audiencia se fijara para Augsburgo, donde su vida estaría más protegida. Más tarde se vio en el caso de responder de sus ideas ante la Dieta del emperador Carlos V reunida en Worms. Allí, conminado a retractarse, se negó de plano, respondiendo con su histórica declaración de que: "A menos que se me refute y convenza con el testimonio de las Escrituras, o con argumentos bien claros, mi conciencia está atenida a la Palabra de Dios. Ni puedo retractarme ni me retractaré. Mi posición es invariable y en ella me mantengo, así Dios me

ayude. Amén". Esta actitud, no obstante el salvoconducto del emperador, lo puso en grave peligro de caer en manos de las autoridades eclesiásticas y ser llevado al martirio. Una vez más, su protector, el elector Federico, le salvó la vida, haciéndole secuestrar en el camino a la salida de Worms y llevándole secretamente a su castillo en Wartburgo. Allí pasó Lutero diez meses, tiempo que aprovechó para traducir la Biblia al alemán.

Hay muchos otros hechos de importancia histórica en que se vio envuelto más o menos directamente. En la rebelión de los campesinos contra los príncipes, proclamó el principio de autoridad y condenó enérgicamente la rebelión, exhortando a los príncipes a reprimirla con severidad. Sostuvo una polémica con Erasmo sobre el tema del libre albedrío, y otra con Zwingli y varios más sobre el concepto de la Santa Cena. Lutero insistió en que las palabras de Cristo, "Este es mi cuerpo" y "Esta es mi sangre", habían de tomarse literalmente. No aceptaba el sentido figurado ni el simbólico. Su posición al respecto ha sido erróneamente definida como "consubstanciación".

Una vida tan llena de actividad no impidió a Lutero el producir una copiosa cantidad de libros, ensayos, y tratados. En 1525 se casó con la ex monja Katharina Von Bora, con la que tuvo seis hijos. Su hogar fue un hogar feliz, la casa siempre llena de estudiantes, parientes, y amigos. Con la excepción de Jesús, Lutero es el hombre de quien se han escrito más libros en el mundo.

Manes (216-177). Aristócrata persa que se crió en Babilonia y, tras un período en el que se dice haber tenido revelaciones y visiones, fundó un movimiento religioso que resultó una mezcla de zoroastrianismo y budismo sobre un fondo cristiano. Bajo la protección de varios reyes de Persia se dio a difundir su mensaje. Escribió libros y cartas de los cuales se extrajo el Canon Maniqueo con las bases de su doctrina. El maniqueísmo proclamaba la existencia de un dualismo de poderes divinos opuestos: la luz, o el dios bueno, y las tinieblas, o el dios malo. Entre estos dos principios se libra una guerra encarnizada. El dios bueno creó al hombre primitivo, pero las tinieblas hicieron que fuera vencido por la materia. El hombre actual es creación del dios malo, y solo podrá redimirse a través del conocimiento de la verdadera ciencia. El maniqueísmo prosperó y se extendió por Persia, India, Tibet, China y Turquestán; y en occidente por el norte de África y el sur de Italia. Su influencia alcanzó a muchas figuras notables. Agustín, por ejemplo, fue maniqueísta en su juventud.

Marción (siglo II). Un rico y prominente hereje griego que vino a Roma y se unió a una congregación cristiana, pero fue excomulgado al conocerse sus ideas que radicalmente se apartaban de la fe ortodoxa. Marción sostenía que el Dios del Antiguo Testamento, el Creador del cosmos, era un Dios diferente e inferior al Dios Padre de Jesucristo, que era el Dios bueno que vivía alejado del mundo. Su figura modelo era Pablo, a quien tenía por el verdadero intérprete del evangelio de Jesús. Marción creía solo en un Dios de gracia y redención, un Dios de amor, y rechazaba la idea de que a Dios pudiera temérsele. En cuanto a las Escrituras, rechazaba totalmente el Antiguo Testamento. Aceptaba como Escrituras solo algunas epístolas de Pablo —de las demás tenía dudas en cuanto a su autenticidad— y el Evangelio de Lucas y el libro de los Hechos. Pero estas mismas porciones las había expurgado y corregido de todo aquello que significara una relación y conexión con el Antiguo Testamento. Marción creía en el regreso inminente de Cristo, *parousía*, y con tal motivo predicaba el celibato universal. Marción fue refutado con singular firmeza y elocuencia por Tertuliano. No obstante, su herejía se mantuvo por más de dos siglos en la historia del cristianismo. La herejía marciana tuvo la virtud de obligar a

los dirigentes ortodoxos a estudiar seriamente el problema del mal, así como lo que dice la Biblia acerca de la creación y la redención, y a reexaminar con cuidado los escritos de Pablo. A su tiempo, la influencia negativa de Marción abrió los ojos de la iglesia a la necesidad de decidir el canon de las Escrituras.

Melanchton, Philip (1497-1560). Un hombre de disposición tranquila, casi tímido, pero de una extraordinaria cultura humanista, que conocía a perfección las lenguas griega, latina, y hebrea. Llegó a ser segundo de Lutero en el movimiento iniciado por este, siendo considerado, con Calvino, uno de los tres grandes reformadores. Su contribución al luteranismo está principalmente en el campo de la exposición doctrinal. Escribió la primera dogmática protestante, *Loci communes*, y una *Suma de doctrinas evangélicas*. Ante la situación de controversia entre el protestantismo, los poderes seculares, y la iglesia católica, produjo su obra maestra de exposición teológica, la *Confesión de Augsburgo*. Aunque ocasionalmente sostuvo alguna diferencia de puntos de vista con Lutero, por ejemplo, en cuanto al concepto de la Cena del Señor, fue siempre devoto amigo y defensor de este, quien al morir lo dejó como figura principal del movimiento luterano. Aunque claro y preciso en su posición respecto a los principios básicos de la Reforma, Melanchton adoptó una actitud conciliatoria hacia las distintas ramas del movimiento y aun hacia el catolicismo.

Montano (siglo II). Un sacerdote pagano de Cibeles que se convirtió al cristianismo y fundó una secta intensamente ascética y dedicada a la proclamación de la era del Espíritu Santo y la venida inminente de la Nueva Jerusalén. Esta secta o movimiento es conocido en la historia como montanismo. El montanismo constituyó una rama radical independiente de la iglesia organizada. Alcanzó enorme popularidad y se extendió por Asia Menor, Europa, y África. Tertuliano, el famoso teólogo y apologista, fue atraído en sus últimos años hacia el montanismo al sentirse defraudado por el formalismo y los síntomas de corrupción que observó en la iglesia. En el siglo III la iglesia condenó al montanismo, aunque continuó como una protesta contra el creciente secularismo y falta de espiritualidad del cristianismo ortodoxo.

Moody, Dwight L. (1837-1899). Pastor y evangelista que conmovía muchedumbres a la vez que organizador y emprendedor incansable, Moody constituye un ejemplo de fervor y actividad cristiana comparable en los días presentes quizás a Billy Graham. Empezó su vida pobremente en las cercanías de Boston. Fue a esta ciudad en busca de trabajo y allí comenzó a asistir a una iglesia congregacional. La influencia de su maestro de escuela dominical fue decisiva en su conversión. De Boston se trasladó a Chicago donde empezó un próspero negocio de zapatos y al mismo tiempo se dedicaba a predicar a los transeúntes en lugares improvisados. Al cabo se resolvió a dejar el negocio para entregarse de lleno a la obra del evangelio. En compañía de un músico que había conocido en una convención de escuelas dominicales se fue a Inglaterra y Escocia en una campaña evangelística. El éxito fue tal que en Londres en un período de dos meses más de dos y medio millones de personas acudieron a oírle. A su regreso a Estados Unidos Moody continuó más activo que nunca, no solo como predicador evangelista sino como fundador de seminarios para jóvenes y muchachas y una sociedad bíblica que fue el antecedente del actual Instituto Bíblico Moody en Chicago. En su estilo de predicar Moody desdeñaba los recursos histriónicos, prefiriendo hablar en forma sobria de las verdades de la Palabra de Dios. Se ha dicho que en sus viajes y campañas la predicación de Moody alcanzó a más de 100 millones de personas.

Nestorio (-c.440). Presbítero y monje de Antioquia que alcanzó notoriedad como predicador. Su nombre ha quedado asociado en la historia de la iglesia con una de las primeras herejías de las disputas cristológicas. Nestorio, que probablemente fue discípulo de Teodoro de Mopsuesto, también de la escuela de Antioquia, sostenía que en Cristo coexistían separada y distintamente las dos naturalezas, la divina y la humana. Argüía él que la fusión de las dos en una era algo imposible. Como parte de su argumento decía que María no podía ser considerada como "madre de Dios" sino como "madre de Cristo" ("madre" en el sentido de haber llevado a la criatura en el vientre). Nestorio exponía su doctrina con tanta vehemencia que Cirilo de Alejandría lo denunció en el concilio de Éfeso (431), el cual declaró anatema a Nestorio y lo tachó de hereje. El emperador lo condenó al destierro a un monasterio en Antioquía y más tarde a Egipto, donde murió. Pero Nestorio tuvo muchos seguidores, los cuales formaron un grupo aparte que dio lugar a la iglesia persa. La herejía nestoriana se entiende mejor en comparación con el punto de vista ortodoxo adoptado en el concilio de Calcedonia (451), el cual declaró que las dos naturalezas de Cristo, divina y humana, eran "inconfundibles, incambiables, indivisibles, e inseparables".

Newman, John Henry (1801-1890). Figura destacada de la historia de la iglesia en Inglaterra que se hace notar por su tránsito gradual de una posición evangélica a una anglicana a una católica. Newman entró en la universidad de Oxford y allí fue convencido por amigos a adoptar la fe anglicana. El argumento que lo impresionó fue el de la divina misión de la iglesia. Por algún tiempo alentó la aspiración de demostrar que la Iglesia Anglicana era una *vía media* entre el protestantismo y el catolicismo. Esta posición se basaba en la creencia en una "iglesia primitiva" unida e inseparable. Por algún tiempo compartió su predicación desde el púlpito con la diseminación de tratados. Tantos estos como sus sermones llevaban el propósito de proclamar su concepto de la unidad de la iglesia. Pero el tratado número 90 —un intento de reconciliar los Treinta y nueve Artículos (de la Iglesia Anglicana) con el romanismo— le hizo objeto de muchas críticas y censuras. Sus investigaciones acerca de la iglesia primitiva le llevaron a escribir un libro, *Los arrianos* del siglo cuarto, y a la vez despertaron en su mente serias dudas en cuanto a la Iglesia Anglicana, dudas que se renovaron más tarde cuando estudiaba la controversia monofisita —el extremo opuesto al nestorianismo—. Como resultado, decidió dejar la Iglesia Anglicana (1843), y dos años después fue recibido como católico. Su carrera de católico pareció por algunos años ser una sucesión de fracasos. En respuesta a ataques personales escribió una breve autobiografía, lo cual le hizo de nuevo personaje prominente. En 1870 publicó otro libro en defensa de la fe religiosa, Gramática del asentimiento, y en 1879 fue hecho cardenal.

Newton, Sir Isaac (1642-1717). La importancia de Newton en la historia de la iglesia descansa principalmente en el hecho de ser a la vez el padre del pensamiento científico moderno y un hombre de fe y convicciones cristianas. Desde su conversión como estudiante en Cambridge el fin primordial de su vida, paralelo a su vocación y excepcional talento como físico y matemático, fue el entendimiento de las Escrituras. Aunque de filiación anglicana, rechazó el bautismo infantil y en su teología se inclinó al arrianismo —la herejía que niega la eternidad de Cristo con el Padre, i.e., el Hijo vino después en el tiempo, engendrado por el Padre—. La falta de ortodoxia de sus puntos de vista en cuestiones de fe pasó desapercibida de sus contemporáneos. Newton rehuía a la polémica tanto en materias religiosas como científicas. No obstante, aunque en su madurez perdió mucho de la generosidad de su juventud y se hizo intolerante con quienes osaban contrariarle en algún sentido, su vida en general fue ejemplo de piedad y devoción. Este

aspecto de la vida de Newton ha sido casi eclipsado del conocimiento público por la sombra gigantesca de su genio en el campo de las ciencias.

Nicolás de Mira, San (siglo IV). La vida de este santo está entretejida por la leyenda. Se cree que entró en el monasterio de Sión, cerca de Mira, donde más tarde sería nombrado abad y luego obispo. Algunos dicen, aunque no existe confirmación documental, que asistió al concilio de Nicea en 325. Se cree también que sufrió crueles torturas y prisión durante la persecución del emperador Diocleciano. Mucho después de su muerte, sus huesos fueron transportados a Italia en el siglo trece por unos mercaderes, y se agrega que los huesos efectuaron numerosos milagros. Durante la Edad Media San Nicolás fue uno de los santos más populares y venerados. Posteriormente la leyenda ha transformado a San Nicolás en el personaje que la víspera de Navidad entra por las chimeneas de las casas para dejar regalos a los niños. Esta leyenda ha absorbido la atención en muchos países, especialmente Estados Unidos, del relato bíblico acerca del nacimiento del Salvador. El nombre de San Nicolás derivó en Santa Claus por la pronunciación holandesa de "Saint Nikolaas".

Niebuhr, Helmut Richard (189s1962). Teólogo neo-ortodoxo de la escuela liberal de origen evangélico, pastor y luego profesor de seminarios y universidades y por último de Yale. Intensamente preocupado con los problemas socioeconómicos de su tiempo, abandonó su liberalismo tras la experiencia de la Segunda Guerra Mundial. Escribió numerosos libros, entre ellos *Las fuentes sociales del denominacionismo*, *El reino de Dios en América*, *El sentido de la revelación*, y *Cristo y la cultura*.

Niebuhr, Reinhold (1893-1971). Como su hermano Helmut, teólogo neo-ortodoxo de la escuela liberal, sólo que Reinhold avanzó un poco más en la ideología liberal y llegó al campo del socialismo. Creía en la participación activa del cristianismo en los problemas socioeconómicos. De acuerdo con sus ideas, siendo profesor del Seminario Teológico de Nueva York, contribuyó a la creación del Concilio Nacional de Iglesias, del partido Liberal de Nueva York, y de la sociedad liberal "Americanos por la Acción Democrática". Aunque en 1930 aspiró a un asiento en el Congreso por el partido Socialista, luego de la experiencia de la guerra refrenó un tanto su avanzada teología y luchó por mantener a los comunistas fuera de los asuntos de la democracia. Ha sido una figura muy influyente en el protestantismo norteamericano. Escribió numerosos libros de fondo, de los cuales pueden citarse *Hombre moral y sociedad inmoral*, *La naturaleza y el destino del hombre*, *Fe e historia*, *Realismo cristiano y los problemas sociales*.

Orígenes (c.185-c.254). Teólogo de Alejandría y uno de los primeros pensadores y escritores de la iglesia. De joven sufrió la pérdida de su padre, hecho mártir por la persecución de Septimio Severo. Orígenes trató de ir a morir junto a su padre pero fue impedido por su madre, quien le ocultó las ropas. Estudió en la Escuela Catequética de Alejandría y cultivó una vocación hacia el monasticismo. En su juventud, aparentemente tomando literalmente Mateo 19:12, se castró a sí mismo. En la escuela de Alejandría se hizo famoso por su palabra y su cultura, y cientos acudían a oírle. Tuvo dificultades con los obispos por predicar sin ser ordenado y fue a establecerse en Cesarea, donde fundó una escuela que se hizo famosa. Allí continuó predicando y escribiendo. Allí le alcanzó la persecución de Decio en 250. Fue puesto en cadenas y torturado. Parte de sus torturas fue un doloroso collar de hierro. Por último fue lanzado a un oscuro calabozo. Cuando al fin fue puesto en libertad, no pudo vivir mucho tiempo más.

Orígenes es uno de los padres griegos de la iglesia. Influyó profundamente en el pensamiento de Eusebio, de Gregorio, y de Jerónimo entre otros. Escritor prolífico, unos estiman el número de sus obras en 6.000, otros en 2.000, algunos, como Jerónimo, en 800. No obstante que sus ideas fueron condenadas por algunos, como el sínodo de Constantinopla en 543, orígenes fue el primero en enseñar teología en forma sistemática y fue un pensador profundo y convincente.

Pascal, Blaise (1623-1662). Prodigio matemático, físico, pensador religioso, y estilista literario, Pascal procedía de una familia acomodada del centro de Francia. La madre murió siendo él muy niño y el padre se trasladó con la familia —Pascal y dos hermanas— a París, atraído por la atmósfera intelectual. Él mismo actuó de tutor de sus hijos, enseñándoles aritmética, Biblia, y geometría. Pascal dio muy pronto muestras de su extraordinario genio matemático, descubriendo algunas leyes y principios que son básicos hasta el día de hoy. Preocupado porque su padre tenía que emplear varias horas haciendo cálculos como colector de impuestos, se puso a pensar e inventó una máquina calculadora, basada en una serie de discos rotantes, la que desde entonces ha sido la base de las calculadoras mecánicas hasta el día de hoy. En 1654 Pascal experimentó una visión extática que le llevó a una conversión total a la fe de Cristo. Como resultado se puso a escribir una *Apología de la fe cristiana*. Nunca pudo terminar la obra pues murió a la edad de treinta y nueve años, dejando solo notas sueltas con sus pensamientos. En 1657 apareció su obra *Cartas provinciales*, una serie de escritos en que satiriza a los jesuitas en defensa del jansenismo. A su muerte en 1662, sus amigos recogieron las notas de su apología inédita, las ordenaron y las publicaron con el título de *Pensamientos*, que es la obra maestra de Pascal, en la que aparece su fe en Cristo como el único camino de gracia hacia la salvación.

Pelagio (c.360-c.422). Un monje inglés que se estableció en Roma hacia 383 y se dedicó a enseñar doctrinas que discrepaban del pensamiento ortodoxo de la iglesia. Pelagio tuvo gran influencia y su nombre está asociado al de otros notables maestros cristianos de su tiempo: Celestio, Rufino, Paulino, y otros. Las ideas proclamadas por Pelagio constituyen una de las grandes herejías de los primeros siglos de la iglesia. En esencia, Pelagio enseñaba que el hombre tiene capacidad en sí mismo para alcanzar la perfección. El pecado ha de verse como un hecho aislado, no como una cuestión de naturaleza. Sostenía que Adán habría muerto aunque no hubiera pecado. Su doctrina, pues, constituye un rechazo al concepto de la gracia tal como lo exponen Pablo, Agustín, y otros. Cualquier hombre, sostenía Pelagio, si se lo propone con decisión, puede alcanzar la perfección por sí mismo, y no necesita de la intervención de Dios para salvarse. La doctrina de Pelagio fue propagada en África por Celestio y combatida por Agustín en varios tratados. En Palestina fue combatido por Gerónimo. El pelagianismo fue condenado por los concilios de Cartago (416, 418) y de Éfeso (431).

Policarpo (c.70-c.160). La tradición tiene que Policarpo fue discípulo de San Juan el apóstol; pero esto no ha sido documentado. Policarpo pasó a la historia más bien como el manso y bondadoso obispo de Esmirna que impresionaba a todos por la bondad y gentileza de su carácter. No fue un filósofo o pensador de profundas reflexiones, sino más bien un cristiano que con su vida y ejemplo irradiaba la esencia del evangelio. Durante la persecución del emperador Marco Aurelio —algo que contradecía sus enseñanzas de filósofo estoico—, Policarpo fue apresado y sufrió el martirio. Llevado a una gran plaza en medio de la ciudad fue conminado a abjurar de su fe en presencia de la excitada muchedumbre. Policarpo respondió: "Durante ochenta y seis años he servido a Cristo, y él jamás fue falso conmigo. ¿Cómo podría yo ahora blasfemar de mi Rey y Salvador?" De sus escritos se

conserva una carta que escribió a la iglesia de Filipos. Su contenido lo revela como una persona honesta y de buenos sentimientos. En una ocasión viajó a Roma en un intento de reparar la división entre las ramas oriental y occidental de la iglesia causada por la fecha de la Pascua de Resurrección. Policarpo habló entonces con el Papa Aniceto y en la conversación cada uno mantuvo su opuesto punto de vista. Pero Policarpo se ganó el respeto de todos por su carácter y sus bondadosas maneras.

Renán, Ernesto (1823-1892). Filósofo y filólogo francés, que tomó las órdenes menores católicas pero decidió no proseguir al sacerdocio y cuyo ascenso a la escala de la fama se debe a la publicación de su Vida de Jesús, obra en que presenta a Jesús desde un punto de vista estrictamente humanista, desprovisto de toda aureola de divinidad. Esta obra satisfizo al pensamiento humanista liberal contemporáneo pero creó gran desagrado en círculos católicos y protestantes igualmente. Renán sostenía que por medio de la ciencia el hombre era capaz de resolver todos sus problemas. Renán continuó su obra de investigador y filólogo y continuó con una*Historia del cristianismo* (7 volúmenes) y más tarde con otra Historia del pueblo de Israel. Fue designado profesor de hebreo en el Colegio de Francia, pero fue dejado fuera ante el furor levantado por su obra sobre Jesús.

Russell, Charles Taze (1852-1916). Dueño de varias camiserías que se propuso hallar en la Biblia una fecha para la segunda venida de Cristo. En el empeño rechazó las doctrinas del infierno y de la Trinidad y redujo la persona de Cristo al "primero de los seres creados". La primera fecha para la segunda venida de Cristo la fijó para 1874, y cuando el tiempo pasó sin que nada ocurriera señaló una nueva fecha, 1914. En 1884 fundó la Sociedad de Tratados Atalayas de Sión y luego publicó su obra en seis volúmenes *Estudios de las Escrituras*. La vida de Russell estuvo plagada de incidentes escandalosos: aventuras extramatrimoniales seguidas de un divorcio a medias; condena por fraude en un juicio al que fue acusado de vender "trigo milagroso"; perjurio en otro juicio que él mismo interpuso de reclamación contra un Rdo. Ross, que había censurado públicamente sus doctrinas y su falta de preparación teológica: Russell no pudo identificar las letras cuando en el juicio le fue mostrado el alfabeto griego luego de haber jurado que conocía este idioma. Viajó extensamente y se distinguió como orador y escritor. Sus sermones se publicaban en unos 1.500 periódicos.

Rutherford, Joseph Franklin (1859-1942). Fue el sucesor de Russell como cabeza del grupo que hasta entonces era conocido como los "ruselistas". Fue él quien cambió el nombre de la secta para el que actualmente tiene de "Testigos de Jehová". De más preparación que Russell, era abogado y escribió numerosos libros y folletos que sentaron las bases doctrinales de la secta. Russell había predicho que Cristo volvería en 1914, causando gran desaliento entre sus filas cuando tal evento no tuvo lugar. Pero en 1921 Rutherford "descubrió" que Cristo en efecto había venido en 1914 (solo que en forma invisible) y que había empezado a limpiar su templo espiritual en 1918. Cuando el Armagedón no vino y los "testigos" sumaban más de los 144.000 de Apocalipsis, Rutherford halló manera de inventar una segunda clase de los que recibirían las futuras bendiciones de Dios. Rutherford sostenía que las "altas autoridades" mencionadas en Romanos 13:1 son Jehová y Jesucristo, interpretación que ha sido rechazada en publicaciones modernas de los Testigos de Jehová.

Sabelio (siglo III). Presbítero y predicador del siglo tercero que da su nombre a la herejía llamada sabelianismo, la cual consiste en una negación de la Trinidad que asigna al Hijo y al Espíritu Santo simplemente la cualidad de aspectos o "modos" de Dios el Padre, por lo

que también se la llama modalismo. El sabelianismo es así un esfuerzo por enfatizar la unidad de Dios a expensas de la Trinidad. Una forma moderna de esta herejía se encuentra en la llamada iglesia unitaria. Sabelio no fue exactamente el primero en sostener este punto de vista. Noetos enseñó estas doctrinas en Esmirna, y su discípulo Epígono las llevó a Roma, donde Praxeas y Sabelio las adoptaron y se hicieron fanáticos propagadores de las mismas. Tertuliano satirizaba a Praxeas diciendo que había "crucificado al Padre y echado a volar al Espíritu Santo". El sabelianismo ha sido llamado también patripasianismo, porque implica que fue el Padre el que encarnó y sufrió la crucifixión Esta herejía fue combatida vigorosamente por Hipólito.

Savonarola, Girolano (14521498). Aunque el nombre de Savonarola se cita entre los precursores de la Reforma, tal concepto es debatible puesto que Savonarola jamás se opuso ni discutió el dogma de la iglesia. Lo que hizo fue combatir enérgicamente la corrupción que caracterizaba al papado bajo Alejandro VI. Savonarola llegó a declarar que Alejandro no representaba a Cristo sino a Satanás, proponiendo —aunque sin éxito— la formación de un concilio para deponer al falso Papa. Savonarola alcanzó la cumbre de su fama en Florencia, adonde llegó luego de haber predicado sin gran resonancia en esa misma ciudad y en las de Siena, Brescia, Ferrara, y Génova. Llegó por segunda vez a Florencia, entonces bajo Lorenzo de Médicis, e inauguró un estilo de predicación intolerante y fiero contra todo lo que fuera corrupción y vanidad. Muy pronto se atrajo la atención de las multitudes; las iglesias se llenaban y en las calles se hacían fogatas quemando los objetos, obras de arte, cosméticos, o libros que se consideraran inmorales o vanidosos. Savonarola avanzó en sus críticas a los Médicis, a los ricos, y al papado, y alcanzó un poderío que le convirtió en el verdadero dictador de la ciudad. Reformó la administración e implantó un sistema rígido de gobierno. De una ciudad de placeres sensuales Florencia se convirtió en un centro de riguroso ascetismo. Pero Savonarola se extendió demasiado en el uso de su poder. El Papa amenazó con poner a la ciudad bajo interdicto, y los vecinos más influyentes se alarmaron. De la noche a la mañana Savonarola comenzó a perder popularidad. Puesta en entredicho su conducta, propuso someterse a la prueba del fuego, y cuando por diversas circunstancias esta tuvo que ser pospuesta, fue acusado de cobardía. Apresado al fin, fue cruelmente torturado, colgado, y por último quemado en la hoguera pública.

Schweitzer, Albert (1875-1965). Una de las figuras más conspicuas del cristianismo contemporáneo, Schweitzer es ejemplo paradójico de dedicación y sacrificio personal a la causa de hacer bien a los pobres y necesitados y de un concepto teológico liberal que pone sombras de duda sobre la misión histórica de Jesús. En cuanto a lo primero, Schweitzer abandonó una carrera brillante como filósofo y músico, intérprete de Bach y especialista en órgano, con fama en toda Europa, para irse de misionero al África Ecuatorial y fundar un hospital en Lambaréné, Gabón. Este aspecto de su vida redobló su fama mundial y le hizo merecedor del Premio Nobel en 1952. Como teólogo, sin embargo, Schweitzer es heredero del liberalismo protestante alemán del siglo diecinueve, con su tradición de crítica histórica. En su estudio de Jesús, especialmente en su obra *La búsqueda del Jesús histórico*, Schweitzer cree haber descubierto al verdadero Jesús de los evangélicos a través del análisis histórico. Para él el Jesús histórico fue muy diferente al amado Maestro que veneran los cristianos. El Jesús de Schweitzer estaba bajo la influencia del pensamiento escatológico judío de su tiempo, y en consecuencia predicaba un advenimiento inmediato del reino mesiánico. Como esta predicción no materializaba, Jesús trató de precipitar los acontecimientos tramando su propia muerte. De acuerdo con este punto de vista, las enseñanzas de Jesús han de tomarse como ajustadas a circunstancias en que quedaba solo

breve tiempo al mundo existente. En otras palabras, la vida de Jesús estuvo orientada por una suposición equivocada. A pesar de esto, Schweitzer se contradijo a sí mismo arguyendo que, con su muerte, Jesús destruyó la escatología con arreglo a la cual había vivido y a la vez liberó a los hombres de ella. Schweitzer empleó el mismo método histórico-crítico para estudiar la vida del apóstol Pablo, sosteniendo también que el pensamiento paulino es producto de la escatología judía. En cuanto a posiciones doctrinales básicas del cristianismo, puede decirse que Schweitzer oscilaba entre el teísmo y el panteísmo.

Todo ello no obstante, su ejemplo inigualable y su sacrificio de "buen samaritano" lo hacen una de las figuras gigantescas en el cristianismo universal, una especie de San Francisco de Asís con una teología discutible y a duras penas aceptable.

Servet, Miguel (1511-1553). Conocido también como Serveto, su nombre ha pasado a la historia relacionado a la vez con las ciencias médicas y las controversias religiosas. Servet era un español que desde edad muy temprana se interesó en las cuestiones religiosas. Le atrajeron las ideas de Melanchton, pero pronto comenzó a desarrollar sus propias ideas mucho más radicales. Fue un "unitario" de su tiempo al negar la doctrina de la Trinidad. Esto le hizo caer en el concepto de hereje y se vio objeto de condenación y persecución tanto de parte de católicos como de protestantes. Escribió libros defendiendo sus ideas, y al verse perseguido adoptó un seudónimo, Miguel de Villanueva, y se dedicó al estudio de la medicina, en el cual se distinguió notablemente. Descubrió la circulación pulmonar de la sangre y ejerció la medicina en varias ciudades de Europa. Al mismo tiempo, continuó desarrollando su verdadero interés: la teología. Escribió una obra, *Christianismo restitutio*, refutando las ideas de Calvino en su obra *Institución de la religión cristiana*. Un ejemplar de este libro cayó en manos de Calvino, quien lo hizo denunciar al gran inquisidor de Lyon. Servet, que entonces se encontraba en Viena, decidió trasladarse a Italia, pero de manera inexplicable quiso hacer escala en Ginebra. Allí fue reconocido y hecho prisionero. Se le hizo un juicio y fue condenado a ser quemado vivo en la hoguera, aparentemente con el consentimiento de Calvino.

Smith, Joseph (1805-1844). El fundador de la secta que hoy se conoce como los "mormones" o Santos del último día, con base en el estado de Utah, Estados Unidos. Smith era oriundo del estado de Vermont, de donde pasó con su familia al de New York. A seguidas de su conversión, declaró haber tenido algún tiempo después una revelación en la que un ángel le indicaba dónde se encontraban unas láminas de oro inscritas en lengua hebrea. La traducción del mensaje resultó en el *Libro de Mormón*, que constituye la confesión de fe de la secta. Entre otras cosas, Smith dijo haber recibido autorización divina para practicar la poligamia por los miembros del grupo, y él mismo se procuró veintisiete esposas. A causa de disensiones en su grupo y de malos manejos, Smith incurrió en la ira de sus vecinos no mormones en el pueblo de Illinois donde se había establecido, quienes lo arrestaron juntamente con un hermano y los pusieron en la cárcel. De allí fueron sacados y asesinados por una turba en 1844.

Socino, Lelio (1525-1562). Con su hermano Fausto (15391604), Lelio es el fundador de un movimiento racionalista que viene a ser el precursor del moderno unitarianismo. El movimiento se conoce como socinianismo, y sus ideas distintivas son: interpretación racionalista de las Escrituras con énfasis en la primera parte del Antiguo y Nuevo Testamento, aceptación de Jesús como revelación de Dios pero no obstante solo como hombre; no resistencia a la oposición; separación de la iglesia y el estado; doctrina de la

muerte del alma juntamente con la del cuerpo, excepto para aquellos que hayan sido seleccionados para la resurrección por su perseverancia en obedecer los mandamientos de Jesús. El socinianismo se extendió principalmente en Polonia, pero su influencia alcanza a otros movimientos y sectas antitrinitarias en Alemania, Holanda, y aun en Inglaterra.

Spurgeon, Charles Haddon (1834-1892). Ministro bautista inglés que se distinguió como uno de los más brillantes predicadores de todos los tiempos. En él se combinaban un hábil dominio de la oratoria, con claro acento y pronunciación, sentido del humor, conocimiento y aplicación de las Escrituras, y un profundo amor por Cristo. Su teología era calvinista evangélica, pero sin ser extremista. Se oponía a la vez a los calvinistas intolerantes como a los arminianos. Empezó como predicador a los dieciocho años, y fue tal su éxito que a los veinte se trasladó a Londres, donde al cabo de algún tiempo fue necesario edificar un tabernáculo con capacidad para 6.000 personas. Durante su vida de pastor, sin embargo, se vio envuelto en más de una controversia, entre ellas acerca del hábito de fumar (Spurgeon fumaba); otra, por cuestiones de interpretación doctrinal y gobierno de la iglesia, causó su renuncia y puede haber contribuido a acercar su muerte —su salud no era buena—, pero se negó a una nueva denominación. Sus sermones y meditaciones se leen con gran interés aun hoy día.

Taciano (c.110-172). Uno de los primeros apologistas cristianos, discípulo del también apologista Justino Mártir. Taciano escribió unas *Cartas a los griegos* en que, a diferencia de Justino, hace escarnio de las costumbres y el paganismo de los griegos. Escribió también el *Diatessaron*, que es una combinación de los cuatro evangelios. Después de la muerte de Justino, Taciano abandonó la iglesia y se hizo gnóstico. Viajó al oriente y cayó en la herejía de considerar pecado todo lo material, incluyendo la carne, el vino, y el matrimonio.

Teresa de Jesús (1515-1582). Figura del catolicismo español del siglo dieciséis que se distingue como uno de los más destacados exponentes del misticismo que recorre tanto la religión como la literatura. En Teresa, como en San Juan de la Cruz, con quien ella mantuvo estrecho contacto, la expresión literaria es el fruto espontáneo de su misticismo. Teresa procedía de una encumbrada familia de Ávila en Castilla. Su niñez coincidió con las conquistas de México y Perú. Sus seis hermanos fueron a América como conquistadores. Ella se hizo aficionada a la lectura de libros de caballerías y de vidas de santos. De jovencita, su padre la internó de pupila en un convento de monjas, donde una de las religiosas la inició en una vida de oración. Su endeble salud —algo que sería permanente durante toda su vida—, la obligó a regresar a su hogar, pero escapó luego contra la voluntad paterna decidida a tomar los hábitos de todos modos. Con ello empezó para ella una época de angustia, de trajines, y de éxtasis espirituales que alternaban con periodos de enfermedad en que a veces la daban por muerta. Con dificultades para reformar la orden de las Carmelitas Descalzas, se propuso, y al fin logró, fundar su propia orden. Viajó por toda España estableciendo conventos, a la vez que en sus momentos de recogimiento experimentaba vívidas visiones espirituales en que sentía estar en la presencia de Dios. Por consejo de sus confesores, uno de ellos Pedro de Alcántara, dedicó tiempo a escribir contando estas experiencias. Su estilo es sencillo e ingenuo, desprovisto totalmente de pretensión literaria. Escribía según pensaba, sin detenerse nunca a corregir ni releer lo escrito. Como resultado de estos esfuerzos, Teresa de Jesús dejó un número apreciable de libros, entre ellos el *Libro de su vida*(autobiografía), *Las moradas del alma*, *Camino de perfección*, *Relaciones espirituales*, *Libro de las fundaciones*, *Visita de descalzas*, y varios más. Se conservan también de ella unas quinientas cartas y treinta poesías.

Tertuliano (c.160-c.220). Apologista y teólogo. Se le tiene como el creador de la literatura teológica latina. Sus numerosas obras y tratados, especialmente su*Apologeticum* (apología), se caracterizan por una áspera elocuencia que reflejan la austeridad extrema de sus convicciones y el rigorismo con que concebía la vida cristiana. De origen pagano, Tertuliano se convirtió al cristianismo influido probablemente por el ejemplo de los mártires de las persecuciones. Se casó con una cristiana y, al enviudar, rehusó volverse a casar. Contrariado por los ejemplos de corrupción que observaba en la iglesia, abandonó el catolicismo y se unió al grupo de los "montanistas", fanáticos milenaristas que vaticinaban el establecimiento inminente de la Nueva Jerusalén y practicaban un ascetismo extremo. Se dice que Tertuliano a su tiempo dejó a los montanistas y fundó en África un nuevo grupo similar al que se conoció como los "tertulianistas". Otras de las obras de Tertuliano son*De prescriptione haereticorium* (polémica contra los herejes), *De exhortatione castitatis*, *De monogamia, Adversus Marcionem*, y otras.

Tillich, Paul (1886-1965). Filósofo y teólogo alemán que representa en tiempos modernos un intento de traducir los conceptos teológicos en lenguaje comprensible para el hombre sumido en la corriente de una existencia aparentemente falta de sentido. Tillich quiso poner el evangelio en términos ajustados a la realidad existencial, pero al hacerlo incurre a su vez en un idealismo que, según sus críticos, presenta ribetes de panteísmo y de deísmo —un dios impersonal—. Tillich tuvo una larga y brillante carrera como profesor de varias universidades alemanas. Expulsado de su cátedra por sus ideas en tiempos de Hitler, fue invitado a venir a Estados Unidos por su amigo Reinhold Niebuhr en 1933. En este país enseñó sucesivamente en Union Theological Seminary (New York), Columbia University, Harvard University, y Chicago University. Entre sus obras se cuentan *La era protestante*, *Teología sistemática* (3 volúmenes), *El valor de ser*, *El nuevo ser*, y *Lo eterno ahora*.

Tolstoi, Leo (1828-1910). Escritor ruso que alcanzó estatura universal con su copiosa y admirable producción literaria. A su genio novelístico se agrega el ejemplo de una vida profundamente conturbada por inquietudes éticas y espirituales. De rango aristocrático y poseedor de abundantes riquezas materiales, llegó un momento en su crisis espiritual en que estimó su deber despojarse de cuanto poseía y adoptar una vida de extrema pobreza haciendo causa común con los desposeídos de la tierra. Se hizo vegetariano y renunció al alcohol y al tabaco. Creía en todo estar en armonía con Dios, a quien concebía no como un dios personal sino como el supremo Bien y Razón. Para él Jesús era solo un grande hombre pero no el único maestro de la verdad. Declaró que Dios y el reino estaban "dentro" de nosotros y predicó un tipo de idealismo humanista de que las condiciones sociales mejorarían cuando los hombres aprendieran a comprenderse y amarse unos a otros. Mantenía un pacifismo opuesto al militarismo y toda forma de violencia, lo que dio lugar a que muchos de sus seguidores fueran enviados a Siberia. A través del tormento dramático de su vida, sin embargo, su pluma excepcional se mantuvo siempre activa, produciendo libro tras libro, todos de extraordinario valor tanto en maestría de estilo como en contenido. Basta mencionar, entre sus obras no novelescas, *El reino de Dios está en vosotros*, *En qué consiste mi fe*, *La iglesia y el estado*, *La doctrina cristiana*,*Relatos de Sebastopol...* , y entre sus novelas *Resurrección*, *Ana Karénina*, *La muerte de Iván Ilich*, *La sonata a Kreutzer*, y *La guerra y la paz*.

Tomás de Aquino (1224-1284). El más grande filósofo y teólogo de la iglesia de la Edad Media. Su pensamiento contrasta en algunos sentidos con el de Agustín. Para este las cosas

visibles podían entenderse a través del conocimiento intelectual, pero las impresiones recibidas a través de los sentidos no podían tenerse como absolutamente ciertas. Tomás, en cambio, sostenía que todo conocimiento humano viene por vía sensoria y que de este conocimiento parten las deducciones abstractas. Tomás derivaba su método de razonar de Aristóteles, con su contraste entre "forma" y "materia". Puesto de una manera simple, el pensamiento de Tomás de Aquino intenta hacer de la filosofía —o la razón— un instrumento de la fe. Produjo sus famosos "cinco argumentos" para probar la existencia de Dios. Pero él reconocía que de Dios puede saberse muy poco. Dios no existe en el tiempo pues está más allá del tiempo. De modo que solo de una manera imperfecta puede el hombre hablar de Dios, y aun así tiene que apelar al recurso de la analogía. Pero los instrumentos de la razón llevan a las puertas de la fe. Para Tomás la fe es una acción de la mente, más fuerte que una mera opinión. La vastedad del pensamiento de Tomás de Aquino se manifiesta en la *Summa theológica*, su obra maestra. Escribió también *Summacontra gentiles*, que quiso ser un manual de apologética para uso de misioneros; varios comentarios sobre las Escrituras y sobre Aristóteles; y una miscelánea de diversos estudios y discusiones. Tomás de Aquino nació en Italia —en la ciudad de Aquino, de ahí su nombre—. Estudió en la universidad de Nápoles y se hizo dominico. Más tarde pasó a París, donde estudió bajo Albertus Magnus. En París consumió el resto de su vida como profesor. La *Summa theológica*, vasta como es, quedó inconclusa por causa de una enfermedad de la cual murió un año después. La filosofía de Tomás de Aquino, su método aristotélico de raciocinio, ha venido a conocerse como tomismo. Rechazado al principio por la Iglesia Católica, el tomismo fue declarado parte de la doctrina "oficial" de la iglesia por el Papa León XIII en 1879. Pese al contraste, hay en Tomás de Aquino mucho del pensamiento de Agustín, y en esto ejerció no poca influencia sobre el protestantismo.

Tyndale, William (c.1494-1536). Reformador y traductor bíblico nacido en Gales, Gran Bretaña. Contra una oposición variada de obispos y otros dirigentes religiosos, y una persecución que culminó en su muerte por estrangulación con su cadáver echado en la hoguera, Tyndale tradujo al inglés el Nuevo Testamento y empezó el Antiguo, el cual no pudo terminar por su martirologio. Fue amigo y admirador de Lutero, a quien conoció en Alemania. Viajó por Europa en busca de seguridad y solaz para sus empeños de traductor, refugiándose por último secretamente en Amberes, donde la traición de un colaborador que lo denunció lo llevó al martirio. Además de sus traducciones, Tyndale produjo otras obras de carácter teológico o bíblico, tales como *La obediencia del cristiano* y *La parábola del perverso Mammón*. Su traducción del Nuevo Testamento fue usada como base por los que más tarde tradujeron la que hasta hoy se conoce en inglés como la versión de King James.

Urbano II (c.1042-1099). Este es un papa que tuvo varios aspectos constructivos en su proyección histórica. Se le conoce principalmente por haber lanzado la Primera Cruzada. La cruzada tuvo éxito en el rescate de Jerusalén, pero Urbano murió antes de enterarse de la noticia. Otra actitud que sostuvo con diplomacia y firmeza a la vez fue la de mantener las ideas de su antecesor, Gregorio VII, respecto a la cuestión de las investiduras —obispos y clérigos eran nombrados por el emperador o los señores feudales y luego confirmados por la iglesia—. Urbano trató de rescatar el prestigio de la iglesia insistiendo en el voto de celibato, eliminando la simonía, y buscando una solución al conflicto entre la iglesia de oriente y la de occidente, o sea, entre Roma y Constantinopla. Urbano era francés. Al principio de su designación al papado en 1088 —luego de haber sido cardenal de Ostia—, no pudo de inmediato trasladarse a Roma por causa de la oposición del emperador Enrique IV, quien había nombrado al antipapa Clemente III.

Valdo, Pierre (c. 1140-c.1218). El nombre de Valdo dio origen a la secta de varios siglos anterior a la Reforma que se conoce como los valdenses. Los historiadores difieren en cuanto a los detalles de la vida de Pierre Valdo. Según algunos fue uno de los verdaderos precursores de la Reforma en el sentido doctrinal y de San Francisco de Asís en el sentido de dedicación a los pobres y a una vida de ascetismo. Pierre Valdo dispuso de sus posesiones, dejó su casa a su mujer, puso a sus hijas en un convento y se entregó totalmente a predicar el evangelio a los pobres. Su primera preocupación fue la traducción de la Biblia al dialecto francés de Lyon. Reuniendo a sus seguidores, que igualmente habían hecho voto de pobreza y renunciamiento, salían por parejas a hacer el bien y a predicar. La predicación consistía en recitar de memoria trozos de las partes de la Biblia que habían traducido. Los seguidores de Valdo se hicieron llamar al principio "los pobres de Lyon". Al movimiento lo han llamado algunos historiadores "la primera Reforma" porque muchos de los puntos doctrinales y éticos que sostenían coinciden con lo que siglos después proclamarían Lutero y Calvino. Por ejemplo, los valdenses rechazaban las misas por los muertos, el purgatorio, la invocación a los santos, la adoración a María, las indulgencias, y el uso de imágenes. Con tal posición, al crecer el movimiento y empezar a extenderse por el sur de Europa, no tardó en encontrar la airada oposición de las autoridades eclesiásticas. Cuando otras sectas se unieron al grupo de Valdo, todos empezaron a ser conocidos como los valdenses. En 1183 Valdo y sus seguidores fueron declarados herejes por el concilio de Verona. En lo adelante tendrían que reunirse en secreto o disminuir sus doctrinas participando a medias del culto católico. En el siglo XIII, la cruzada lanzada contra los albigenses (1210) incluyó en su furia a los valdenses, quienes se vieron obligados a refugiarse en lugares inaccesibles de los Alpes de Francia, Italia, y Suiza. La época moderna de los valdenses empieza con el Estatuto de Emancipación de 1848, por el que se les garantizaba la libertad de ejercer su culto. Los valdenses han sido la principal influencia en el protestantismo italiano. Aunque actualmente consisten en solo unos 20.000 comunicantes, son muy devotos y activos y sostienen un buen número de escuelas, hospitales, editoriales, y otras instituciones.

Vicente de Paul (1581-1660). Sacerdote francés al que puede considerarse como el maestro de las obras de caridad. Su figura tipifica la entrega total al socorro de los pobres, enfermos, y desvalidos. Un solo documento consigna el hecho de que en la travesía de Marsella a Narbona cayó en manos de unos corsarios berberiscos, quienes le vendieron en Túnez como esclavo. De allí logró escapar al cabo de dos años y se dirigió a Roma, donde fue iniciado en la vida diplomática. Fue luego capellán de Margarita de Valois, estando su vida por algún tiempo en contacto con la nobleza. Pero esta etapa terminó con lo que él llamó su conversión, es decir, que se sintió llamado a dedicar su vida enteramente al servicio y socorro de los necesitados. En lo adelante se destacó como organizador, procurador de recursos, y fundador de instituciones, como las Hijas de la Caridad. Durante las Guerras de Religión ministró a Luis XIII y más tarde fue miembro del Concilio de Conciencia de Luis XIV. Fue canonizado en 1737.

Warfield, B.B. (1851-1921). Teólogo y erudito presbiteriano, profesor por muchos años del seminario de Princeton, que se distinguió por su sólida e inflexible posición conservadora de la fe. Los puntos salientes de su pensamiento fueron: convicción dogmática en la infalibilidad de las Escrituras, doctrina del pecado original, predestinación, y una redención limitada a los escogidos. Fue un dedicado calvinista que asignaba un gran valor a la Confesión de Fe de Westminster —carta original del presbiterianismo—. Warfield tuvo una profunda y duradera influencia en el protestantismo norteamericano. Sus libros y comentarios son aún textos de consulta en seminarios de Estados Unidos. Warfield estudió

en varias universidades americanas y por lo menos una de Europa. Fue profesor de lengua del Nuevo Testamento y literatura y más tarde teología didáctica y polémica.

Watts, Isaac (1674-1748). Alcanza su puesto en la historia de la iglesia como escritor y compositor de himnos, muchos de ellos han sido traducidos y se cantan en congregaciones evangélicas. Muchos de sus himnos son inspirados en los Salmos. Watts era calvinista, aunque hay aspectos de su obra que sugieren haber estado inclinado al unitarianismo. Watts no compartía algunas doctrinas del calvinismo (por ejemplo, la depravación total del hombre), pero tampoco hizo manifiesta profesión unitaria. Además de himnos, escribió otras obras notables, como su *Lógica* y *El cultivo de la mente*. A los veintiocho años fue nombrado pastor de una congregación independiente en Londres, donde permaneció por el resto de su vida.

Wesley, Charles (1707-1788). Se le conoce en países de habla inglesa como el "dulce cantor del metodismo". Es hermano de John, el fundador del metodismo, y el hijo número dieciocho en la familia. Charles, evangelista y predicador también, alcanza su mayor distinción como autor de himnos, de los cuales se conservan 7.270, unos mejores que otros, por supuesto, pero la mayoría de alta calidad musical y espiritual. Sus himnos dan expresión a una fe y experiencia evangélicas en un lenguaje a la vez bíblico y lírico.

Wesley, John (1703-1791). John, el fundador del metodismo, fue el decimoquinto hijo de sus padres, Samuel y Susana. La familia era anglicana —Wesley el padre era rector de una iglesia— y los hijos se criaron naturalmente bajo esa denominación. Ya un joven educado en Oxford, John aceptó junto con su hermano una invitación para venir a América (los Wesley eran ingleses) a predicar el evangelio a los indios en la colonia de Georgia. La experiencia resultó en un aparente fracaso. Wesley regresó a Inglaterra pensando que debía haber empezado por convertirse a sí mismo. Durante la travesía quedó impresionado por la fe simple y sincera de unos moravos que también eran pasajeros. Interesado, estableció contacto más tarde con un pastor de esa fe, quien lo guió a su verdadera y genuina conversión. El cuenta que esta se produjo durante la lectura del prefacio de Lutero a su comentario al libro de Romanos durante una reunión de moravos. A partir de ese momento Wesley sintió que había sido llamado por Dios a evangelizar toda Inglaterra. Poco después de su conversión viajó a Bohemia —hoy parte de Checoslovaquia— para hablar con el conde Zinzendorf, el cabeza de los Hermanos Moravos. De allí regresó a Inglaterra para lanzar la obra evangélica en que se ocuparía el resto de su vida. Wesley seguía considerándose anglicano, pero comenzó a predicar en calles y plazas, al aire libre, cosa que no veían con buenos ojos los formalistas del clero anglicano. El nombre de "metodistas" tuvo su origen en los tiempos en que su hermano Charles celebraba reuniones de oración y estudio bíblico con algunos compañeros de Oxford. Los demás estudiantes, en son de burla, comenzaron a llamarles los "metodistas" por el método riguroso que observaban en sus actividades y costumbres. Para avanzar su obra evangélica Wesley decidió formar "sociedades" que serían como ramas de la Iglesia Anglicana. Pero al fin, ante el desdén o la hostilidad de los anglicanos, estas sociedades derivaron hacia una nueva denominación por derecho propio, la Iglesia Metodista. Doctrinalmente Wesley no aceptaba el calvinismo, y en particular rechazaba la doctrina de la predestinación. Sobre esto sostuvo algunos debates con otras autoridades protestantes de su tiempo. Wesley asumió la posición de que el hombre por sí mismo era capaz de alcanzar libertad del pecado (arminianismo). Pero su ferviente evangelismo llena todo un capítulo de la historia de la iglesia en el siglo dieciocho en Europa y Norteamérica.

Whitefield, George (1714-1770). Predicador de singular elocuencia y poder convincente que contribuyó en considerable medida al gran avivamiento que tuvo lugar en el mundo de habla inglesa durante el siglo dieciocho. El tema de Whitefield era el mensaje básico del evangelio: la condición pecaminosa del hombre ante la salvación efectiva de Cristo. Whitefield era inglés, educado en Oxford, donde se unió al grupo en que estaban los Wesley, luego llamados "metodistas", con quienes trabó estrecha relación. Acompañó a los hermanos Wesley en su viaje a Georgia y permaneció allí de 1737 a 1741 Durante ese tiempo realizó una visita a Inglaterra y allí inauguró su costumbre de predicar al aire libre, práctica que siguió por el resto de su vida. Su asociación con los Wesley no borró la profunda diferencia doctrinal que los separaba: Whitefield era un convencido calvinista, creyente en la predestinación, mientras que Wesley era un arminiano que negaba esa doctrina. Whitefield, también a diferencia de Wesley, no era un organizador, solamente un mensajero excepcional del púlpito que conmovía a las muchedumbres y presentaba con vigor inigualable el evangelio de Cristo. Según el testimonio de quienes le oyeron, contribuía al efecto de su palabra su presencia agradable, junto con su voz y el dominio del idioma. Murió en América a poco de haber predicado un sermón en su séptima campaña evangelística en ese país.

Witherspoon, John (1723-1794). Aunque su nombre sea relativamente poco conocido fuera de Estados Unidos. Witherspoon representa la doble influencia religioso-política de un cristiano en su historia contemporánea. Era un pastor presbiteriano escocés que llegó en América a ser rector del Colegio de New Jersey, hoy Universidad de Princeton. De vasta cultura y de extraordinarias capacidades de administrador, sirvió eficientemente a una institución fundada para servir la causa de Cristo en el campo educacional. En su época la universidad era prácticamente un seminario teológico. Witherspoon no pudo contemplar imparcialmente el movimiento revolucionario de las colonias que a la sazón estaba en todo su fervor. Puso su influencia y su prestigio del lado de los patriotas y contribuyó activamente desde el púlpito y escribiendo panfletos —en lo cual solo Tomás Paine le aventajó—. Por ello Witherspoon alcanzó la distinción de ser el único clérigo entre los que firmaron la Declaración de Independencia en 1776. Terminada la guerra, Witherspoon se dio por entero a la tarea de reedificar la organización y la obra de la Iglesia Presbiteriana, a la vez que permanecía como rector de la universidad. Actuó también en varios departamentos gubernamentales y fue el primer moderador de la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana.

Wycliffe, John (c.1329-1384). El nombre de Wycliffe se cita a menudo como uno de los precursores de la Reforma. Esto se debe a que en su época, siglo catorce, ejerció en Inglaterra una influencia radical contra el catolicismo oficial, sosteniendo puntos doctrinales que dos siglos después habrían de ser proclamados por Lutero y los demás reformadores. Wycliffe declaraba, por ejemplo, que la Biblia es la única autoridad en materia de fe y conducta; negaba el concepto de la transubstanciación (en la misa); atacó la institución del papado; repudió las indulgencias; y expresó su deseo de que las órdenes religiosas fueran abolidas. En un sentido político, lo que es extraordinario para su tiempo, abogó por la separación del poder civil y el eclesiástico. Por todo esto, naturalmente, se granjeó la crítica y la hostilidad del clero romano y se vio objeto de persecución. Sus seguidores fueron declarados herejes. Wycliffe mismo escapó a la persecución refugiándose en su residencia campestre en Lutterworth, donde murió. Su influencia se hizo notar también en sus esfuerzos por traducir las Escrituras a la lengua vernácula. El mismo tradujo al inglés todo el Nuevo Testamento y parte del Antiguo. Su ejemplo causó gran impresión en algunos estudiantes de Bohemia (Checoslovaquia) entonces en Oxford. Estos llevaron sus ideas a

su país, donde influyeron extraordinariamente en la vida de Juan Hus, otro de los precursores de la Reforma.

Zinzendorf, Conde Von (1700-1760). El fundador de la iglesia de los Hermanos Moravos. De noble alcurnia, sintió desde muy joven un profundo celo religioso. En su infancia estuvo bajo la influencia pietista por causa de su abuela materna. Luego de terminar su educación, viajó por Europa y acertó a entrar en contacto con grupos evangélicos no católicos. De esto nació la idea algún tiempo después de ofrecer sus posesiones a un número de refugiados protestantes de Bohemia (Checoslovaquia). En sus propiedades crearon una comunidad de creyentes a la que llamaron "Hermhut". Zinzerdorf acabó retirándose de toda otra actividad —ocupaba entonces una posición en el gobierno— para dedicarse por entero a la obra de la nueva comunidad evangélica. Esta se convirtió al cabo del tiempo en una asociación dentro de la iglesia luterana o episcopal que se llamó "Unitas Fratum" (hermanos unidos) y luego Hermanos Moravos, porque sus miembros fundadores procedían en su mayoría de Moravia. Los Hermanos Moravos fueron poco a poco adquiriendo identidad propia por causa del rechazo de las iglesias ortodoxas dentro de las cuales se proponían existir. Zinderdorf fue ordenado obispo y quedó como cabeza del movimiento hasta su muerte. Los Hermanos Moravos se caracterizan por un intenso celo espiritual y misionero, a la vez que un sentido de fraternidad ecuménica. Doctrinalmente proclaman las Escrituras como la única forma de fe y conducta; aceptan el bautismo de niños pendiente de confirmación; y están más interesados en la calidad de su obra evangélica que en crecer en número. Ponen énfasis en la creación de escuelas, y sus servicios constituyen expresión de intensa emoción religiosa, especialmente a través de himnos, poemas, y oraciones.

Zuinglio (Zwingli), Ulrico (1484-1531). La figura directriz en el movimiento de la Reforma en los cantones de habla alemana en Suiza. Zuinglio prendió la chispa de la Reforma en Suiza al mismo tiempo que Lutero lo hacía en Alemania. Esto es solo el inicio del sorprendente paralelo que existe en las vidas y trayectorias de ambos reformadores: ambos nacieron en 1484; ambos procedían del pueblo común; ambos recibieron una esmerada educación; ambos fueron ordenados sacerdotes católicos; ambos admiraban la música y la poesía; ambos eran predicadores elocuentes; Lutero publicó en Alemania sus *95 tesis*; Zuinglio publicó en Suiza sus *67 artículos*.

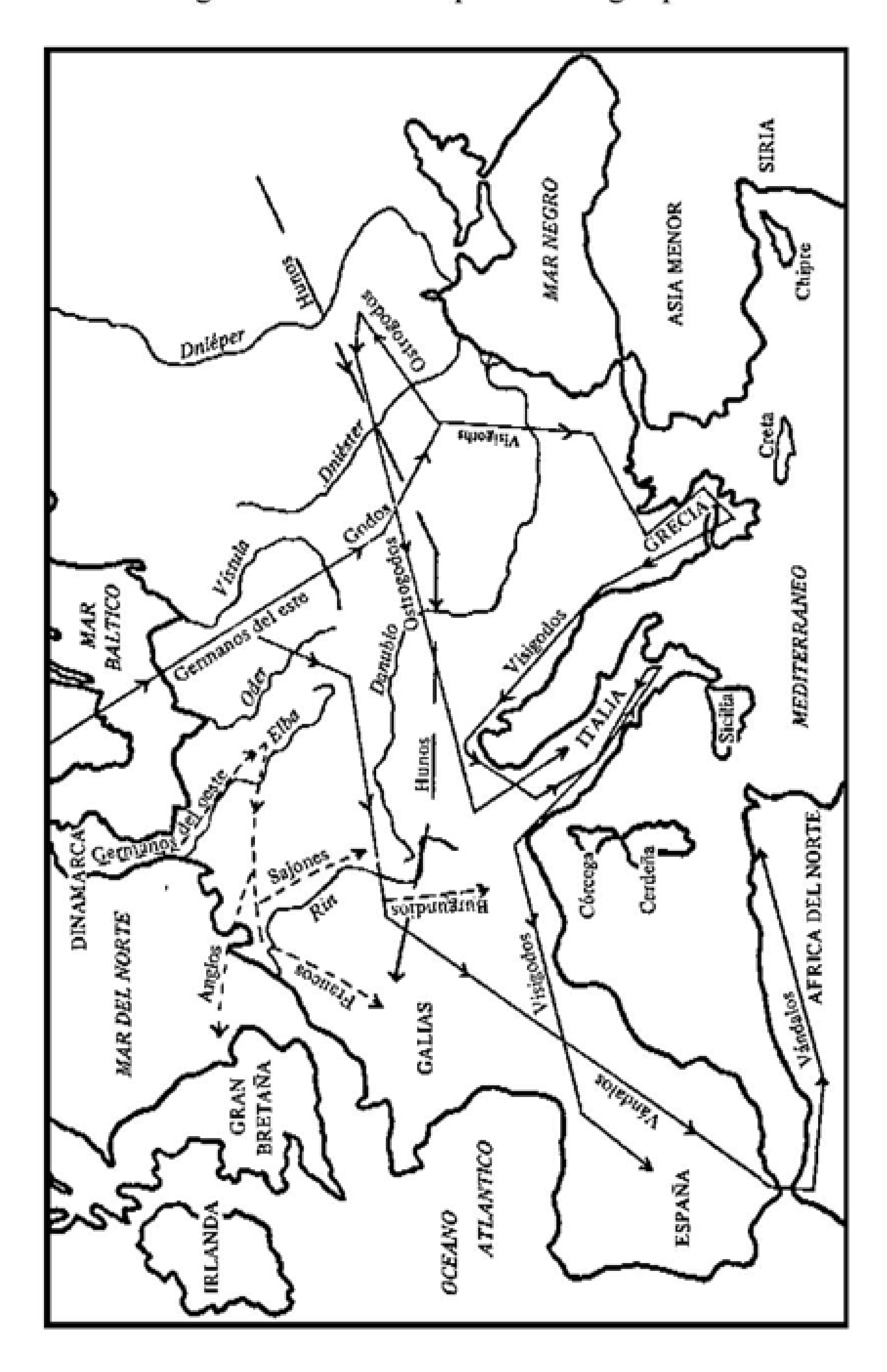
Sin embargo, existían también entre ambos diferencias no menos notables: la ruptura de Lutero con Roma fue lenta y gradual; la de Zuinglio fue rápida y fácil; Lutero llegó al clímax de su fe tras una dolorosa crisis del alma; Zuinglio experimentó una progresiva conversión intelectual.

En sus *67 artículos* Zuinglio expuso los puntos fundamentales de su credo doctrinal y las razones de su rompimiento con Roma. Puso énfasis en Cristo como único Salvador y Mediador, insistiendo en la supremacía de la Palabra de Dios sobre el sistema papal, el cual rechazaba. Luego de intensos y prolongados debates públicos, Zuinglio logró convencer a los magistrados de Zurich, quienes decidieron adoptar oficialmente las reformas propuestas con la aprobación de la opinión pública. Esto apunta a una diferencia más con Lutero: la reforma luterana fue llevada adelante con el apoyo de los príncipes; la reforma suiza se implantó por la voluntad del pueblo.

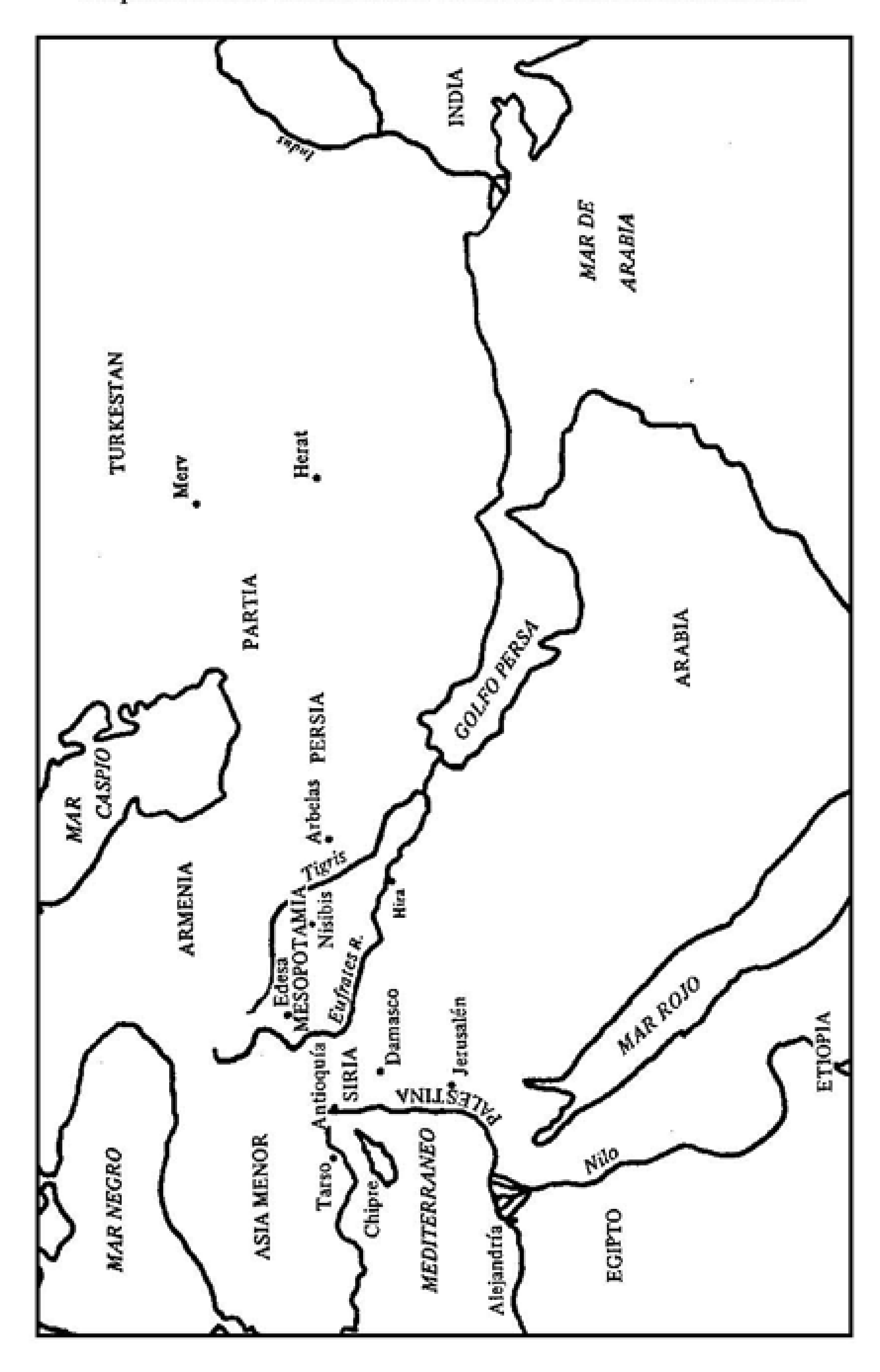
Fue casi inevitable que los dos grandes reformadores llegaran a chocar. La causa fue un punto de doctrina. Durante cinco años, de 1524 a 1529, Lutero y Zuinglio se enfrascaron en una controversia —por carta y finalmente cara a cara— sobre la cuestión de la presencia

de Cristo en la Eucaristía. Lutero sostenía que esta presencia era real; Zuinglio que la Santa Cena tenía solo un valor de conmemoración. Los puntos que discutieron fueron realmente quince. Estuvieron de acuerdo en todos menos en el de la eucaristía. La reunión terminó con una nota amarga: con lágrimas en los ojos, Zuinglio le tendió la diestra a Lutero, pero este rehusó estrechársela. De la misma manera, el movimiento suizo tendió a separarse cada vez más del luteranismo alemán, acabando por fusionarse en la Iglesia Reformadora Calvinista. Hay un aspecto más de la vida de Zuinglio. Él creía que el cristianismo debía tomar parte activa en los negocios públicos y nacionales. Como patriota militante había acompañado tres veces a las tropas suizas en incursiones a Italia. Cuando surgió un conflicto entre el cantón de Zurich y cinco cantones católicos que degeneró en contienda armada, Zuinglio se incorporó a las fuerzas protestantes y tomó parte en la pelea. Así fue como encontró la muerte combatiendo en la batalla de Kappel.

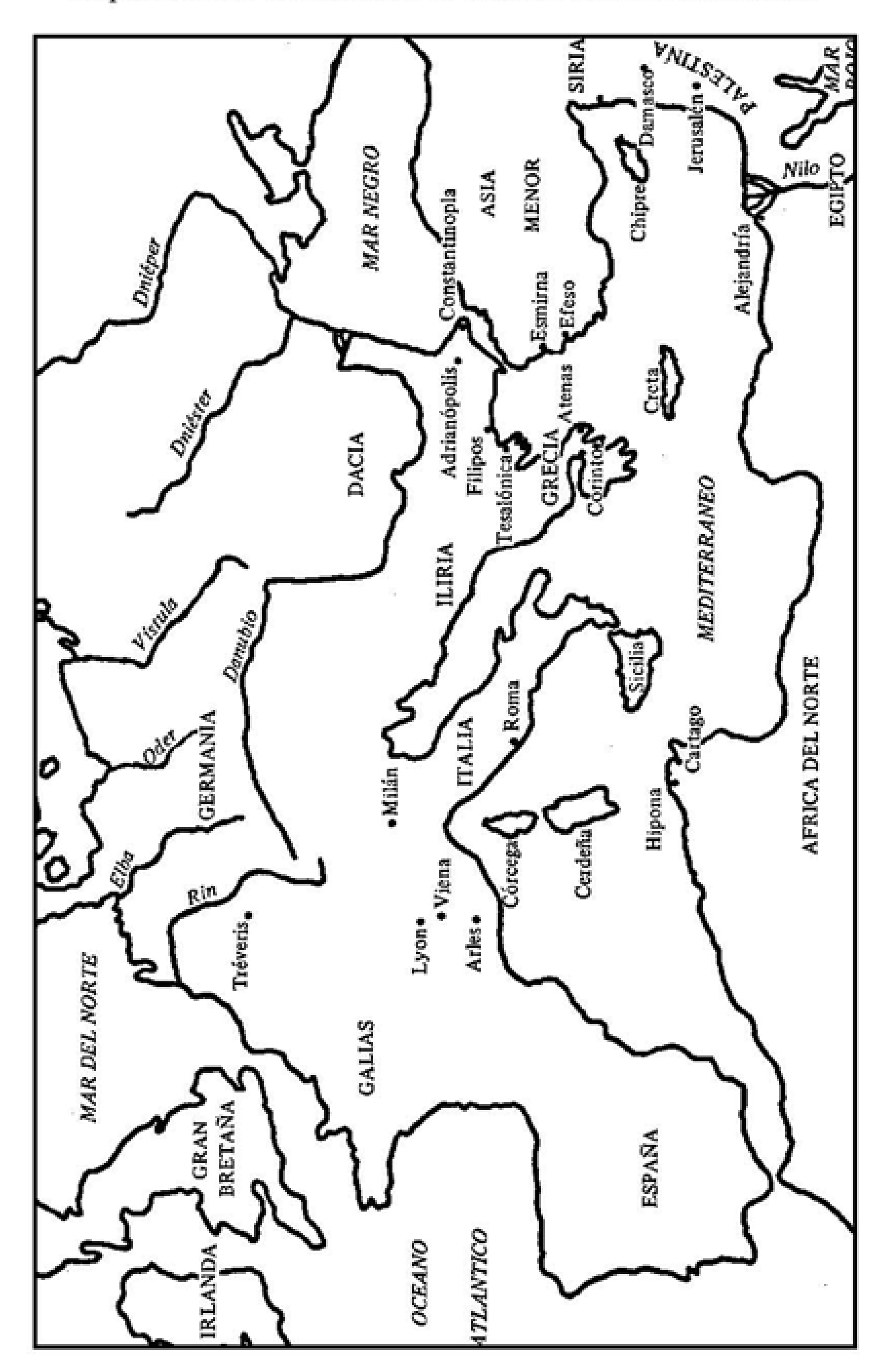
Migraciones hacia el imperio en el siglo quinto



Expansión del cristianismo al este de Palestina hasta 500



Expansión del cristianismo al oeste de Palestina hasta 500



HISTORIA DE LA IGLESIA PRIMITIVA

(A.D. 1-787)

Es imprescindible conocer la historia de la iglesia primitiva para entender la iglesia de hoy, y para saber confrontar las luchas actuales. La iglesia primitiva es la extensión del reino de Dios en constante tensión con las fuerzas del enemigo.

Este libro es un breve repaso de esta guerra espiritual, dando una interpretación amena y práctica. Incluye todos los personajes, doctrinas, y sucesos importantes. El lector logrará una visión panorámica de los primeros siglos, algo fundamental para la fe cristiana.

- ¿Cómo fue el mundo cuando se gestó la iglesia cristiana?
- ¿Qué sucedió en la iglesia después de Pablo y los Hechos de los Apóstoles?
- ¿Cómo llegó a tener su centro en Roma con la jerarquía católica?
- ¿Cómo logró definir las doctrinas importantes como la trinidad, el canon de la Biblia, y la persona y las naturalezas de Cristo?
- ¿Qué luchas internas y externas enfrentó?
- ¿Cuáles fueron las herejías de aquellos siglos?

Harry R. Boer (1913-1999) trabajó como misionero para la Iglesia Cristiana Reformada en Nigeria. Fue editor y fundador de la Revista Reformada [Reformed Journal] y director de la Universidad Teológica de Nigeria del Norte en Bukuru desde 1957 a 1971.



Producto: 491076
Categoría: Historia

